JEAN-MICHEL SALLMANN

INDIOS Y CONQUISTADORES ESPAÑOLES EN AMÉRICA DEL NORTE

HACIA OTRO EL DORADO



JEAN-MICHEL SALLMANN

INDIOS Y CONQUISTADORES ESPAÑOLES EN AMÉRICA DEL NORTE

HACIA OTRO EL DORADO

Traducido del francés por Ramón García

Alianza editorial

Índice

CUADRO CRONOLÓGICO

1492 (2 de enero): Capitulación de Granada.
1492 (12 de octubre): Cristóbal Colón, en Bahamas.
1494 (7 de junio): Tratado de Tordesillas.
1497: John Cabot, en Terranova.
1503 (20 de enero): Creación de la Casa de Contratación en Sevilla.
1512: Promulgación de las Leyes de Burgos por las que se crean las encomiendas en América.
1513 (2 de abril): Juan Ponce de León en Florida.
1513 (septiembre): Descubrimiento del Pacífico por Vasco Núñez de Balboa.
1519: Alfonso Álvarez de Pineda localiza las costas desde Florida al Pánuco.
1519-1522: Vuelta al mundo de Magallanes.
1520 (20 de mayo): Victoria de Hernán Cortés en Cempoala.
1521 (13 de agosto): Toma de Tenochtitlán por Cortés.
1521: Intento fallido de colonización de Juan Ponce de León en Florida.
1524: Creación del Consejo de Indias.
1524: Giovanni da Verrazzano entre Cape Fear y la bahía de Nueva York.
1526: Expedición de Lucas Vázquez de Ayllón a Florida.
1527-1528: Expedición de Pánfilo de Narváez a Florida.
1531: Creación del Reino de Nueva Galicia con Compostela como capital.
1533 (15 de noviembre): Toma de Cuzco por Francisco Pizarro.
1534: Primer viaje de Jacques Cartier a San Lorenzo.
1535: Antonio de Mendoza, virrey de Nueva España.
1536 (julio): Regreso de Álvar Núñez Cabeza de Vaca y de sus tres compañeros a Culiacán.
1539-1543: Expedición de Hernando de Soto a Florida y al valle del Misisipi.
1539: Expedición de fray Marcos de Niza y de Estebanico a Cíbola.
1540-1542: Expedición de Francisco Vázquez de Coronado a Nuevo México.
1540 (agosto): Hernando de Alarcón, en el estuario del Colorado.
1540 (18 de octubre): Batalla de Mabila.
1541 (3 de marzo): Batalla de Chicaza.
1541 (15 de marzo): Batalla de Chicazilla.
1541 (16 de abril): Batalla de Alibamo.
1542: Promulgación de las Nuevas Leyes de Burgos por las que se suprimen las encomiendas.
1542 (21 de mayo): Muerte de De Soto en Guachoya.
1550: Luis de Velasco, virrey de Nueva España.
1555-1559: La «Francia Antártica» en la bahía de Río de Janeiro.
1559 (marzo-abril): Tratado de Cateau-Cambrésis entre España y Francia.
1559-1561: Fracaso de Tristán de Luna y Arellano en la bahía de Ochuse (Mobile).
1561: Fracaso de Ángel de Villafañe en La Punta de Santa Elena.
1562-1563: Expedición de Jean Ribault a Charles-Fort.
1564-1565: Expedición de René de Laudonnière a Fort-Caroline.
1565 (junio-julio): Entrevista de Bayona entre Felipe II y Catalina de Médicis.
1565 (septiembre): Pedro Menéndez de Avilés funda San Agustín y liquida la Florida francesa.
1567-1568: Expediciones de Juan Pardo entre Santa Elena y Coosa.
1763 (10 de febrero): Tratado de París. España cede Florida a Inglaterra. Repatriación a Cuba de los últimos 89 indios de San Agustín.
1848 (2 de febrero): Tratado de Guadalupe-Hidalgo entre México y Estados Unidos por el que estos se anexionan los territorios mexicanos al norte del Río Grande.

INTRODUCCIÓN

Cuando se trata de abordar las conquistas americanas del siglo XVI, solemos considerar preferentemente las que tuvieron éxito, como la gesta de Hernán Cortés en México o el increíble concurso de circunstancias que tan favorable resultó a los hermanos Pizarro en Perú. Por lo general se callan los fracasos, como si no se tratase más que de incidentes menores, en una secuencia en la que la superioridad castellana terminó siempre por imponerse. Pero en América del Norte las cosas no se desarrollaron de esa forma. Todas las empresas de conquista o colonización fracasaron y algunas se saldaron con verdaderas catástrofes en el plano humano, por no hablar de las sumas considerables perdidas en vano. Es ciertamente interesante comprender los éxitos, pero tampoco está de más considerar las razones por las que esos mismos conquistadores siempre han conocido el fracaso en el territorio norteamericano. En este ámbito no hay azares. El modelo militar adoptado por los españoles para apoderarse de los altiplanos mesoamericanos y andinos no convenía a los espacios desmesurados de América del Norte. Pero cabe preguntarse, sobre todo, ¿valían esos territorios la pena? Todo indica que, en menos de medio siglo, los españoles se habían hecho con la América útil, desde su punto de vista, y que ya alrededor de 1540 ese esfuerzo de conquista pierde empuje. Las miradas se vuelven entonces hacia el Pacífico, Filipinas y el inmenso mercado chino más remunerador[1].

Conocemos las expediciones hacia los grandes espacios norteamericanos por un conjunto de crónicas, algunas de las cuales han sido redactadas por escritores de talento, y que cabe considerar como contribuciones a la literatura universal más que como meros relatos históricos. Pero, en mi opinión, esta historia también se ha resentido de consideraciones nacionalistas que han disminuido su alcance. Después de que los españoles se retiraran de Florida en el siglo XVIII y de que abandonaran, mediado el siglo siguiente, todos los territorios que ocupaban al norte del Río Grande, la historia de esas regiones cambió de naturaleza. En la gesta colonial española poseía una dimensión casi universal o al menos planetaria. A partir de 1848 se inscribe en la protohistoria de la nación americana. Así es como las crónicas de la expedición de Hernando de Soto sirvieron, en un primer tiempo, para jalonar el territorio atravesado por aquel ejército,

cartografiarlo y situar en él los cacicazgos indios encontrados por los españoles. En el ínterin se había erigido una frontera entre los Estados Unidos de cultura anglosajona y un mundo mesoamericano y caribeño de cultura mayoritariamente hispánica. ¿No resulta curioso leer todavía hace poco, en una publicación prestigiosa, que ciertos historiadores estadounidenses de talento, especializados en los pueblos indígenas del sudoeste de Estados Unidos (Arizona, Nuevo México, Utah y Colorado) se niegan a considerar la faceta mexicana so pretexto de que no son competentes en historia mexicana[2]? Se puede comprender que esos textos, crónicas o archivos, hallazgos arqueológicos y relatos mitológicos puedan servir para reconstituir la historia de las regiones en las que la nación estadounidense todavía no había impuesto su autoridad, pero es también una manera de reducir su alcance a una dimensión de erudición local cuando, en la mente de los que en el siglo XVI participaron en esas empresas, las financiaron o las promovieron, formaban parte de una perspectiva mundial. Esta es la dimensión que desearía devolver a esta historia.

La zona geográfica que nos interesa es muy amplia. Abarca desde la desembocadura del Colorado, al oeste, pasa por el sur de Arizona, Nuevo México, Texas, Arkansas, el valle del Misisipi, desde Luisiana hasta el norte de Memphis, y el sudeste de Estados Unidos, incluido Tennessee, Alabama, Carolina del Sur, Georgia y Florida. Durante mucho tiempo, los españoles no llegaron a determinar su inmensidad, lo que causó gran parte de sus reveses. En un primer tiempo con el término «Florida» se designaba el interior de la costa norte del golfo de México, desde el río Pánuco, que en la actualidad se encuentra en el estado mexicano de Tamaulipas, hasta Florida propiamente dicha. Cuando tomaron conciencia de la distancia que separaba esas dos regiones, se refirieron a las «Floridas» en plural y esta es la forma en que se utiliza el término durante todo el siglo XVI, hasta que Florida terminase por designar al estado actual, el único lugar donde los españoles consiguieron asentarse durante cierto tiempo[3]. Se trata de zonas bajas de clima subtropical, abundantemente irrigadas por ríos y azotadas por huracanes y tormentas tropicales. En la costa abundan las lagunas y la navegación es peligrosa a causa de los vendavales brutales e imprevistos. Las columnas de soldados atravesaban sin cesar ríos y pantanos. Al progresar sobre un suelo esponjoso, también tuvieron que padecer un clima invernal extremadamente riguroso en aquellos años en los que no se hablaba, como hoy, de los peligros del calentamiento climático, sino más bien de los efectos de una «pequeña era glacial»[4]. Los españoles se aventuraron poco en las montañas, tanto al sur de los Apalaches como al este del Misisipi, o, al oeste, en

los montes Ozark.

No fue así al oeste del río Pecos, en Nuevo México y en Arizona, una región que los españoles designaron con el nombre de Tierra Nueva. Se trata de tierras altas que pertenecen al inmenso arco montañoso que bordea la fachada occidental del continente americano, desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, y cuyas cumbres con frecuencia superan los 3.000 metros en esas latitudes. Su clima es muy riguroso, muy cálido y seco, incluso desértico, en verano y muy frío en invierno, sobre todo en aquel período de enfriamiento general del clima. Las poblaciones indias se habían refugiado en los valles donde practicaban una agricultura de oasis muy elaborada. A pesar de su distanciamiento, las sociedades indias que los españoles llamaron «Pueblos» estuvieron, a lo largo de su historia, en contacto constante con las sociedades indias de las altas mesetas centrales. Estaban urbanizadas, hablaban lenguas uto-aztecas próximas de las de México central y desarrollaron unas culturas refinadas en el plano tanto moral como intelectual. Aquellos indios pueblo no tenían gran cosa en común con los cacicazgos del Misisipi, más salvajes y cuya forma de vida más elemental era mal comprendida por los españoles, que desconfiaban de ellos. Los conquistadores de la Tierra Nueva, la mayoría de los cuales residían en México desde la caída de Tenochtitlán, se sentían un poco en casa en esas pequeñas ciudades que les recordaban el sur de España.

Los proyectos de exploración de América del Norte por los españoles forman parte de un contexto general cuyo ritmo es sorprendentemente rápido. Los castellanos necesitaron una veintena de años para dominar las Antillas y una treintena para controlar América Central. Posteriormente, en esa misma zona geográfica, las modificaciones y ajustes son solo marginales. Si bien Florida, el valle del Misisipi, Nuevo México y California constituyen por mucho tiempo territorios de posible conquista, su interés a los ojos de los conquistadores, tentados por la aventura, o de la monarquía católica, atraída por sus expectativas de recursos, se agota lentamente ante los fracasos repetidos. Esta es la historia caótica, dramática, cruel para todos los protagonistas españoles o amerindios, que voy a relatar en un intento de comprender las razones por las que esos territorios, que han proporcionado y proporcionan todavía su riqueza a los Estados Unidos actuales, fueron considerados por los españoles del siglo XVI lugares inhóspitos, o incluso las puertas del Averno.

Antes de emprender el estudio de las propias expediciones, conviene sin embargo situarlas en un contexto más general para entender todos los condicionamientos geopolíticos. Pues aquellos

hombres no acudieron allí por casualidad. Tenían proyectos, sus intenciones se nutrían de informaciones más o menos exactas, de mitos, de expectativas materiales y espirituales. Movilizaron capitales enormes para proyectar, a miles de kilómetros de sus acuartelamientos, cuerpos expedicionarios que a veces alcanzaban el millar de hombres, acompañados de centenares de caballos. Y luego todo se vino abajo tan rápidamente como el movimiento que los había originado. La realidad no casaba con sus sueños, hasta que los proyectos de colonización se redujeran a proporciones más modestas, aun cuando, a comienzos del siglo XVII, un autor tan respetado como el Inca Garcilaso de la Vega todavía entonaba la apología —hoy en día hablaríamos de la promoción— de una Florida ornada de mil virtudes. Todo esto es lo que me propongo revivir en este libro, sin olvidar, por supuesto, a los primeros habitantes de esas tierras, hábiles agricultores del Neolítico, valerosos guerreros capaces de dar la vida para defender la tierra de sus antepasados, que habían sabido crear una civilización suficientemente refinada como para que, a pesar de que estuviera en declive, los españoles hubieran podido cubrirla de elogios.

---

1. Serge Gruzinski, *L'Aigle et le Dragon, Démesure européenne et mondialisation au XVI[e] siècle,* París, Fayard, 2012.

2. Linda S. Cordell y Bruce D. Smith, *Indigenous Farmers,* en *The Cambridge History of the Native People of the Americas,* vol. 1: *North America,* 1.ª parte Bruce G. Trigger y Wilcomb E. Washburn (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 201-202.

3. Juan López de Velasco, *Geografía y descripción universal de las Indias (1571-1574),* Madrid, Sociedad Geográfica de Madrid, 1894, pp. 156-158.

4. Emmanuel Le Roy Ladurie, *Histoire du climat depuis l'an mil,* París, Flammarion, 2009.

1
HERNÁN CORTÉS Y EL MUNDO GLOBAL

Apenas veinte años: ese fue el tiempo que necesitaron los españoles para localizar las islas del archipiélago antillano y las costas del continente entre, a grandes rasgos, la actual Carolina del Norte y las bocas del Orinoco. Diez años más tarde todas las islas estaban conquistadas y una parte del propio continente, la comprendida entre el trópico de Cáncer y el istmo de Panamá, había pasado a estar bajo dominio español. Una progresión tan fulgurante no puede sino dejarnos atónitos si se toma en consideración la distancia que mediaba entre los centros de decisión —Valladolid o Sevilla— y su campo de aplicación, los medios de que disponían los conquistadores, que eran sin duda exorbitantes para la época, pero técnicamente rudimentarios a nuestros ojos. Sin olvidar, naturalmente, las poblaciones locales, que pronto quedaron barridas en las islas pero que no se rindieron sin combatir, y mucho más aguerridas y agresivas en el continente, hasta el punto de mostrarse capaces de repeler a los cuerpos expedicionarios enviados para someterlas y de infligirles a veces cuantiosas bajas. En ese contexto general, la ancha franja de territorio que se extiende desde la desembocadura del Colorado hasta el Atlántico, constituyó, a mediados del siglo XVI, la última frontera septentrional de la colonización española en América.

De la exploración a la conquista

Antes de abordar esta cuestión conviene establecer previamente el trasfondo, trazando a grandes rasgos la historia de la incursión de los europeos en una zona geográfica de la que nada sabían. En su primer viaje, Cristóbal Colón desembarca, el 12 de octubre de 1492, en la isla de Guanahaní del archipiélago de las Bahamas, que bautiza con el nombre de San Salvador (Waitlings Island en la actualidad). Explora el conjunto del archipiélago antes de enfilar el sur, hacia Cuba, cuya posición determina, y Santo Domingo (La Española o Hispaniola), cuya costa septentrional recorre. En su segundo viaje —leva anclas en Cádiz el 25 de septiembre de 1493—, destinado a colonizar Santo Domingo, adopta una ruta más meridional que la del año anterior y va localizando el arco de las Antillas Menores (Dominica, Marigalante,

Guadalupe, La Deseada, las Islas de los Santos), hasta Puerto Rico, antes de llegar a Santo Domingo. A principios del año siguiente explora Cuba y Jamaica. El tercer viaje dura poco —el verano de 1498— y solo le permite explorar una parte del litoral de la actual Venezuela, entre la isla de la Trinidad y la isla Margarita, así como el estuario del Orinoco, que toma por un río del paraíso terrestre. En el año siguiente los Reyes Católicos le privan de sus títulos y privilegios y tendrá que esperar varios años antes de emprender su cuarto y último viaje, el más largo (mayo de 1502-noviembre de 1504), pero también el más provechoso desde el punto de vista científico, un viaje durante el cual explora la costa del continente americano desde el cabo Honduras al golfo de Darién. Por lo tanto, Cristóbal Colón, por sí solo, localizó el conjunto del archipiélago antillano y una parte de las costas de América Central y América del Sur[5].

Pero ya no era el único en recorrer esos espacios antes desconocidos. Ansiosos por emular sus éxitos, numerosos exploradores y aventureros de toda condición se habían precipitado a descubrir el Nuevo Mundo para buscar allí libertad, honor y riqueza. Esas expediciones estaban dirigidas desde España por dos consejeros influyentes de los Reyes Católicos, el obispo de Badajoz, Juan Rodríguez de Fonseca, encargado de los asuntos de ultramar en el Consejo de Castilla, y el secretario personal de los reyes, Lope de Conchillos. Ambos eran allegados de Fernando de Aragón y defensores de la prerrogativa real. Se trataba de adversarios incondicionales de Cristóbal Colón y de los privilegios desconsiderados que le había otorgado la Corona de Castilla según las Capitulaciones de Santa Fe de 1492. Para Colón se había acabado, pues, el título de virrey, con prerrogativas exclusivas para el nombramiento de oficiales en las tierras descubiertas, y concluido también el diezmo (10%) de todas las rentas de las nuevas colonias. Tras un largo proceso, la familia Colón se veía desposeída de todas esas ventajas y las tierras americanas volvieron a ser de derecho común. Pero la mejor manera de atajar las ambiciones de Cristóbal Colón era buscarle rivales. La Corona española recurrió a esa táctica siempre que un conquistador demasiado emprendedor intentaba hacerle sombra o comportarse de manera demasiado independiente. Así ocurrió más tarde con Hernán Cortés en Nueva España y con los Pizarro en Perú. En 1499, provisto de capitulaciones firmadas por Juan de Fonseca, Vicente Yáñez Pinzón, uno de los primeros compañeros de Colón, recorre la costa norte de Brasil y de la Guyana, desde el cabo San Agustín hasta las bocas del Orinoco y la costa de Venezuela. En enero de 1500 será el primer europeo en entrar en el estuario del Amazonas y remontar

parte de su curso. En ese mismo año de 1499, también con el apoyo de Fonseca, Alonso de Ojeda explora las bocas del Orinoco y la costa de Venezuela —«la Venecia pequeña»—, nombre que da al país por su presunta semejanza con el golfo de Venecia. Desde entonces, la Corona sabrá cómo enfrentar a unos clanes rivales con otros para debilitarlos y reforzar su control sobre las tierras recién descubiertas[6].

Tras la destitución de Cristóbal Colón se envía un nuevo gobernador a Santo Domingo en 1502, Nicolás de Ovando, que fue sustituido en dicho puesto por Diego Colón, el hijo del Almirante. A partir de ese momento, todo se acelera. Se coloniza la isla, se reprimen las revueltas indígenas y, desde esa cabeza de puente, proliferan las expediciones en todo el Caribe. Tras el tiempo de los reconocimientos, a partir de la base de Santo Domingo, se abre el tiempo de la Conquista. En 1505 Vicente Yáñez Pinzón ve sus esfuerzos recompensados con el título de capitán general y de corregidor de Puerto Rico, pero la conquista de la isla no se realiza sino a partir de 1508, tras el nombramiento de Juan Ponce de León para el puesto de gobernador. El año siguiente Diego Colón envía a Juan de Esquivel, antiguo brazo derecho de Nicolás de Ovando en las guerras contra los indígenas de Santo Domingo, a conquistar Jamaica. En 1511 es Diego Velázquez de Cuéllar, perteneciente también al clan de los Fonseca, quien parte al asalto de Cuba. En pocos años se somete la isla. En torno a 1515, las cuatro Antillas Mayores —Santo Domingo (o La Española), Puerto Rico (o Isla de San Juan Bautista), Jamaica y Cuba (o Isla Fernandina)— han caído bajo control español, pero las autoridades locales y los colonos deben enfrentarse a dos obstáculos fundamentales. En primer lugar, un problema económico que tiene que ver con la explotación propiamente dicha de los territorios conquistados. Las guerras, las deportaciones y la explotación desenfrenada han contribuido a la eliminación casi total de las poblaciones indias. Los colonos se ven obligados a ir a buscar en otras partes la mano de obra necesaria para el aprovechamiento de sus propiedades. El segundo problema es de orden geopolítico. Se sabe ya que las tierras recién descubiertas no pertenecen al continente asiático, tampoco son las islas de las especias de las que tantos beneficios se esperaban, sino que se trata de un nuevo continente que viene a ofrecerse a las ambiciones de Europa. De inmediato, la búsqueda de un paso que condujera a Asia se convierte en una obsesión tanto para la monarquía como para los conquistadores, y también para sus adversarios.

Para paliar la falta de mano de obra indígena, se lanzan incursiones en el continente. Este es también un medio excelente para

desembarazarse de las bandas de trotamundos y aventureros un poco turbulentos que perturban la vida local. Con un poco de suerte podrían encontrar nuevos territorios que conquistar donde podrían asentarse y, si no, les matarían los indios o acabarían en el fondo del mar. Fue en estas expediciones donde Francisco Pizarro, el conquistador de Perú, o Bernal Díaz del Castillo, el compañero de Cortés en la conquista de México, hicieron sus primeras armas. Tras haber vagabundeado por las islas del Caribe, los españoles vuelven la mirada hacia el continente, fijándose en dos puntos en particular, el golfo de Darién, en Colombia y actualmente en Panamá, y la península de Yucatán, en México. Las expediciones a Darién parten de Santo Domingo, las que se dirigen a Yucatán salen de Cuba. Así, Alonso de Ojeda, después de haber recibido el título de gobernador de una Nueva Andalucía aún por conquistar, partió de Santo Domingo en 1509 con 300 hombres y desembarcó no muy lejos de Cartagena de Indias, en la Colombia actual. Las redadas de esclavos, que fueron muy frecuentes desde el comienzo del decenio de 1500, habían alzado a la población indígena contra los invasores, que perdieron muchos hombres en los combates. Ojeda volvió a navegar hacia Santo Domingo con el fin de obtener socorro, dejando atrás una pequeña colonia al mando de Francisco Pizarro, en un asentamiento que acababa de fundar en San Sebastián de Urabá. Como la posición se volvía insostenible frente a la presión de los indios, Vasco Nuñez de Balboa sugirió a Pizarro desplazar la colonia hasta el oeste del río Urabá, en una ciudad que se fundó en 1510 con el nombre de Santa María la Antigua del Darién. Así nació aquella «Tierra firme» que en lo sucesivo se conocería por el nombre oficial de Castilla de Oro. Fue de Santa María de donde partió Balboa en 1513 para atravesar el istmo de Panamá y descubrir el Mar del Sur, que nosotros conocemos como océano Pacífico. La colonia de Castilla de Oro cobró su auge a partir de 1513 y del nombramiento de Pedro Arias de Ávila —o Pedrarias Dávila— como gobernador y capitán general, quien no vaciló en eliminar físicamente a su yerno y rival Balboa. Aquel conquistador, taimado y brutal, pero también hábil comerciante, fundó la ciudad de Panamá en 1519. A partir de ese momento, la Castilla de Oro vivió una existencia propia orientada hacia el tráfico de oro y el comercio a través del istmo, y enseguida a lo largo del litoral del Pacífico. También desempeñó un papel determinante en la conquista de Perú durante los años 1532-1535.

Yucatán se convirtió más tarde en una de las preocupaciones de los conquistadores españoles. Es posible que Vicente Yáñez Pinzón y su piloto Juan Díaz de Solís avistaran sus costas en 1508-1509, cuando

partieron a la búsqueda de un paso hipotético hacia el oeste, a la altura de Honduras. En cualquier caso, solo después del final de la conquista de Cuba se planteó en esa isla, menos poblada ya que Santo Domingo, la cuestión de la mano de obra. Se organizaron varias expediciones oficiales a partir de Cuba, aun cuando hubo aventureros que empezaron sus correrías por las orillas del país maya, a título privado. En 1517 la primera de las expediciones promovidas por el gobernador de la isla, Diego Velázquez de Cuéllar, bordeó las costas de Yucatán desde el cabo Catoche, en el extremo septentrional de la península, hacia el sudoeste hasta la altura de Champotón. Los españoles fueron repelidos por los guerreros mayas. El año siguiente la expedición encabezada por Juan de Grijalva siguió aproximadamente la misma ruta y conoció más o menos la misma suerte. En 1519 una tercera expedición, integrada por 11 naves y 450 hombres, partió subrepticiamente de La Habana. A su mando estaba Hernán Cortés, que se había convertido en un rebelde perseguido por la animadversión feroz hacia su antiguo protector, el gobernador de Cuba, y todos los leales a este. La historia es conocida. Dos años más tarde Cortés entraba victorioso en Tenochtitlán, tras someter al imperio de la Triple Alianza[7]. Los curtidos veteranos que sobrevivieron a esas guerras de conquista en las Antillas, en Centroamérica y en Perú suministraron gran parte de sus oficiales a las expediciones al norte de los años 1530 a 1540.

La búsqueda del estrecho

Más adelante volveré a exponer la visión que tenía Cortés sobre los asuntos del mundo, pero en aquella época había otra cuestión que preocupaba mucho a los políticos españoles, la de la travesía del continente americano que permitiera llegar directamente al Pacífico y desde allí a China y a las islas de la especiería (las Molucas). Cristóbal Colón fue el último en seguir convencido de haber llegado a Asia. Muy pronto resultó evidente que las tierras descubiertas pertenecían a otro continente cuya existencia se desconocía hasta entonces, un Nuevo Mundo, por utilizar el término empleado por el primer cronista de la Conquista, Pedro Mártir de Anglería, o la América, como la llamara ya en 1507 Martin Waldseemüller, el editor de las obras de Américo Vespucio (Amerigo Vespucci)[8]. Por muy interesante que pudiera ser ese nuevo continente, no se trataba de Asia, con sus mercados de productos de lujo que fascinaban a los europeos desde hacía siglos, y si bien muchos aventureros, atraídos por aquellas nuevas tierras, tenían la intención de establecerse allí o de hacer fortuna con rapidez,

para otros, así como para la Corona española, América no debía ser sino una etapa en la ruta hacia Asia. La cuestión del descubrimiento de un estrecho que permitiese abrir una vía marítima desde el mar del norte (el océano Atlántico) al mar del sur (el océano Pacífico) se convirtió en una cuestión estratégica para todos los Estados europeos que habían emprendido exploraciones marítimas, pero más aún para Castilla, que en esas rutas debía hacer frente a la competencia de Portugal[9].

Es necesario retrotraerse unos cuantos años para comprender la importancia que podía tener el descubrimiento de esa ruta. Durante todo el siglo XV, los portugueses se habían esforzado en llegar al océano Índico rodeando África. Vieron coronados sus esfuerzos en 1487, cuando Bartolomeu Dias rodeó el cabo de Buena Esperanza. Les parece, a partir de entonces, que el mercado asiático de las especias se abre para ellos, aun cuando todavía necesiten una decena de años para llegar a la India meridional. Pero cinco años más tarde Cristóbal Colón desembarca en las Antillas y, desde su vuelta en la primavera de 1493, se inician grandes maniobras diplomáticas en un clima de emulación entre las cortes de Portugal y Castilla que recurren al arbitraje del papa. A partir del 4 de mayo de 1493, Castilla obtiene de Alejandro VI la bula *Inter cœtera* que acaba con el monopolio de los descubrimientos que el papado había otorgado hasta entonces a Portugal. Se inician a continuación unas negociaciones entre Castilla y Portugal para definir las áreas de influencia respectivas de ambas potencias, que concluyen con la firma del Tratado de Tordesillas el 7 de junio de 1494. Entre otras cláusulas, ese texto prevé un reparto del mundo según un meridiano trazado a través del Atlántico: al este de dicho meridiano los portugueses obtienen el monopolio de la navegación y la conquista; al oeste, corresponde a los castellanos. Así es como los portugueses llegan a la India en 1498 con Vasco de Gama, se apoderan luego de Malaca en 1511 y abordan las Molucas en 1512 y el sur de China en 1514 o 1515, por una ironía de la historia, gracias a un primo lejano de Cristóbal Colón llamado Rafael Perestrelo[10].

A partir de ese momento a los castellanos no les quedaba más alternativa que llegar a Asia y a las islas de las especias por el oeste. Esta es la razón por la que Cristóbal Colón permaneció convencido hasta su muerte de haber llegado a Asia. Sin embargo, muchos dudaban de ello. Al atravesar el istmo de Panamá en 1513 para alcanzar las orillas del océano Pacífico, Vasco Núñez de Balboa demostró la futilidad de las teorías del navegante genovés. Sin embargo, el respeto de la frontera inmaterial de Tordesillas era incuestionable. En 1502 el castellano Alonso de Ojeda desembarcó en

un lugar situado en el extremo oriental de Brasil al que da el nombre de Santa Cruz. Era notorio que esa porción del territorio brasileño formaba parte del territorio controlado por Portugal. Cuando Ojeda volvió a España, fue condenado a pagar una cuantiosa multa, que le llevó a la ruina, por no haber respetado las estipulaciones del Tratado de Tordesillas. Las demás potencias europeas, a pesar de no ser signatarias del tratado, debían respetar sus cláusulas, aunque fuese a su pesar y aunque se complaciesen en reivindicar el derecho a la libertad de los mares. Los portugueses tenían poderío suficiente para eliminar materialmente todo navío europeo que encontrasen en las aguas cuyo uso exclusivo se habían reservado[11]. Así pues, fue como todas las potencias marítimas europeas partieron en busca del famoso estrecho. Los primeros en descubrirlo fueron los castellanos, con la expedición de Magallanes en 1519-1521. Suele decirse que esa fue la ocasión en que se demostró definitivamente la esfericidad de la Tierra. Es cierto, pero ese no fue el resultado más importante. Todo el mundo científico europeo estaba persuadido desde hacía tiempo de que la Tierra era una esfera, pero, en el plano comercial y político, Magallanes había demostrado que era posible rodear el continente americano para alcanzar las Molucas, las islas de las especias, por la vía marítima occidental.

Sin embargo, el descubrimiento del estrecho llamado de Magallanes, en Patagonia, no resolvió ni mucho menos todos los problemas. En la era de la navegación a vela el periplo al que los navegantes se veían obligados hacía de esa ruta algo extremadamente peligroso. Obligaba a las naves a adentrarse en latitudes muy bajas de los mares del sur que eran particularmente peligrosos. Los marinos les han dado nombres muy sugestivos como los «rugientes cuarenta» y los «aulladores cincuenta». Pero si el paso del cabo de Hornos, en el extremo sur de la Tierra del Fuego ha adquirido hoy en día una reputación casi mitológica, se olvida que la navegación por el estrecho de Magallanes es igualmente difícil debido a sus vientos caprichosos y a los escollos que emergen en toda su extensión. Una vez franqueado ese obstáculo, la travesía del Pacífico sur es penosa. Los navegantes deportivos que la emprenden hoy en día —cabe señalar que en escasas ocasiones—, la llaman la «vuelta al mundo al revés», porque se hace contra los vientos y corrientes dominantes. Si bien Magallanes se encontró, al salir del estrecho, con un mar tranquilo, hasta el punto de merecer el nombre de «Pacífico» con que lo bautizó, casi siempre el oleaje que agita el Pacífico sur pone a prueba a los marinos y a los barcos. La apertura del estrecho de Magallanes no resolvía el problema que se planteaba a los castellanos. Se trataba de una ruta

casi impracticable y navegar por ella sin percances era como una hazaña deportiva. Por lo demás, las expediciones posteriores tuvieron muy mal fin[12].

Comienza entonces una carrera internacional para descubrir un estrecho a unas latitudes más asequibles. Naturalmente hoy sabemos que no existe, pero los europeos necesitaron cerca de un siglo para convencerse de ello. Todo el litoral oriental del continente americano fue objeto de inspección, peinándose minuciosamente con la esperanza de descubrir el famoso «paso del Noroeste» o «ruta de las especias». Los primeros que reaccionaron fueron los ingleses. A partir de 1497, John Cabot —o Giovanni Caboto, puesto que era un italiano al servicio de Enrique VII— había bordeado las costas del norte de Canadá actual y había llegado hasta Terranova. No había mencionado la existencia de un estrecho. El año siguiente, desapareció en esos mismos parajes. En 1500 fue Gaspar Corte-Real quien intentó la aventura por cuenta del rey de Portugal. Llega a Groenlandia sin poder desembarcar a causa del frío. Vuelve a Lisboa y reincide al año siguiente, descubre el Labrador pero una parte de su flota desaparece y él con ella. Sigue sin encontrarse el paso. En 1509 los españoles entran en la competición mediante la expedición que conduce por Honduras Vicente Yáñez Pinzón, asociado con Juan Díaz de Solís. Todo en vano. En 1515 es Juan Díaz de Solís el que toma el mando de una expedición de tres naves que parte de Sanlúcar de Barrameda, en Andalucía, y sigue las costas de Brasil hasta alcanzar el río de la Plata. Luego se adentra en el inmenso estuario, remonta el Paraná hasta la confluencia con el Paraguay, pero cuando cree haber descubierto el famoso paso, sufre un ataque de los indios y acaba, como sus compañeros, en el estómago de unos caníbales en febrero de 1516.

Corresponde, pues, a Fernando de Magallanes el descubrimiento, a finales del año 1520, del estrecho que llevará su nombre. Como hemos visto antes, la meta del navegante no era tanto demostrar la esfericidad de la Tierra como eludir las cláusulas del Tratado de Tordesillas. Ese objetivo se alcanzó, ya que Carlos V y Juan III de Portugal emprendieron unas negociaciones acerca del matrimonio del emperador con la infanta portuguesa Isabel que terminaron con un compromiso: el Tratado de Zaragoza de 1529. Los portugueses se quedaron con las Molucas y los españoles adquirieron una opción sobre las futuras Filipinas y el comercio chino, todo ello según el trazado de un meridiano hipotético, que correspondía, en el Pacífico, al de Tordesillas en el Atlántico, y que era igualmente difícil de definir y tan falso como el precedente, ya que en el siglo XVI aún no se sabía calcular la longitud. La ruta larga y peligrosa por el estrecho de

Magallanes indujo a la mayoría de los Estados europeos a buscar otra de acceso más fácil por el famoso paso del Noroeste que los españoles llamaron el «estrecho de Anián», nombre dado en recuerdo de Marco Polo, que había designado así una provincia del sur de la China, quizá la isla de Hainan. Después Francisco I promovió la expedición de Giovanni da Verrazanno que, en 1523-1524, navegó por las costas de América del Norte, desde Carolina del Norte hasta Terranova, y luego las de Jacques Cartier, de 1534 a 1542, el cual creyó haber encontrado el paso a la altura del San Lorenzo. Al final del siglo XVI, en el marco del desafío de la reina Isabel I de Inglaterra a la monarquía católica, proliferaron las expediciones inglesas: Martin Frobisher, entre 1576 y 1579; John Davis, entre 1585 y 1587, y más tarde Henry Hudson y William Baffin, a comienzos del siglo XVII, fueron sucesivamente a explorar las inmensidades heladas del norte de Canadá, sin dar con el dichoso paso. En 1591 Thomas Cavendish tuvo la idea de buscarlo por la costa occidental de América del Norte. Pasó por el estrecho de Magallanes y subió por la costa del Pacífico del continente americano. Su hazaña sirvió de poco pero el sueño subsistía. En 1618 los franceses establecieron un puesto de aduanas en el curso superior del San Lorenzo. El lugar todavía existe. ¡Se encuentra en los suburbios de Montreal y se llama Lachine*[13]!

Todos esos viajes se desarrollaron fuera de la zona de influencia de España. Pero a los propios españoles no les parecía suficiente el estrecho de Magallanes, demasiado poco práctico para su gusto. Durante cierto tiempo se empeñaron en buscar uno que fuese más cercano a sus posesiones y de acceso más fácil. En 1526 Sebastián Cabot reprodujo el periplo de Juan Díaz de Solís por el río de la Plata. Era el hijo de John Cabot pero navegaba por cuenta de Castilla. Puede decirse que tuvo más suerte que su predecesor, ya que logró regresar con vida, pero no pudo menos que reconocer que no era aquel el estrecho que se buscaba. Los españoles explotaron entonces lo mejor que tenían, las rutas terrestres por istmos que atravesaban el continente. Dos de ellas eran excelentes: la del istmo de Panamá, abierta por Vasco Núñez de Balboa en 1513 y completada por Pedrarias Dávila en 1519 (entre Nombre de Dios y Panamá), y la de Nueva España, entre Veracruz y la costa del Pacífico. Voy a centrarme en esta última, pues denota el genio visionario de Hernán Cortés, que era ciertamente uno de los mejores estrategas de su tiempo.

Hernán Cortés y China

Hernán Cortés había comprendido dos cosas. Si quería conquistar las

altas mesetas dominadas por México-Tenochtitlán, debía controlar primero las costas, y en particular las del golfo de México pues de allí venían a la vez los refuerzos y los competidores que había que apartar. No olvidemos que, cuando leva anclas en La Habana, Cortés es un rebelde que acaba de hacerle una muy mala pasada al gobernador de Cuba. Sabe que Diego Velázquez hará uso de todos los recursos de su influencia para vengarse de él y que se beneficia del apoyo de Juan de Fonseca, a la sazón obispo de Burgos y patriarca de las Indias. Fonseca es el hombre de confianza de Carlos V en el Consejo de Castilla y el que está llamado a fundar y dirigir el Consejo de Indias con ocasión de las grandes reformas del Estado español durante los años 1523 y 1524. Cortés también entendió que, si bien Nueva España no era la India ni China, podía servir perfectamente de puente entre Europa y Asia. Todavía no había caído México-Tenochtitlán cuando ya se veía en las costas del Pacífico, desde donde pretendía lanzar expediciones marítimas hacia Asia. En ese sentido, salvo por el misticismo, fue digno sucesor de Cristóbal Colón. Cortés era un maestro en el arte de darse importancia, un gran «comunicador», como se diría hoy, pero también un hombre pragmático y un avezado organizador que trató en cuanto pudo de controlar las costas del Pacífico para convertirlas en una base de partida hacia Asia. No lo consiguió, no tuvo tiempo a causa de las dificultades técnicas que entrañaba la travesía del Pacífico, sobre todo en los viajes de vuelta. Pero Cortés consiguió nutrir ese proyecto inmenso, financiar expediciones destinadas a explorar las costas de Nueva España, y estableció un eslabón importante en la conquista y explotación de Filipinas, aunque no tuviese ocasión de participar en ellas. Desde finales del siglo XVI, México sostuvo relaciones con China y Japón y pudo afirmarse con razón como equidistante de Europa y Asia. Nueva España debió indudablemente ese éxito a Cortés[14].

Poseemos muchos documentos que nos permiten seguir el pensamiento y las empresas marítimas de Cortés, sus *Cartas de relación,* que escribió a Carlos V para darle cuenta del avance de sus conquistas y explicarle la organización del nuevo reino de Nueva España, así como documentos diversos que se han agrupado y publicado y cuya consulta ha enriquecido la visión que se podía tener de la inteligencia política de Cortés[15]. Una de sus primeras preocupaciones fue asegurarse el control de la costa atlántica. El primer asentamiento de la ciudad de Veracruz se encontraba en la desembocadura del río Huitzilapan, muy cerca de la ciudad totonaca de Cempoala, antes de que fuese desplazado un poco más hacia el interior de las tierras en la actual ubicación de La Antigua. El puerto

natural situado en la desembocadura del río no era adecuado porque estaba expuesto a los vientos. En cuanto fundó la ciudad y eliminó de su cuerpo expedicionario a los partidarios de Diego Velázquez, Cortés emprendió la búsqueda de un puerto más apropiado. Envió emisarios a reconocer todo el litoral, desde el río Pánuco, al norte, hasta el río Grijalva, en la costa occidental de Yucatán. Optó por la desembocadura del Coatzacoalcos, donde dejó una guarnición de 150 hombres bajo el mando de Gonzalo de Sandoval con el encargo de fundar allí una ciudad y un puerto a los que dio el nombre de Espíritu Santo (octubre de 1521). Gracias a la amistad de los totonacos, a los que apoyaba en su resistencia a las pretensiones de Tenochtitlán, Cortés se hizo con un sistema de vigilancia que le avisaba de la llegada de barcos hostiles. Tenía muchos enemigos, particularmente en Cuba, entre los allegados al gobernador Diego Velázquez. La más conocida de las expediciones de represalia enviadas por Cuba para castigar al felón es la de Pánfilo de Narváez, que arribó a Veracruz en mayo de 1520, mientras Cortés era huésped de Moctezuma en México-Tenochtitlán. Con el apoyo de la pequeña guarnición de Veracruz y de las poblaciones indias locales, escandalizadas por el comportamiento de los soldados de Narváez, Cortés derrotó a su adversario el 27 de mayo de 1520, en los muros mismos de Cempoala e incorporó a los partidarios de su causa. Pero tenía otro rival, que esta vez era oficial, y cuya existencia parece haber ignorado hasta entonces.

El Consejo de Castilla concedía, a demanda de los interesados, unas capitulaciones[16] para emprender el descubrimiento y la colonización de territorios que aún no habían sido sometidos. Eso fue lo que hizo en lo que se refería a Francisco de Garay, gobernador de la isla de Jamaica, que recibió autorización para descubrir y colonizar la costa del golfo de México, desde Florida hasta el río de Las Palmas, del que no se sabe a ciencia cierta si se trataba del río Soto la Marina o del río Pánuco, en el actual estado mexicano de Tamaulipas. La primera expedición tuvo lugar en 1519, en el momento mismo en que Cortés abandonaba Cuba y desembarcaba en Veracruz. Las cuatro naves de Francisco de Garay, bajo el mando de Alonso Álvarez de Pineda, tenían la tarea de localizar y trazar el litoral del golfo, encontrar el paso del Noroeste e interceptar la flota de Cortés. La reacción de este estuvo plena de inteligencia y astucia. Sin contravenir en ningún caso los proyectos de Carlos V, hizo todo lo posible para conseguir que fracasasen los proyectos de Garay indisponiéndolo con los indios y haciendo pasar a Pineda por un incompetente que amenazaba con inflamar una región que apenas se acababa de pacificar. Cortés tendió una emboscada a sus adversarios y obligó a Pineda a huir por el

Pánuco, donde pereció a causa de un alzamiento indígena. En cuanto hubo solucionado en la batalla de Cempoala el problema que le planteaba Narváez, estableció una guarnición en el río Pánuco, en la frontera septentrional de Nueva España, frente al territorio concedido a Garay, con el fin de vigilar los movimientos de sus adversarios. Así se fundó la ciudad de Santisteban del Puerto, en la orilla meridional del río Pánuco.

Los conflictos con Garay ocupan buena parte de su segunda *Carta de relación* enviada a Carlos V. Y es que, a partir de 1520, Garay promovió una segunda expedición, bajo el mando de Diego de Camargo, que también fracasó tras enfrentarse con la resistencia de los indios huastecas. Cuando se encontraba en Tepeaca, dedicándose a reconquistar el país después de la Noche Triste, Cortés recibió cartas de su lugarteniente en Veracruz en las que se le anunciaba que acababan de arribar al puerto unos supervivientes de la expedición a bordo de dos barcos. Es difícil no sorprenderse con el alarde de hipocresía que revela el relato que Cortés hace a su rey cuando relata este episodio: «De lo cual todo nos pesó tanto como de nuestros trabajos pasados y por ventura no les acaeciera este desbarato si la otra vez ellos vinieran a mí, como ya he hecho relación a vuestra alteza; porque como yo estaba muy informado de las codas de estas partes, pudieran haber de mí tal aviso por donde no les acaeciera lo que les acaeció; especialmente que el señor de aquel río y tierra, que se dice Pánuco, se había dado por vasallo de vuestra sacra majestad, en cuyo reconocimiento me había enviado a la ciudad de Temixtitan, con sus mensajeros, ciertas cosas, como ya he dicho»[17]. En realidad, como sospechaba Cortés, Garay actuaba en nombre del clan Fonseca-Velázquez con el propósito de desestabilizarle en Nueva España. Pero la relación de fuerzas cambió definitivamente en su favor tras la toma de México-Tenochtitlán en agosto de 1521. A pesar de haber sido un rebelde en su momento, ahora había que considerar a Cortés como lo que era en realidad: el dominador de Nueva España, un territorio del que Carlos V esperaba mucho. El 15 de octubre de 1522, el emperador le concedía el título de gobernador y capitán general de Nueva España y transmitía a Diego Velázquez, gobernador de Cuba, y a Francisco de Garay la orden de que dejasen de agredirlo. Es más, un año más tarde, en virtud de una cédula de 10 de diciembre de 1523, Carlos V le garantizaba su apoyo y le pedía que tratase de enviarle «la más suma de oro que vos fuere posible» desde su nueva conquista[18].

Pero en las Antillas todavía no tenían noticia de dicho reconocimiento oficial. Ese fue el contexto en el que se desarrolló la tercera expedición de Francisco de Garay al río de Las Palmas,

encabezada esta vez por Garay en persona, asesorado por Juan de Grijalva, un allegado de Diego Velázquez, que había dirigido la expedición de 1518 a las costas de Yucatán. La flota era imponente —11 naves y cerca de 800 hombres—; levó anclas en junio de 1523 con rumbo a Amichel, el nombre que llevaba el territorio descubierto cuatro años antes por Alonso Álvarez de Pineda. Garay contaba con una patente de la Corona pero Hernán Cortés no se dejó engañar y, como dice en su cuarta *Carta de relación,* enviada en octubre de 1524, estaba perfectamente informado de lo que se tramaba en Cuba, donde tenía sus propios agentes: «supe, de un navío que vino de la isla de Cuba, cómo el almirante don Diego Colón y los adelantados Diego Velázquez y Francisco de Garay quedaban juntos en la isla y muy confederados para entrar por allí como mis enemigos y hacerme todo el daño que pudiesen»[19]. Decidió, pues, partir de México con 120 de a caballo, 300 infantes y hasta 40.000 guerreros indígenas con el fin de reforzar la frontera del Pánuco. Para justificar su acción, siente la necesidad de puntualizar que obra así porque los indios, atemorizados por la llegada de los otros españoles, así se lo pidieron. Cortés pacificó la provincia, fundó de nuevo la ciudad de Santisteban del Puerto —que no era hasta entonces sino un simple fortín—, instaló allí a los nuevos habitantes, todos hombres de a caballo y peones de infantería, nombró alcaldes y regidores y dejó allí a un lugarteniente como capitán de la guarnición. No desaprovecha la ocasión para reverdecer sus laureles de cara al emperador por la labor realizada, señalando a su atención que, de no haber él pacificado la comarca, probablemente habrían muerto todos los miembros de la expedición de Garay.

Mientras tanto, Garay había llegado al río de Las Palmas —probablemente el río Soto la Marina—, había desembarcado allí y había iniciado la marcha hacia el sur, hacia la frontera del Pánuco, con un cuerpo expedicionario de 120 caballos, 400 peones de infantería y una artillería contundente. Se declaraba gobernador de la provincia e intentaba captar a los indios sometidos por Cortés prometiéndoles venganza. Este último afirma incluso que sus sospechas acerca de la alianza entre Garay, el almirante Diego Colón y el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, se confirmaron cuando «llegó al dicho río [Pánuco] una carabela de la isla de Cuba y en ella venían ciertos amigos y criados de Diego Velázquez y un criado del obispo de Burgos [Hernández de Fonseca], que dizque venía proveído de factor de Yucatán y toda la más compañía eran criados y parientes de Diego Velázquez y criados del almirante [Diego Colón]»[20]. En ese momento Cortés se encuentra en México, «manco de un brazo de una caída de caballo». Algún tiempo después de haber recibido esas

noticias, llega un mensajero de Veracruz provisto de la famosa cédula real, fechada el 15 de octubre de 1522, que «mandaba al dicho adelantado Francisco de Garay que no se entrometiese en el dicho río ni en ninguna cosa que yo tuviese poblado, porque Vuestra Majestad era servido que yo lo tuviese en su real nombre»[21].

Cortés, magnánimo, decide entonces negociar con Garay. Despacha a Diego de Ocampo, alcalde mayor, para que acompañe a su mejor lugarteniente, Pedro de Alvarado. La flota de Garay estaba fondeada en la desembocadura del Pánuco, a unas pocas leguas de la ciudad y guarnición de Santisteban del Puerto. Cortés consigue convencerlo de que desista de su proyecto de colonización, desarme a sus partidarios más vehementes, como Juan de Grijalva, y los expulse de Nueva España. Luego invita a Garay a que venga a verle en México, donde le recibe fastuosamente mientras que los indios del Pánuco acosan a los soldados desbandados de Garay y los exterminan sin piedad. A pesar de que los dos hombres se hubiesen reconciliado con ocasión de un contrato de matrimonio que unía a un hijo de Garay con una hija de Cortés, Francisco de Garay, enfermo y abatido por su fracaso, preocupado por la suerte de otro de sus hijos que todavía se encontraba en el Pánuco, se hundió en la depresión y murió tres días más tarde, el día siguiente a la Navidad de 1523. Corrieron rumores de envenenamiento que se extinguieron enseguida, ya que el estado de salud de Garay justificaba aquella muerte brutal pero que al parecer era previsible.

La búsqueda del paso hacia el mar del Sur

A partir de 1523 Hernán Cortés tiene por fin libertad de acción. Puede pacificar el país, establecer nuevas instituciones y ponerlo a producir. Carlos V le encarga incluso que le envíe todas las riquezas que pueda obtener, porque necesita dinero desde que se ha enzarzado en una prueba de fuerza con Francisco I por el control del Milanesado. Hernán Cortés no se hace rogar. Se dedica entonces a su pasión principal, la búsqueda de una vía marítima hacia las islas especieras. En agosto de 1521, cuando apenas se ha acabado el asedio de México, las ruinas de la ciudad destruida todavía humean y el olor pestilente de los cadáveres de enemigos vencidos todavía flota sobre el campo de batalla, recibe la visita de enviados del *caltzoncin* de Michoacán, jefe de los indios tarasco que, mucho antes de la llegada de los españoles, había encabezado la resistencia contra las pretensiones de la Triple Alianza. Esos hombres debían de estar encantados al ver a sus enemigos vencidos y tenían curiosidad por conocer al nuevo amo de

México. Cortés los recibe con muchos miramientos y hace evolucionar a su caballería delante de ellos para impresionarlos, pero tiene la intención de llegar al mar del Sur. «Y como yo de poco acá tenía alguna noticia del mar del Sur, me informé también de ellos si por su tierra podía ir allá; y ellos me respondieron que sí, y les rogué que, para que pudiese informar a vuestra majestad de la dicha mar y de su provincia llevasen consigo dos españoles que les daría.[22]»

Como se puede ver, desde 1521 Cortés está a la busca de la ruta de las Indias. Está perfectamente al corriente de los resultados de las exploraciones en el océano Índico, al igual que de la hazaña de Núñez de Balboa en 1513 y de la fundación de la ciudad de Panamá en 1519 por Pedrarias Dávila. Esperaba descubrir en este mar del Sur «muchas islas ricas de oro, perlas, piedras preciosas y especería, y se habían de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables»[23]. Técnicamente se le presentan dos posibilidades. La primera y más aleatoria es partir en busca del paso del Noroeste. Cortés está al tanto de las expediciones realizadas en la costa nororiental de los territorios americanos, por la parte de las islas Bacallaos (Terranova y la desembocadura del San Lorenzo), para encontrar el famoso paso, una idea que nunca abandonará, a pesar de promover la segunda solución, la apertura de vías terrestres a través del istmo centroamericano entre el Atlántico y el Pacífico. Como punto de apoyo en la costa atlántica vaciló durante largo tiempo entre Veracruz y Coatzacoalcos. El primer emplazamiento de Veracruz nunca fue interesante porque estaba demasiado expuesto a los vientos marinos. Varios naufragios sirvieron para recordar sus condiciones desfavorables. Hubo que esperar a que Veracruz se asentase en su emplazamiento actual, hacia el final del siglo, para que Nueva España dispusiese de un puerto natural adecuado en su litoral atlántico porque Coatzacoalcos (Espíritu Santo) tampoco era adecuado, no ya porque las condiciones portuarias fuesen inadecuadas, sino por su pantanoso interior. Sin embargo, la elección del lugar poco favorable de La Antigua se explica por el hecho de que la ciudad controlaba la ruta estratégica que conducía al golfo de México. Durante mucho tiempo, la primera cabeza de puente establecida por Cortés desde 1519 alrededor de Cempoala y Tlaxcala, la ciudad que fue aliada desde el primer momento, fue el núcleo de su implantación en el continente. Aquella plaza fuerte estaba protegida al oeste por la ciudad española de Segura de la Frontera (hoy Tepeaca). Desde allí había dos rutas posibles, una hacia el sudoeste, Oaxaca y el istmo de Tehuantepec, y la otra hacia el noroeste, México, y las provincias de Michoacán y Colimán.

Cortés exploró esas dos rutas. Envió dos españoles a Tehuantepec y

otros dos a Michoacán con órdenes de que tan pronto alcanzasen el océano tomasen posesión de él en nombre de Carlos V y erigiesen cruces. El cacique de Tehuantepec, que había manifestado su intención de reconocer la autoridad de Cortés, recibió amablemente a los emisarios españoles. Estos retornaron a México rápidamente con dignatarios indígenas portadores de regalos en signo de paz, joyas, piezas de oro y plumajes, de los que Cortés mandó tomar nota al tesorero real. Él envió a los embajadores indios de vuelta y les dio «ciertas cosas que le llevasen»[24]. Unos meses más tarde, el mismo cacique de Tehuantepec solicitó la ayuda de los españoles contra sus vecinos de Tuxtepec que se habían sublevado. Cortés despachó en 1522 un cuerpo expedicionario, bajo el mando de Pedro de Alvarado, que restableció el orden. La provincia parecía ser rica en oro y perlas, pero lo que más atraía a Cortés era su interés estratégico. Así reitera a Carlos V: «el deseo que yo tengo de servir a vuestra majestad en esto de la mar del Sur, por ser cosa de tanta importancia, he proveído con mucha diligencia que en una de las partes por donde yo he descubierto la mar [probablemente Tehuantepec o Huatulco], se hagan dos carabelas medianas y dos bergantines; las carabelas para descubrir, y los bergantines para seguir la costa; y para ello he enviado a una persona de recaudo bien cuarenta españoles, en que van maestros y carpinteros de ribera, aserradores, herreros y hombres de la mar; y he proveído a la villa por clavazón, velas y otros aparejos necesarios para los dichos navíos, y se dará toda la prisa que sea posible para acabarlos y echarlos al agua». Y con la habitual ostentación de su propia valía concluye: «lo cual hecho, crea vuestra majestad que será la mayor cosa y en que más servicio redundará a vuestra majestad, después que las Indias se han descubierto»[25].

La ruta del Pacífico a través de los territorios de los tarascos fue más difícil de abrir. Los embajadores recibidos en México en agosto de 1521 habían advertido a Cortés de que «para pasar al mar había de ser por tierra de un gran señor con quien ellos tenían guerra, y que por esta causa no podían por ahora llegar a la mar»[26]. Fue por tanto a principios de 1522 cuando los dos españoles destacados volvieron a México acompañados de un hermano del rey de Michoacán, junto con dignatarios y un séquito de más de mil personas que traían como regalos de parte del Calcucín —o *cazonci*— grandes rodelas de plata y otros objetos preciosos. Cortés, como solía, juzgó necesario exhibir su fuerza e hizo desfilar a su infantería, tirar salvas a sus escopeteros, cargar y evolucionar a su caballería y sobre todo tirar con su artillería contra la gran pirámide de la antigua capital azteca. La exhibición acabó con una visita comentada de las ruinas de Tenochtitlán, lo que

despertó la admiración de los tarascos que tanto habían padecido la agresividad de su antiguo enemigo. Unos días más tarde, Cortés despidió a la delegación cargada de presentes para el señor de Michoacán.

En la cuarta *Carta de relación,* que escribió dos años más tarde, en 1524, Hernán Cortés se refiere de nuevo a la colonización y aprovechamiento de la costa del Pacífico. Entre tanto había fundado el puerto de Zacatula, donde desembocaba el camino que a partir de Patzcuaro, la capital tarasca (actualmente Lázaro Cárdenas), atravesaba la Sierra Madre occidental en dirección al sur. Cortés había dispuesto inmediatamente que se construyesen cuatro barcos destinados a descubrir el mar del Sur. Pero, infringiendo sus órdenes, los soldados se dirigieron hacia el norte, en la provincia de Colimán (hoy Colima), donde se encontraron con una fuerte resistencia que se tradujo en grandes bajas entre los aliados indígenas. Con el fin de aplacar la sublevación, puso en marcha una nueva expedición cuyo mando confió a Gonzalo de Sandoval, uno de sus mejores lugartenientes. La ciudad de Colima se fundó en 1523 y el capitán le anunció la buena nueva de que había encontrado un puerto en la costa, probablemente el de Santiago (hoy Manzanillo). Pero sobre todo le transmitió informaciones que estaban llamadas a excitar la imaginación de los conquistadores durante varios decenios. Los caciques de la provincia no identificada de Ciguatán le habían asegurado que en la provincia existía «una isla toda poblada de mujeres [...] y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres, con los cuales han acceso y las que quedan preñadas, si paren mujeres las guardan y si hombres los echan de su compañía y que esta isla está diez jornadas de esta provincia y que muchos de ellos han ido allá y la han visto. Dícenme asimismo que es muy rica de perlas y oro»[27]. Y así fue como se arraigó en América del Sur el mito de las Amazonas, enésima variante del mito de la Grecia antigua. Pronto California fue conocida como aquella fabulosa isla de las Amazonas, antes de que las expediciones exploratorias desmintiesen la leyenda. Al final del decenio de 1520, Hernán Cortés había identificado varios posibles puertos en la costa del Pacífico: de sur a norte, Tehuantepec, Huatulco, Acapulco, Zihuatanejo, Zacatula, Santiago, Barra de Navidad, a los que más tarde se añadieron Bahía de las Banderas (Puerto Vallarta), Matanchel (San Blas) y Chametla (Mazatlán). Este fue el fundamento de la segunda vocación de Cortés. Tras haber sido el conquistador de Nueva España, se hizo armador y financió varias expediciones a través del Pacífico.

Pero, antes de considerar a Cortés como empresario de descubrimientos, es preciso seguir su búsqueda del estrecho, que, según la opinión general, había de favorecer el tránsito del Atlántico al Pacífico. A partir de 1522, Carlos V le confía la misión de encontrarlo. Hernán Cortés se refiere a él en tres ocasiones en su cuarta *Carta de relación* de 1524. Cuando despacha a su capitán Cristóbal de Olid a Las Hibueras —el nombre dado a la actual Nicaragua por las numerosas calabazas que flotaban en el mar— para aplacar una sublevación en tierra maya, le encarga también que encuentre el estrecho hacia el mar del Sur del que muchos pilotos dicen que se encuentra por aquella parte «por el gran servicio que se me representa que de ello vuestra cesárea majestad recibiría». Así respondía a una carta que Carlos V le había enviado el 26 de junio de 1523 en la que le pedía que encontrase esa ruta marítima al sur de Nueva España y que le tuviese al corriente del resultado de sus exploraciones. Un poco más tarde y de modo contradictorio, Cortés da en pensar que ese estrecho debería de estar al norte y se propone ir a buscarlo. Al no haberlo encontrado en ningún otro lugar, «viendo que otra cosa no me quedaba para esto sino saber el secreto de la costa que está por descubrir entre el río Pánuco y la Florida, que es lo que descubrió el adelantado Juan Ponce de León y de allí la costa de la dicha Florida, por la parte del Norte, hasta llegar a los Bacallos, porque se tiene cierto que en aquella costa hay estrecho que pasa a la mar del Sur y se hallase, según cierta figura que yo tengo del paraje adonde está aquel archipiélago, que descubrió Magallanes por mandado de Vuestra Alteza»[28].

El texto no es demasiado claro. Cortés probablemente se refiere a Filipinas, el archipiélago descubierto unos años antes por Magallanes. Alrededor de 1520 los conocimientos que podían tenerse sobre el Pacífico eran todavía someros. Se tenía a ese océano por mucho más pequeño de lo que era en realidad. Además se pensaba que América y Asia formaban un solo bloque continental. Esta es la opinión que expresa también Pedro de Castañeda, cronista de la expedición de Coronado a Nuevo México. Se dedica a hacer una descripción de las costumbres, la religión y la situación de cada provincia «para que después se pueda entender de qué parte está la Florida y a qué parte cae la India Mayor [la India y la Insulindia actuales], y cómo esta tierra de la Nueva España [la *Tierra Nueva* de Coronado] es tierra firme con el Perú, así lo es con la India Mayor o de la China, sin que por esta parte haya estrecho que la divida»[29]. Al remontar el continente americano hacia el norte se consideraba posible llegar a

Asia. En caso de que se descubriese un estrecho a la altura de Terranova —cabe pensar aquí en el San Lorenzo—, este debería desembocar en la costa del Pacífico en la latitud de las islas Filipinas, a las que se podría acceder directamente con facilidad. Más adelante en esa carta Cortés concreta su idea. Anuncia a Carlos V que ha decidido organizar dos flotas, una de ellas encargada de seguir por el oeste la costa del Pacífico hasta el nuevo estrecho, o incluso hasta Filipinas, mientras que la segunda subiría por la costa atlántica hasta las islas Bacallaos, es decir, Terranova y Nueva Escocia. En definitiva, tuvo que escoger y concentró sus esfuerzos en el Pacífico, allí donde pensaba descubrir el famoso estrecho de Anián que hasta el siglo XVII cegó a tantos científicos y descubridores. Pero es evidente que desde 1523 hasta 1524 Cortés estaba muy bien informado sobre los viajes de exploración en curso.

Esta búsqueda de China y de las Indias Orientales prosiguió durante toda la vida de Cortés en Nueva España, en dos fases cuyo punto de inflexión se sitúa en torno de 1529, fecha en que se firmó el Tratado de Zaragoza entre España y Portugal que cambió los parámetros de la cuestión. Con arreglo a ese tratado, los portugueses se quedaban con las Molucas, y las futuras Filipinas se atribuían a España. El interés de Cortés por la travesía del Pacífico es, en primer lugar, una de las consecuencias del viaje de Magallanes, con el que tuvo que ver casi por casualidad. De los cinco barcos que componían la escuadra de Magallanes, solo uno había regresado a Sevilla en 1522. Se había abandonado a muchos marineros por el camino y nadie tenía noticias de ellos. En junio de 1525 partía de Andalucía una segunda expedición al mando de Jofré de Loayza, asistido por Juan Sebastián Elcano, el piloto que había traído a España el único barco superviviente de la flotilla de Magallanes. Levó anclas en La Coruña y pasó el estrecho de Magallanes, pero al llegar al Pacífico un temporal dispersó la flota. Primero Loayza y luego Elcano murieron en el camino y los supervivientes —a bordo de uno solo de los siete barcos — llegaron hasta la isla de Tidore en las Molucas, donde intentaron protegerse de indígenas y portugueses construyendo una fortaleza donde esperar posibles socorros. En 1526 ya nadie sabía qué había sido de ellos. Pero un patache había escapado a la tormenta y había remontado la costa occidental del continente americano llegando hasta el puerto de Tehuantepec, donde había fondeado. Su capitán[30] había ido a México a contar sus aventuras a Cortés. Así fue como Carlos V confió a este último la misión de ir a buscar a los supervivientes de la expedición de Loayza.

A finales de octubre de 1527 tres carabelas, al mando de Álvaro

Saavedra Cerón, un pariente de Cortés, partieron de Zihuatanejo y llegaron a Filipinas a finales de diciembre. Allí encontraron a supervivientes de las expediciones anteriores. En marzo de 1528 se encontraban en Tidore. Una vez agrupados todos los supervivientes diseminados por las islas, Saavedra volvió a hacerse a la mar el 30 de mayo de 1528 con la intención de regresar a Nueva España, pero al llegar a las islas Marianas nunca encontró el viento que pudiese llevarlo hasta las costas americanas y tuvo que regresar a Tidore antes de replegarse en Ternate. El año siguiente lo intentaron de nuevo con idéntico resultado, esta vez en las islas Hawái, pero era imposible encontrar viento que los llevase de vuelta. La flotilla retornó, pues, a Tidore, donde fue capturada por los portugueses. El Tratado de Zaragoza, firmado aquel mismo año, preveía la liberación de los cautivos, pero esta se hizo esperar. Los marinos españoles no volvieron a España hasta 1534, tras haber perdido a muchos de los suyos en las celdas infectas de Malaca. A pesar de su fracaso, las expediciones de Loayza y Saavedra mostraron que América constituía una base de partida hacia Asia mejor que España pues permitía una travesía más corta, más rápida y menos peligrosa, si bien quedaba sin solucionar la cuestión primordial del retorno. Esta no se solucionará hasta 1565, gracias a Andrés de Urdaneta, un superviviente de la expedición de Loayza, al que se le ocurrió aprovechar los vientos y corrientes del Pacífico[31] norte.

Acapulco se convirtió entonces en el centro neurálgico del comercio español en Asia. Cortés había tenido razón pero ya había desaparecido y no podía saborear esa victoria simbólica. Tras el fracaso de su expedición a Honduras y Nicaragua, volvió a México debilitado políticamente. Su estancia en España en 1528-1530 confirmó su declive. Conservaba su título de gobernador y de capitán general de Nueva España pero únicamente a efectos militares. El poder civil pasaba a manos de una Audiencia cuyos miembros le eran hostiles y en 1535 fue atribuido a un virrey. También le amenazaba una investigación administrativa y uno de sus más encarnizados enemigos, Nuño de Guzmán, presidente de la Audiencia, por añadidura, había obtenido del Consejo de Indias autorización para conquistar y colonizar los territorios situados al norte de Nueva España, en el Pánuco, y en lo que se convertiría en Nueva Galicia, un conjunto de tierras y pueblos que Cortés consideraba incluidos en su esfera de influencia. Pero ya no disponía de autoridad suficiente para apartar a sus competidores.

Sin embargo, en España Hernán Cortés había obtenido, en 1529, una cédula que le autorizaba a descubrir y colonizar las islas, las

tierras y las provincias situadas «en el mar del Sur de la Nueva España» a condición de que no tuviesen gobernadores. Esta restricción se refería al reinado de Nueva Galicia recientemente creado para Nuño de Guzmán. Tras haber reconstruido los arsenales destruidos por sus adversarios durante su ausencia e invertido sumas considerables, se lanzó de nuevo a la aventura en 1532. Poseía dos naves en construcción en Tehuantepec y otras dos en Acapulco. Decidió enviar estas últimas hacia California al mando de su primo Diego Hurtado de Mendoza, pero la expedición se malogró. A bordo de uno de los barcos estalló un motín y los amotinados lo embarrancaron en la costa de la Bahía de las Banderas (hoy Puerto Vallarta). Fue una decisión desafortunada porque fueron exterminados por los indígenas. El segundo barco, capitaneado por el propio Mendoza, se perdió. En enero de 1533, Cortés asistía a la partida de los otros dos barcos desde el puerto de Santiago (Manzanillo) con rumbo a California. En uno de ellos estalló un motín y varios amotinados murieron en un enfrentamiento con indígenas en la bahía de Santa Cruz, en la costa oriental de la Baja California. En cuanto al segundo barco, capitaneado por Hernando de Grijalva, descubrió el archipiélago de las Revillagigedo frente a la costa septentrional de México.

Las dos últimas expediciones del período cortesiano arrojaron resultados más interesantes en el plano geográfico, aun cuando fueran igualmente decepcionantes desde el punto de vista de la conquista. En 1535 Cortés tomó en persona el mando de una flotilla de tres naves que salió de Chametla (Mazatlán) con dirección a la Baja California para explorar el mar que llevaría su nombre y localizar el resto del archipiélago de Revillagigedo. Este viaje confirmaba que California era una península, y no una isla como se creía hasta entonces, pero también su falta de interés desde el punto de vista económico. Las tripulaciones que padecieron hambre en Santa Cruz, una tierra ingrata, tuvieron que regresar a México. En 1539 una última expedición de tres barcos, encabezada por Francisco de Ulloa, exploró el mar de Cortés hasta la desembocadura del Colorado, para doblar luego el cabo San Lucas, en el extremo sur de Baja California, y subir hacia el norte a lo largo de la costa occidental, hasta la isla de Cedros, a 28 grados de latitud norte, lo que confirmaba la ausencia de un paso hacia el noroeste, al menos en aquellas latitudes.

La actividad marítima de Hernán Cortés no se limitó a la exploración de California, con el objetivo de buscar nuevos territorios ricos en minas y en hombres. Sus preocupaciones se volvieron también hacia el sur, hacia Perú, que Francisco Pizarro, un primo suyo lejano, estaba esforzándose en someter. Este último envió una carta a todos

los gobernadores de los territorios americanos pidiéndoles ayuda. El virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza tomó la iniciativa de ponerse en contacto con Cortés, quien envió a Perú dos barcos que tenía en Acapulco, bajo el mando de Hernando de Grijalva. En abril de 1537 partió de Paita, en Perú, uno de ellos de vuelta a Acapulco, pero el otro, al mando de Grijalva, se dirigió hacia el oeste con una orden secreta de Cortés. ¡Una vez más, la fascinación de China y las islas de las Especias! Su suerte se supo por un cronista portugués. Grijalva llegó a la isla Christmas y luego al archipiélago de las Gilbert, pero en el momento de regresar se encontró con el mismo problema que las expediciones anteriores: la calma chicha en la zona intertropical. Grijalva murió a manos de su tripulación y los amotinados desembarcaron en una isla cercana a Nueva Guinea. Fueron capturados por los indígenas y rescatados por los portugueses del fuerte de Ternate, en las Molucas. Ya solo quedaban siete. Como gran propietario de tierras, Cortés también buscaba salidas comerciales a los productos de sus dominios. Se ha encontrado constancia de cargamentos de azúcar, harina, queso, cecina o madera hacia Perú y Panamá. Su hijo Martín prosiguió más tarde ese tráfico comercial. Para entonces, Hernán Cortés había perdido su influencia en Nueva España. Perduraba el icono del que había conquistado aquellos territorios, pero los tiempos habían cambiado y el orden monárquico había sustituido a las utopías de los tiempos de la Conquista. En 1540 Cortés abandonaba definitivamente el escenario americano.

Este fue el contexto en el que se organizaron las grandes exploraciones hacia los territorios lindantes con el golfo de México y Florida. Forman parte de la continuación de la conquista de las Antillas y de Nueva España, como si la expansión ibérica no fuese a detenerse nunca. Asimismo, movilizan ejércitos privados muy numerosos para la época porque la monarquía ya no se compromete directamente en los descubrimientos. Deja que el mercado haga una selección y se contenta con defender sus intereses estratégicos y sus regalías. Pero esas expediciones deben resultar rentables tanto para los hombres que participan en ellas como para la monarquía, pues ambos esperan un rendimiento de su inversión. Esa rentabilidad solo se concibe bajo dos aspectos. Los territorios deben contener considerables riquezas —se trata, por supuesto, de los metales preciosos— que cabe saquear o explotar, o poseer un interés, estratégico o económico, a más largo plazo, que los contemporáneos se imaginan bajo la forma de ese famoso paso que permitiría llegar a China. Ese es el objetivo de esas empresas. Sin uno u otro los territorios del norte pierden gran parte de su atractivo.

5. Véase un resumen de las expediciones en Pierre Chaunu, *L'Amérique, XVI^e-XVII^e siècles,* París, Armand Colin, 1976. Específicamente sobre América del Norte: Margaret F. Pickett y Dwayne W. Pickett, *The European Struggle to settle North America. Attempts by England, France and Spain, 1521-1608,* Jefferson (Carolina del Norte), McFarland and Co., 2011.

6. Pierre Chaunu, *L'Amérique, XVI^e-XVII^e siècles, op. cit.,* p. 96.

7. Bartolomé Benassar, *Cortés, Le conquérant de l'impossible,* París, Payot, 2011, pp. 66-75, y Jean-Michel Sallmann, *Charles Quint. L'Empire éphémère,* París, Payot, 2000, pp. 142-160.

8. Pietro Martire d'Anghiera, *De orbe novo decades,* Rosanna Mazzacane y Elisa Magiocaldo (ed.), Génova, Dipartimento di archeologia, filología e loro tradizioni, 2 vols., 2005; Jean-Paul Duviols (ed.), *Le Nouveau Monde: les voyages d'Amerigo Vespucci, 1497-1504,* París, Chandeigne, 2005.

9. Para los castellanos, América debía servir de puente entre Europa y Asia. Véase Serge Gruzinski, *L'Aigle et le Dragon, op. cit.,* p. 359 y sigs.

10. Jean-Michel Sallmann, *Le Grand Désenclavement du monde, 1200-1600,* París, Payot, 2011, p. 573.

11. Véanse a este respecto las aventuras de Eustache Delafosse, un mercader flamenco originario de Tournai, que a punto estuvo de pagar cara su intrepidez, en Denis Escudier (ed.), *Voyage d'Eustache Delafosse sur la côte de Guinée, au Portugal et en Espagne (1479-1481),* París, Chandeigne, 1992.

12. Para darse cuenta de la dificultad que entrañaba esa ruta marítima, véanse los relatos que hicieron en el siglo XIX Richard Henry Dana, en *Dos años al pie del mástil* (Alba Editorial, 2001), y Herman Melville, en *Chaqueta blanca* (Alba Editorial, 2000).

13* Literalmente «Lachina» *(N. del T.)*.

Timothy Brook, Le Chapeau de Vermeer. Le *XII^e* siècle à l'aube de la mondialisation, París, Payot, 2008, p. 62.

14. Serge Gruzinski, *Les Quatre Parties du monde. Histoire d'une mondialisation,* París, La Martinière, 2004, pp. 103-128.

15. Cortés plasma su pensamiento estratégico en sus escritos, las *Cartas de relación,* editadas por Ángel Delgado Gómez, Madrid, Clásicos Castalia, 1993, y los *Documentos Cortesianos,* editados por José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1990-1991, 4 vols.

16. Los términos utilizados para este tipo de trámite varían: *merced, capitulaciones,* porque las cláusulas del contrato se enumeraban bajo la forma de pequeños párrafos o capítulos, *asiento* en el sentido de un contrato comercial.

17. Hernán Cortés, segunda carta de relación al emperador Carlos V, Segura de la Frontera, 30 de octubre de 1520.

18. Documentos Cortesanos, vols. I a IV, UNAM, Fondo de Cultura Económica, México, 1983-1988, vol. 1, N.º 32 y 33, pp. 275-276.

19. Cuarta carta-relación, Tenuchtitlan, 15 de octubre de 1524. Sobre las expediciones de Francisco de Garay al Pánuco, véase la memoria anónima que se encuentra en Archivo General de Indias (AGI), *Patronato,* 19, 5, 33.

20. *Ibid.*

21. *Ibid.*

22. Tercera carta de relación, Coyoacán, 15 de mayo de 1522.

23. *Ibid.*

24. *Ibid*

25. *Ibid.*

26. *Ibid.*

27. Cuarta carta de relación, Tenuchtitlán, 15 de octubre de 1524.

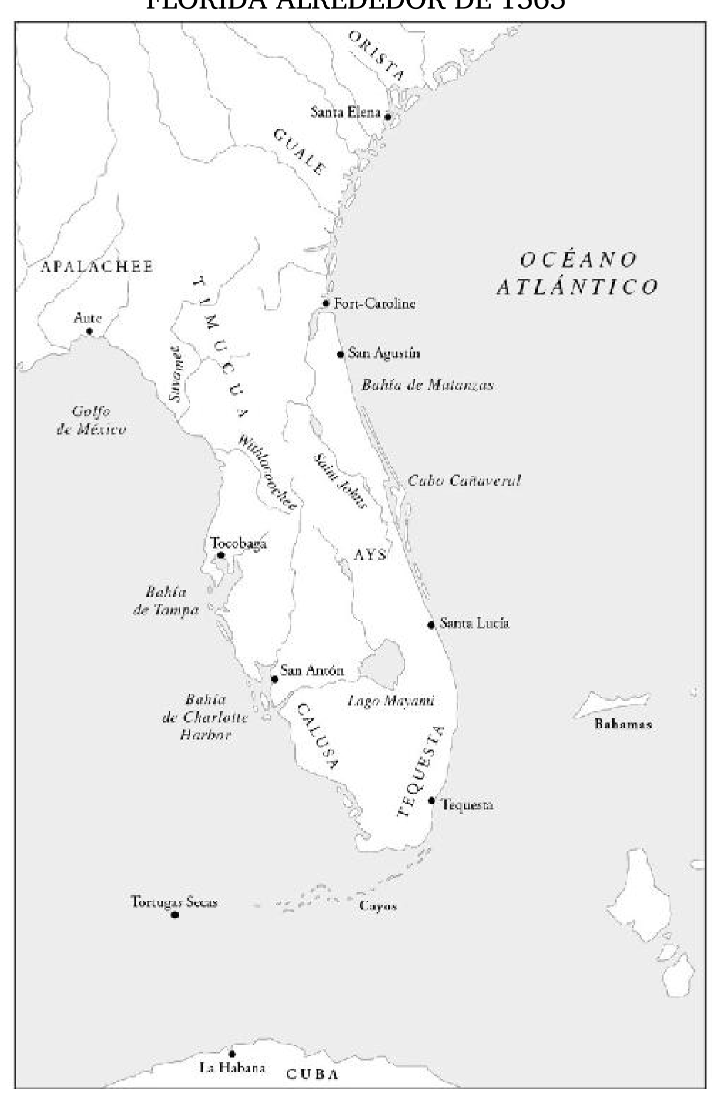
28. *Ibid.*

29. *Relación de la jornada de Cíbola compuesta por Pedro de Castañeda de Nájera,* en *Crónica de la expedición de Francisco Vázquez de Coronado a las grandes praderas de Norteamérica,* Ángel Luis Encinas Moral (ed.), Segunda parte, Preámbulo, Madrid, Miraguano ediciones, 2016, p. 92.

30 Su nombre era Santiago de Guevara. *(N. del T.)*

31. Para las expediciones marítimas por el Pacífico, véase Miguel León Portilla, *Hernán Cortés y la Mar del Sur,* Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1985.

FLORIDA ALREDEDOR DE 1565



2

LA FLORIDA DE CABEZA DE VACA

Oficialmente, Florida fue descubierta por Ponce de León en 1513. Sin embargo, basta con mirar un mapa para darse cuenta de que el brazo de mar que separa a las Bahamas —descubiertas en 1492 por Cristóbal Colón— y Cuba de Florida no es suficientemente amplio para impedir que un barco tome tierra allí voluntaria o involuntariamente. En realidad, como las costas de Yucatán o del Darién, Florida fue desde muy pronto blanco de operaciones de saqueo cuyo objeto era alimentar a Santo Domingo y Cuba en mano de obra servil, indispensable para la supervivencia económica de aquellas islas cuyas poblaciones indígenas se estaban desplomando. La hostilidad y la determinación con la que las poblaciones locales recibieron a los primeros descubridores «oficiales», aquellos sobre los que disponemos de testimonios fidedignos, nos permiten pensar que ya tenían una larga experiencia del contacto con los europeos y que habían aprendido a defenderse de los tratantes de esclavos. Esos territorios del sudeste de los Estados Unidos actuales, que se extendían desde Florida hasta el borde de las Grandes Praderas, pasando por la cuenca del Misisipi, tienen todos una característica común: los europeos no consiguieron dominarlos hasta el siglo XVIII. Eran tan extensos que atraían a aventureros persuadidos de que encontrarían civilizaciones indígenas ricas, como las de los altiplanos de América Central, o yacimientos de metales preciosos, como los de Zacatecas. A juzgar por la pluma de los cronistas, Florida —o mejor dicho, «las Floridas»— debía parecer una tierra de promisión.

Los primeros descubridores: Juan Ponce de León y otros

Juan Ponce de León había hecho sus primeras armas en las guerras de reconquista de Granada contra los moros y había llegado a América con el segundo viaje de Cristóbal Colón en 1493. Participó en las campañas de pacificación de Santo Domingo, en la provincia oriental de Higüey, donde el gobernador Nicolás de Ovando le concedió una próspera *encomienda* en Salvaleón para recompensarle de sus hechos de armas, atribuyéndole además las funciones de gobernador de la provincia. En 1508 el rey Fernando de Aragón le otorgó una

capitulación por la que se le autorizaba a conquistar y colonizar la isla vecina de San Juan Bautista (Boriquén en lengua arawak), el Puerto Rico actual. La empresa fue ardua, no ya por la oposición de los indígenas, que no eran muy numerosos, sino a causa de las luchas de clanes entre los españoles de Santo Domingo. Finalmente fue en calidad de gobernador de Puerto Rico como Juan Ponce de León obtuvo en 1512 del rey Fernando, como recompensa de los servicios prestados, capitulaciones por las que se le autorizaba a conquistar las islas Bimini —o Buyoca—, un archipiélago al norte de las Lucayas —las Bahamas actuales—, y las islas adyacentes. Una leyenda persistente situaba allí la Fuente de la Eterna Juventud. Los mitos como los de El Dorado, la isla de las Amazonas o la Fuente de la Eterna Juventud desempeñaron un papel determinante en el proceso de conquista de América. Desde un punto de vista más prosaico, a pesar de que Florida ya hubiese sido localizada, todavía no se había determinado que era parte del continente[1].

En 1513 Juan Ponce de León equipó una flotilla de tres barcos y tomó a Antón de Alaminos como piloto mayor. Este último ya había corrido bastante por el Caribe, desde que se embarcara como grumete en los viajes tercero y cuarto de Cristóbal Colón. Posteriormente participó en las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba (1517) y de Juan de Grijalva (1518) a Yucatán, y de Hernán Cortés (1519) a México, siempre como piloto, pero no adquirió por primera vez sus galones de piloto mayor hasta 1513 con Ponce de León. La flotilla remontó el arco de las islas Bahamas y luego avistó una tierra grande que tomó por una isla. La vegetación era exuberante y era la semana anterior a la Pascua, el momento de la Pascua Florida —el domingo de Ramos—, de modo que Ponce de León llamó a aquella nueva tierra «la Florida». No se sabe a ciencia cierta en qué parte de la costa oriental tocó tierra, aunque exista hoy un lugar llamado Ponce de León Inlet, al sur de Daytona Beach. La flota se dirigió luego hacia el sur, donde se manifestó un extraño fenómeno. Había allí una poderosa corriente que la arrastraba y empujaba hacia el norte. Para evitarla, los pilotos decidieron navegar pegados a la costa. Acababan de descubrir la corriente del Golfo que discurre entre las Bahamas y Florida. Ella es la que a partir de entonces propulsará los convoyes españoles cargados de plata de las Américas, primero hacia las Azores, y finalmente hasta Sanlúcar de Barrameda; ella será también la que dará a la costa de Florida su interés estratégico.

En aquel momento, Ponce de León no le da mayor importancia. Su flota dobla la punta de la península y su sarta de arrecifes —los Cayos— para subir hacia el norte por la fachada occidental hasta un punto

que se supone, por lo general, situado en la bahía de Charlotte Harbor, un territorio ocupado por los indios calusas. Allí se hace aguada y se reparan los daños sufridos por los barcos. Enseguida los indios se muestran hostiles y, tras una serie de escaramuzas, se captura a algunos de ellos. Siguiendo sus indicaciones, Ponce de León llega a las islas Tortugas, en el extremo occidental de los Cayos, desde donde se propone volver a Cuba, pero la corriente es tan fuerte que sus barcos derivan hacia la Gran Bahama donde se topan con un barco embarrancado que resulta ser el de Diego Miruelo, quien ha ido a hacer una saca de esclavos. En octubre Ponce de León regresa a su isla de Puerto Rico, que encuentra sumida en el desorden, tras haber sido destruida por una rebelión de los indios y por la intervención de sus enemigos españoles de Santo Domingo. Decide entonces ir a España a explicarse con Fernando el Católico, que nunca le ha escatimado su apoyo contra la familia Colón; este le recibe amablemente y le arma caballero. El rey le confirma con nuevas capitulaciones sus derechos a la conquista de Florida. Sin embargo, Ponce de León no regresa a Puerto Rico hasta 1518 y no inicia su nueva campaña de colonización de Florida hasta 1521. Dos barcos con 200 hombres, 50 caballos, animales domésticos, semillas y herramientas diversas se encaminan hacia Charlotte Harbor, donde los reciben los indios calusas decididos a repelerlos. El propio Ponce de León resulta herido por una flecha envenenada que le ocasiona la muerte poco después de su regreso a Cuba. El primer intento de colonización de Florida fracasa pues, como consecuencia de la doble hostilidad del terreno y de los indígenas. Este fue el primero de una larga serie de fracasos.

Aparte de la colonización de un nuevo territorio, no se sabe cuáles eran en realidad las intenciones de Juan Ponce de León. Seguramente la esperanza de encontrar tierras ricas en metales preciosos o una gran civilización semejante a la que Hernán Cortés había desvelado en América Central, pero también la búsqueda del famoso paso entre el mar del Norte y el del Sur, análogo al que Magallanes descubría en el sur en la misma época. Mientras permanecía en España o combatía a los indios caribes en las Antillas Menores, otros aventureros se afanaban en la región cuya exclusividad le había sido otorgada. Hemos visto antes el caso del gobernador de Jamaica, Francisco de Garay, que había enviado una flota de cuatro naves al mando de Álvarez de Pineda. Este había bordeado la costa, desde el golfo de Florida hasta el río de Las Palmas, la había cartografiado y se había dedicado a localizar el hipotético estrecho que todos buscaban. Álvarez de Pineda aportó así la prueba de que Florida no era una isla (1519), un descubrimiento que tardó en imponerse, ya que Juan

Ponce de León todavía estaba convencido de lo contrario.

Durante esos años, las costas de Florida comienzan a estar extremadamente concurridas. Entre 1514 y 1516, Pedro de Salazar parte de Santo Domingo con rumbo a las Bahamas en busca de esclavos. Como no encuentra lo que busca, ya que las islas han sido objeto de una explotación considerable, vuelve a hacerse a la mar y desembarca en las costas de Carolina del Sur. Descubre allí a indios muy altos de talla y, como la comunicación desempeña ya un papel importante, da a esa región el nombre de Isla de los Gigantes. Vuelve entonces a Santo Domingo con un cargamento de 500 esclavos. Igualmente en 1516, Diego Miruelo frecuenta probablemente la bahía de Tampa, llamada a convertirse, durante cierto tiempo, en el punto de partida de las grandes expediciones de descubrimiento. En 1521 Lucas Vázquez de Ayllón, juez de la Audiencia de Santo Domingo, gran terrateniente y plantador de caña de azúcar, crea con otros seis hombres ricos de la isla una empresa comercial cuyo objeto es capturar esclavos. Financia un barco capitaneado por Pedro de Quejo, que se encuentra en las Bahamas con otro barco al mando de Francisco Gordillo. Ambos se dirigen hacia Carolina del Sur, donde había desembarcado antes Pedro de Salazar, tal vez en la desembocadura del Santee. Dan a este río costero el nombre de río Jordán, por el marino que primero lo avistó. Posteriormente dicho nombre dará lugar a una confusión con el del río en que fue bautizado Cristo y son muchos los marinos de paso que no desperdiciaran la ocasión de bañarse en sus aguas. En la playa los españoles se dedican al trueque con unas poblaciones locales muy acogedoras. Se enteran de que esos indios están sometidos a un poderoso cacicazgo, tal vez el de Cofitachequi, del que tendremos ocasión de hablar más adelante. Obtienen perlas de agua dulce, atraen a sus barcos a unos indios demasiado confiados y levan anclas. Tras llevarlos a Santo Domingo, los ponen a trabajar en las plantaciones y muchos de ellos mueren en muy poco tiempo.

Pero uno de ellos sobrevive, aprende español, se convierte al cristianismo y se pone al servicio de Lucas Vázquez. Francisco de Chicora, pues así se llama, sigue a su amo cuando parte a España para conseguir que Carlos V le conceda un mandato oficial para colonizar Florida. En la corte se encuentra con Pedro Mártir de Anglería, el gran cronista de los descubrimientos, que le interroga, y así es como aparece en el *Orbe novo*, la primera descripción de las sociedades del Misisipi[2]. En 1525 Lucas Vázquez envía de nuevo a Pedro de Quejo, con dos carabelas, a localizar las costas orientales de Florida, desde Ferdinanda Bay, hasta la bahía del río Delaware. El año siguiente

asume el mando de una amplia empresa de colonización compuesta por seis naves, 600 colonos, ganado, útiles de labor y semillas. Considera la posibilidad de asentarse en la desembocadura del Santee, pero el lugar es peligroso. Uno de los barcos se hunde y cuando desembarcan los colonos, los intérpretes indígenas, entre los que se encuentra Francisco de Chicora, desaparecen sin dejar rastro. Garcilaso de la Vega, que relató esta historia al principio del siglo XVII, asevera que los colonos fueron atacados por los indios y que 200 de ellos resultaron muertos, pero otras fuentes no confirman esa información. En cualquier caso, Lucas Vázquez vuelve a embarcar a su gente y va a asentarse más al sur, en la desembocadura del río Sapelo —el Sapelo Sound, en Georgia—, donde funda la primera ciudad de América del Norte, San Miguel de Guadalupe. Su existencia es efímera: el hambre y las enfermedades acaban rápidamente con ella. El propio Lucas Vázquez perece, su colonia periclita y solo 150 colonos vuelven a Santo Domingo.

La expedición de Pánfilo de Narváez

Ese fue el contexto en el que se organizó la expedición de Pánfilo de Narváez de la que Cabeza de Vaca fue cronista y uno de los cuatro únicos supervivientes. En 1526, cuando por fin obtiene capitulaciones para hacerse con un señorío en América[3], Pánfilo de Narváez es un veterano curtido en las guerras americanas, una especie de Francisco Pizarro al que todo le hubiese salido mal. Está en Santo Domingo desde los primeros años de la Conquista y luego se hace amigo de Diego Velázquez, el gobernador de Cuba, a cuyo lado participa en la conquista de la isla. Tal vez hubiera encontrado su lugar en México si Hernán Cortés no hubiera traicionado a su patrón Velázquez privándole de su victoria. Asimismo, cuando en 1520 ese mismo Velázquez organiza una expedición de represalia contra Cortés, es a Pánfilo de Narváez a quien pone al mando. Su escuadra es muy poderosa, pues cuenta con una veintena de navíos, unos 800 hombres, una caballería nutrida y una artillería temible. Al desembarcar en Veracruz, en la retaguardia de Cortés, Narváez le obliga a irse de un Tenochtitlán en plena ebullición. Pero comete el error de enfrentarse con los cacicazgos totonacas aliados de Cortés, se instala en Cempoala y la fortifica. Con su habitual sentido táctico, Cortés consigue sembrar la cizaña en el ejército de Narváez y le obliga a librar batalla en Cempoala. Narváez pierde varios hombres antes de ser capturado en la pirámide de la ciudad. Tras ser herido en un ojo, se queda tuerto y pasa los cuatro años siguientes preso en Veracruz. De vuelta a España,

en 1525, aprovecha para desacreditar a Cortés, su enemigo íntimo, y para entonar las alabanzas de su mentor Diego Velázquez. Gracias al apoyo del clan Fonseca consigue obtener capitulaciones para conquistar y colonizar una Florida soslayada desde el fracaso y muerte de Lucas Vázquez de Ayllón. Bernal Díaz del Castillo, que había corrido bastante por las Antillas antes de participar en la conquista de Tenochtitlán, conocía bien a Narváez. Lo describe como un hombre alto de cuerpo y membrudo, rubio, barbudo y de aspecto más bien agradable. No le falta valor y es también un buen jinete. Su voz es cavernosa y profunda, y se expresa con sensatez. Solo tiene un defecto, que, a pesar de ser rico, se dice de él que es mezquino. El retrato que de él hace más tarde Gonzalo Fernández de Oviedo es menos favorecedor, pues según él Narváez era un hombre al que había que mandar mas no dejar mandar. La expedición de Florida no hizo sino darle la razón[4].

En cualquier caso, Narváez obtuvo, gracias a sus apoyos en la corte, una gracia real cuyo objeto era recompensarle por su hoja de servicios, y que resultó desproporcionada con respecto a sus capacidades. La forma en que se precipitó a una empresa que le superaba demuestra que carecía de la envergadura necesaria para llevarla a término. Narváez se comprometió a partir aquel mismo año y obtuvo amplios poderes sobre los territorios por conquistar: el título de *adelantado* —honorífico pero prestigioso, propio de los tiempos de la Reconquista—, funciones de gobernador, de capitán general y de *alguacil mayor* —responsable de la justicia y de la policía—; es decir, el conjunto de los poderes civiles, militares y judiciales, más del 10% de los ingresos, un territorio de 20 leguas de lado en propiedad plena, para él y para sus herederos. Se otorgaba a cada colono dos *caballerías* de tierra —equivalentes a un poco menos de 80 hectáreas— y dos señoríos, el 10% del oro obtenido por trueque o extracción, la exoneración de los aranceles con las otras colonias del mar océano durante diez años. A cambio de ello Narváez anticipaba el dinero para los gastos ocasionados pero obtenía su reembolso con cargo a los futuros rendimientos reales. El ámbito de intervención incluía Florida y la costa del Golfo, hasta el río de Las Palmas, al norte de Nueva España. El 27 de abril de 1527 Pánfilo de Narváez largaba amarras en el puerto de Sanlúcar de Barrameda a la cabeza de una escuadra de cinco naves y 600 hombres. El 22 de febrero de 1528, tras algunos incidentes imprevistos, 400 hombres, cuatro naves y un pequeño bergantín salen de Cuba. De todos ellos solo cuatro hombres han de volver ocho años más tarde de la más trágica de las expediciones de conquista en América. Entre ellos, Álvar Núñez Cabeza de Vaca que

relató lo que constituye uno de los episodios más conmovedores del siglo XVI ibérico.

Cabeza de Vaca ya no era muy joven cuando se embarcó para Florida. Había nacido hacia 1490-1492 en Andalucía, en la ciudad de Jerez de la Frontera que vio nacer a tantos conquistadores. En la jerarquía de la expedición era, en su calidad de tesorero de la Corona y juez —*alguacil mayor*—, el segundo detrás de Pánfilo de Narváez, pero sobre todo representaba los intereses de la monarquía, y Pánfilo de Narváez parecía desconfiar de él. De sus escritos se desprende que él tampoco parecía confiar plenamente en la capacidad de Narváez para llevar a cabo su misión. Cabeza de Vaca pertenecía a una familia no tanto célebre sino conocida en Andalucía. Su abuelo paterno, don Pedro de Vera, había participado en la conquista de la isla de Gran Canaria donde desempeñó funciones de gobernador. Al final de su mandato regresó a Jerez, donde murió en 1505. Se había casado tres veces en su larga vida y el padre de nuestro autor, Francisco, había nacido de su segundo matrimonio con Beatriz de Hinojosa, que era hermana de su primera esposa. Según los usos que a la sazón estaban en vigor entre las familias aristocráticas de Castilla en materia de patronímicos, era posible escoger entre los ascendientes paternos o maternos el apellido que pareciese más prestigioso. En consecuencia, varios hijos de una misma cuna podían tener diferentes apellidos. Álvar Núñez optó por llevar ese apellido extraño de Cabeza de Vaca con preferencia al de Vera. Aquel curioso patronímico era de hecho muy célebre en Castilla y había entrado recientemente en la familia de los Vera. El abuelo Pedro se había casado en terceras nupcias con Catalina de Zurita, viuda de un matrimonio anterior con Pedro Cabeza de Vaca. Los recién casados eran ya bastante viejos y esa unión naturalmente no tuvo descendientes, pero Pedro Cabeza de Vaca tenía una hija de un matrimonio anterior, llamada Teresa, que se casó con Francisco, el padre de Álvar Nuñez[5].

Ese apellido tenía orgullosas resonancias en la memoria de los castellanos y se refería a un episodio glorioso de la Reconquista, la batalla de las Navas de Tolosa en 1212. En aquel año, una coalición internacional constituida en torno de Alfonso VIII de Castilla, de Sancho VII de Navarra y de Pedro II de Aragón, con el refuerzo de contingentes de combatientes venidos de toda Europa, atacó los territorios que ocupaba en el sur de la península la dinastía berebere de los almohades. Tras haber conquistado la ciudad de Calatrava, el ejército cristiano llegó a Sierra Morena, la defensa natural de al-Ándalus, cuyos puertos de montaña estaban vigilados por los guerreros moros. Un pastor cristiano, buen conocedor de la montaña,

propuso indicar a los jefes de los cruzados un paso olvidado por los musulmanes. Indicaría el camino con el cráneo de una vaca que acababan de devorar los lobos. Gracias a esa estratagema, las tropas cristianas pudieron franquear la montaña fácilmente y precipitarse a la llanura de Baeza, donde derrotaron a las tropas bereberes el 16 de julio. Martín Alhaja, el pastor del caso, recibió del rey de Castilla un título de nobleza, adoptó el apellido Cabeza de Vaca e hizo figurar la cabeza de vaca en su escudo de armas. Los Cabeza de Vaca pertenecían a una familia de la nobleza media andaluza —eran hidalgos— y Álvar Núñez descendía pues de ellos, al menos por alianza.

Se sabe poco de su vida antes de que fuese a Florida. Los siete hijos de la familia, que se habían quedado huérfanos muy jóvenes, fueron educados por una tía, Beatriz de Figueroa, hermana de su madre, Teresa Cabeza de Vaca. Álvar Núñez emprendió la carrera de las armas y participó sin duda en la batalla de Ravena en 1512. El año siguiente reaparece en España, donde ocupa las funciones de chambelán del duque de Medina Sidonia, el más importante señor feudal de la Andalucía reconquistada. Se supone también que combatió contra los franceses en Navarra en 1521. En lo que constituye un testimonio inusual para la época, uno de sus conocidos hizo de él un retrato bastante preciso. Era valeroso, noble y arrogante, pelirrojo de ojos azules, tenía la mirada viva y su barba era rizada y poblada. Era un jinete diestro, poseía notables dotes de mando y también era un seductor inveterado y un temible espadachín: para las mujeres de Jerez de la Frontera su atractivo era irresistible y los hombres temían su espada[6].

La expedición de Florida comenzó con malos auspicios y al parecer la falta de preparación era patente. El reclutamiento de los hombres se había llevado a cabo deprisa y corriendo. Muchos de ellos no eran más que aventureros deseosos de abandonar Europa que no tenían la intención de poner en peligro su pellejo en expediciones de resultado incierto. De hecho, 140 de ellos desertaron en cuanto pusieron el pie en Santo Domingo y desaparecieron sin más. Hubo que rellenar los huecos sobre la marcha, pero cuando hicieron escala en Cuba algunos no se presentaron. Tras haber sido 600 al salir de Sanlúcar de Barrameda, solo quedaban 400 cuando tocaron tierra en Florida. En Santo Domingo la escala duró cuarenta y cinco días, el tiempo necesario para aprovisionarse en víveres y caballos, luego la flota se dirigió hacia Cuba donde debían ultimarse los preparativos antes de la salida definitiva hacia Florida. Narváez decidió dirigirse hacia Santiago de Cuba y luego hacia Santa Cruz, en la costa sur de la isla,

porque había encontrado en Trinidad un proveedor capaz de venderle bastimentos y armas e incluso de invertir capitales en la expedición.

Ese hombre se llamaba Vasco Porcallo de Figueroa. Había huido de España tras haber estado implicado en un turbio caso de asesinato y se había blanqueado poniéndose al servicio de Nicolás de Ovando para la conquista de Santo Domingo. En 1511 se había ido a Cuba y había participado activamente en la conquista de la isla. Desde entonces llevaba una vida apacible de plantador y empresario minero en Trinidad, desde donde administraba sus empresas. Era sin duda uno de los hombres más ricos y poderosos de Cuba[7]. Narváez decidió detenerse en Santa Cruz y enviar a Cabeza de Vaca con dos de sus barcos a Trinidad para negociar con Vasco Porcallo. Esa fue la ocasión en la que se produjo el primer gran drama de una expedición en la que no faltaron. El litoral meridional de Cuba no es nada acogedor por sus bajíos y sus arrecifes, y el puerto de Trinidad tenía mala reputación. Además, en las Antillas el otoño es la estación de los huracanes. Tras echar el ancla, Cabeza de Vaca vaciló antes de embarcar en el bote para llegar a tierra. Cuando por fin se decidió, se dio cuenta de que tenía que darse prisa porque el viento iba aumentando. Por si fuera poco, muchos marineros se negaron a ir a tierra a causa del frío y de la lluvia. Una hora más tarde el huracán barría la isla durante dos jornadas apocalípticas. Cuando el viento se calmó, los hombres volvieron al puerto, pero los dos navíos habían desaparecido con los 60 hombres que se habían quedado a bordo y los caballos. Solo se encontraron dos cadáveres desfigurados y unos cuantos enseres dispersos. Los supervivientes permanecieron postrados hasta la llegada de los cuatro navíos de Narváez que habían conseguido cobijarse. Las tripulaciones, asustadas por lo que acababan de vivir, se negaron a navegar durante el invierno y Narváez se vio obligado a permanecer en el puerto de Cienfuegos hasta el 20 de febrero de 1528.

El resto del viaje no fue nada placentero. Durante el invierno, Narváez había sustituido los navíos perdidos en el huracán por un bergantín —una especie de chalupa grande con dos mástiles— adquirido en Trinidad, y otro barco comprado en La Habana. Asimismo, había encontrado un piloto muy conocido en el Caribe, Diego Miruelo, al que había «tomado porque decía que sabía y había estado en el río de las Palmas, y era muy buen piloto de toda la costa del norte», según Cabeza de Vaca[8]. Al parecer, no todo el mundo era de esa opinión. Diego Miruelo se dedicaba al tráfico de esclavos en las Bahamas y en las costas de Florida desde hacía bastante tiempo. Fue su barco el que Juan Ponce de León tuvo que desembarrancar de los

bancos de arena de la Gran Bahama donde se había aventurado. En 1516 Miruelo localizó las costas de la bahía de Pensacola, de las que levantó un mapa «sin aver hecho el oficio de buen piloto en demarcar la tierra y tomar el altura». Este juicio severo fue formulado por el Inca Garcilaso de la Vega en su libro sobre Florida, un relato tardío pero inspirado en los testimonios de veteranos que había conocido en Andalucía[9]. En cualquier caso, la flota compuesta por cuatro navíos y un bergantín, con 400 hombres y 80 caballos a bordo, salió de Cienfuegos en dirección a La Habana, base de partida de la expedición, pero permaneció embarrancada durante una quincena frente a la costa de la isla de Pinos, en los bajíos del archipiélago de Canarreo, pudiendo liberarse solo gracias a una tormenta del sur; sufrió el envite de otros dos temporales a lo largo del litoral de Cuba y pasó el cabo de San Antonio, mas no pudo llegar a La Habana debido a un viento del sur que le impedía entrar en la bahía. Narváez decidió entonces prescindir de esa última escala, a pesar de su importancia crítica, y dirigirse a Florida. Fondeó en la bahía de Tampa el jueves santo 14 de abril de 1528. Cualquier marino medianamente supersticioso habría renunciado ya frente a tantas adversidades y el lector actual no puede sino quedarse atónito ante semejante suma de inconsciencia y de falta de preparación, ya que la escala de La Habana tenía como objeto completar por última vez la reserva de víveres. En consecuencia, la expedición llegó a Florida sin reservas, con la intención de alimentarse de lo que diese el país.

En unos pocos días la escena se vuelve trágica. Cuando al día siguiente los españoles desembarcan en masa, los indios han abandonado su poblado. La cuenta de los caballos muestra que de los 80 han muerto 38 durante la travesía. No obstante, Narváez cumple la obligación legal y toma posesión de aquellas tierras en nombre del rey de España y hace que el escribano público presente sus *provisiones*. Sus oficiales reconocen su autoridad y presentan las suyas. El día de Pascua los indios vuelven pero se mantienen a distancia. Narváez no ha pensado en reclutar un intérprete, de modo que los dos interlocutores deben comunicarse por señas. El mensaje de los indios es claro: conminan a los españoles a que se vayan. Sin asegurar su retaguardia, Narváez decide adentrarse en tierra, con un destacamento de hombres a caballo y a pie, para proceder a un primer reconocimiento. Cabeza de Vaca se cuenta entre ellos y describe una marcha penosa por un país inhóspito, sin caminos, cortado por ríos y pantanos y con árboles abatidos y enredados unos con otros como consecuencia de los huracanes frecuentes. La ruta que han tomado va siguiendo la costa occidental de la península, un litoral de manglares y

marismas en los que desembocan los ríos costeros. En otras palabras, la decisión no podía ser peor. Todo el mundo está desorientado, incluso los pilotos de los navíos, de los que se puede decir que han perdido el norte. Les faltan las referencias en una costa llana y plagada de esteros, sin accidentes ni particularidades que hayan podido atraer su atención o constituir una referencia. Tal comportamiento puede parecer extraño pero se explica por los conocimientos geográficos de la época. Todos ellos están convencidos de que la distancia entre el Pánuco y Florida es relativamente corta y que incluso es posible llegar a pie a Nueva España. Todos menos Cabeza de Vaca, si bien su testimonio, después de varios años de errancia, se presta a la duda.

A falta de otra solución, Narváez manda el bergantín a La Habana en busca de víveres. Mientras tanto, la marcha continúa. La pequeña partida consigue capturar cuatro indios a los que enseñan maíz y que les llevan a sus casas. El maíz todavía no está maduro y no es comestible, pero los expedicionarios descubren cosas interesantes. Ya en el anterior pueblo habían encontrado un sonajero de oro en unas redes de pesca, señal de que los indios establecían contactos, incluso accidentales, con los europeos. También encuentran unas cajas características de mercaderes de Castilla en cuyo interior había cadáveres cubiertos por pieles de venados pintadas. A fray Juan Suárez, jefe de la pequeña delegación de cinco franciscanos encargados de evangelizar a los indios, le pareció que aquello «era una especie de idolatría» y las mandó quemar. No sabía que aquellos cadáveres eran los de los caciques de la comunidad, objetos de veneración y de manipulaciones simbólicas. También encuentran telas pintadas y penachos de plumas parecidos a los de Nueva España. Narváez formula entonces la pregunta que todo el mundo espera, el objeto de todas las obsesiones: ¿dónde se encuentra el oro? Los indios, tal vez para deshacerse de unos huéspedes tan incómodos, les dirigen hacia el norte y les hablan de una provincia magnífica que se llamaba Apalachee. El pequeño destacamento prosigue pues su marcha, atraviesa un poblado de una quincena de casas, cosecha una cantidad de maíz maduro y seco y retorna a su base de partida para referir al resto del contingente las informaciones obtenidas sobre el territorio.

El 1 de mayo de 1528, Narváez reúne a sus capitanes y a los funcionarios reales para examinar la situación y tomar una decisión sobre el camino a seguir. Propone progresar tierra adentro mientras que los barcos seguirían por la costa, en busca de un puerto camino al río de Las Palmas —es decir, al norte del México actual—, que según él estaba muy cerca de allí. Todos le dan la razón excepto Cabeza de

Vaca y el escribano Jerónimo de Alaniz, quienes objetan que los pilotos están completamente perdidos, la tropa carece de víveres, los caballos están en muy mal estado y que no tenían información alguna de los indios, pues iban «mudos y sin lengua». En su opinión, sería mejor quedarse lo más cerca posible de los barcos, encontrar un puerto y emprender la colonización a partir de esa cabeza de puente. Interviene entonces el franciscano Juan Suárez, que opina que nada hay que temer, ya que, según dicen los pilotos, el Pánuco está solo a 10 o 15 leguas de donde se encuentran; es decir, ¡unos 60 u 80 kilómetros! Narváez comparte la opinión. Carecen ya de víveres, por tanto, no pueden fundar ciudad alguna ni colonizar la provincia, necesitan encontrar un puerto seguro y una parte poblada en la que puedan hallar bastimentos. Propone entonces a Cabeza de Vaca que se ponga a la cabeza de la flotilla, mas este se niega y, para que «su honra no anduviese en disputa», decide seguir a su jefe. De inmediato, los 300 hombres, 40 a caballo, se ponen en marcha con dos libras de bizcocho y media libra de tocino cada uno.

Doce años después de haberlos vivido, Cabeza de Vaca conserva un recuerdo preciso de aquellos acontecimientos dramáticos y de la marcha penosa que los expedicionarios emprenden en una tierra desconocida y hostil. Tierras bajas y pantanosas, un litoral plagado de manglares y lagunas en los que se vierten ríos impetuosos por múltiples esteros, el encuentro con indios que les suministran maíz, una intensa fatiga para unos cuerpos que no estaban todavía preparados para las penalidades que les esperaban. Parecería que, una vez más, Pánfilo de Narváez no hizo gala de perspicacia. Su ruta bordea la costa en lugar de adentrarse en el interior. Necesitará un mes y medio para llegar al Suwannee, lo que equivale a 200 kilómetros a vista de pájaro, prácticamente sin encontrar un alma, salvo cinco o seis canoas con unos indios tocados de plumas. Luego, el 17 de junio se encuentran con un cacique que lleva a cuestas un indio y que va cubierto de un cuero de venado pintado y precedido por otros que tañen unas flautas de caña. Se llama Dulchanchellin y permanece una hora con Pánfilo de Narváez. El jefe dice ser enemigo de los de Apalachee y propone a Narváez aliarse con él, lo que este acepta. El encuentro finaliza con un intercambio de regalos: cuentas, cascabeles y baratijas de vidrio contra la piel de venado que llevaba el cacique. La tropa sigue a los indios hasta el río Suwanee cuyo paso resulta difícil, y allí tienen su primera baja, un tal Juan Velázquez, natural de Cuéllar, probablemente emparentado con el gobernador de Cuba, que se ahoga al intentar vadear el río con su caballo. Cuando, llegada la noche, los hombres van a por agua al río, reparan en que

todos los indios han huido y empiezan a recibir ataques con flechas. El amistoso encuentro y los proyectos de alianza resultan ser falsos y no tener más objeto que sonsacar a los recién llegados. Los españoles se ven obligados a proseguir su avance amenazados por los indígenas, que les tienden emboscadas, y terminan por capturar a tres o cuatro que les sirven de guías.

Una semana más tarde llegan extenuados a las inmediaciones de la ciudad de Apalachee —hoy en día Tallahassee— tan esperada por sus presuntas riquezas. Tras tomar la ciudad, los españoles solo encuentran mujeres y niños en ella. Los hombres acuden, atacan con flechas a la partida y matan a uno de los caballos. Y se encuentran con una desilusión. En vez de una nueva Tenochtitlán solo tienen ante sus ojos un pueblo de 40 cabañas de paja, en medio de un bosque denso de marismas malsanas y árboles derribados. Encuentran mucho maíz, pieles de venado y unas malas mantas de hilo. Dos horas después del asalto los hombres vienen a buscar a sus mujeres y niños y desaparecen en la floresta. Narváez solo consigue retener al cacique como rehén. Los españoles se quedan en Apalachee durante cerca de un mes hasta que se dan cuenta de que ya no tienen nada que hacer allí. Los habitantes son pobres, la tierra es arenosa e ingrata, pues solo sirve como pasto, pero al preguntar al cacique y otros habitantes que le eran hostiles, para contrastar los testimonios, les dicen que «el mayor pueblo de toda aquella tierra [era] aquel Apalache [...] y que adelante había menos gente y muy más pobre que ellos, y que la tierra era mal poblada y los moradores de ella muy repartidos; y que yendo adelante había grandes lagunas y espesura de montes y grandes desiertos y despoblados». Los españoles se interesan luego por la tierra que está más al sur, sin duda porque esperan abrirse camino hacia el Pánuco, del que siguen pensando que está muy cerca. Los indios les respondieron que a nueve jornadas había otro pueblo llamado Aute, cuyos indios «tenían mucho maíz, y [...] tenían frísoles y calabazas, y por estar tan cerca de la mar alcanzaban pescados»[10]. El cacique les indica incluso que eran amigos suyos. Los españoles, que han agotado sus víveres y están cada vez más hostigados por la guerrilla de los indios contra ellos, deciden dirigirse hacia la costa donde esperan encontrarse con los barcos. Este es el final de la *entrada* propiamente dicha. De lo que se trata en lo sucesivo es de regresar a las Antillas o al Pánuco, es decir, a Nueva España y de salvar el pellejo a cualquier precio.

Sálvese quien pueda

El descenso a Aute, un pueblo situado en la desembocadura del Apalachicola, resulta penoso. La tropa es hostigada continuamente y varios soldados, incluso los jinetes protegidos por sus armaduras, caen heridos por las flechas. Los españoles se asombran de la potencia de los arcos de los indígenas y no encuentran más remedio que alcanzar cuanto antes la costa. Nueve días más tarde llegan a Aute. Los habitantes han abandonado el poblado y quemado las cabañas pero han dejado maíz, frijoles y calabazas. Tras dos días de descanso, Narváez pide a Cabeza de Vaca que se ponga al frente de un destacamento y que vaya a reconocer la costa. Sus hombres descubren una serie de bahías que se adentran mucho en la tierra y la propia costa está muy lejos. También encuentran bancos de ostiones de los que se sacian, pero cuando vuelven dos días más tarde a Aute se encuentran a Pánfilo de Narváez y muchos hombres enfermos. Ante la situación desesperada, Narváez decide abandonar Aute y dirigirse hacia la costa. El número de enfermos aumenta hasta el punto de que ya no tienen suficientes caballos para transportarlos. Las dificultades comienzan a afectar a la cohesión de la tropa. Los hombres de a caballo amenazan con desertar y se entra en largas deliberaciones con ellos para hacerles cambiar de opinión. Cuando llegan a la costa, un tercio de los hombres sufre lo que parece ser paludismo. Narváez convoca un consejo de guerra con sus capitanes y los oficiales reales. Ya no hay más solución que construir barcos y abandonar aquella tierra cuanto antes por el mar. Así, mientras que unos hacen hasta cuatro viajes a Aute para conseguir la mayor cantidad de comida posible, los demás construyen cinco barcas, a pesar de no tener entre ellos ningún carpintero naval. Para reanimar a los enfermos, deciden matar un caballo cada tres días puesto que de todos modos ya no les van a servir.

Entre el comienzo de agosto y el 20 de septiembre la playa se convierte en un astillero naval. Se movilizan todos los recursos disponibles y los hombres dan prueba de su imaginación. Se construye una forja improvisada con tubos de palo y unos soplillos hechos con pieles de venado; todos los objetos de hierro (estribos, espuelas y unos arcabuces que aparentemente nunca se habían utilizado) se transforman en clavos, en sierras, en hachas y en otras herramientas. Las barcas se calafatean con una estopa hecha con palmitos y se brean con una pez sacada de los pinos, las cuerdas se trenzan con las colas y crines de los caballos, las velas con las camisas, los remos con la madera de las sabinas y desollando y curtiendo la piel de las patas de los caballos se obtienen unas botas para llevar agua potable. Al cabo de un mes y medio las cinco barcas están acabadas, solo les falta el

lastre y las anclas, de las que habrán de prescindir pues no encuentran piedras en aquel litoral arenoso. La tropa ha perdido un total de 40 hombres muertos de inanición y enfermedad, otros diez fueron muertos por los indios cuando estaban recogiendo marisco. El 22 de septiembre de 1528 se embarcan 248 hombres en esas cinco embarcaciones tan sobrecargadas que se hunden en el agua con el peso de sus ocupantes. El resto del viaje no es sino un largo calvario.

Los españoles parten de la bahía de Apalachicola, dirigiéndose hacia el oeste, rumbo a ese Pánuco que pensaban tan próximo. Como no disponen de brújula ni de otro instrumento de navegación, por precaución van costeando y los hombres han de empujar las barcas por turnos, con el agua por el pecho. Poco después de su partida encuentran unos indios que huyen abandonando cinco canoas. Los españoles las recuperan y las atan a las barcas para aliviar el peso. Navegan así durante treinta días en los que solo se encuentran con pescadores pobres. Los víveres disminuyen, el agua potable empieza a escasear, los hay que beben agua de mar, lo que causa la muerte a algunos. Las barcazas se quedan bloqueadas unos días por la tempestad en un islote y cuando esta se calma deciden hacerse de nuevo a la mar. Ante ellos se abre una bahía que es sin duda la de la actual Pensacola. Los españoles son acogidos allí por numerosos indios que les dan de comer y de beber, y que los alojan en sus cabañas de esteras. Pero cuando cae la noche sus huéspedes les atacan y los españoles se ven obligados a replegarse a sus embarcaciones combatiéndolos. Al retirarse, destruyen por seguridad todas las canoas de los indios. Navegan durante tres días con un frío intenso y luego entran en la bahía de Mobile. Allí los reciben unos indios en sus canoas. Los españoles les piden agua pero se niegan a bajar a tierra para evitar una nueva trampa. Sin embargo, dos de ellos se ofrecen a desembarcar, un griego que responde al nombre de Doroteo Teodoro y un esclavo africano. Sus compañeros no volverán a verlos.

A la mañana siguiente, cuando ven que los indios tratan de rodearlos, los españoles aprovechan el viento favorable para salir de la bahía y llegar a una isla situada en la desembocadura del Misisipi. Como no encuentran madera con que asar su maíz deciden remontar el río, pero la corriente violenta los empuja a alta mar y dispersa las embarcaciones. La de Cabeza de Vaca navega sola en alta mar durante varios días hasta que avista a otras dos, una de las cuales es la de Pánfilo de Narváez. Este último quiere acercarse a la costa y desembarcar. Pide a Cabeza de Vaca que haga lo propio, pero este le responde que sus hombres están demasiado extenuados y no pueden seguir a su barca. Pide a Narváez que le eche un cabo para ayudarle a

abordar pero su jefe se niega. «Él me respondió que ya no era tiempo de mandar unos a otros; que cada uno hiciese lo que mejor le pareciese que era para salvar la vida; que él ansí lo entendía de hacer, y diciendo esto se alargó con su barca»[11]. Cabeza de Vaca ya no ha de ver a Pánfilo de Narváez cuya barca tomará tierra más lejos en la isla de Galveston, frente a la costa de Texas. Sus compañeros deciden desembarcar pero Narváez prefiere quedarse a bordo. Durante la noche una galerna arrastra su barca a alta mar y ya nadie volverá a oír hablar de él. Por su parte, Cabeza de Vaca vuelve mar adentro y navega en compañía de la segunda barca hasta que una tormenta la hunde. Al despuntar el alba un golpe de mar arroja su barca a la costa. Solo quedan cinco hombres en estado de navegar. Todos ellos están transidos de frío y muertos de hambre. Al socaire de una duna encienden un fuego, tuestan el poco maíz que les queda y beben agua de lluvia. Es el 6 de noviembre de 1528. Cabeza de Vaca describe este episodio con lujo de detalles, ya que, a su vuelta, tuvo que responder a la sospecha de que había abandonado a su jefe, dejándole ir a su muerte.

Una vida entre los indios

Como no sabe en qué punto de la costa pueden haber abordado, Cabeza de Vaca pide a Lope de Oviedo, uno de los hombres que más vigor ha conservado, que se suba a un árbol para evaluar la situación. Cuando vuelve, les informa de que se encuentran en una isla —la de Galveston, en la vertical de Houston, Texas—, luego se vuelve a ir para seguir el reconocimiento y encuentra un pueblo con algunas chozas cuyos habitantes parecen haber ido a buscar comida por las inmediaciones. Les trae comida. Entre tanto, los indios se han dado cuenta de la presencia de extranjeros. Tres de ellos vienen a sentarse al borde de la rivera a poca distancia de los náufragos, seguidos enseguida por un centenar de ellos armados de arcos y flechas. Son karankawas, un pueblo caribe que vive de la recolección y la caza en el entorno plagado de lagunas de la costa de Texas. Los españoles están convencidos de que les ha llegado su hora. Están tan agotados que son incapaces de defenderse en el caso de que les ataquen. Entonces, los dos oficiales del grupo, Cabeza de Vaca y el veedor del rey Alonso de Solís, avanzan hacia los indígenas haciendo gestos de amistad. Les ofrecen cuentas y cascabeles, y cada uno de los indios entrega a Cabeza de Vaca una flecha como prenda de paz. Luego, los indios se marchan prometiendo regresar al día siguiente con víveres. Al día siguiente todo el pueblo, con mujeres y niños, acude asombrado

a contemplar a esos extranjeros que les regalan las pocas baratijas que aún llevan consigo: cascabeles y cuentas. Bien abastecidos de comida y con la ropa seca, los españoles se afanan en poner a flote la barcaza para proseguir su periplo, pero cuando apenas se han alejado un poco de la orilla, un golpe de mar les hace volar y los arroja a la orilla. Tres hombres, entre los que se cuenta el veedor del rey, se ahogan. Los supervivientes, desesperados, se agrupan en torno a una hoguera tras haberse despojado de sus ropas empapadas. Así están, transidos y desesperados, cuando al caer la tarde vienen los indios a traerles comida. Se quedan tan asustados al ver el estado físico en que se encuentran los náufragos que huyen despavoridos. «Y nosotros tales que con poca dificultad nos podían contar los huesos, estábamos hechos propia figura de la muerte»[12].

Cuando los indios vuelven tras superar su pavor, los náufragos les cuentan lo que acaba de ocurrir, el vuelco de la barca y la muerte de sus tres compañeros, mientras que otros dos de los que se han salvado expiran de agotamiento ante sus ojos. «Los indios, de ver el desastre que nos había venido y el desastre en que estábamos [...] se sentaron entre nosotros, y con el gran dolor e lástima que hobieron de vernos en tanta fortuna, comenzaron todos a llorar recio, y tan de verdad, que lejos de allí se podía oír, y esto les duró más de media hora; y cierto ver que estos hombres tan sin razón y tan crudos, a manera de brutos, se dolían tanto de nosotros, hizo que en mí y en otros de la compañía creciese más la pasión y la consideración de nuestra desdicha»[13]. A la vista de la situación extrema en que se encuentran, Cabeza de Vaca pregunta a sus compañeros de infortunio si no sería mejor que los indios les llevasen a sus casas. Surge entonces la discusión entre los náufragos al considerar la acogida que anteriormente se les había dado en su periplo. Algunos temen que no sea más que una treta y que sus huéspedes no duden en matarlos cuando llegue el momento. Otros, que han vivido en Nueva España, se niegan por miedo a que los indios los sacrifiquen a sus dioses. Pero Cabeza de Vaca consigue convencerlos aduciendo que, de todos modos, si se quedan en la playa en el estado en que se encuentran morirán. Es mejor confiar en los sentimientos de humanidad de los indios. Cuando se dirige a sus huéspedes para significarles que acepta finalmente su invitación, estos últimos manifiestan su alegría. Encienden grandes hogueras a lo largo del camino para que los españoles puedan calentarse y los instalan en una cabaña en la que también hay fuego. Enseguida comienzan a bailar «y hacer grande fiesta», durante toda la noche, mientras los españoles no consiguen pegar ojo pues están convencidos de que van a ser sacrificados. Sin

embargo, por la mañana les traen comida y se quedan más tranquilos.

A partir de ese momento —estamos a mediados de noviembre de 1528 y hace siete meses que los españoles han puesto el pie en Florida—, el relato de Álvar Núñez Cabeza de Vaca cambia de tono. Ya no se trata de una crónica de la expedición y por lo demás su cronología se vuelve más difusa. Manifiestamente ha perdido el hilo del paso del tiempo. Tal vez haya que ver en ello el resultado de un cambio de calendario, como Cabeza de Vaca lo refiere: los indios cuentan el tiempo por meses lunares. Pasa, pues, a relatar los largos años que pasó viviendo entre las poblaciones indígenas del sur de los Estados Unidos actuales, compartiendo sus modos de vida al límite de la supervivencia biológica. La crónica se reanuda mucho más tarde cuando, probablemente en 1534, Cabeza de Vaca y sus tres compañeros supervivientes deciden emprender la larga ruta de regreso hacia Nueva España. Pero se trata de una cronología relativa, ya que cuando restablecen el contacto con los españoles en Santa María de Culiacán, en Nueva Galicia, la primera cosa que preguntan a sus compatriotas es: ¿en qué fecha estamos? Durante cerca de ocho años han vivido fuera del tiempo.

El relato de Cabeza de Vaca presenta además interés etnográfico pues nos aporta el primer testimonio, y probablemente el único, sobre esas poblaciones indias antes de que desaparezcan, diezmadas por las epidemias o transformadas por el contacto con otras poblaciones indias procedentes de las Grandes Praderas del norte. Volveré sobre este aspecto en otro capítulo y por el momento me contentaré con situarme en el lado español y describir la vida que llevaba el pequeño grupo de supervivientes. Suele decirse que Cabeza de Vaca fue cautivo, pero no es esa la impresión que se desprende de su relato. Es cierto que atraviesa momentos difíciles en los que su vida corre peligro, pero no se puede decir que su vida fuese la de un esclavo. Entre ese puñado de españoles y los indios que los acogieron empezaron a tejerse gradualmente relaciones en las que se mezclaban obligaciones y servicios prestados. No hay que olvidar que aquellas tribus indias vivían esencialmente de la recolección y que su propia supervivencia era frágil. El interés del individuo dependía en gran parte de los condicionamientos que imponían tanto el grupo como la naturaleza. La lucha por la apropiación y la defensa de los recursos naturales era intensa, y permanente el estado de guerra entre los diferentes grupos, de modo que, si no hubiese disfrutado de una libertad relativa, Cabeza de Vaca no habría podido emprender su viaje de vuelta hacia Nueva España.

Las principales etapas de su estancia entre los indios pueden

reconstituirse así: permanece aproximadamente un año en la isla de Galveston, que los náufragos bautizarán como isla del Mal Hado, por la dureza de la existencia que allí tuvieron. Los indios les obligan a coger los rizomas de los juncos que crecen en las orillas. Está desnudo tanto en los fríos intensos del invierno como bajo el tórrido sol del verano, sus manos están llagadas por las hojas cortantes de los juncos. Su situación mejora considerablemente cuando, al cabo de un año, pasa al continente para sumarse a otra tribu en la que adopta el oficio de mercader ambulante. Esa libertad le permite ir a donde gusta y establecer contactos con otros grupos tribales, beneficiándose de un estatus protegido y de cierta inmunidad, mientras las tribus no dejan de enfrentarse en conflictos incesantes. Poco a poco se entera de la suerte que corrieron sus compañeros de infortunio. En la isla, los indios han agrupado a todos los españoles que han encontrado siguiendo la costa, no más de una quincena, y los han repartido entre los diferentes grupos de indígenas. La libertad relativa de que disfruta Cabeza de Vaca le facilita la tarea en su recogida de informaciones. Entra en contacto con los náufragos supervivientes, dispersos por toda la isla. Así es como se entera del desgraciado fin de Narváez. También le cuentan que hay otra barca que embarrancó en la costa. Es la de los cinco misioneros franciscanos. La tripulación se había refugiado en un bosque para hibernar allí. Faltos de comida, murieron de hambre unos tras otros y terminaron devorados por los supervivientes hasta que solo quedó uno. Cuando los indios oyen lo ocurrido de la boca misma del único superviviente, se muestran escandalizados. Resulta difícil saber qué ha sido de los otros supervivientes. Cabeza de Vaca encuentra a algunos en sus viajes comerciales, se refiere a otros de los que ha oído decir que viven en tal o cual grupo tribal, pero ya no habla más de ellos. ¿Qué ha sido de ellos? Nadie lo sabe. Probablemente murieran de agotamiento, o ejecutados por los indios, o tal vez se arraigaran. Resulta difícil admitir esta hipótesis —que no es inverosímil, ya que los archivos dejan constancia de varios casos de europeos que se asimilaron a los pueblos indígenas—, porque las condiciones de vida en esas tribus nómadas de cazadores-recolectores eran particularmente despiadadas para unos organismos que no estuvieran habituados a ellas.

En cualquier caso, Cabeza de Vaca consigue establecer contacto con otros tres compañeros, y juntos deciden huir y regresar a Nueva España. Se trata de Alonso del Castillo Maldonado, natural de Salamanca; Andrés Dorantes, oriundo de Béjar, y Estebanico, un esclavo de Dorantes, descrito como negro, aunque probablemente se tratase de un bereber convertido al cristianismo y natural de

Azemmour en Marruecos. No se sabe bien de cuándo data su decisión de huir, tal vez del final del verano de 1534. Lo que les salva es su pericia como curanderos. Cabeza de Vaca se había fijado en la forma en que los curanderos indígenas practicaban sus artes. Cuando le piden a él que cure a los enfermos al principio se niega, pero luego aplica sus manos en las partes afectadas, hace la señal de la cruz y recita una oración cristiana. Su fama de taumaturgo se extiende por todo el país cuando extrae del pecho de un hombre una punta de flecha profundamente hundida o cuando resucita a un muerto. Enseguida sus tres compañeros se ponen también a curar con verdadero éxito y se acoge a los cuatro como salvadores en los campamentos indios. Les siguen grupos de fieles y los pueblos cuyo territorio atraviesan les proporcionan comida. Van así dirigiéndose hacia el oeste dejando de lado la costa pues «toda la gente de ella es muy mala»[14], llegan al Río Grande que remontan hasta la altura de El Paso, lo franquean siempre en dirección al mar del Sur —el Pacífico— hacia un pueblo de cultivadores de cuya existencia han tenido noticia. Se trata de los indios pueblo asentados en lo que más tarde serán Nuevo México y Arizona. Por último, enfilan el sur y en marzo de 1536 llegan a San Miguel de Culiacán, donde suscitan el estupor de los colonos españoles cuando relatan su odisea con sus cuerpos enteramente desnudos y curtidos por una vida a la intemperie. En mayo se encuentran en Compostela, la primera capital de Nueva Galicia, y los recibe el gobernador Nuño de Guzmán, antes de llegar a México donde les acoge con gran pompa el virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza, y el marqués del Valle, Hernán Cortés, en persona.

La vuelta de los supervivientes de la expedición de Florida tuvo naturalmente amplia resonancia en Nueva España. Los españoles habían explorado por primera vez las regiones del extremo norte, allende Nueva Galicia, conquistada recientemente; regiones donde se esperaba encontrar riquezas y sociedades tan desarrolladas como las que había descubierto Cortés en los altiplanos mexicanos o Pizarro en los Andes. Las ciudades de los territorios pueblo, zuñi y hopi agitaron enseguida ante los ojos de los aventureros el señuelo de las Siete Ciudades, recuerdo de un gran mito español de los tiempos de la Reconquista, según el cual, para huir de la conquista árabe, siete obispos españoles habían escapado, llevando consigo las reliquias de su iglesia, y habían fundado otras tantas maravillosas ciudades allende los mares. Ya en 1539, una expedición encabezada por el franciscano Marcos de Niza había partido en su búsqueda. En cuanto a Cabeza de Vaca, emprendió de inmediato el regreso a España, en primer lugar

para contar lo que había visto y justificar su comportamiento con Pánfilo de Narváez, pero también para sacarle partido a su súbito renombre. Pensaba poder ponerse a la cabeza de una nueva expedición a Florida, pero en su ausencia, la provisión que esperaba recibir había sido atribuida a Hernando de Soto. Este último le ofreció, de hecho, una plaza de lugarteniente en su ejército, pero Cabeza de Vaca la rechazó.

Envió al Consejo de Indias de Madrid y a la Audiencia de Santo Domingo el relato de su periplo, que el historiador Gonzalo Fernández de Oviedo transcribió en su *Historia general y natural de las Indias,* pero ese texto no vio la luz hasta el siglo XIX. En cuanto llegó a Sevilla, Cabeza de Vaca emprendió una nueva versión para el Consejo de Indias que permaneció manuscrita. En 1542, sin embargo, apareció en Zamora una versión revisada de ese texto bajo el título de *Naufragios,* y más tarde una nueva edición en 1555, en Valladolid, lo que prueba que el libro tuvo verdadero éxito. Entretanto, Carlos V había recompensado los servicios de Cabeza de Vaca ofreciéndole un regalo envenenado, el puesto de gobernador del Río de la Plata donde las guerras indias y la guerra civil entre conquistadores estaban en pleno apogeo. A Cabeza de Vaca no le van las cosas mejor en Asunción que en Florida. Pero su historia no acaba allí. En el clima de la Contrarreforma su relato interesó considerablemente en los círculos religiosos. Cabeza de Vaca da pruebas de gran compasión para con los indios, hasta el punto de que ciertos historiadores han formulado la hipótesis de que pudieron haberle influido las ideas de Bartolomé de las Casas. Es posible, si bien no existe ningún elemento que lo pruebe. Por otra parte, su actitud no es incompatible con las ideas erasmianas vigentes en la España y la Europa de su tiempo. Pero como Cabeza de Vaca, en el curso de su carrera de *curandero* cristiano entre los indios, realizó milagros y dio pruebas de una confianza inquebrantable en Dios, en el siglo XVII, un grupo de fieles, impulsó la apertura de una primera investigación con vistas a su beatificación. La época todavía no permitía subir a laicos a los altares. Los jesuitas retomaron la causa durante el siglo siguiente sin que haya surtido efecto alguno hasta la fecha.

---

1. Véase Eugene Lyon, *The Enterprise of Florida. Pedro Menéndez de Avilés and the Spanish Conquest of 1565-1568,* Gainesville, University of Florida Press, 1974. El primer capítulo resume el conjunto de las expediciones a Florida. Sobre Juan Ponce de León, ver el breve resumen incluido en AGL, Patronato, 176, R. 9 *(Descubrimientos de la Florida y otras islas) y Colección de los documentos inéditos relativos al descubrimiento de América* (CODOIN), vol. 22, pp. 26-32.

2. Pietro Martire d'Anghiera, *De Orbe novo,* 7.º decenio, caps. 2 y 3, traducción de Paul

Gaffarel, París, 1907, pp. 586-598.

3. La solicitud de capitulaciones de Pánfilo de Narváez puede encontrarse en AGI, *Patronato*, 18, N.º 3, 5.2. El propio contrato de 11 de diciembre de 1526 figura en AGI, *Indiferente General*, 415, L. 1, fol. 98 v.º-105 v.º, y *Contratación*, 3, 309. Está publicado en CODOIN, vol. 8, pp. 224-245.

4. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias,* t. 4, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles (BAE), 1959, p. 287.

5. José Antonio Cebrián Latasa, *Ensayo para un Diccionario Biográfico de Conquistadores de Canarias,* Islas Canarias, 2003, p. 50.

6. Irving A. Leonard cita este testimonio del maestre de campo Juan de Ocampo en *Los libros del conquistador*, 2.ª ed., México, 1979, p. 300, retomado por Trinidad Barrera en su introducción a *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 12.

7. Vasco Portallo de Figueroa pertenecía a una familia extremeña de origen portugués y adepta desde hacía poco a la corona de Castilla. Tras haber sido un fiel colaborador de Velázquez de Cuéllar en la conquista de Cuba, se instaló en la región de Trinidad, donde poseía tierras y llevaba un elevado tren de vida. Tenía la reputación de ser extremadamente cruel con los indios, si bien respondió a quienes le acusaron que solo había castigado a una docena de ellos. Se limitó a cortarles los testículos y obligarles a comérselos antes de quemarlos vivos. No fue perseguido por esos hechos. En 1526 fue nombrado regidor de Trinidad (AGI, *Indiferente General*, 421, L. 11, fol. 77 v.º).

8. Cabeza de Vaca, *Naufragios y comentarios*, cap. II, col. Austral, Madrid, Espasa.

9. Inca Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca*, Lisboa, 1605, p. 4 v.º. Véase también *op. cit*., Alianza Universidad, Libro primero, cap. II, p. 109. Pero ¿estaba hablando de la misma persona? Garcilaso pensaba que el Miruelo de 1527 era el sobrino del anterior.

10. Cabeza de Vaca, *Naufragios*, Austral, cap. VII, Madrid, Espasa, p. 26.

11. *Ibid.,* cap. X, p. 36.

12. *Ibid.,* cap. XII, p. 39.

13. *Ibid.*

14. *Ibid.,* cap. XXVIII, p. 72. El largo recorrido de los curanderos a los que acompañan muchedumbres de fieles se asemeja en muchos aspectos al que ha descrito Giovanni Levi en relación con el Piamonte del siglo XVII: Giovanni Levi, *L'Eredità immateriale. Carriera di un exorcista nel Piemonte del Seicento,* Turín, Einaudi, 1985, o al de los hombres-dioses del México colonial descrito por Serge Gruzinski, *Les Hommes-dieux du Méxique. Pouvoir et société coloniale, XVIe-XVIIIe siècles,* París, Archives contemporaines, 1985.

3

EL MISISIPI DE HERNANDO DE SOTO

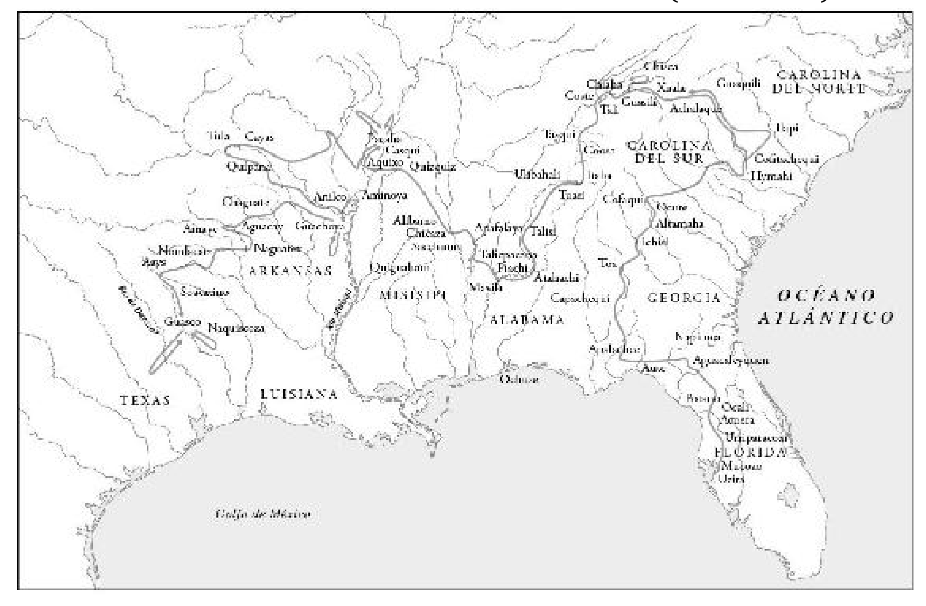
A finales del decenio de 1530, las costas del golfo de México se habían descubierto y cartografiado someramente desde Florida hasta el río Pánuco. Por su parte, Cabeza de Vaca había demostrado que era posible recorrer ese camino por vía terrestre a lo largo de la costa, pero solo había visto la parte menos interesante del continente norteamericano, un litoral pantanoso y poco hospitalario, habitado por poblaciones aisladas de cazadores-recolectores cuyo modo de vida era primitivo. Sin embargo, el relato de sus viajes había estimulado la imaginación de más de uno en las Antillas, en Nueva España, en Perú o incluso en España. Cuando, para asombro general, emergió del infierno, numerosos conquistadores afanosos de aventuras empezaron a concebir sueños acerca de aquella Florida repleta de posibilidades y de riquezas esperadas. Hay que decir que los acontecimientos se habían precipitado durante el decenio de 1530. La conquista de México seguía avanzando hacia el norte, mientras, gracias a su posición de istmo, Panamá se desarrollaba y la colonización alcanzaba ya Nicaragua. Pero la nueva gema era Perú. Cuzco había caído en 1533 y Lima fue fundada en 1535. El imperio inca revelaba sus riquezas inmensas y muchos aventureros se preguntaban si, después de todo, no habría en otra parte, en las infinitas extensiones del territorio americano, otros Tenochtitláns u otros Cuzcos por conquistar. Hernando de Soto se contaba entre ellos.

Un veterano de las guerras de Perú

Había llegado muy joven a América desde su Extremadura natal, a los dieciocho años, o tal vez fuera a los catorce porque no se sabe en qué año nació. Representaba el prototipo de los pequeños hidalgos sin porvenir que intentaban hacer fortuna al otro lado del Atlántico. En Panamá entró al servicio de Pedrarias Dávila (1440-1531), el gobernador de la provincia que había fundado la ciudad en 1519. Enseguida se confía a De Soto el mando de un escuadrón de caballería, una función en la que demuestra las dotes de mando y el valor que le deparan un puesto de alcalde en la ciudad de León, en Nicaragua. También se gana una reputación de hombre inflexible y sin

escrúpulos. En Nicaragua invierte en el comercio de esclavos y cimenta su fortuna. El roce con su patrón le permite adquirir algunas cualidades que le garantizan un certificado de supervivencia en un medio americano tan competitivo como peligroso: la desconfianza, la búsqueda despiadada del lucro y la crueldad. Pedrarias, que era un veterano de las guerras de Granada y de Italia, le transmite también uno de sus secretos, su arma favorita, en la que Hernando de Soto se ha de convertir en un gran especialista: el perro de guerra domado con vistas a la caza de indios. Cuando se entera de que ha comenzado la conquista de Perú, De Soto pone su escuadrón y sus dos barcos al servicio de los Pizarro. Él es quien acaba con toda veleidad de resistencia de Atahualpa, con ocasión de la entrevista de Cajamarca en 1532, al restregar el morro de su caballo por la cara del Inca. Al día siguiente participa con su escuadrón de caballería en la victoria de los españoles sobre las tropas indias. El año siguiente participa en el asedio de Cuzco. Como protagonista de la conquista de Perú obtiene una parte importante del rescate de Atahualpa, pero se enfada con Diego de Almagro y con los Pizarro. Llega entonces a la conclusión de que no tiene porvenir en Perú y regresa a España para invertir allí la inmensa fortuna que ha acumulado.

LA EXPEDICIÓN DE HERNANDO DE SOTO (1539-1543)



Tras invertir su dinero, se casa en 1537 con la hija de Pedrarias Dávila, Isabel de Bobadilla, y solicita a Carlos V un puesto acorde con sus méritos. Habría querido ser gobernador de Guatemala pero el

emperador le otorga Cuba, con la posibilidad de conquistar los territorios de Florida. Él acepta con tanto mayor entusiasmo que en la corte se cruza con Cabeza de Vaca que acaba de volver de Santo Domingo con la aureola de éxito que le han conferido sus proezas. Los dos hombres intercambian informaciones y ambiciones. A Cabeza de Vaca le habría gustado volver a Florida, pero había regresado demasiado tarde. Al no saber que todavía estaba vivo, el emperador había cedido a De Soto esa conquista pendiente. Esta nueva expedición se inscribía en la competición internacional que enfrentaba a Carlos V con Francisco I y que se había reavivado con los viajes de Jacques Cartier a Canadá. De Soto llega, pues, a las Antillas en abril de 1538 con el título de gobernador de Cuba y una cédula autorizándole a conquistar Florida con el título de *Adelantado* y la promesa de hacerle marqués de los territorios que conquistase. Por tanto, la expedición de De Soto reposa sobre las mismas bases que la de Pánfilo de Narváez, diez años antes. Todos los gastos corren por su cuenta, así como el reclutamiento de los hombres, que se lleva a cabo enteramente en la península ibérica.

Los oficiales son veteranos de las guerras de Perú, como el propio De Soto. Entre ellos se encuentran el maestre de campo Luis de Moscoso, el capitán general Nuño de Tovar o el capitán de infantería Juan Rodríguez Lobillo. Hernando de Soto tiene buen cuidado de rodearse de parientes y aliados y también de algunos parientes de Cabeza de Vaca, que no ha aceptado la proposición que él le hace de ser su lugarteniente. Cerca de la mitad de los voluntarios son extremeños, cuya provincia es ciertamente un vivero de conquistadores, que constituyen el grupo más importante, por delante de los andaluces. Cabe señalar la participación de un nutrido contingente portugués; se trata de veteranos de las guerras de África, originarios de Elvas, en el Alentejo portugués, a unos cuantos kilómetros de Badajoz, la ciudad de donde procede De Soto. En la Europa del siglo XVI las fronteras entre Estados todavía eran móviles. El contingente cuenta también con algunos africanos negros o moros, que por lo general son criados, un sacerdote francés y un arquero inglés que prefiere utilizar el arco en lugar de la ballesta. Todos ellos son jóvenes, su media de edad es de menos de veinticinco años, de modo que con sus cuarenta años, De Soto hace figura de abuelo. Como algunos de sus subordinados, se lleva a su esposa, Isabel de Bobadilla, a sus criados y a su secretario, Rodrigo de Ranjel. El contingente cuenta también, naturalmente, con funcionarios encargados de defender los derechos del rey y de controlar si De Soto cumple cabalmente los términos de su asiento. Hay un contador real, Juan de

Añasco, que es también capitán de caballería; un factor real, Luis Hernández de Biedma, y un tesorero real, Juan Gaytán, un veterano del norte de África, sobrino del obispo de Sigüenza, Juan García de Loaysa y Mendoza[15].

A diferencia de la expedición de Narváez, de la que solo poseemos un relato, el de Cabeza de Vaca, a pesar de que existan de él tres versiones diferentes, sobre la expedición de De Soto disponemos de tres crónicas redactadas por participantes, la del factor real Luis Hernández de Biedma, la del secretario particular de De Soto, Rodrigo de Ranjel, y la de un combatiente portugués anónimo, un tal Fidalgo de Elvas. A lo que conviene añadir el relato del Inca Garcilaso de la Vega que, si bien se publicó algo tardíamente, en 1605, recogió los testimonios de varios miembros importantes de la expedición que el autor pudo haber oído tanto en Perú, en la casa de su padre, como en Andalucía donde se había retirado. Por tanto, desde el punto de vista meramente fáctico, estamos mejor informados sobre esta expedición que sobre la de Cabeza de Vaca, que construyó su relato sobre la base de sus recuerdos y no a partir de notas diarias[16].

De Sanlúcar de Barrameda a Apalachee

Hernando de Soto, merced a considerables inversiones de fondos que consumen buena parte del cuantioso botín de guerra que ha obtenido en Perú, reúne en menos de un año, en Sanlúcar de Barrameda, diez barcos de diferente talla y 950 hombres, sin contar las tripulaciones. Desde el principio tenemos que hacer frente al problema de las cifras: los cronistas no concuerdan en el número de los barcos ni en el de los hombres. Tomémoslas pues como órdenes de magnitud. La flota de De Soto parte en un convoy, con otras 15 naves, con rumbo a Veracruz. El convoy está al mando de Gonzalo de Salazar, que tiene la particularidad de haber sido el primer niño cristiano nacido en Granada después de la expulsión de los musulmanes y a quien los Reyes Católicos colmaron de privilegios. El 6 de abril de 1538 el convoy leva anclas desde el puerto de Sanlúcar; el 21 de abril, Domingo de Ramos hace escala en La Gomera, en Canarias, para un último avituallamiento antes del gran salto del Atlántico. Durante la primera noche el barco de Gonzalo de Salazar y el de Hernando de Soto están a punto de afrontarse, ya que los dos pensaban tener ante sí a un corsario francés. El 24 de abril comienza la travesía del Atlántico, que transcurre sin novedad, con un viento favorable. La flota llega a Santiago de Cuba a finales de mayo de 1538. Allí permanecerá un año, el tiempo necesario para solventar los últimos problemas logísticos y

jurídicos.

Aprovechando la escala, numerosos aspirantes a conquistar Florida desaparecen y se pierden por el lugar. Es pues necesario llenar los huecos con candidatos locales, muchos de los cuales son mestizos, quienes, a diferencia de los españoles, tienen la ventaja de saber nadar. Resultarán, por tanto, útiles en la travesía de los ríos y lagunas donde se hará uso de ellos como pontoneros. Y allí se encuentra el imprescindible Vasco Porcallo de Figueroa, el hombre rico de Trinidad, cuyo concurso había solicitado Pánfilo de Narváez y que acaba de ofrecer sus servicios a Hernando de Soto. Vasco Porcallo no lo oculta: para él Florida es tierra de redadas y debe suministrar esclavos a Cuba que padece una grave carestía de mano de obra. De Soto le convierte en su teniente general, en sustitución de Nuño de Tovar, reo de haber desposado clandestinamente a la hija bastarda del gobernador de La Gomera, una joven de diecisiete años que su padre había confiado a De Soto para servir como doncella a su esposa, Isabel de Bobadilla. Porcallo aporta a la expedición numerosos sirvientes españoles, indios y negros, 36 caballos para su servicio personal y 50 para el resto del ejército, así como carne, pescado y maíz.

Al final del verano, De Soto envía dos barcos pequeños, unos bergantines, al mando del contador real Juan de Añasco, uno de los marinos más expertos de la flota, a localizar el lugar más apropiado para un desembarco. En un primer viaje, este grupo trae a dos indios cautivos que han de servir como truchimanes. En el segundo intento el mal tiempo les obliga a permanecer durante dos meses en las islas desiertas del archipiélago de las Tortugas Secas, donde se alimentan de aves y de marisco. Por lo demás, casi mueren ahogados al regresar a Cuba. Entenderse con los dos indios es difícil, ya que ni unos ni otros conocen las lenguas respectivas. Sin embargo, uno de los dos cautivos no deja de pronunciar la palabra «orotiz», de modo que los conquistadores llegan a la conclusión de que debe de haber mucho oro en Florida, lo que les tranquiliza considerablemente. Por último, el rumor según el cual Antonio de Mendoza, virrey de Nueva España, está organizando expediciones a Florida siembra por un momento el desconcierto en Cuba. De Soto, temeroso de que se produjesen rencillas como las que habían enfrentado a Hernán Cortés con Pánfilo de Narváez durante la conquista de México, envía de inmediato un mensajero a México para mostrar al virrey sus credenciales. El mensajero vuelve rápidamente a Cuba y tranquiliza a su gente: las expediciones no tienen por destino Florida, sino el norte de México y los desiertos de Arizona. Se trata de las expediciones de fray Marcos de Niza y de Vázquez de Coronado.

La flota se reagrupa en La Habana durante el invierno. En abril de 1539 todo está dispuesto. Hernando de Soto nombra a su esposa, Isabel de Bobadilla, gobernadora de Cuba en su ausencia y compra una «muy hermosa nao» que había llegado al puerto de La Habana. Así pues, el 12 de mayo de 1539 leva anclas de dicho puerto una flota de ocho navíos y mil hombres, según Garcilaso de la Vega —nueve navíos según Rodrigo de Ranjel y 620 hombres según Biedma—, en dirección a la bahía de Tampa, que alcanza tras diecinueve días de vientos contrarios: el 31 de mayo de 1539, día en el que aquel año cayó la fiesta de Pentecostés. El puerto se llamará en lo sucesivo Espíritu Santo para los españoles. Es preciso ocuparse de los caballos, el arma decisiva de los expedicionarios. A los animales, que van agolpados en los sollados de las naves mediante un sistema de tablas y cuerdas, no les gustan particularmente los viajes por mar. Son cerca de 250 pero una veintena de ellos mueren durante la travesía. Afortunadamente para los supervivientes, la hierba de Florida es abundante y de buena calidad, lo que les permite reponerse con rapidez. El 2 de junio se celebra la ceremonia oficial de toma de posesión de Florida en nombre de Carlos V y se produce el primer enfrentamiento con los indios. Y es que se encuentran en el lugar donde Pánfilo de Narváez desembarcara diez años antes y los indígenas recuerdan los daños que la operación les había causado. Al amanecer del 3 de junio, un contingente de 300 hombres de a pie que había hecho una incursión tierra adentro sufre un ataque con flechas y, al querer socorrerlos, Vasco Porcallo pierde el caballo que montaba. El jefe ozita, en cuyas tierras acampaba el cuerpo expedicionario, tenía buenas razones para aborrecer a los españoles, pues Pánfilo de Narváez había echado a su madre a los perros y había mandado que le cortasen a él la nariz y las orejas.

El principal problema a que debían hacer frente los españoles en América —al igual que los portugueses tanto en África como en Asia —, cuando desembarcaban en nuevas tierras, era la ausencia de intérpretes. Les era difícil establecer relaciones amistosas con las poblaciones locales, en el caso de que estas últimas hubiesen querido hacerlo, por el mero hecho de que no conseguían que los entendieran. Esta cuestión es esencial para De Soto que se ve inmediatamente sumido en las querellas políticas internas de Florida. La zona en que desembarca, la bahía de Tampa, está situada en una frontera entre dos culturas indias, la de los calusa al sur y la de los timucua al norte, cazadores-recolectores los primeros y agricultores los segundos. Entre las dos existe una zona intermedia, de la que forman parte las tribus rivales de Ozita (o Uzita) y Mucozo (o Moroço), que a su vez rinden

vasallaje a un gran cacique timucua, cuyo territorio está más al norte, Urriparacoxi (o Paracoxi)[17]. Pánfilo de Narváez también había desembarcado en ese lugar y había tenido que afrontar la hostilidad de la tribu ozita. Pero la suerte sonríe a Gonzalo de Soto por segunda vez. En circunstancias dignas de una novela de aventuras, los españoles se encuentran con uno de ellos, un sevillano de nombre Juan Ortiz, que había servido en la flota de Pánfilo de Narváez y que, al no ver regresar a su jefe, había puesto pie a tierra con otros tres compañeros para saber qué suerte había corrido. Ortiz había sido capturado por el jefe ozita, llamado Hirrihigua según Garcilaso de la Vega, que le había perdonado, a instancias de su mujer y sus hijas, debido a su juventud. Pasado el tiempo consiguió refugiarse en la vecina tribu de Mucozo donde se integró en la población local. Doce años más tarde había perdido por completo el uso del castellano pero hablaba cinco lenguas indígenas. Ese es el momento en que los mandos de la expedición recuerdan el incidente acaecido unos meses antes en Cuba, cuando un indio de Florida había pronunciado en varias ocasiones la palabra «orotiz». Caen entonces en la cuenta de que aquel hombre no hablaba de oro, sino que deseaba avisarlos de la presencia de aquel extranjero entre los suyos. Hasta su muerte, en el invierno de 1541, la pericia lingüística de Juan Ortiz resultó de un valor incalculable.

Los españoles le festejan, pero Juan Ortiz ha olvidado hasta tal punto su cultura que tarda mucho en recuperar el castellano y vestirse a la manera europea con ropas y calzado. Sin embargo, gracias a él los conquistadores se ganan la amistad de la tribu de Mucozo, la única en toda Florida del Sur que no les es hostil. La subida hacia el norte, incluso por una vía más interior que la que antes había tomado Narváez, está plagada de peligros: ríos impetuosos que hay que vadear, marismas inhóspitas por franquear y continuas emboscadas de los habitantes que huyen de sus pueblos a la llegada de los soldados y entablan una guerra de guerrillas particularmente eficaz. Las condiciones son tan difíciles que Vasco Porcallo se da cuenta, con cierta lucidez, de que la empresa a la que se ha asociado no vale la pena. Unos días después del desembarco decide volver a Cuba llevándose a los españoles, indios y negros que había tomado a su servicio. Deja tras él bastimentos y caballos que ha regalado a De Soto, así como un hijo ilegítimo, mestizo habido en Cuba, que se ha enamorado de una india y desea asentarse en aquella tierra.

Hernando de Soto parte de Espíritu Santo, su campamento base, en el que deja una pequeña guarnición y sus dos bergantines, para internarse en tierra con un cuerpo de ejército organizado con eficacia.

Llevaba con él un cañón, que al parecer no llegó a utilizar y que terminó siendo una rémora. Pero su caballería de 250 hombres es temida por los indios que no conocen los caballos, pero que se han dado cuenta de lo eficaces que son en el campo de batalla. Los cascabeles que llevan los arneses les impresionan y asustan, antes de convertirse en un objeto codiciado y un medio de intercambio muy solicitado. Los españoles han consumido rápidamente los víveres que habían traído. Tienen que vivir con los recursos locales, desvalijando los graneros de los pueblos que quedan desiertos cuando se acercan, lo que contribuye a alzar a los indios contra ellos. Sin embargo, han tenido buen cuidado de llevar con ellos una piara de cerdos que va siguiendo a la columna. Esos animales se reproducen rápidamente y los soldados obtienen de ellos la alimentación cárnica a la que están acostumbrados. Muchos de ellos se escaparon, como lo habían hecho antes en las Antillas y en México. Para la población indígena se convertirían en una plaga que devastaba sus campos.

Además de sus caballos, Hernando de Soto dispone de otra arma disuasiva, sus perros de guerra. Esta es una especialidad de los ejércitos españoles, que ya los utilizaron contra los árabes en las guerras de la Reconquista, contra los guanches en Canarias y luego contra los indios de América. Se trataba de verdaderas fieras, lebreles y alanos cruzados con lobos, especialmente entrenados para cazar hombres. Rodrigo de Ranjel, al referirse a esa técnica de guerra, habla literalmente de *montería*[18]. El especialista en esta materia había sido Pedrarias Dávila, el antiguo patrón y suegro de Hernando de Soto, cuya crueldad era legendaria, pues no vacilaba en echar a los perros, para que los devorasen, a los caciques indios que se atrevían a afrontarlo. Ha pasado a la historia su apodo de *Furor Domini,* «La ira de Dios». Hernando de Soto tenía, pues, de quien aprender. Posee varias de estas fieras pero su favorito es Bruto, cuya eficacia es muy apreciada. Los indios terminan por reparar en esos puntos fuertes de los españoles y en las emboscadas apuntan más a los caballos y perros que a los hombres. Bruto tendrá en Florida un poco más tarde un fin miserable, con el cuerpo traspasado de flechas, dejando a su amo inconsolable.

De Soto emprende el camino hacia el norte por la península de Florida, en dirección al cacicazgo de Apalachee, siguiendo una derrota ligeramente más oriental que la tomada por Narváez once años antes. Va siguiendo las pistas indias. Dentro de los territorios bien delimitados de las tribus, el ejército avanza por caminos suficientemente anchos por haberlos utilizado tradicionalmente los indios[19]. Tras atravesar el Withlacoochee el 26 de julio, se adentra por

una región cuyas poblaciones no se limitan a la recolección, la caza y la pesca, sino que practican la agricultura. Los españoles pueden alimentarse de maíz, de frijoles y de perritos, como los que comían entonces los indios de Nueva España. En efecto, cuanto más suben hacia el norte, más sienten la influencia de las culturas del Misisipi y más predominante se vuelve la porción de la agricultura en la alimentación de los indígenas. Los cronistas de De Soto son más conscientes que Cabeza de Vaca de las diferencias culturales que existen entre las naciones indígenas. Asimismo, las sociedades políticas cada vez están más organizadas y la resistencia se vuelve particularmente indómita. Los españoles sufren sus primeras pérdidas en emboscadas tendidas en los vados de los ríos o en la travesía de las ciénagas. De Soto reacciona con crueldad: toma a los caciques como rehenes, captura indios para convertirlos en informadores y los echa a los perros cuando se niegan a colaborar. En cuanto a los españoles apresados por los indios, son decapitados, descuartizados y sus trozos expuestos en los árboles para infundir temor a los supervivientes. Durante este recorrido, De Soto ve cómo se confirma el paso de Narváez por la región once años antes.

El camino es largo y penoso y el 1 de octubre los españoles llegan al borde del Aucilla, el pequeño río costero que sirve de frontera a la provincia de Apalachee. Se abren paso por la fuerza, alanceando a los indios que les esperan en la otra orilla, y penetran en la capital de la tribu Anhaica. Los habitantes han huido del pueblo pero han dejado abundantes reservas de maíz, calabazas, frijoles, caza y pescado, y De Soto decide pasar allí el invierno. Recientes excavaciones arqueológicas han revelado huellas del real fortificado y objetos de origen europeo[20]. Curiosamente se describe la región como muy próspera cuando Cabeza de Vaca no recordaba de ella sino su pobreza relativa. Además de una agricultura evolucionada, la comarca practica el comercio, intercambiando las conchas de la costa con el cobre que procede de los Grandes Lagos. Durante el invierno, que aquel año es muy riguroso, el campamento fortificado sufre en dos ocasiones un asalto generalizado por parte de los indios, a los que no disuade la muerte cruel que les espera si les capturan. Los españoles se sorprenden de la fiera determinación de los guerreros indígenas que les atacan cada vez que se atreven a salir del real. Los niños son los únicos que se atreven a hablar con los extranjeros y ocurre que un mozuelo, bautizado con el nombre de Marcos, entra al servicio de Juan Ortiz, a quien asiste como intérprete, mientras que otro, de nombre Perico, habla a De Soto de un pueblo gobernado por una mujer donde se labra el oro. Aquellos jóvenes habían recorrido toda la

región con mercaderes indios que comerciaban con objetos preciosos, como el cobre, la mica y las conchas. Los españoles están encantados, ¡por fin han encontrado su El Dorado!

En el ínterin, De Soto envía a uno de sus lugartenientes al campamento base de la bahía de Tampa para pedir a Juan de Añasco, el comandante de la flota, que sitúe los dos bergantines en la bahía de los Caballos, cerca del pueblo de Aute, donde años antes Narváez había fabricado sus barcas y sacrificado sus caballos —de ahí el nombre que en lo sucesivo se dio a aquella bahía—, mientras que se envía la carabela a Cuba para dar cuenta a Isabel de Bobadilla de los avances de la expedición. Se ordena a los soldados de la pequeña guarnición de Espíritu Santo que se unan al grueso de la tropa en Anhaica. Durante el invierno, Diego Maldonado procede con dos bergantines al reconocimiento de la costa hasta la bahía de Pensacola. Allí encuentra un puerto adecuado de aguas profundas en Ochuse (o Achussi, actualmente Pensacola), establece relaciones de confianza con los indios locales, aprovecha para capturar a dos de ellos, uno de los cuales es el cacique, y regresa a la bahía de Aute. Entonces, Hernando de Soto elabora su plan estratégico. Decide partir en primavera hacia el nordeste, en dirección al pueblo rico descrito por Marcos y Perico, antes de girar hacia el oeste, llegar al río grande —el Misisipi—, descenderlo y reunirse en Ochuse con Diego Maldonado que ha venido de Cuba con refuerzos suficientes para establecer un asentamiento. Cada año, llegado el buen tiempo, Diego Maldonado acudirá puntualmente a la cita, no así Hernando de Soto. En octubre de 1543, cuando está de invernada en Veracruz con su flotilla, Maldonado se entera de que los supervivientes de la expedición acaban de llegar a México.

De Apalachee a Coosa

A comienzos de marzo de 1540, los españoles abandonan su campamento atrincherado de Anhaica, no para llegar a la costa como hiciera Pánfilo de Narváez, sino para dirigirse hacia el nordeste, hacia ese El Dorado prometido por los dos jóvenes indios, Marcos y Perico. Alcanzar su objetivo, el poblado de Cofitachequi, a orillas del Wateree, hoy Mulberry Site, cerca de Camden, en Carolina del Sur, les lleva un mes y medio. Atraviesan regiones más ricas que la misma Florida, que cuentan con pueblos densamente poblados, campos de maíz y huertos de frutales. Estos son los primeros cacicazgos de la cultura del Misisipi, centrados en el curso del río Savannah, que abarcan un amplio territorio que se extiende por Georgia, el nordeste

de Florida y la parte meridional de Carolina del Sur. Esas poblaciones practican una agricultura avanzada en los fondos de valle húmedos y están acostumbradas a intercambios políticos, diplomáticos y militares. El hábitat también cambia. Las cabañas de madera con techo de hojas de palma dejan paso a casas de adobe sobre una estructura de juncos trenzados. Se recibe a los españoles de forma protocolaria y con cierta deferencia: la población sale a su encuentro y les ofrece tortillas de maíz y cebollas. A cambio, De Soto ofrece presentes a los caciques. En Ocute regala al cacique un gorro de satén amarillo, una camisa y una gran pluma de plata. En Achalaque, una pequeña comunidad más pobre, recompensa al cacique por su hospitalidad regalándole una pareja de cerdos para que se reproduzcan. Cuando llegan a las orillas del Oconee, los españoles se dan cuenta de que el río discurre en dirección al este, es decir, hacia el Atlántico. En Coosa el cacique y la población los reciben calurosamente. El ejército descansa en esa provincia fértil durante cinco días y Hernando de Soto regala al cacique un cañón inútil que, por su peso excesivo y el número de hombres necesarios para su mantenimiento, resulta demasiado gravoso. Así que lo coloca a la entrada del pueblo ante una muchedumbre de indios maravillados. De Soto pide al cacique que lo cuide por amistad por él y se compromete a recuperarlo a su vuelta.

Durante los primeros días de mayo de 1540, el ejército llega al cacicazgo de Cofaqui, seguramente vasallo de Ocute, que se encuentra bajo el mando de un viejo cacique y de un sobrino suyo, llamado Patofa, hijo de su hermana. Allí acoge a De Soto con los brazos abiertos el cacique «acompañado de muchos hombres nobles hermosamente arreados de arcos y flechas y grandes plumas, con ricas mantas de martas y otras diversas pellejinas tan bien aderezadas como en lo mejor de Alemania»[21]. Le avisan de las dificultades que le esperan, ya que el camino real que el ejército ha tomado se detiene de pronto y hay que atravesar durante siete días un desierto, que en realidad no era sino un bosque dejado en su estado natural para que sirviese de frontera entre el cacicazgo de Ocute y el de Cofitachequi, que guerrean desde hace varios decenios. El cacique y su sobrino proponen a De Soto ayudarle a franquear ese obstáculo con víveres y porteadores (*tamemes*), y Patofa se compromete incluso a acompañarle con una tropa de guerreros. Pero sus intenciones son claras: de lo que se trata es de aprovechar el apoyo de los extranjeros para lanzar un ataque contra los de Cofitachequi. La travesía del «desierto de Ocute» es verdaderamente penosa. Los hombres están extenuados y hambrientos. Durante el vadeo del río Savannah gran parte de la piara

de cerdos se ahoga. Los españoles se pierden en ese infierno verde y creen llegada su última hora cuando los exploradores llegan a un río, el Wateree, y avistan un pueblo llamado Hymahi, que es el primero del territorio de Cofitachequi y da paso a una llanura poblada y cultivada. Por el camino los exploradores capturan a algunos habitantes. De Soto intenta sonsacarles información y termina por quemarlos vivos uno tras otro sin que le revelen secreto alguno.

Los españoles acampan siete días en el pueblo. Durante ese tiempo Patofa y sus guerreros merodean por los alrededores matando sistemáticamente a todos los habitantes que encuentran y cortándoles el cuero cabelludo. Cuando Hernando de Soto se entera de lo que está pasando, considera más prudente enviar de vuelta a su territorio a Patofa y sus hombres, que se han convertido en un estorbo, tras cubrirlos de regalos —piezas de paños y sedas, lienzos, cuchillos, tijeras y espejos y otros productos de España—. Pero a esas alturas el campo que les rodea está cubierto de cadáveres profanados. De Soto se adentra entonces en el territorio de Cofitachequi. El encuentro con las autoridades se produce en las aguas del Wateree, primero con los notables y luego con la propia señora de Cofitachequi. Y resulta que los españoles quedan embelesados por su encanto. Garcilaso de la Vega, que nunca escatima las referencias a la literatura clásica, se refiere en este caso al encuentro entre Cleopatra y Marco Antonio. La señora es joven, bella, discreta y de su persona emana una autoridad natural. Como muestra de amistad y de bienvenida regala a De Soto un collar de perlas de tres vueltas que desciende hasta los muslos; a cambio él le entrega un anillo de oro con un grueso rubí engarzado. Todos los soldados están conmovidos por la actitud deferente de los habitantes y por sus costumbres corteses y civilizadas. La travesía del Wateree resulta una vez más extremadamente complicada. Varios caballos se ahogan, pero finalmente el ejército llega a la capital del cacicazgo.

A Hernando de Soto todavía le quedan sorpresas. Primero, desagradables. Preciso es rendirse a la evidencia, el oro tan anhelado no es sino cobre, y la plata, mica. Pero cuando se disponen a saquear el templo de madera construido sobre una plataforma de tierra, donde están expuestos los sarcófagos que contienen los restos de los caciques, descubren centenares de kilos de perlas de agua dulce y una piedra de color verde que al principio Rodrigo de Ranjel toma por una esmeralda. Una vez examinada, resulta ser una cuenta de vidrio de factura europea. Los españoles descubren otras iguales, así como cuentas de rosario, cruces y hachas de hierro, objetos que procedían probablemente de la expedición de Lucas Vázquez de Ayllón en 1526

y que las vías misteriosas del comercio regional encaminaron a Cofitachequi. También reparan en que los indios parecen estar muy influenciados por las modas europeas. Llevan pantalones y mocasines de cuero negro, cintas y cinturones de cuero blanco, flecos de piel coloreada, detalles vestimentarios que corresponden a la moda de Castilla. ¿Se equivocan o existe una verdadera influencia europea? Es imposible dar una respuesta, pero esta observación sobre la cultura de las poblaciones indígenas es tan poco usual, viniendo de nuestro cronista, que merece la pena señalarla. Por otra parte, la tribu de Cofitachequi parece menos poderosa de lo que sus enemigos daban a entender. Está debilitada por una guerra que debió de comenzar hacia la mitad del siglo anterior y que ha dejado huellas indelebles. Muchos pueblos han sido abandonados por poblaciones azotadas por las epidemias, como la que había devastado la región dos años antes. Por añadidura, las tribus vasallas olvidan el pago de sus tributos sin que los de Cofitachequi tengan fuerza para reclamárselos.

En lugar de saquear el tesoro de Cofitachequi, la señora sugiere a Hernando de Soto que acuda a servirse al templo de Talimeco, ciudad vecina (Adamson Mound), pues allí las perlas son de mejor calidad. Son más recientes y no se han deteriorado por el contacto con el fuego que se utiliza para taladrarlas. Los españoles deciden llevarse diez arrobas, bajo el escrutinio escrupuloso de los oficiales que apartan el quinto que pertenece a la hacienda real[22], y los jefes redistribuyen una parte a los soldados. Talimeco es una ciudad importante que cuenta con 500 casas grandes y el templo —al que Ranjel llama mezquita— está construido sobre un cerro de altura impresionante. Sin embargo, el lugar parece abandonado, pues ha padecido una epidemia en los años anteriores. De Soto se queda aún una decena de días en Cofitachequi y luego parte en dirección noroeste, acompañado por la señora y varios notables, con el fin de facilitar el avance de su ejército hasta las fronteras de la provincia vecina y obtener víveres y porteadores. Pero entre los indios empieza a incubarse una revuelta pues cada vez soportan peor la presencia de ese ejército de ocupación, y entre los españoles también empieza a haber tensiones. Dos soldados manifiestan su intención de desertar y De Soto amenaza con ahorcarlos. Por otra parte, varios criados, por lo general esclavos negros o moros, huyen, atraídos sin duda por la libertad que les prometen las mujeres locales. Tras un descanso de quince días durante los cuales el ejército repone fuerzas en Xuala, un poblado vasallo de Cofitachequi, rodeado de ríos y cuyos campos producen abundantes legumbres, de nuevo se trata de atravesar un «desierto» que marca la frontera con una realidad política diferente. Al llegar a la frontera de

su provincia, la señora de Cofitachequi, so pretexto de que tiene que hacer sus necesidades, se pierde entre la maleza con las esclavas que la llevan y desaparece sin dejar rastro.

A todo esto, el entorno empieza a cambiar. A partir de allí el camino atraviesa el sur de los Apalaches —la región de las Blue Ridge Mountains—, el clima se vuelve más adusto, y la agricultura, más escasa. En mayo de 1540 allí todavía hace frío. La influencia de los rasgos culturales de la cuenca del Misisipi es menos fuerte e incluso la lengua cambia. Esa región ya no pertenece al área de las hablas muskogee, sino a la del cheroqui (catawba). Asimismo, desaparecen del paisaje las plataformas artificiales sobre las que estaban instaladas las casas de los caciques. Sin embargo, se sigue recibiendo amistosamente a los españoles. En Guasuli —una localidad que resulta difícil identificar, pero que seguramente se encontraba al borde del río Hiawassee—, el cacique y los notables del lugar vienen a su encuentro y les ofrecen un poco de maíz y una gran cantidad de perros. A partir de allí descienden de nuevo hacia las culturas del Misisipi, con su agricultura de fondo de valles, rica y capaz de alimentar a poblaciones más densas. Luego entran en el territorio de una de las tribus más poderosas de la región, que abarca desde el norte del Tennessee actual hasta el centro de Alabama. Los cronistas Biedma y Ranjel observan que allí ha sido donde comenzaron a ver ciudades fortificadas con empalizadas. La primera de ellas es Chiaha, situada en una isla del French Broad River (Dendridge, Tennessee). El lugar desapareció anegado por una presa construida en la época del New Deal.

Los españoles debieron de pasar allí momentos de esparcimiento muy agradables. La tropa estaba cansada y los caballos tan flacos que ya no podían con el jinete. Los hombres se reponen comiendo maíz asado, grasa de oso, aceite de nueces y miel silvestre, se relajan, se divierten, nadan en las aguas del río, pescan y engordan comiendo ostras de río. Mientras tanto, dos españoles, Juan de Villalobos y Francisco de Silvera, se ofrecen como voluntarios para dirigirse al norte y comprobar los rumores según los cuales había por allí minas de metal amarillo. Diez días después vuelven, encantados por el recibimiento que les han dado, para confirmar que el tal metal amarillo no era sino cobre. Les habían festejado y ofrecido banquetes y enviado sendas mozas hermosas para que durmiesen con ellos, si bien ellos no osaron tocarlas por miedo de que se tratase de una trampa para matarlos. Podemos darles crédito, pero ese pequeño incidente debe relacionarse con el siguiente. Antes de abandonar el lugar, Hernando de Soto comete una imprudencia que ha de costarle cara en el futuro. Pide a los notables de la ciudad mujeres para sus

hombres que no las han conocido desde hace más de un año. Pero durante la noche, hombres, mujeres y niños desaparecen y, después de emprender su búsqueda y negociar, renuncia a su petición de indias y se contenta con obtener *tamenes* para continuar su camino. Mas como en todos los poblados que fue atravesando volvió a formular esa petición, parecería que se vio obligado a atender a una exigencia creciente de sus soldados bajo amenaza de motín.

Tras una estancia reparadora de veinticuatro días en Chiaha, De Soto reanuda su marcha hacia el sur. Pasa por Coste, donde se enfrenta con la población indígena por el intento que hacen sus hombres de saquear los graneros y llega al punto de tener que tomar a los notables del pueblo como rehenes para garantizarse la seguridad, y luego por Toqua, un lugar que prácticamente ha desaparecido y que contaba con dos cerros y una gran plaza rodeados de una robusta empalizada reforzada por dos torres defensivas. Luego se dirige hacia Coosa, una ciudad situada en la confluencia del río Coosawattee con el Talking Rock (hoy Little Egypt, Georgia). El 16 de julio de 1540, el cacique del poblado acude al encuentro con De Soto, llevado en unas andas, vestido con una capa de piel de marta y portando un tocado de plumas. La ciudad es la capital de un gran cacicazgo que se encuentra a la cabeza de un territorio importante en el que existen de siete a diez tribus secundarias. Se trata igualmente de una población rica, conocida por sus golas de nácar tallado. A pesar de que los caciques de Coosa colaboran, De Soto los trata con gran brutalidad y los toma como rehenes. Exige porteadores y mujeres. El ambiente de su ejército parece degradarse. ¿Es por la impaciencia que empiezan a mostrar los soldados o porque no encuentra el esperado El Dorado? Hernando de Soto se muestra cada vez más autoritario con sus hombres y menos respetuoso con los indios, a cuyos notables pone cadenas, trata a los porteadores como esclavos y entrega a las mujeres a los soldados para que satisfagan sus deseos. Hay un signo que no engaña, las deserciones se multiplican. Cuando el ejército abandona Coosa (Coza), llevando como rehenes al cacique, a su hermana y a varios notables, un miembro de la expedición llamado Feryada, un «levantino», deserta y se queda con los indígenas de Coosa para liberarse de las vejaciones de De Soto. Este pide a unos prisioneros indígenas que vayan a buscarlo pero se niegan. Unos días más tarde es un esclavo negro, Juan Vizcaíno, el que deserta y su amo, el capitán Juan Ruiz Lobillo, abandona la columna para buscarlo sin autorización de su comandante; cuando vuelve, De Soto le espeta una severa reprimenda. En poco tiempo, la expedición se ha de convertir en una horda salvaje vagando sin objeto por las inmensidades americanas.

Los españoles se han adentrado ya en el núcleo denso de las culturas de la cuenca del Misisipi. La resistencia indígena es palpable. Las ciudades se vacían ante la llegada del ejército, los atentados se multiplican. Un hidalgo de Salamanca llamado Manzano, que padece depresión, se demora al final de la columna y un día desaparece, muerto sin duda a manos de los indios. De Soto se dirige hacia el sur pasando por Talimachusi, abandonada por sus habitantes; Itaba, más conocida por el nombre de Etowah (al sur de Cartersville, Georgia), uno de los yacimientos de la cultura del Misisipi mejor conservados, y Ulibahali, abandonada por sus habitantes, que se refugian al otro lado del río. Para apaciguar a los indios, De Soto se exhibe conversando y paseándose con el cacique de Coosa. Por último, el 18 de septiembre de 1540 llega a la ciudad de Talisi (hoy Tallassee, Alabama) donde encuentra importantes reservas de maíz. La ciudad está situada entre los cacicazgos de Coosa, y Tascaluza. De Soto convoca a los notables, pide pieles de venado, comida, mujeres y porteadores y despide al cacique de Coosa que se va furioso y llorando porque debe dejar a una hermana suya en manos de su vencedor y porque le han llevado tan lejos de su tierra[23]. Es probable que Hernando de Soto haya tenido entonces la intención de dirigirse hacia el puerto de Ochuse, del que solo le separan 300 kilómetros en línea recta y donde le espera, como estaba previsto, la flota de Diego Maldonado. Esa es la razón por la que se detienen largamente en aquel fuerte rodeado por una empalizada de adobe y madera y un foso lleno de agua. Emplea los diez días en informarse sobre la situación de la región y sobre la mejor ruta para llegar al mar.

También recibe la visita del hijo —o sobrino— del jefe de Tascaluza, el cacicazgo situado al sur, alrededor de la actual ciudad de Montgomery, a orillas de los ríos Tallapoosa y Chattahoochee. La influencia de ese cacicazgo es creciente y disputa a la de Coosa la soberanía del poblado de Talise. Es evidente que ese mozo en extremo afable, que los cronistas describen como un gigante, una especie de fenómeno de la naturaleza, so pretexto de ofrecer la amistad de su pueblo, ha venido para espiar al ejército español. Invita al «gobernador» a reunirse con su padre en su capital, situada en Atahachi (Montgomery, Alabama). En realidad, Tascaluza, que significa «guerrero negro», es el nombre del padre y también el del cacicazgo. El ejército español atraviesa el río Tallapoosa y el 10 de octubre planta el real a escasa distancia de Atahachi, donde se desarrolla la entrevista entre los dos jefes. Tascaluza acoge a sus visitantes delante de su casa, construida sobre un cerrillo, sentado

sobre dos cojines bajo un pórtico, tapado con un manto de plumas que le cubre por completo y con la cabeza ceñida de una toca parecida a la de los moros. Es un verdadero gigante, lo cual impresiona a los españoles. Le rodea toda su corte, y junto a él, un abanderado blande el estandarte de guerra, una cruz griega blanca en campo negro, para unos, tres barras azules sobre un fondo de gamuza amarilla, según otros. Tascaluza es un cacique temido y respetado, capaz de levar muchos guerreros y que ejerce su dominio sobre los cacicazgos vecinos. Hernando de Soto intenta repetir la escena que tan buenos resultados diera en Perú frente a Atahualpa. Pide a su maestre de campo Luis de Moscoso que organice con sus jinetes una exhibición ecuestre. Pero esta no tiene ningún efecto y Tascaluza afecta una combinación de absoluta indiferencia y profundo desprecio. A continuación, los indios se ponen a bailar en la plaza unas danzas que recuerdan a los españoles las de los campesinos en España.

De Soto pide a Tascaluza mujeres y porteadores. El cacique le responde que no tiene costumbre de servir a otros, ya que por lo general son los otros los que le sirven a él. Apremiado por De Soto, acepta darle los porteadores y demorar la entrega de las mujeres hasta que lleguen a Mavila, una población situada más al sur, a orillas del río Alabama. Por el camino hacia Piachi enseñan a De Soto un puñal que había pertenecido a don Teodoro, el griego que formaba parte del ejército de Narváez y que se había ofrecido a ir a buscar agua acompañado de un esclavo negro. Nunca se supo nada más de los dos hombres y los indios confirman que efectivamente los habían matado. Ese gesto es una advertencia y, por lo demás, los indicios de resistencia se multiplican: dos españoles desaparecen y se les da por muertos, De Soto pide entonces explicaciones a Tascaluza sobre la cuestión, pero el cacique le responde que no le corresponde a él velar por sus soldados. Los habitantes de Piachi se niegan a facilitarles canoas para permitir al ejército franquear el Alabama. Al acercarse a Mavila —probablemente en el emplazamiento actual de Old Cahawba, la primera capital que tuvo el estado de Alabama—, De Soto envía unos exploradores que le informan de que en ese poblado transformado en campamento fortificado están agrupándose numerosos guerreros. Se ha evacuado a las mujeres y a los niños, así como a los ancianos y los esclavos. La plaza está preparada para el enfrentamiento. Desoyendo los consejos de sus subordinados De Soto decide entrar con los alabarderos de su guardia, aunque solo sea para mostrar que no siente temor, acompañado por Tascaluza, cuando el grueso del ejército, al mando de Luis de Moscoso, todavía está muy atrás.

Mavila se presenta como una fortaleza rodeada de una empalizada con gruesos maderos hincados en tierra, tan juntos que estaban pegados unos con otros. En el interior y en el exterior hay otras dos cercas con vigas menos gruesas atadas con cañas quebradas y cordeles fuertes y cubiertos de barro pisado. La cerca está llena de troneras y cuenta, a intervalos regulares, con unas torres suficientes para albergar cada una a siete u ocho guerreros. El acceso al pueblo se hace por dos puertas abastionadas. Cuando comienza el combate, los indios lanzan una nube de flechas sobre el pequeño grupo de españoles que, al mando de De Soto, se hace con una de las puertas para escapar de la trampa. La llegada tardía, pero decisiva, del grueso de la tropa permite a los españoles conquistar la ciudad y prenderle fuego. No dan cuartel y son muchos los guerreros indios que prefieren echarse a las llamas antes que ser capturados. Las bajas de los indios son considerables, seguramente de varios miles de hombres, sobre todo jóvenes. El pueblo queda enteramente destruido. Algunas mujeres son capturadas y los soldados españoles se las reparten como esclavas. Luis de Moscoso recibe una muy bella, que más tarde se convertirá en el capricho de la sociedad de México. Las cautivas confirman que el ataque de Mavila estaba previsto desde hacía tiempo. Confiando en su bravura, los guerreros indios estaban convencidos de que iban a reducir a los españoles a la esclavitud y festejar el acontecimiento con una gran ceremonia en honor de su dios Sol. Esta fue la razón por la que habían invitado a las mujeres a presenciar el espectáculo de su gallardía.

La batalla de Mavila (18 de octubre de 1540) tiene graves consecuencias. Para el bando indio, la derrota es considerable. Desde el punto de vista humano, las pérdidas son muy importantes y debilitan durante largo tiempo el principal cacicazgo de la región. En las leyendas locales su recuerdo permanecerá grabado en la memoria colectiva hasta el punto de que, decenios más tarde, otros españoles, de visita por la región, oirán hablar de ella. Desde el punto de vista táctico fue un fracaso total. Plantear una batalla frontal a los españoles era rayano en la inconsciencia, sobre todo cuando la táctica de guerrillas había dado buen resultado; al prescindir de ella para afrontar a los españoles en su propio terreno, los jefes del cacicazgo de Tascaluza habían sobrestimado sus fuerzas y cometido un error grave, pues no tenían experiencia en ese tipo de enfrentamientos ni medios técnicos para prepararlo. En el bando español la victoria se paga cara. Es evidente que en lo sucesivo toda la región se levanta contra la presencia de los invasores. Han muerto 22 hombres y siete caballos, sin contar el elevado número de heridos, entre los que se cuenta el

propio Hernando de Soto, al que han clavado una flecha en las nalgas. Debido a la falta de vendas, muchos heridos mueren durante los días siguientes. Desde que desembarcara en Florida el cuerpo expedicionario ha perdido una sexta parte de sus efectivos. Pero, sobre todo, cuando se acerca el invierno, el ejército ya no dispone de su equipaje, que ha ardido por completo. Para remate de la desgracia, las hostias, las prendas litúrgicas y los altares portátiles también se han perdido, y los sacerdotes ya no pueden administrar los sacramentos.

Tras la batalla, que supone un punto de inflexión en la expedición, se plantea a Hernando de Soto un caso de conciencia. Decide permanecer acampado durante tres semanas para atender a los heridos. Al interrogar a unos indígenas, se entera de que en Ochuse, en la bahía de Pensacola, una flota le espera. Se trata de la de Diego Maldonado y Gómez Arias. Confirman esta noticia prisioneros capturados después de la batalla de Mavila. De Soto pide a su intérprete, Juan Ortiz, que guarde el secreto, pues si sus hombres se enteran de ello, pueden instarle a que ponga fin a la expedición en un momento en que cunde la indisciplina en las filas. Entonces revela su estrategia de regreso. La única función de aquella flota era recoger las riquezas obtenidas y enviarlas a Cuba con el fin de obtener refuerzos para colonizar el país. Pero ahora que ha perdido todo, sobre todo las 200 libras de perlas cosechadas en Cofitachequi, no puede renunciar a proseguir la exploración del país sin perder su honra. A pesar de todo sus hombres terminan por enterarse de la presencia de la flota. Señalan a su jefe las bajas importantes que acaban de sufrir y quieren irse, unos a Perú, otros a Nueva España, y algunos a la propia España. Hernando de Soto teme que su ejército se desintegre pero consigue convencer a sus compañeros de que prosigan la aventura y arrastrarlos hacia el norte, hacia el Black River.

El ejército se dispone por tanto a pasar allí un segundo invierno, tan riguroso como el primero, tanto más cuanto que los españoles han perdido sus bagajes. Tienen que encontrar una ciudad bien defendida y bien aprovisionada para poder pasar cómodamente esos meses difíciles. Tras algunas escaramuzas con poblaciones locales particularmente agresivas, los españoles consiguen atravesar el río Tombigbee e instalarse en la ciudad de Chicaza, que sus habitantes han abandonado. Allí pasan el invierno, bien abastecidos de comida pero hostigados continuamente por los indios. Por último ambos bandos consiguen negociar a principios de enero de 1541 y los españoles obtienen comida y ropas calientes a cambio de la alianza que les propone el cacique contra el cacicazgo vasallo de Caluza (Caluça) que se niega a pagarle el tributo. A partir de entonces, los

indios aceptan alimentarlos durante su estancia y les traen todos los días conejos y maíz. Esta astucia les permite espiar el campamento fortificado español y evaluar sus debilidades defensivas. En realidad, esperan el momento propicio para lanzar un asalto que finalmente se produce el 3 de marzo de 1541. De Soto había preparado a su ejército contra un ataque inminente, pero, debido a una relajación de la disciplina, aquella noche los centinelas están dormidos. Los indios entran en el poblado y lo incendian, sorprendiendo a los españoles en pleno sueño. Doce españoles mueren como consecuencia del asalto o de las llamas, así como 57 caballos y 400 cerdos. De Soto monta en cólera al ver que sus hombres ya no le obedecen. Cubiertos de pieles y provistos de armas improvisadas repelen a los indios en los días siguientes y terminan por aplastarlos el 15 de marzo en Chicazilla, tras un combate en campo raso donde los caballos les dan la victoria.

La muerte de Hernando de Soto

Se reemprende la marcha hacia el noroeste. El 16 de abril, ante el fuerte de Alibamo, los españoles sufren un nuevo revés. Treinta de ellos son heridos por flechas, de los cuales 15 mueren los días siguientes. Como ya no tienen nada que comer, emprenden marchas forzadas para llegar al cacicazgo vecino de Quizquiz (o Chisca), a la orilla del Misisipi, cerca del emplazamiento actual de Memphis, que alcanzan durante el mes de mayo de 1541. Tras un audaz golpe de mano De Soto ocupa el poblado de Quizquiz, aprovechando la ausencia de los hombres, que están trabajando en los campos sin percatarse de la llegada de un ejército extranjero. En esta ocasión los españoles capturan a las 300 mujeres del poblado, incluida la madre del cacique. Tras unas negociaciones, De Soto las libera y devuelve los bienes que ha capturado a cambio de la promesa de recibir víveres. Pero al día siguiente los indios vuelven armados hasta los dientes porque sus antepasados les habían dicho que les someterían gentes de raza blanca. Les dan mantas y pieles, desaparecen y no regresan. De Soto va a sentar su real al borde del río, preparándose para atravesarlo bajo una densa nube de flechas enemigas.

Sus soldados saquean los graneros vecinos mientras que viene a observarlos una armada de canoas, encabezada por un gran cacique. A pesar de su actitud amenazante, los indios les dan pescado y bebidas. En veintisiete días los españoles construyen cuatro grandes piraguas que pueden contener cinco o seis caballos, o de 60 a 70 hombres que atraviesan el río el 18 de junio al amanecer y establecen una cabeza de puente en la orilla derecha. Les sigue el resto del ejército en

dirección al cacicazgo de Casqui cuyo territorio está densamente poblado. En esta región abundan los pueblos y cada uno de ellos puede contar entre 1.000 y 1.500 habitantes; además, existen intensas rivalidades entre ellos, como las que enfrentan a Casqui y Pacaha. De Soto se alía alternativamente con cada uno de ellos contra el otro y termina por ganárselos y por reconciliarlos, al menos en apariencia. Los españoles permanecen un mes largo en la región y durante ese período De Soto envía dos expediciones hacia el norte con la esperanza de encontrar oro. Las noticias que le traen son desoladoras. En el norte hace frío, las poblaciones están dispersas y viven de la pesca y de la caza de gamos y bisontes. Sin embargo, es en Missouri donde se han encontrado collares de cuentas de vidrio y cascabeles, las reliquias más septentrionales de la presencia española en América del Norte en el siglo XVI. Y es que las vías del comercio son impenetrables…

En los primeros días de agosto, los españoles llegan finalmente a Quigate, a la orilla del río Saint Francis, la ciudad más poblada que han encontrado desde Florida. Allí se quedan durante tres semanas antes adoptar una decisión sobre el camino a seguir. Tras unos debates que suscitan tensiones entre la tropa, De Soto opta por partir en dirección al noroeste, hacia la meseta de Ozark y las montañas de Boston siguiendo el curso del White River. Allí encuentran abundante comida, tanto maíz, frijoles y calabazas como carne de bisonte. Los indios les confirman que en el norte hay bisontes pero que se trata de una región fría y despoblada. Sin embargo, en dirección al sudoeste pueden encontrar poblaciones densas. De Soto emprende por tanto esa ruta a través de los montes Ozark, para desembocar en el valle del Arkansas. Permanece durante tres semanas en el cacicazgo de Cayas, un poblado que vive esencialmente de la extracción y el comercio de sal, de la que hay abundantes yacimientos en la región. Los habitantes huyen ante la llegada de los extranjeros pero les dejan ropas de piel en señal de paz.

Al dirigirse hacia el oeste los españoles cambian una vez más de área cultural. Dejan atrás las sociedades campesinas del Misisipi y entran en sociedades que viven en un hábitat disperso y subsisten con un poco de agricultura y sobre todo gracias a la caza del bisonte y del gamo. Los indígenas pertenecen a un grupo lingüístico distinto, el de la lengua *caddo,* y los españoles ya no disponen de intérpretes que les permitan comunicarse con ellos. Además, practican la deformación craneal y el tatuaje facial, lo que hace que tanto los españoles como las poblaciones indias vecinas los consideren bárbaros. De Soto vuelve al este con la esperanza de encontrar un lugar donde pasar el invierno.

Opta por Utiangüe, en las orillas de un lago inmenso, situado entonces al noroeste de Memphis, en el valle del Misisipi, y que se secó en 1811 como consecuencia de un violento temblor de tierra. El lago es tan extenso que De Soto no ve la otra orilla e imagina encontrarse en el golfo de México. La región está muy densamente poblada y es rica en productos agrícolas. El gobernador piensa que al final del invierno podrá construir algunos bergantines para llegar al mar. Los españoles pasan un invierno frío y pródigo en nieves, pero finalmente apacible a pesar de algunos intentos de rebelión por parte de los indios que se abortan con rapidez. Durante este invierno muere Juan Ortiz, el intérprete, lo que constituye una pérdida irreparable para Hernando de Soto.

Cuando este parte de Utiangüe, en marzo de 1542, se dirige hacia el sur descendiendo el curso del Arkansas en dirección al Misisipi. Es una cuestión de vida o muerte. Solo le quedan 400 hombres y 40 caballos, y ya no cuenta con un intérprete. Necesita encontrar refuerzos. Pero el suelo de la región se ha vuelto esponjoso con el deshielo, los desplazamientos resultan difíciles y la hostilidad de los indios es cada vez mayor. Las visitas de notables de los poblados que atraviesan no son protocolarias, su propósito es evaluar la fuerza del adversario. Los españoles están aislados y experimentan dificultades a la hora de definir el itinerario que van a seguir y seleccionar los proyectos de alianzas más convenientes entre los que les proponen los cacicazgos. Este es el caso de Quigualtam, un importante cacicazgo que se extiende por la cuenca del río Yazoo, un afluente de la vertiente izquierda del Misisipi. Al parecer, controlaba 70 poblados vasallos. De Soto piensa ocuparlo con la ayuda del cacique del poblado de Guachoya, situado en la orilla derecha del río, pero para marcar su alianza con Guachoya se ve obligado a atacar previamente el poblado rival de Anilco. Entra en él al amanecer un escuadrón de caballería con órdenes de matar a todos los varones y luego los guerreros de Guachoya toman el relevo y matan indiscriminadamente a mujeres y niños, saquean el pueblo y lo incendian. Hernando de Soto se ve atrapado por un aliado incontrolable, es incapaz de tomar una decisión, está enfermo y deprimido. Además, está desacreditado por su comportamiento dictatorial con la tropa y por su crueldad con los indígenas. Reúne a sus capitanes, les anuncia que va a morir y les pide que designen a uno de ellos como jefe. Resulta elegido Luis de Moscoso y De Soto muere el 21 de marzo de 1542. En realidad, la muerte de su general no beneficia a los españoles porque, a pesar de sus defectos, este gozaba de un aura sobrenatural de la que su sucesor carece. Por ello Moscoso decide callar la muerte del comandante y

enterrarlo en secreto, pero los habitantes de Guachoya se dan cuenta de lo que ocurre y reparan en que la tierra recién removida denota el emplazamiento de la tumba. Moscoso decide entonces hundir el cuerpo en las aguas del Misisipi, y cuando el cacique de Guachoya le pregunta por su general, Moscoso le anuncia que está en el cielo y que le ha confiado el mando de la tropa hasta su vuelta.

Propone entonces a sus capitanes abandonar cuanto antes aquellas regiones inhóspitas, pero dirigirse al sur le parece imposible. No saben a qué distancia se encuentran del mar, no tienen barcos ni experiencia marítima y en el camino que les llevaría al golfo se interpone el cacicazgo de Quigualtam que domina el curso inferior del Misisipi. Más les valdría dirigirse hacia el oeste y llegar a pie hasta el Pánuco, que debe de estar a 500 leguas como mucho. Esto es al menos lo que Moscoso ha aprendido de la experiencia de Cabeza de Vaca, y sus capitanes adoptan esa solución. Los españoles se alejan, pues, de las orillas del Misisipi a finales de junio para emprender un largo periplo hacia el oeste que les conduce a Texas por paisajes cada vez más ásperos, habitados por sociedades indias cada vez más hostiles y diseminadas en las que la caza del bisonte sustituye a la agricultura. Cuando llegan a Soacatino, un pequeño campamento en el interior de Texas, los indios les hablan de españoles cuya presencia parece haberse observado un poco más al sur. Moscoso se exalta muchísimo con la idea de que Nueva España está muy cerca, pero desconfía de su guía que, tras ser torturado, le confiesa que ha recibido de su cacique la orden de extraviar a los invasores. Moscoso le echa a su perro. En Guasco, un poco más lejos, los indios poseen mantas de algodón y turquesas que dicen haber comprado más al oeste. En Naquiscoza, a orillas del río Angelina, otros declaran bajo tortura que ha habido unos españoles que habían venido del oeste y habían vuelto a irse en esa dirección.

Moscoso no se da cuenta de que los indios no están mintiendo y que es probable que se refieran a la expedición de Coronado que se está desarrollando en Nuevo México en ese mismo momento. Envía a algunos exploradores hacia un río situado más al oeste, a una decena de días de marcha, en un paraje donde los indios suelen ir a cazar venados. Se trata probablemente de la comarca de Brazos en Texas, el punto más occidental alcanzado por la expedición de De Soto. Sin duda, las dos expediciones, la de Hernando de Soto y la de Coronado, que en ese momento estaba alcanzando el punto más oriental de su periplo en la región de Wichita, Kansas, no coincidieron por unas decenas de kilómetros. Hay a este respecto una anécdota, referida por Castañeda, el cronista de la expedición de Coronado. Una india,

esclava cautiva de Tiguex, que posteriormente pasó a formar parte de la servidumbre del capitán Juan de Zaldívar, huye en dirección al este. Tras haber andado durante nueve días, se topa con una tropa de españoles. Se trata de unos hombres que Moscoso ha enviado como exploradores, a los que refiere su aventura y cita el nombre de varios oficiales de Coronado para probar la sinceridad de sus afirmaciones[24]. A la vista de lo inhóspita que es la región, Moscoso decide volver en dirección al Misisipi y aprovechar el invierno para fabricar los barcos que habrán de permitirles volver al golfo. Toman entonces el camino que siguieron a la ida, pero como han saqueado todo y los graneros no se han reabastecido, padecen hambre. La tropa ha disminuido aún más. Algunos españoles han muerto en las escaramuzas y se deja constancia de la novelesca deserción de Francisco de Guzmán, hijo ilegítimo de un hidalgo sevillano que, tras haberse jugado y perdido a los dados a una india de la que está perdidamente enamorado, decide huir con ella.

La expedición de De Soto se dispone a pasar un tercer invierno en América del Norte, tan riguroso como los dos anteriores y tan incómodo como el de 1541-1542. El tiempo es frío y húmedo por esta latitud, al borde del río, y a pesar de que en el poblado de Aminoya, donde se instala el cuerpo expedicionario, los graneros están bien repletos, las condiciones de vida son harto precarias sin el material perdido en Mavila. Los supervivientes comienzan por reforzar las fortificaciones con los materiales tomados de la población vecina de Anilco, abandonada por sus habitantes, y se hacen con todos los cereales que pueden encontrar en las inmediaciones. Aprovechan, hasta cierto punto, la cooperación de los indios, si bien ello no evita las conjuras. En primavera una veintena de caciques planean un ataque al fortín. Moscoso se ha enterado de ello y tras algunas ejecuciones sumarias, y unas cuantas narices y manos cortadas, el orden se restablece. Todo el mundo se afana en construir siete pinazas, unas barcazas de fondo plano con un solo mástil y dos filas de remeros. Se recupera hasta el más pequeño trozo de hierro para hacer clavos. Además, también deben hacer frente a la desagradable sorpresa que les da la crecida del Misisipi, a partir del 18 de marzo de 1543, domingo de ramos, que no finaliza hasta dos meses más tarde.

En junio las barcazas están listas. Se procede a una rápida matanza de la piara de cerdos para salar su carne. También se sacrifican los caballos en peor estado para secar su carne. En cuanto a los cautivos indios, muchos de los cuales se han convertido al cristianismo, se les abandona a su suerte. Al dejarlos en el lugar quedan indefectiblemente condenados a muerte. Algunos se embarcan para ser desembarcados

más tarde en las costas del golfo. Así, 322 españoles —más un número indeterminado de cautivos y de indígenas afectos— y 22 caballos abordan las siete embarcaciones el 2 de julio de 1543. Desde el mismo día siguiente los guerreros de Quigualtam lanzan los primeros ataques. Como represalia los españoles incendian el poblado. El 4 de julio, un centenar de canoas, algunas de las cuales pueden transportar hasta 60 o 70 guerreros, salen al asalto de la flota española, que responde matando e hiriendo a un gran número de enemigos. Los guerreros de Quigualtam optan por abandonar la pugna, pero les van relevando río abajo los guerreros de los cacicazgos vecinos hasta la desembocadura. Los barcos reciben incesantes oleadas de flechas, de las que los hombres se protegen como pueden con escudos improvisados. Los caballos constituyen un impedimento y, como además están mal protegidos de las flechas adversas, son sacrificados con ocasión de una parada en tierra, y su carne secada. Algunos se escapan y son abatidos por los indios, que están furiosos por no haber podido acabar con sus amos. Un poco más al sur, por el río, una refriega naval concluye desastrosamente con una cincuentena de españoles ahogados[25].

Y de pronto todo se calma. El río es ancho y las pinazas evitan aproximarse a las orillas de donde surgen los ataques. Por último, el 16 de julio, las embarcaciones desembocan en el golfo de México y no llegan al Pánuco hasta el 10 de septiembre siguiente, una proeza realizada sin brújula ni astrolabio. Durante esa travesía interminable, la flota se disemina como consecuencia de una galerna venida del norte. Dos de las pinazas se ven arrastradas a alta mar mientras que las otras cinco consiguen a duras penas alcanzar la costa. Por último, todos se reúnen en Pánuco. Ya son solo 311 supervivientes. En un primer momento están encantados de volver vivos a casa, pero rápidamente el ambiente se deteriora en el grupo y empiezan a manifestarse rencores contra los capitanes, los oficiales reales y el grupo de los sevillanos. Los soldados de la tropa reprochan a los mandos de la expedición la decisión impuesta de volver a Nueva España cuando, a la vista del nivel de vida miserable que tienen los españoles del Pánuco, les parece que las llanuras del Misisipi son mucho más ricas y rebosan de oportunidades. Entre los supervivientes las tensiones son tan intensas que el gobernador del Pánuco se ve obligado a enviarlos a México en grupos pequeños para evitar que lleguen a las manos.

Durante más de cuatro años un ejército español de varios centenares de hombres ha vagado por el sudeste de los Estados Unidos actuales, acompañado por una flota que venía todos los años a fondear a lo largo de las costas del golfo con la esperanza de recuperar

supervivientes. Desde el punto de vista estrictamente militar aquella expedición fue un fracaso. El cuerpo expedicionario se mostró incapaz de ocupar el terreno, de conseguir aliados estables y sufrió una serie de reveses tácticos, a pesar de haber sido capaz de infligir fuertes pérdidas a sus adversarios. Como todos los ejércitos que deben acarrear un exceso de material, el de Hernando de Soto era vulnerable frente a una guerra de guerrillas como la que podían librar los cacicazgos indios. Sin embargo, los indios fueron aplastados cuando se creyeron capaces de hacer frente a los españoles de manera clásica, tanto en batallas en campo raso como en el asedio de los poblados. La inseguridad crónica obligó a Hernando de Soto, primero, y a Luis de Moscoso, después, a moverse continuamente para eludir la presión de sus adversarios. En el plano económico, la expedición fue también un desastre. Hernando de Soto dejó en ella buena parte de la fortuna que había acumulado en sus rapiñas de Nicaragua y Perú. Su esposa murió arruinada y cubierta de deudas. No fue ese el caso de la Corona de Castilla, ya que los gastos de la expedición, según las capitulaciones que le habían concedido, iban a cargo del adelantado. Además, Hernando de Soto no encontró lo que buscaba: metales preciosos. Los indios de Florida y de Misisipi, por muy refinadas que fuesen su agricultura y su vida social, no conocían el oro ni la plata, sino el cobre nativo, la mica, las perlas de agua dulce y el nácar de las conchas.

Los que más sufrieron de la expedición de Hernando de Soto fueron los propios indios. La incursión de un ejército extranjero en su territorio perturbó el equilibrio estratégico entre los cacicazgos. En el plano local la expedición tuvo consecuencias catastróficas, como en el cacicazgo de Tuscaluza, donde la batalla de Mavila segó las vidas de 2.000 o 3.000 guerreros, sobre todo jóvenes. Otros poblados se vieron afectados por los combates y algunos cacicazgos, como Anilco, tardaron mucho en reponerse. No habría, sin embargo, que cargar las tintas más de lo necesario. Los cacicazgos de Florida y del valle del Misisipi tenían una intensa actividad guerrera. Las fuentes arqueológicas revelan con frecuencia súbitas desapariciones y destrucciones de poblados sin que, como ocurre en Mesoamérica, sea posible determinar su causa, si no es por la agresividad que manifestaban unos cacicazgos con respecto a otros. Cuando un jefe indígena pide a Hernando de Soto que le ayude a sojuzgar un cacicazgo vecino, de lo que se trata casi siempre es de aniquilarlo. Lo mismo ocurre con las epidemias. Es cierto que los europeos llevaron a América microbios y virus contra los que los autóctonos no estaban inmunizados. Pero en 1539, en Cofitachequi, Hernando de Soto se

encuentra con un poblado parcialmente arrasado por una epidemia sobrevenida dos años antes, sin que hubiese mediado en aquella época contacto alguno con los europeos. Las sociedades amerindias eran frágiles en sí mismas porque habían vivido en aislamiento durante milenios, y esa fragilidad se había manifestado mucho antes de la llegada de los europeos, aun cuando estos últimos ciertamente agravaran las cosas.

---

15. El asiento de Hernando de Soto, fechado el 24 de abril de 1537, se encuentra en AGI, *Indiferente General*, 415, L. 1, fol. 41 r.º-45 r.º. La bibliografía sobre esta expedición es superabundante sobre todo desde el punto de vista norteamericano. Patricia Galloway (ed.), *The Hernando de Soto Expedition. History. Historiography and «Discoveries» in the Southeast*. Lincoln-Londres, University of Nebraska Press, 1997. Charles Hudson, *Knights of Spain, Warriors of the Sun. Hernando de Soto and the South's Ancient Chiefdoms*, Atenas-Londres, The University of Georgia Press, 1997. Jerald Milanich y Susan Milbrath (eds.), *First Encounters. Spanish Explorations in the Caribbean and the United States, 1492-1570*, Gainesville, University of Florida Press, 1989, John R. Swanton, *Final Report of the United States De Soto Expedition Commission,* Washington-Londres, Smithsonian Institution Press, 1985.

16. Véase el análisis crítico de estos textos en el anexo.

17. Véase John H. Hahn, *Indians of Central and South Florida, 1513-1763*, Gainesville, University Press of Florida, 2003, p. 17 y sigs.

18. Rodrigo de Ranjel, en Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias,* Primera parte, 1851, p. 547.

19. *Ibid.,* p. 549. Ranjel habla de *caminos anchos*. Por analogía con los caminos construidos por los incas en Perú o por los españoles en Nueva España, Garcilaso habla de *camino real* para designar los caminos trazados con el tiempo por los indios y que los norteamericanos denominan *indian trails.,* Garcilaso de la Vega*, La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro segundo, Primera parte, cap. V., y *passim.*

20. Francis P. McManamon (ed.), *Archaeology in America*, Westport (CT), Greenwood, 2009, vol. 4, pp. 340-341.

21. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro tercero, cap. IV, pp. 309-310.

22. Los ingresos de origen minero, en el más amplio sentido de la palabra, como las perlas y las piedras preciosas, aunque procediesen de saqueos, estaban gravados con el impuesto del quinto; es decir, el 20%.

23. Cabe entender la tristeza del cacique, pues las sociedades de la cuenca del Misisipi son matriarcales, de modo que la función de cacique se transmite no de padres a hijos sino a los sobrinos, hijos de las hermanas del cacique en ejercicio. El hecho de que la hermana del de Coosa se quede como prisionera de los españoles, y de que probablemente será violada, la condena a una muerte social cuya infamia recaerá sobre el linaje del cacique.

24. Pedro de Castañeda de Nájera, *Relación de la jornada de Cíbola, op. cit.,* Primera parte, cap. 21, pp. 88-89.

25. El balance de pérdidas humanas difiere notablemente según el cronista de que se trate. Biedma habla de 12 muertos; Fidalgo de Elvas, de 11 muertos, (col. Austral, p. 142), y Garcilaso de la Vega avanza las cifras de 48 muertos, según Gonzalo Silvestre, y de casi 60, según Juan Coles, su otro informador.

4

LA COMPETENCIA FRANCO-ESPAÑOLA EN FLORIDA

Indudablemente la expedición de De Soto en el valle del Misisipi había concluido con un fracaso. El resultado era insignificante si se atendía a las sumas considerables que se habían invertido y los esfuerzos desplegados durante más de cuatro años. No solo los indios habían manifestado una resistencia que muchos veteranos de las guerras mexicanas y andinas nunca hubieran anticipado, sino que, además, esos territorios parecían no ofrecer interés alguno a unos aventureros cuyo deseo era hacer fortuna con la mayor rapidez posible: no había grandes civilizaciones que saquear, no había minas de metales preciosos que explotar. Sin embargo, al volver al Pánuco, algunos supervivientes habían puesto de relieve que los paisajes del Misisipi eran mucho más verdes y acogedores que las tierras desérticas del norte de Nueva España y muy prometedores en cuanto a la producción agrícola. Parece que con el tiempo el propio De Soto se convenció de ello cuando, poco antes de su muerte, había imaginado el proyecto de fundar una colonia de asentamiento en el corazón de la cuenca del Misisipi, instalando en ella a colonos venidos de Cuba. Pero este era un proyecto que se apartaba mucho de la idea original y sus compañeros de aventuras no estaban dispuestos a emprenderlo. Querían encontrar oro o plata, esa era la razón por la que habían arriesgado sus vidas y no tenían en modo alguno la intención de acabarlas detrás de un arado. Sin embargo, a pesar de su fracaso, la expedición de De Soto marcó los espíritus y siguió suscitando vocaciones durante algunos decenios, al inscribirse en un amplio proyecto geoestratégico en el que los veteranos de la expedición de De Soto desempeñaron un papel protagonista. El valle del Misisipi seguía teniendo atractivos para los españoles. Sin embargo para los indios la epopeya de De Soto y sus hombres resultó mucho más perjudicial. Algunos cacicazgos del Misisipi, que ya estaban en declive desde al menos dos siglos, realmente no habrían necesitado aquellos visitantes inoportunos. Eso es lo que las expediciones del decenio de 1560 pudieron observar.

Los proyectos de Luis de Velasco

En 1550 Carlos V nombró a Luis de Velasco virrey de Nueva España en sustitución de Antonio de Mendoza. Hacía siete años que los supervivientes de la expedición de De Soto habían regresado a México y mientras tanto la situación había evolucionado rápidamente. La colonización española progresaba por el norte del México actual gracias al descubrimiento de los ricos filones de mineral de plata que encerraba el subsuelo y a su explotación. Los más importantes se encontraban en Zacatecas y San Martín, y su producción bastó para llenar las arcas de la monarquía católica y para sostener su política mundial durante varios decenios[26]. Ese fue el momento en el que Florida recuperó todo su interés. Desde un principio ciertos Estados europeos habían cuestionado el monopolio de la colonización americana que se había atribuido Castilla con el apoyo del papado. El reino de Francia nunca lo había reconocido y, en 1524, el florentino Giovanni da Verrazzano había explorado las costas de América del Norte por cuenta de Francisco I. Había descendido desde el sur de la bahía de Chesapeake hasta la desembocadura del río Santee, en Carolina del Sur, el mismo lugar en el que dos años más tarde Lucas Vázquez de Ayllón vino a cazar esclavos y encontró la muerte. Verrazzano buscaba el paso del Noroeste que hubiera permitido llegar al Pacífico. Ese mismo paso es el que buscaba Jacques Cartier en 1534, cuando exploró las costas de Canadá o cuando remontó en 1535 el curso del San Lorenzo hasta Montreal. El último viaje por aquellas latitudes, realizado por el protestante francés Jean-François de La Roque, señor de Roberval, en 1541-1542, confirmó el temor que inspiraban a los españoles las expediciones francesas. Inquietaba a las autoridades de Nueva España la posibilidad de ver aparecer, ya por vía terrestre, a través del continente norteamericano, ya por vía marítima, a través del paso del Noroeste —de cuya existencia todavía no se dudaba—, de tropas francesas desplegadas en las regiones mineras de Zacatecas, que pudieran saquearlas o, peor aún, hacerse con ellas. Ahora bien, la salvaguarda de las minas de plata revestía máximo interés estratégico para la monarquía católica y para su capacidad de llevar a cabo una política mundial.

Aunque se equivocaba al subestimar la distancia entre el norte de Florida propiamente dicha y la región de Zacatecas, en el decenio de 1550, en el ápice del conflicto entre las casas de Habsburgo y de Valois, era menester prepararse para lo imprevisto. Tanto más que a la amenaza militar venía a añadirse ahora un peligro religioso pues el protestantismo se extendía peligrosamente en Francia, y el deber de la católica España era oponerse a cualquier precio a la herejía. Así fue como nació en la mente de Luis de Velasco y de sus consejeros un

proyecto de ruta estratégica sobre la base de una colonia de asentamiento en Coosa, la región que los veteranos de la expedición de De Soto habían descrito como más fértil y la más adecuada para unas poblaciones de origen europeo. Desde allí sería posible proseguir la exploración del sur de los Apalaches con la esperanza de encontrar metales preciosos y mercurio, un elemento indispensable para refinar el mineral y extraer el metal de la ganga, pero cuya importación desde las minas de Almadén, en el sur de España, resultaba muy cara. Encontrar mercurio en América del Norte habría rebajado el precio de coste de la plata americana y la habría hecho todavía más competitiva. Se trataba también de abrir una ruta terrestre entre Coosa y la Punta de Santa Elena, el punto más septentrional que los españoles habían localizado en la costa atlántica de Florida. Se establecerían una serie de postas para abastecer a las tropas y ofrecerles lugares de descanso, de modo similar a lo que se hará a partir del decenio de 1560 en la «ruta de Flandes» entre Milán y los Países Bajos. Esta ruta tenía como objeto facilitar la movilización rápida de las tropas en caso de ataque francés y, merced a la construcción de fuertes, servir de muralla contra las invasiones extranjeras. El proyecto recibió el apoyo de las autoridades religiosas, y en particular el del franciscano Andrés de Olmos. Este allegado de Juan de Zumárraga, el primer obispo de México, había participado en el decenio de 1530 en la fundación del colegio de Santa Cruz, en Tlatelolco, una institución cuyo fin era formar a las nuevas élites indígenas. Posteriormente se había instalado en el Pánuco para fundar allí misiones de evangelización y se proponía extender su actividad al conjunto del golfo de México con la esperanza de acoger allí a los náufragos españoles antes de que fuesen capturados por los indios y condenados a una suerte cruel. Los franciscanos no eran los únicos en practicar esta actividad. Por razones similares, los dominicos querían instalarse en Chicora, es decir, la Punta de Santa Elena, en la actual Carolina del Sur. Todavía estaba por llevarse a término ese ambicioso proyecto[27].

Alrededor de 1550 todavía se conocía mal la costa septentrional del golfo de México. Se trataba de un litoral muy traidor, llano y plagado de marismas, azotado por los huracanes o batido por los vientos del norte. Presenció muchas tragedias marítimas como en 1554, cuando una flota, que transportaba una fortuna, encalló frente a Texas en la isla Padre Island. Al enterarse del desastre, Luis de Velasco envió a Ángel de Villafañe para recuperar la carga de metal precioso. Los primeros reconocimientos sistemáticos de la costa del golfo habían comenzado en 1540, cuando Hernando de Soto envió a Francisco

Maldonado con dos bergantines a encontrar un puerto que pudiese servirle para volverse a embarcar hacia las Antillas. Así fue como se descubrió la bahía de Pensacola, suficientemente honda para acoger barcos de gran calado lo más cerca posible de la costa. Por otra parte, la bahía estaba bien protegida de los vientos. Maldonado tuvo ocasión de recorrer esos parajes durante los dos años siguientes con la esperanza de encontrarse con De Soto, con quien se había citado en aquel lugar. No hubo encuentro pero debieron empezar a circular cartas náuticas. Cuando decidió iniciar la realización de su proyecto estratégico, Luis de Velasco envió tres naves al mando de Guido de Las Bazares para proceder a un reconocimiento de la costa y hallar el lugar que mejor conviniese para la fundación de una colonia de asentamiento. El piloto de la flota, Bernaldo Peloso, era un veterano de la expedición de De Soto. Las Bazares localizó las bahías de Mobile y Pensacola, que bautizó como Bahía Filipina, en honor de Felipe II, nuevo rey de España, y volvió a México a dar cuenta de sus hallazgos en diciembre de 1558.

Con arreglo a las informaciones obtenidas por Las Bazares[28], un mapa trazado sobre la base de estas, los recuerdos de los veteranos del ejército de De Soto y los relatos referidos por una esclava originaria de Coosa que los supervivientes de 1543 habían llevado a Nueva España, se preparó una expedición para la primavera siguiente. Partió de Veracruz el 11 de junio de 1559 al mando de Tristán de Luna y Arellano, primo del antiguo virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza, y antiguo capitán de Coronado en la expedición a Nuevo México, del que podía afirmarse que era un hombre experimentado. Estaba al mando de una nutrida armada de 13 barcos, que transportaban 540 soldados, de los cuales 200 eran hombres a caballo, acompañando a entre 800 y 1.000 colonos, hombres, mujeres, esclavos africanos e indios asimilados de Nueva España —*indios amigos,* según la terminología de la época—, además de víveres, simientes, aperos, ganado; en una palabra, todo lo necesario para desarrollar su asentamiento. Tras algunas peripecias relacionadas con las aproximaciones de las cartas náuticas, la flota llega a Mobile, donde desembarcaron parte de los hombres y los caballos con órdenes de llegar a Ochuse, situada más al este, por tierra. Finalmente, llegan a Ochuse el 14 de agosto de 1559 y la bautizan Bahía Filipina del Puerto de Santa María o Bahía de Santa María Filipina, aunque el nombre indígena se impone con rapidez: Polonza o Apolonza.

La historia trágica de esta primera implantación española en tierras norteamericanas nos ha sido transmitida por un documento del Archivo de Indias de Sevilla en el que se refieren los interrogatorios de

ciertos soldados desertores que aparecen de pronto en Santo Domingo y son detenidos por las autoridades locales. Como en las expediciones precedentes, todo les fue mal, como en un encarnizamiento del destino. Cuando Tristán de Luna mandaba un navío de vuelta a Veracruz para anunciar al virrey que la armada había llegado a puerto con bien y que procedía a iniciar la exploración del interior, el desembarco de la flota se producía con lentitud, en paralelo con el acondicionamiento del campamento de Ochuse. A mediados de septiembre un violento huracán asoló la región, hundiendo o arrojando a la costa nueve de los doce barcos de la flota, ahogando a numerosos colonos y arrastrando al mar la mitad de las reservas. Este golpe del destino iba a acabar desde el principio con la capacidad de crear un asentamiento porque la comarca era un erial. El suelo era arenoso y pobre, solo lo habitaban algunos grupos de pescadores indígenas que practicaban una agricultura de subsistencia reducida a su mínima expresión. Las dimensiones del cuerpo expedicionario eran demasiado grandes para el tipo de territorio en el que se suponía que iba a instalarse y ahora que buena parte de las reservas había desaparecido, los supervivientes iban a sufrir la misma suerte que Florida reservó a todos los que quisieron colonizarla en el siglo XVI: la hambruna. En la medida de sus posibilidades, tenían que adentrarse en el interior para llegar a las ciudades prósperas que los veteranos habían conocido en el valle del Misisipi y vivir a costa de ellas[29].

Para colmo de la mala suerte, Tristán de Luna cayó enfermo y, cuando remitió su fiebre, se hundió en una depresión, probablemente al darse cuenta de que su proyecto estaba muerto desde el principio. La expedición ya no tenía jefe. Sin embargo antes de su indisposición Tristán de Luna había dado a 150 hombres la misión de remontar el curso del Alabama para buscar el poblado de Ypacana (o Nanipacana), de cuya fertilidad se habían hecho lenguas los veteranos de la expedición de De Soto. Llegaron allí pero los indios habían abandonado la ciudad —en realidad, un simple pueblo de 80 casas— tras prenderle fuego. Algunos de ellos contarían más tarde que se habían acordado del paso del ejército de Hernando de Soto y de los daños que les había causado y prefirieron quemar sus casas a dejar a los españoles hacerlo de nuevo. Había mucho maíz en la región de Nanipacana y los exploradores destacados a Ochuse propusieron a Tristán de Luna que viniese a instalarse con toda su gente en lugar de quedarse padeciendo hambre a orillas de la laguna, pero este no se movió en siete u ocho meses. Esperaba la poco probable llegada de refuerzos venidos de Nueva España. Sus oficiales se quejaban de su inmovilismo y le apremiaban para que tomase decisiones. Terminó por

desplazar la mayor parte de su campamento a Nanipacana, dejando tras él una módica guarnición en el fuerte de Ochuse. A partir de allí organizó varias pequeñas expediciones por vía fluvial, una de las cuales se dirigió a Tascaluza y Coosa.

El destacamento al mando del capitán Mateo del Sauz se dirigió hacia el norte, salió del cacicazgo de Nanipacana —en realidad, el de Piachi que los españoles no vieron y del que Nanipacana era solo un poblado— para internarse en Atache, tras haber atravesado penosamente un *despoblado* característico de las zonas de separación entre dos cacicazgos hostiles. Los habitantes huían delante de los españoles llevándose sus reservas de alimentos y practicando la táctica de tierra quemada. Por último, Mateo del Sauz llegó a Coosa el 15 de abril de 1560, donde fue recibido sin odio por los habitantes. Este cacicazgo había impresionado a Hernando de Soto hacía veinte años hasta el punto de que Luis de Velasco había decidido convertirlo en la base de retaguardia cuyo objetivo sería proteger la ruta terrestre desde el Atlántico que soñaba con construir. Cuál no fue entonces la decepción de Mateo del Sauz cuando se dio cuenta de que la ciudad no se parecía en nada a lo que habían descrito los veteranos de De Soto. El cacicazgo, que tan poderoso había sido otrora, se presentaba como una hilera de ocho pueblos a lo largo del río sobre una decena de kilómetros. La capital tenía como mucho 150 casas, otras dos poblaciones parecían estar más pobladas, pero las otras cinco no tenían más de 50 casas. La comunidad no se había restablecido del impacto de la invasión precedente. Se había convertido en *mala tierra*, una tierra «maldita». Nanipacana en comparación parecía más activa y acogedora, y también más civilizada porque sus habitantes iban vestidos, mientras que los de Coosa iban desnudos. El cacicazgo había perdido su autoridad y ya no podía hacerse respetar por los cacicazgos que le eran tributarios. Así fue como Mateo del Sauz prestó su apoyo a una expedición punitiva contra el poblado de los napochíes que se negaba a pagar tributo a Coosa.

Cuando recibió esas informaciones, Tristán de Luna pidió a sus hombres que se replegasen sobre Ochuse, y él mismo abandonó Nanipacana sin siquiera avisar a Mateo del Sauz. La expedición terminó en confusión colectiva y anarquía. Los soldados se amotinaron ante el comportamiento dictatorial e incoherente de un general incompetente que además se había vuelto intratable, hasta la llegada en marzo de 1561 de una flota de socorro al mando de Ángel de Villafañe, que traía refuerzos y víveres desde Nueva España. Tristán de Luna, sin ningún tipo de pudor, anunció súbitamente a sus hombres que abandonaba la partida y que quería volver a España. Hizo que le

diesen una fragata para volver a La Habana y abandonó en aquella tierra ingrata a los hombres que le habían seguido y habían depositado su confianza en él.

Tras dejar una guarnición reducida en situación precaria en Polonza, Villafañe pidió voluntarios que le acompañasen a la Punta de Santa Elena, la isla que debería haber constituido el punto de partida de la ruta estratégica que el virrey Luis de Velasco había querido abrir en territorio norteamericano, entre el Atlántico y el golfo. Cuando llegaron allí, los colonos tuvieron dificultades para encontrar el puerto donde tenían que desembarcar. La línea de costa era baja, imprecisa y plagada de marismas y no ofrecía puntos de referencia. La flotilla permaneció en alta mar a causa de los bancos de arena que le impedían acercarse a la orilla y sufrió los embates de una terrible tempestad que ocasionó que dos de los cuatro barcos se fueran a pique. Lo que quedaba de la expedición Luna-Villafañe, marcado una vez más por la mala suerte, regresó a Hispaniola proclamando a quienes quisieran oír que las Floridas eran verdaderamente *malas tierras*. Algún tiempo después Villafañe volvió a Polonza para recoger a la guarnición hambrienta que todavía estaba allí. Hasta finales del siglo XVII ningún occidental volverá a poner los pies en el valle del Misisipi ni en la región del golfo. Solo se convertirá en un activo estratégico importante la costa oriental de Florida propiamente dicha, suscitando durante cierto tiempo el interés de políticos y colonizadores.

Florida, apuesta americana en los conflictos europeos

En 1561, después del repliegue a Santo Domingo de los últimos colonos de Ochuse, la suerte parecía estar echada. Florida, una tierra sin interés, poblada de indígenas reacios a toda sumisión, desaparecía de la lista de los proyectos de colonización establecida por las autoridades españolas. Pero ello suponía no considerar las fluctuaciones que sufrían en esa época la política exterior y la evolución de los conflictos entre los Estados europeos. Con el tratado de Cateau-Cambrésis, firmado en 1559, el reino de Francia y la monarquía católica habían zanjado oficialmente sus contenciosos. En realidad, solo se había tenido en cuenta el teatro de operaciones europeo. Podía incluso limitarse su campo de aplicación solamente a Italia, que con él inauguraba un largo período de paz tras la tormenta de las guerras de la primera parte del siglo. Pero, por otra parte, la guerra abierta se iba a convertir en guerra encubierta. La muerte del rey de Francia Enrique II ese mismo año contribuía a deslizar

irremediablemente el reino hacia las guerras civiles que enfrentaban a católicos y reformados. Al final de 1560, con la muerte de Francisco II y el acceso al trono de su hermano menor Carlos IX, todavía en su minoría de edad, Catalina de Médicis se convertía en regente del reino e intentaba agrupar alrededor de ella a todas las fuerzas que, a pesar de la conjura de Amboise de 1560 —protestante— y de la matanza de Wassy en 1562 —católica—, intentaban frenar al reino en su caída al abismo de las guerras de religión. Su política se apoyaba en el canciller Michel de l'Hospital para los asuntos interiores y en el almirante Gaspard de Coligny para las cuestiones exteriores. Este último, a pesar de haberse convertido al protestantismo, pertenecía a una familia de la alta nobleza francesa, la de los Châtillon, fiel a la familia real. Inspiró la política internacional del reino hasta las matanzas de San Bartolomé en 1572, de las que él fue el primer y principal blanco[30].

¿Qué puede haber más fácil que encontrar un chivo expiatorio extranjero en el que se puedan concentrar los odios que se acumulan en el interior? A todos los regímenes acosados ha tentado esta solución. Para Gaspard de Coligny designar a España como el enemigo al que había que derrotar era tanto más fácil cuanto que él había participado en todas las batallas entre la casa de Valois y la casa de Habsburgo. Su conversión al calvinismo era reciente, pues databa de los años 1558-1559, cuando, merced al debilitamiento de la autoridad real, las comunidades evangélicas pudieron salir de la clandestinidad y las élites francesas eligieron, de forma cada vez más masiva, el bando de la Reforma. Pero la opción evangélica de Coligny no explica toda su política colonial. El reino de Francia, al igual que Inglaterra, nunca había reconocido la bula *Inter cœtera* de 1493 —ese «Yalta» del siglo XV—, completada el año siguiente por el Tratado de Tordesillas, por el que Castilla y Portugal se repartían el mundo por descubrir. Francisco I había clamado contra la actitud del papado y el monopolio otorgado a las potencias ibéricas pidiendo que se le enseñase la cláusula del testamento de Adán que les concedía tales privilegios. Ese cuestionamiento de un orden mundial de donde habían sido excluidos a conciencia se tradujo, por parte de franceses e ingleses, en una guerra de corso encarnizada y cruel que se amplió cuando al conflicto vino a añadirse una guerra de religión en la que protestantes franceses e ingleses se enfrentaban con la monarquía católica española. Pero en 1560 las cosas no estaban tan claras porque el debate religioso no había terminado de volverse confesional. Entre las élites eran muchos los que vacilaban entre la rigidez antirreformista vigente en Roma y la intransigencia dogmática de los calvinistas. Aquel sector de la opinión

pública, que los contemporáneos denominaron de los «medianeros» y que estaba en realidad constituido por intelectuales nutridos por el pensamiento de Erasmo, formó la osamenta de la política extranjera antiespañola de la corte francesa, y la familia de los Châtillon, a la que pertenecía el almirante de Coligny, fue uno de sus intérpretes más significativos[31].

La política de expansión practicada por las monarquías ibéricas había asociado desde el principio un proyecto providencialista a la conquista de nuevos territorios. Este aspecto estaba más acentuado en el caso de Castilla que en el de Portugal, seguramente porque la lucha por la reconquista de Andalucía contra el islam todavía era algo reciente en la memoria colectiva de ese reino. En cualquier caso, la conversión al catolicismo romano de las poblaciones sometidas y el apoyo prestado a las órdenes religiosas en los Estados no europeos en que se implantaban se consideraban indiscutibles y constituían la justificación ideológica de los descubrimientos y conquistas ibéricos. Al leer las crónicas escritas por los miembros de la expedición de De Soto, no puede menos que constatarse que en los momentos más penosos, cuando todo parece perdido, les queda una única convicción que les es consustancial, la del deber de convertir a la religión cristiana a los indios a pesar de que fuesen tan rebeldes e insumisos. Por otra parte, los cronistas emplean indistintamente los términos «cristiano» y «español», como si fuesen sinónimos. Asimismo, cuando las ideas de la Reforma comenzaron a propagarse por Europa, España se presentó como la garante de la ortodoxia romana. Son los teólogos españoles, de todas las órdenes religiosas, los que condujeron los debates del Concilio de Trento, y para la España «cristiana vieja», toda crítica del catolicismo o toda desviación con respecto a él se tachaba de «luteranismo». La palabra «luterano», utilizada prácticamente sin matices en la terminología política de la España del siglo XVI, podría equivaler al de «comunista» en la América de la posguerra para designar a todos los movimientos de izquierda, incluso los más moderados. Además, la prevención de la monarquía católica con respecto a todas las formas de herejía era tanto más fuerte que acababan de descubrirse y reprimirse severamente focos reformistas en Valladolid y en Sevilla al final del decenio de 1550[32]. Las autoridades españolas estaban en estado de alerta, dispuestas a hacer frente a todos los desafíos.

En el reino de Francia, los progresos del calvinismo durante el reino de Enrique II suscitaban inquietudes e incitaban a los responsables a buscar soluciones. Una de ellas fue la propuesta de crear para los reformados asentamientos en los territorios por conquistar en América

donde pudiesen organizarse, practicar su culto y al mismo tiempo participar en la campaña antiespañola del reino. Se pensaba que esta era una forma elegante de desembarazarse de una minoría religiosa que planteaba problemas y utilizarla a la vez para los fines de la política exterior. Esta idea surgió de ciertos responsables católicos erasmianos y mereció la aprobación de Théodore de Bèze en Ginebra. Era la primera vez que se expresaba esa visión de una América refugio de comunidades religiosas y tierra de utopía, que más tarde había de dar su imagen de marca a la colonización anglosajona. A partir de 1555 Coligny puso en práctica esa política dentro de su proyecto de la Francia Antártica. Dos navíos que transportaban varios centenares de colonos partieron de Le Havre en dirección a la bahía de Río de Janeiro al mando del vicealmirante de Bretaña Nicolas Durand de Villegaignon. Este, después de haber compartido con Calvino los bancos del colegio de Montaigu, había ingresado en la Orden de Malta, donde había mostrado grandes cualidades de marino y militar. Había participado en el asedio de Argel en 1541 al lado de Carlos V y en la defensa de Trípoli contra los turcos en 1551. La colonia se instaló, pues, en una isla de la bahía de Río —que todavía conserva el nombre de Villegaignon— y construyó allí un fuerte llamado Fort-Coligny. Pero Villegaignon dio enseguida pruebas de autoritarismo y de una tolerancia religiosa menor de lo que hubiera cabido esperar de él, y cundió la discordia entre católicos y protestantes. Estos últimos abandonaron el fuerte y fueron a instalarse en tierra firme, en contacto con unas poblaciones indígenas con las que se entendieron bastante bien. En 1557 recibieron el refuerzo de unos colonos protestantes procedentes de Ginebra. Pero en 1559, Fort-Coligny periclitó y Villegaignon retornó a Francia. Al año siguiente, en virtud de las cláusulas del Tratado de Tordesillas, una escuadra portuguesa se apoderaba de Fort-Coligny y lo arrasaba. Los supervivientes franceses hallaron refugio en los poblados indígenas de tierra firme, donde muchos de ellos encontraron en las indias las compañeras que nunca se habían llegado a traer de Francia[33].

Nueva Francia, la expedición Ribault de 1562-1563

Según la terminología del siglo XVI, Nueva Francia comprendía todos los territorios de América del Norte, desde el San Lorenzo a Carolina del Sur, que habían sido cartografiados por navegantes al servicio de Francia, desde Giovanni da Verrazzano a Jacques Cartier, y que reivindicaba la Corona francesa. No hace falta precisar que, desde el punto de vista de España, Nueva Francia carecía de toda existencia

legal. Pero su breve historia muestra que, cuando un Estado reclama un territorio, más vale ocuparlo y movilizar los medios necesarios para su defensa que contentarse con reivindicarlo en el ámbito diplomático. En efecto, en materia de derecho internacional las protestas verbales no tienen peso alguno, solo prevalece el derecho del más fuerte. Con el ascenso al trono de Carlos IX, la reina madre y regenta Catalina de Médicis se daba cuenta de que el poder de la monarquía, debilitado por la muerte precoz de Enrique II, comenzaba a vacilar. Ella propuso una política de armonía entre las facciones nobiliarias y religiosas para mantener la paz interior y canalizar los conflictos, latentes o manifiestos, con los Habsburgos de España[34].

La elección de Florida por Coligny no era fruto del azar. Todos, y en particular los piratas de Normandía y La Rochelle, sabían que, desde el inicio de la explotación de las minas del norte de México, los convoyes que suministraban la plata a España acudían a situarse frente a la península, donde la corriente del Golfo los empujaba hacia las Azores. Los más célebres y temidos de esos corsarios eran Jacques Le Clerc, llamado Pata de palo, y Jacques de Sores, llamado el Ángel exterminador. Ambos eran protestantes y su crueldad solo era comparable con su audacia. ¡Ay de los sacerdotes y frailes que se encontrasen a bordo de los barcos capturados! Les esperaba la más salvaje de las muertes. Florida se había convertido, por tanto, en un lugar estratégico de primera importancia, ya que su control condicionaba el suministro de metales preciosos al Tesoro español. De haberse cortado aquella ruta, los españoles se habrían visto obligados a tomar un camino de regreso más meridional, pasando por las Antillas, con una mayor dependencia de los alisios y por tanto más dificultad, o bien a guardar *in situ,* en América, la producción de plata que tanto necesitaban para llevar a cabo su política a escala mundial. Sin embargo, los pilotos de la Casa de Contratación de Sevilla tardaron en dominar las corrientes del Estrecho y abundaron los naufragios y accidentes marinos en aquellas aguas, para mayor satisfacción de los indios, que saqueaban los pecios encallados, o de los corsarios que estaban al acecho de los navíos un tanto maltrechos que habían afrontado las tormentas de la ruta de las Azores. Por su parte, los caciques indios disponían en el continente de lingotes de plata que daban de regalo a sus aliados europeos, alimentando así en la opinión pública la creencia de que existían filones argentíferos en Florida o en sus alrededores inmediatos, lo que, por supuesto, no era cierto.

El 18 de febrero de 1562, dos pequeños barcos de guerra —una especie de jabeques que podían navegar a remo y vela— salen del

puerto de Dieppe con 150 hombres a bordo, todos ellos reformados. Ese pequeño contingente tiene la misión de establecer un punto de apoyo en la costa y fortificarlo a la espera de la llegada de refuerzos. La flotilla está al mando de un noble normando de confesión reformada, Jean Ribault, al que acompaña un lugarteniente, un aristócrata del Poitou igualmente reformado, René de Goulaine de Laudonnière. A este último debemos la crónica de aquel viaje y de las expediciones posteriores[35]. Ribault toma una ruta sesgada hacia el norte para esquivar a los barcos españoles y, tras dos meses de travesía apacible, avista una costa llana, sin relieve y plagada de marismas, cerca de cabo Cañaveral, a la que Jean Ribault da el nombre de cabo François. Los pilotos debían contar con buena información y no poca experiencia para poder tocar tierra tan cerca de su meta y tras una travesía tan larga. En cualquier caso, el lugar debió de parecerles demasiado meridional, demasiado cercano a las posesiones españolas, y Jean Ribault remontó la costa hacia el norte. La primera etapa es el estuario de un río suficientemente caudaloso para ofrecer un puerto a barcos de gran calado. Como es el 1 de mayo, Ribault lo bautiza como Río de Mayo (hoy Saint Johns River). Los marinos desembarcan, son acogidos por los indios locales y, a pesar de la falta de intérpretes, el primer contacto es cordial. Es evidente que los autóctonos ya conocen bien a los europeos y esperan proceder con ellos a intercambios comerciales bajo la forma de regalos y de trueque. Les ofrecen maíz (mijo para los franceses), caza, pieles curtidas y pintadas; los franceses les devuelven abalorios de vidrio multicolor, espejos y herramientas de hierro, que son muy apreciadas, hoces y cuchillos. Jean Ribault toma posesión de la tierra en nombre del rey de Francia y hace erigir una columna de piedra en la que está grabado el escudo de Francia.

Luego los dos barcos prosiguen su ruta hacia el norte y aparentemente conocen perfectamente el objetivo de su viaje. Localizan a su paso ocho estuarios que van bautizando sucesivamente como el Sena, el Somme, el Loira, el Charente, el Garona, la Gironde, la Bella y la Grande. Siguen navegando hacia el norte, cruzan el estuario del Jordán y finalmente llegan a Parris Island, en la desembocadura del río de Port Royal (hoy en Carolina del Sur), que no es sino la Punta de Santa Elena conocida desde hace tiempo por los españoles. Jean Ribault toma posesión de la isla, planta en ella una nueva columna votiva de piedra con las armas de Francia y toma las primeras medidas del futuro fuerte, una construcción que nombra Charles-Fort en honor del rey Carlos IX. Este fuerte debía servir de residencia a los 28 hombres que Ribault dejaba como guarnición, a la

espera de su vuelta de Francia con refuerzos. Nombra comandante de la plaza al capitán Albert de La Pierra, un veterano de la expedición de Villegaignon a la Francia Antártica, y los barcos levan anclas y se van, siempre remontando la costa, pero por miedo de encallarse en los bancos de arena que se adentran en alta mar y de acuerdo con sus tripulaciones, Ribault decide por último enfilar directamente el puerto de Dieppe, al que arriba el 20 de julio de 1562. A pesar del edicto de pacificación dictado por la monarquía en enero de ese mismo año, el reino de Francia está en plena efervescencia. Amenazado por su conversión al calvinismo, Ribault debe huir a Inglaterra, donde es encarcelado durante cierto tiempo por un delito anterior, en el momento en que los hugonotes negocian un tratado con Isabel I —el tratado de Hampton Court— en virtud del cual le ceden Le Havre a cambio de su apoyo financiero y militar. Al mismo tiempo, Inglaterra preparaba expediciones contra España en el Caribe, que en realidad se limitaron a una campaña de piratería contra los barcos españoles en el golfo de Gascoña. Resultó pues que Ribault, a la vista de tales circunstancias, no pudo cumplir con su promesa de socorrer a la colonia de Charles-Fort, que quedó abandonada a su suerte.

Una vez solos, los miembros de la guarnición cavan fosos y refuerzan los terraplenes para preparar la defensa de su fortaleza. Realizan un trabajo colosal bajo la disciplina férrea impuesta por el capitán Albert. Una vez acabado el fortín, los soldados franceses empiezan a explorar el interior y toman contacto con las diferentes tribus indias que lo habitan. Por regla general, las relaciones entre franceses e indios fueron amistosas aun cuando esas mismas tribus manifestasen una gran hostilidad recíproca. Pero la situación se deterioró enseguida. Primero, un incendio destruyó rápidamente el cuartel de los soldados donde estaban almacenados víveres y municiones. Al quedar privados de comida, los soldados se ven obligados a depender de los indios que encuentran la obligación un tanto gravosa. Cada cual se las arregla como puede y la disciplina de la guarnición se resiente de ello. Para conseguir el respeto de sus hombres, Albert hace colgar a uno con un pretexto fútil según los supervivientes. Él mismo muere durante un motín y los soldados eligen como comandante de la guarnición al capitán Nicolas Barré, que es también un veterano de la expedición de Villegaignon a la bahía de Río.

Al volverse la hambruna cada vez más acuciante y a falta de unos refuerzos que nunca vienen, los colonos deciden volver a Francia por sus propios medios y con este fin emprenden la construcción de un pequeño bergantín, un barco ligero que navega a remo y vela. Cuando

estuvo terminado, cargaron en él los víveres y la artillería, regalaron a los indios todo lo que no podían llevarse y se lanzaron a la travesía del Atlántico. El comienzo del viaje se desarrolló más bien satisfactoriamente hasta las inmediaciones de las Azores, donde la calma chicha les inmovilizó durante varias semanas. Tras haber agotado sus reservas, llegaron a escoger por sorteo a uno de ellos y lo devoraron. El infeliz llevaba un apellido predestinado, pues se llamaba Lachère*[36]. En estas, fueron avistados por un barco inglés a bordo del cual navegaba, por feliz coincidencia, un marinero francés que había participado en el viaje del año anterior y reconoció a sus antiguos compañeros. Los más débiles fueron abandonados en tierra a lo largo de las diferentes etapas, mientras que los otros llegaron a Inglaterra, desde donde la mayoría pudo volver a Francia. Sin embargo, hubo un muchacho que, considerando sin duda que la aventura era demasiado arriesgada, se había negado a embarcarse. Había huido del fortín y se había refugiado en un poblado indígena donde adoptó el modo de vida de los indios y, sobre todo, aprendió la lengua. Se llamaba Guillaume Rufin y posteriormente habría de desempeñar un papel fundamental en toda esta historia.

Esta primera expedición a lo que hubiera debido ser la Florida francesa se convirtió, pues, en un fiasco. Tras haber nacido como una consecuencia de las guerras civiles, o más bien como un medio de evitarlas, fue su primera víctima en el plano internacional. Pone de relieve sobre todo la dificultad de organizar operaciones marítimas y terrestres conjuntas en las dos orillas del Atlántico, sobre todo cuando las líneas logísticas están alteradas por los desórdenes interiores. España, a pesar de poseer gran pericia en la materia y de poder emprender expediciones de mucha más envergadura, tampoco es inmune a los motines ni a los tropiezos tan notorios como costosos. Pero tiene buenos oídos y una red de espías particularmente eficaz. A principios de 1563 Thomas Perrenot de Chantonnay, embajador español en París, transmitía a Felipe II informaciones muy exactas sobre los intentos de colonización francesa en Florida. En mayo de 1564 el gobernador español de Cuba fletó un barco, a cuyo mando se encontraba Hernando Manrique de Rojas, para ir en busca de los franceses que habían desembarcado en las costas de Florida. Subió hasta el paralelo 32 de latitud norte y se topó con un Charles-Fort abandonado. Así que le prendió fuego y se llevó la columna conmemorativa con las armas de Francia que había erigido Ribault. Pero volvía con un tesoro mucho más importante, aquel Guillaume Rufin de dieciséis años, cuyo dominio de las lenguas locales hacía de él un informador y un intérprete excepcional. Por lo demás, faltó poco

para que Manrique no se cruzase con una flotilla francesa que acudía a implantar una nueva colonia en aquellos parajes.

La expedición Laudonnière de 1564-1565

En Francia la vuelta a la paz, como consecuencia del Edicto de pacificación de Amboise (marzo de 1563), hacía posible la organización de una nueva expedición a Florida bajo la égida del poder real. Se pone al mando a Laudonnière y se incluye en sus filas a varios veteranos de la expedición de 1562. La modesta flotilla de tres barcos de 26, 60 y 100 toneladas leva anclas en Le Havre el 22 de abril de 1564 y emprende una ruta diferente de la de 1562. Se dirige hacia Canarias, lo que da a Laudonnière ocasión para relatar cómo los españoles habían masacrado a las poblaciones guanches en el siglo precedente. Luego la pequeña escuadra se dirige en línea recta hacia las Antillas Menores. En Dominica, los franceses han de vérselas con poblaciones indígenas desconfiadas y agresivas que han padecido anteriormente malos tratos por parte de los españoles. Laudonnière conoce incluso a un indio al que habían emasculado. Esos relatos del calvinista Laudonnière sobre la crueldad de los españoles han de inspirar a los propagandistas protestantes de la «leyenda negra» antiespañola al final del siglo. Por último, los tres navíos arriban directamente a Nueva Francia el 22 de junio, soslayando las aguas de las Antillas Mayores, donde los barcos españoles podían interceptarlos, y contorneando las Bahamas por el este. Dos días más tarde fondean en el río de Mayo, donde Laudonnière es recibido por el cacique Saturiona —el Saturiba de los españoles—, encantado de volver a ver a los franceses. Les enseña la columna conmemorativa erigida tres años antes por Ribault y venerada como un tótem por los indios. Los dos jefes intercambian regalos, Laudonnière recibe un lingote de plata y ofrece a su vez una hoz de acero y una joya a Saturiona. Un breve reconocimiento en canoa por el brazo más importante del río permite localizar, a unas cuantas leguas en el interior, una pequeña llanura agradable al pie de una colina. Luego la flotilla vuelve a dirigirse hacia el norte, siguiendo siempre la costa, hasta que Laudonnière reúne a sus tripulaciones para decidir la forma de proceder. Les plantea la siguiente pregunta: ¿dónde prefieren instalarse? Les advierte de que hacia el sur la comarca es demasiado húmeda, mientras que hacia el norte es más agradable, pero ha dejado malos recuerdos, con lo que hacía referencia al fracaso de Charles-Fort. Termina por proponerles el lugar del río de Mayo en el que la naturaleza se vuelve más amena y en donde la presencia de oro y

plata hace suponer que sería más fácil encontrar minas. Laudonnière no se imaginaba que el lingote de plata con el que Saturiona le había gratificado procedía de un buque español naufragado y posteriormente saqueado por sus sujetos.

Se construye, pues, el nuevo fuerte en el valle localizado unos días antes y al que se da el nombre de Val de Laudonnière. Como Charles-Fort, la nueva fortaleza —que se llamará en lo sucesivo el Fort-Caroline en honor, una vez más, de Carlos IX— será de planta triangular y abastionada. Tras haber dibujado los planos y transportado las dimensiones sobre el terreno, los miembros de la expedición se ponen de inmediato manos a la obra. En el extremo sur excavan una zanja y, con los escombros construyen un talud cubierto de hierba de nueve pies de alto (aproximadamente 2,5 metros) en forma de bastión protegido por un parapeto. Allí construyen un local para almacenar las municiones. En el flanco oeste, hacia tierra adentro, la fortaleza también está defendida por una zanja y un parapeto de tierra, mientras que, en dirección al río, la entrada al fuerte está protegida por una simple empalizada de troncos pegados unos a otros. El centro está ocupado por una plaza de armas flanqueada por un cuerpo de guardia en el lado sur y por una vivienda para el comandante rodeada de soportales. Para evitar los inconvenientes que surgieron en Charles-Fort dos años antes, el horno está instalado fuera del fuerte, sobre todo porque las primeras instalaciones se han construido únicamente con madera. Los franceses obtienen la ayuda de los indios para trenzar tejados hechos de hojas de palma, una técnica que desconocen. Más tarde se descubren yacimientos de arcilla en un cacicazgo vecino, lo que da lugar a incesantes trayectos en barca con el fin de abastecerse en ladrillos para reforzar las murallas. A diferencia de la anterior expedición a Charles-Fort, Fort-Caroline está llamado a perdurar en el tiempo y a crear un punto de anclaje alrededor del cual se desarrolle una colonia de asentamiento. Hay mujeres y niños que acompañan a los colonos, que no son únicamente soldados, sino que han sido seleccionados en diferentes oficios con el fin de constituir una comunidad humana capaz de vivir en régimen de autarquía. Han traído aves de corral y ovejas para criar una pequeña cabaña, pero al parecer no han transportado caballos ni vacas ni cerdos. Los traerá Jean Ribault con ocasión de su viaje de 1565, ya que dan cuenta de su presencia las crónicas españolas en las que se relata la toma de Fort-Caroline. Parece igualmente que se han mantenido vínculos con la metrópolis, ya que Laudonnière señala de paso la llegada de un barco de aprovisionamiento, el del capitán Bourdet, que habrá de desempeñar

un papel ambiguo en los motines que agitarán la pequeña colonia.

A diferencia de la experiencia de Charles-Fort donde la guarnición, demasiado escasa, vivió en la precariedad, la comunidad de Fort-Caroline intenta integrarse en el medio indígena. Esta es una preocupación de Laudonnière, que probablemente recibiera instrucciones en ese sentido. La región está ocupada por pueblos de cultura timucua, algunos de los cuales —pero no todos— comparten lenguas bastante cercanas. Son agricultores pero también practican la recolección, la caza y la pesca en la temporada de escasez. La diversidad de los recursos ha sido un elemento determinante para que Laudonnière eligiese ese territorio para asentarse. Desde su llegada fue acogido por el cacique Saturiona, al que había conocido dos años antes y con el que había establecido una relación de amistad. Pero esta vez puede darse cuenta de que nada es sencillo en una sociedad indígena en situación de perpetuo conflicto entre las tribus. Saturiona es un gran jefe, lo que los historiadores americanos llaman un *paramount chief*. Controla un extenso territorio situado en la costa, alrededor del estuario del Saint Johns, y tiene bajo su autoridad una treintena de caciques vasallos. Su principal enemigo está más al interior, en el Thimogona, un territorio ocupado por una confederación de tribus cuyo gran jefe, Olata Uae Utina, tiene bajo su autoridad una cuarentena de caciques vasallos. Cada uno de esos jefes tributarios parece haber encabezado un poblado. Ambos grandes cacicazgos se detestan cordialmente y guerrean desde hace tiempo, varios decenios sin duda. Laudonnière no consigue apaciguar esa animosidad recíproca que sobre el terreno se traduce en sangrientos golpes de mano. Cada jefe trata de obtener la alianza de los franceses para desatar las hostilidades con su adversario, con perfecto conocimiento del papel determinante que desempeñan los arcabuces europeos en los combates. Pero la política de Laudonnière tiene como objeto que Saturiona y Utina se reconcilien, tentándoles con conquistas más fructíferas gracias a la guarnición francesa, tanto al sur del Saint Johns para Saturiona como más lejos tierra adentro, a expensas de los cacicazgos Potano, Hustaca y Uteaca, en el caso de Utina.

Sin embargo, es entre los colonos donde surge la amenaza. Entre esos aventureros del Nuevo Mundo, tanto si son españoles como ingleses o franceses, el motín es algo habitual. Esos hombres no tienen nada que perder, no respetan a nada ni a nadie y solo quieren hacer fortuna rápidamente. Ni su vida ni la de los demás tienen valor alguno. Es un tal La Roquette, originario del Perigord, quien abre las hostilidades al afirmar, en cuanto los primeros barcos han partido

hacia la metrópolis, que ha descubierto una mina de oro. Se conchaba con Le Genre, un sirviente próximo de Laudonnière, quien intenta envenenar a su comandante, que en ese momento está enfermo en la cama. El complot se airea, pero antes de ir a refugiarse entre los indios, Le Genre consigue confiar a un gentilhombre que vuelve a Francia, en el barco de regreso, una carta en la que denuncia el comportamiento autoritario de su comandante. Poco tiempo después, Le Genre vuelve al campamento arrepentido y Laudonnière aprovecha el paso de un barco francés, que debe partir para Europa en noviembre, para embarcar en él al puñado de revoltosos que está sembrando el desorden en la colonia. Pero el capitán Bourdet, patrón del navío, se deja comprar por Le Genre y le desembarca en la orilla opuesta del río. Este último reúne a un grupo de una veintena de revoltosos que se hacen con dos barcas para «ir a la aventura», es decir, practicar la piratería en aguas españolas. Como también han cortado las amarras de una tercera barca y de un barco pequeño que estaban anclados en el río, Fort-Caroline queda privado de todo medio de navegación. Los amotinados se convierten en piratas. Se apoderan de un barco español y parten hacia Cuba, pero por falta de víveres terminan rindiéndose a las autoridades españolas. Laudonnière, que no está enterado de en qué para la historia, dice que no tiene noticias de ellos, pero los archivos españoles son más prolijos. Los corsarios habían desembarcado en la isla, saqueado algunas localidades y capturado a un mulato que consigue huir y avisar al gobernador. Los once franceses que constituyen ese grupo son capturados e interrogados en La Habana por… Guillaume Rufin. Así es como los españoles se enteran, con gran asombro, de que efectivamente existe una colonia francesa en Florida[37].

No por ello se libra la colonia de Fort-Caroline de sus elementos indisciplinados. Cuando Laudonnière quiere hacer fabricar dos grandes barcas para sustituir las que acaba de perder, se encuentra con la negativa de una sesentena de sus hombres con el pretexto de que es ese «un trabajo abyecto y mecánico». Es decir, que, como se consideran gentilhombres, no quieren trabajar con sus manos. Envían una delegación amenazadora —«con el arcabuz armado»— para comunicar a Laudonnière que tienen el propósito de partir hacia Nueva España, las Antillas o Perú en pos de la aventura y con el fin de hacer fortuna. En consecuencia, capturan al comandante y le ponen grilletes durante quince días a bordo del barco *Le Breton,* el pequeño bergantín que los rebeldes habían embarrancado y que en el ínterin se había puesto a flote[38]. Los amotinados se dedican a terminar la construcción de las dos barcas y se hacen a la mar el 18 de diciembre

de 1564. Tras una tormenta, cada una de las barcas toma un derrotero diferente. Una vez más los españoles parecen estar mejor informados que Laudonnière. Según sus archivos, la primera barca llega a la costa sudoriental de la Hispaniola y allí, en el pequeño puerto de Cagay, los amotinados se apoderan de un barco español de mayor tonelaje. La otra barca toca tierra en el puerto de La Yaguana, a una cincuentena de kilómetros de Cagay. Pero como los habitantes están en estado de alerta, la mayoría de los piratas resultan muertos o son capturados y solo consigue escaparse un pequeño grupo que se reúne con el anterior grupo de amotinados. Todos los supervivientes se dirigen hacia el puerto de Baracoa, en la costa nororiental de Cuba. Saquean la ciudad, se apoderan de una pequeña carabela y regresan a la Hispaniola, donde matan, en un combate, a un tal Antón Núñez, secretario de la Audiencia de Santo Domingo, y a una veintena de españoles. Las autoridades locales deciden acabar con esos facinerosos y consiguen acorralarlos en el pequeño puerto de Caguaya, en Jamaica. El gobernador de la isla, Blas de Merlo, finge primero negociar con los franceses que le reclaman víveres para atacarlos luego y capturar a unos treinta. Un pequeño grupo se escapa y huye a bordo de un bergantín. Pero los amotinados no tenían ninguna experiencia náutica. Habían forzado a un piloto y a algunos marineros leales a Laudonnière a embarcarse con ellos para que se encargasen de maniobrar el navío. Aprovechando el sueño de los amotinados, estos últimos llevan subrepticiamente el barco y su tripulación a Fort-Caroline. Allí los detienen, los someten a un juicio sumario por rebelión y los condenan a muerte. Consiguen que los fusilen en vez de colgarlos, última gracia que concede el comandante a esos gentilhombres deshonrados. Pero en el plano diplomático los desperfectos son considerables. La regente Catalina de Médicis había exigido a Laudonnière que no emprendiese ningún acto de guerra contra los intereses españoles, con objeto de no provocar la respuesta de las autoridades de Madrid. En lo sucesivo se levanta en el Caribe la veda contra los franceses[39].

Laudonnière parece consciente del peligro que corre la colonia francesa de Florida. Como los socorros no llegan y el clima se vuelve detestable en una guarnición debilitada por las disensiones, se plantea regresar a la metrópolis. Pero los problemas se han acumulado. El único barco que queda es el pequeño bergantín, que no puede repatriar a todo el mundo. Se trata de construir otro barco, pero ya solo queda un carpintero náutico, seguramente ese Nicolas Le Challeux que más tarde publicó una crónica de su estancia en Nueva Francia[40]. No es suficiente, los plazos serán largos y los colonos se

impacientan, tanto más cuanto que se empieza a sentir hambre. Al principio las reservas parecían inagotables y los intercambios con los indios eran intensos, ya que al parecer estos mostraban tener buenas dotes comerciales. Los colonos no se han preocupado de administrar sus bastimentos. Pero durante el invierno los indios se van al bosque para cazar, a la espera de que su primera cosecha de maíz llegue a sazón. En primavera ya no les queda maíz y viven de la recolección de bellotas, nueces y productos de la caza, demasiado escasos para poder alimentar a una colonia de franceses que depende enteramente de ellos. Entonces los indios ponen precios muy altos a los recursos de que disponen todavía. Los franceses, que se comportan como parásitos, reaccionan con cólera ante los precios exorbitantes que les piden los indios y se muestran dispuestos a iniciar campañas de requisición contra ellos. Laudonnière calma a sus tropas con el fin de no comprometer su política de conciliación con los cacicazgos indígenas. Hacia el final de la primavera, la situación mejora, el maíz empieza a madurar y Laudonnière puede reconstituir reservas para la travesía prevista del Atlántico que hará en el bergantín, probablemente con el propósito de abandonar donde se encuentran a los que no puedan embarcar.

Y ese es el momento en que se produce un nuevo milagro que nadie esperaba. Una mañana del principio del verano en aquel año de 1565 cuatro velas se avistan en la bahía. Fondean en ella y Laudonnière envía a unos cuantos hombres en una barca para que se informen de la nacionalidad de los recién llegados. Es la flota del almirante inglés John Hawkins, de regreso de una expedición muy lucrativa que le ha llevado hasta Guinea, donde ha comprado unos esclavos que más tarde ha revendido en la costa de Darién, en la Colombia actual. Ha puesto fin a su expedición con algunos actos de piratería en las Antillas contra los españoles, con los que la Inglaterra de Isabel I está en guerra. Los franceses acogen cordialmente a sus huéspedes porque tienen intereses comunes. ¿No habían cedido en 1562 los reformados franceses el puerto del Havre a los ingleses como compensación por la pérdida del puerto de Calais cuatro años antes? Si bien es cierto que un ejército francés, en el que combatían codo con codo católicos y protestantes, había echado de allí a los ingleses en 1563 y la cuestión se estaba arreglando en el plano diplomático. A pesar de todo, los ingleses y los reformados franceses siguen siendo aliados objetivos contra la monarquía católica. En la tripulación de Hawkins se encuentra precisamente un francés, Martin Atinas, que también había participado en la primera expedición de Florida en 1562 y que hace de puente entre las dos partes. Pero Hawkins no se encuentra allí por

casualidad. Los ingleses están informados de la presencia francesa en Florida y, con el pretexto de llevarles ayuda, Hawkins está en una misión de espionaje. Para celebrar el acontecimiento, Laudonnière sacrifica las ovejas y las aves de corral que había conservado hasta entonces y Hawkins, que regresa de una expedición extremadamente fructífera, se muestra también generoso y no vacila en colmar a sus huéspedes de toneles de harina, de barricas de vino y de cántaros de aceite, con que dar ánimos a los miembros de la pequeña colonia. Laudonnière le compra a crédito uno de sus barcos, con lo que espera tener una travesía oceánica más confortable. Luego Hawkins vuelve a Inglaterra y Laudonnière termina de cargar bastimentos y artillería en sus dos barcos. Los indios de Saturiona, que creían que Hawkins era el hermano de Laudonnière, ven con pesar cómo se van los europeos y prometen que les acogerán de nuevo con los brazos abiertos cuando vuelvan. El 15 de agosto de 1565 Laudonnière y los suyos se disponen a levar anclas.

---

26. Peter J. Bakewell, *Silver Mining and Society in Colonial Mexico Zacatecas*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971.

27. Geoffrey Parker, *The Army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972. Sobre los proyectos estratégicos del virrey de Nueva España Luis de Velasco, véase Jerald Milanich y Susan Milbrath (ed.), *First Encounters. Spanish Explorations in the Caribbean and the United States, 1492-1570, op. cit.,* pp. 119-134*;* The Tristan de Luna Expedition, 1559-1561, Charles Hudson, Marvin T. Smith, Beshter B. De Pratter y Emilia Kelley, Eugene Lyon, *The Enterprise of Florida, op. cit.,* p. 22.

28. El relato del viaje de Las Bazares fue publicado en español por Herbert Ingram Priestley (ed.), *The Luna Papers, 1559-1561,* Tuscaloosa (Al.), The University of Alabama Press, 2010, p. 330 y sigs. Este texto fue traducido al francés por Henri Ternaux-Compans, *Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique,* París, Arthus-Bertrand, 1838-1841, pp. 143-155.

29. Puede leerse el testimonio de algunos supervivientes de la expedición en AGI, *Patronato*, 19, R. 10. En esta investigación, promovida por Ortuño de Ybarra, factor y veedor de Nueva España, se interroga a cuatro soldados supervivientes que regresaron a Santo Domingo en 1561.

30. Denis Crouzet, *La nuit de la Saint Barthélemy. Un rêve perdu de la Renaissance*, París, Fayard, 1994.

31. Thierry Wanegffelen, *Ni Rome ni Genève. Des fidèles entre deux chaires en France au XVIe siècle*, París, H. Champion, 1997.

32. Marcel Bataillon, *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI,* México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 705 y sigs.

33. Frank Lestringant, *L'expérience huguenote au Nouveau monde, XVIe siècle*, Génova, Droz, 1996. *Le Brésil d'André Thévet. Les Singularités de la France Antarctique (1557),* Frank Lestringant (ed.), París, Chandeigné, 2.ª ed., 2011.

34. Denis Crouzet, *La Sagesse et le Malheur. Michel de l'Hôpital, chancelier de France*, Seyssel, Champ Vallon, 1998; *Le Haut Coeur de Cathérine de Médicis. Une raison politique aux temps de la*

Saint-Barthélemy, París, Albin Michel, 2005.

35. René de Goulaine de Laudonnière, *L'histoire notable de la Floride située ès Indes Occidentales contenant les trois voyages faits en icelle par certains capitaines et pilotes français,* París, 1853 (1586), Nandeln (Lichtenstein), Kraus Reprint, 1972.

36* «Chère»: comida copiosa o comida en general. *(N. del T.)*

Alain Hugon, *Au service du roi catholique. «Honorables ambassadeurs» et «Divins espions». Représentation diplomatique et service secret dans les relations hispano-françaises de 1598 à 1635*. Madrid, Casa de Velázquez, 2004.

37. Acerca de Guillaume Rufin (o Rouffi) y los corsarios franceses interceptados en las Antillas por las autoridades españolas, véase Eugene Lyon, *The Enterprise of Florida, op. cit.,* pp. 34 y 38-39. Rufin también prestó sus servicios de intérprete en las expediciones de Juan Pardo en 1566-1567.

38. René de Goulaine de Laudonnière, *L'histoire notable de la Floride…, op. cit.,* p. 116 y sgs.

39. Eugene Lyon, *The Enterprise of Florida, op. cit.,* pp. 38-40.

40. Nicolas Le Challeux, Lyon, Jean Saugrain, 1566, publicado por Henri Ternaux-Compans, *Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique, op. cit.,* pp. 249-300.

5

LA VICTORIA ILUSORIA DE LA MONARQUÍA CATÓLICA

En el decenio de 1560 las autoridades españolas empiezan a revisar su política en el golfo. Al extraer las consecuencias del fracaso del plan estratégico que había concebido, Luis de Velasco, el virrey de Nueva España, reúne, a partir del 23 de septiembre de 1561, un consejo importante en México que resuelve que las expediciones a Florida ya no deberán salir de Nueva España, sino directamente de España y que deberán dirigirse únicamente a la región de Santa Elena, la más apropiada para la colonización. Ese redespliegue no es inocente. Las élites de Nueva España se vuelven hacia el Pacífico, Filipinas y, en última instancia, el mercado chino mucho más remunerador. Esta política culmina en 1565 cuando Miguel López de Legazpi desembarca en Filipinas y emprende su conquista, pero sobre todo cuando, en octubre de ese mismo año, Andrés de Urdaneta abre la ruta de retorno hacia Acapulco. En lo sucesivo, México va a tener la mirada fijada en el este[41]. En el Atlántico, el recrudecimiento de los actos de piratería perpetrados contra los convoyes españoles incita a Madrid a responder de una forma resuelta y apropiada. En 1562 se envía a Pedro Menéndez de Avilés, que había capitaneado ese tipo de convoyes en la *carrera de Indias* entre España y el Caribe en su calidad de capitán general de la flota de Indias, a la zona para combatir a los corsarios franceses, ingleses y escoceses. Sin embargo, Felipe II no renuncia a colonizar Florida del modo utilizado hasta entonces. En abril de 1563 firma un contrato *(asiento)* con Lucas Vázquez de Ayllón, descendiente homónimo del tratante de esclavos del decenio de 1520, para colonizar la región de Santa Elena. En ese contrato se estipula que debe respetar a los indios y se le prohíbe crear *encomiendas,* con arreglo a los principios promulgados en las Nuevas Leyes de Burgos, en 1542. Bartolomé de las Casas y los misioneros, franciscanos, dominicos y jesuitas, han llegado a imponer esas reglas éticas, como una suerte de pensamiento único, entre los encargados de tomar las decisiones de la monarquía católica. En la propia Florida esos mismos misioneros no van a tardar en rebajar sus planteamientos. También conviene recordar que hasta 1564 los españoles ignoran por completo la presencia en el suelo de Florida de asentamientos de franceses

heréticos. Pero Lucas Vázquez de Ayllón no consigue reunir los fondos gigantescos que necesita para la realización de su proyecto de colonización. En agosto de 1564 renuncia a él y, como está endeudado, huye a Perú para escapar a sus acreedores[42].

La reacción española

En ese momento, el Consejo de Indias decide oponerse a la presencia francesa en Florida y recurre a un hombre que acaba de dar pruebas de su competencia, Pedro Menéndez de Avilés. Felipe II le saca oportunamente de la cárcel, en la que purgaba una pena de prisión por haberse dedicado al contrabando mediante la flota de Indias, de cuya protección él estaba a cargo. Menéndez es un marino experimentado, un guerrero dotado de talento y determinación y, sobre todo, un allegado de Felipe II. Ha hecho sus primeras armas contra la piratería rochelesa en el golfo de Gascoña. En 1563, cuando Felipe II se quedó en los Países Bajos, mucho después de la muerte de su padre, Carlos V, él es el encargado de repatriar a su rey. En cuanto se le dio carta blanca, Menéndez redactó un informe en el que trazaba un primer esbozo de su plan estratégico. Partía de la premisa de que en primer lugar había que deshacerse de la presencia hugonota en Florida, una presencia que podía perturbar el paso de los convoyes españoles con destino a Cádiz. En segundo lugar convenía garantizar la seguridad de las minas de Zacatecas mediante el descubrimiento del paso del Noroeste que él situaba a la altura del San Lorenzo. Recordaba que los franceses poseían un gran número de barcos en la región de Terranova donde pescaban el bacalao. Era, pues, urgente actuar, ya que tarde o temprano descubrirían ese paso y si lo hacían, se beneficiarían de una ventaja determinante sobre sus competidores. Posteriormente, Menéndez refinó ese plan retomando parte de las ideas de Luis de Velasco. Sin renunciar por completo al paso del Noroeste, pensaba que existía otro más al sur, a la altura de la bahía de Chesapeake, que, según él, se abría con mucha mayor profundidad en el interior del continente norteamericano. Esa bahía debía acercarse a otra situada a la misma latitud pero que se abriría también muy ampliamente en la costa occidental del continente en dirección al este. No se trataba de un paso marítimo propiamente dicho, porque las dos bahías no llegaban a juntarse, sino de una especie de istmo. Él imaginaba que en definitiva la distancia que mediaría por vía terrestre sería mínima.

Al igual que Luis de Velasco, Menéndez pensaba que el lugar más adecuado para el asentamiento se encontraba en Santa Elena y

también retomaba la idea expresada por el virrey de construir una ruta estratégica hasta Coosa para proteger las minas de Zacatecas. Cuando se hubo familiarizado con Florida pensó igualmente en abrir una ruta fluvial a través de la península. Estaba convencido de que el río Saint Johns estaba relacionado de un modo u otro con la bahía de Tampa, en la costa occidental. En 1565 Menéndez había recuperado a un español llamado Hernando de Escalante Fontaneda, cuyo barco había naufragado y que había estado cautivo de los caluss desde 1549. Había escapado milagrosamente a la muerte y aprendido las lenguas indígenas y además poseía un conocimiento profundo de los cacicazgos del sur de Florida y de sus políticas. Cuando volvió a España, redactó una memoria para el Consejo de Indias en la que relató su experiencia. Al recuperar a este náufrago, Menéndez se había enterado en particular de que existían grandes lagos en el centro de Florida, entre los que se contaba el de Mayami. Según él, bastaba con encontrar la vía de agua que llevase a él a la vez desde la costa atlántica y desde la del golfo. Aunque hoy en día sabemos que ese paso no existe, a comienzos del siglo XX se abrió en parte gracias al canal de Miami, destinado no al transporte fluvial, sino al drenaje de tierras. Para Menéndez, el interés de ese paso, si hubiese existido, era abrir una vía fluvial que evitase tener que rodear la península y el tránsito peligroso por los Cayos[43].

En la primavera de 1565, los españoles empiezan a estar mejor informados sobre las maniobras francesas en Florida. Por los corsarios capturados e interrogados se enteran de que los franceses han instalado una colonia en la desembocadura del Saint Johns y en España corren rumores incesantes acerca de la posibilidad de una nutrida expedición francesa a Florida, con un contingente de varios miles de hombres. Además, en los preparativos de la entrevista de Bayona, la de Florida es una de las cuestiones que negocian las dos cortes. Desde hace cerca de un año, Catalina de Médicis exhibe a su hijo Carlos IX ante su pueblo con la esperanza de reverdecer los laureles de la monarquía y de cortar de raíz la desintegración del país. Emprende una amplia gira por el reino arrastrando a la corte con ella. Se ha previsto una estancia en Bayona en junio y julio de ese mismo año, en la frontera entre los dos reinos, para que Catalina pueda ver a su hija, Isabel de Valois, esposa de Felipe II. Este último está firmemente decidido a presionar a la regenta sobre dos cuestiones esenciales: la lucha contra la herejía protestante en Francia y las artimañas francesas en Florida. Si Catalina de Médicis se negase a hacer concesiones, él impediría a Isabel asistir a la entrevista y ver a su madre y su hermano Carlos IX[44].

El Consejo de Indias elabora a estos efectos el argumentario diplomático y jurídico en que va a apoyarse la monarquía católica para defender sus derechos. Los elementos de ese expediente son la donación del papa Alejandro VI de 1493, en que se basa el reparto de los mares entre Castilla y Portugal, y las diferentes expediciones a Florida que culminaron con la toma de posesión de aquella tierra en nombre del rey de España. El dictamen del Consejo concluye de manera categórica: «Este derecho es bien evidente y los franceses no deben permanecer en esa tierra ya que podrían entorpecer el tránsito de los navíos que vienen de las Indias». Para España, la reivindicación que Francia e Inglaterra hacen de la libertad de navegación no pesa mucho frente a la antigüedad de los derechos. Tanto más cuanto los franceses y los ingleses son herejes. El Concilio de Trento acaba apenas de finalizar. La corte española ha incorporado los cánones del concilio tan pronto como este los ha promulgado, a comienzos de 1564, mientras que Francia solo los adoptará de forma semioficial en 1615. La monarquía católica puede así presentarse ante el resto del mundo como la mejor muralla del catolicismo contra la herejía. Las dos cuestiones, la del monopolio ibérico sobre los mares y la de la defensa de la religión romana, están íntimamente ligadas, y además la segunda justifica la primera *a posteriori*[45].

El 15 de marzo de 1565 Menéndez recibe el *asiento* que hace de él el nuevo *adelantado* y gobernador de Florida, con orden de eliminar a los corsarios de las otras naciones que pretendiesen instalarse en ese territorio. El coste de la operación se estima en 80.000 ducados, una suma considerable que procede esencialmente de capitales privados. Menéndez se apoya en su entorno familiar, basado en Galicia, para obtener los fondos. A pesar de los repetidos fracasos de las expediciones anteriores, sorprende constatar que Florida sigue atrayendo a financieros y aventureros. Pedro del Castillo, *regidor* de Cádiz, un comerciante importante en la escena internacional y pariente de Menéndez, es el principal agente en esta operación de obtención de fondos. En Sevilla, el enlace bancario de Menéndez se llama Gaspar de Astudillo. Es natural de Burgos y miembro del Consulado de la Universidad de Mercaderes, un importante grupo de presión en la Casa de Contratación de Sevilla. Como lo ha resaltado muy acertadamente el historiador estadounidense Eugene Lyon, ese montaje financiero se asemeja a una «joint-venture»*[46], en la que la aportación del Estado consiste en una protección institucional y en el mantenimiento de un contingente adicional de 200 soldados. Esos soldados están organizados bajo la forma de un *tercio,* el modelo militar adoptado por España desde el comienzo del siglo. Los 500

hombres del cuerpo expedicionario se reparten en diez compañías de 50 hombres, cada una de las cuales está al mando de un capitán escogido en el círculo del *adelantado*. El maestre de campo, es decir, el segundo comandante en jefe, es Pedro de Valdés, que solo cuenta veinticinco años pero disfruta ya de una sólida experiencia bélica adquirida en Italia. Más adelante se casará con una hija de Menéndez. Además de ese contingente militar, este último lleva a un millón de colonos de diferentes oficios para fundar un asentamiento[47].

Durante ese tiempo la monarquía católica mantiene bien abiertas sus grandes orejas al acecho de la más mínima información. No podemos sino sorprendernos de la ingenuidad de los protagonistas franceses en todo este asunto. El que coordina los servicios secretos españoles es Francisco de Álava y Beaumont, embajador español ante la corte de Francia. En la corte corren todo tipo de comadreos. El embajador envía a sus honorables corresponsales a Normandía y Bretaña para espiar en los puertos y dar cuenta de los movimientos anómalos que en ellos se desarrollen. Uno de ellos, el doctor Gabriel de Enveja, da con el secreto en Dieppe, donde Jean Ribault está preparando una expedición de socorro. En una carta de finales de mayo que envía al embajador de España, que se encuentra en Bayona preparando la entrevista franco-española, describe lo que ha visto. Se está organizando una expedición muy nutrida financiada enteramente por el poder real. La movilización demuestra la importancia que la monarquía francesa confiere a la empresa: cuatro navíos grandes de 150 toneladas cada uno, acompañados por otros tres barcos más pequeños. Los soldados y la marinería se han reclutado en los ambientes reformados de Normandía y están supervisados por siete u ocho ministros evangélicos. Esta expedición tiene efectivamente el propósito de abastecer Fort-Caroline en ganado mayor (caballos y yeguas, asnos, vacas y toros, ovejas y carneros) y en reforzar su defensa. El contingente de soldados comprende 500 hombres, de los cuales 200 son nobles, y su mando se confía al capitán François de La Grange. Su potencia de fuego es impresionante. Casi todos los soldados van armados de arcabuces y los barcos se han aligerado de modo que puedan transportar numerosos cañones desmontados, con la finalidad de que se instalen en las fortificaciones, así como una cantidad considerable de pólvora y de balas de cañón. El doctor Enveja ha tenido ocasión de hablar un momento con Jean Ribault, quien le ha causado una fuerte impresión. Se trata de un normando pelirrojo y de temperamento sanguíneo, que le parece competente y determinado[48]. El 17 de mayo la expedición está casi lista pero se aplaza su salida porque Ribault está a la espera de las cartas del

almirante Coligny, que determinen el alcance de sus facultades.

El 15 de agosto de 1565, en Fort-Caroline, Laudonnière se dispone a embarcar a toda su gente en el barco que ha comprado a John Hawkins y regresar a Europa. En ese momento aparece una poderosa escuadra en la bahía del río de Mayo. Son unos barcos cuyo origen es de difícil determinación. ¿Españoles? ¿Franceses? Nadie se atreve a decirlo, sobre todo porque esos barcos parecen moverse con prudencia y circunspección. Todos los hombres se han puesto en posición de combate e incluso se dispara un arcabuz. Ese comportamiento asombra a los hombres de Laudonnière cuando se dan cuenta de que se trata de los tan esperados barcos de Jean Ribault. Los informes recibidos en la corte francesa eran tan desfavorables para Laudonnière que Ribault esperaba encontrar una colonia en plena insurrección. No es así, pero en cuanto se encuentran se plantea un problema de jerarquía que se soluciona rápidamente, ya que Ribault tiene cartas de Coligny que le garantizan su preeminencia sobre Laudonnière. Estas eran las famosas cartas que estaba esperando en Dieppe cuando hablaba con el espía español y cuya tardía recepción le obligó a retrasar su partida. Ribault revela a su antiguo lugarteniente los tres reproches que le hacen en París: tiene una mujer —entiéndase una amante— con él; se muestra autoritario; ha escrito directamente a grandes señores de Francia sin pasar por Coligny como se había convenido. Laudonnière se disculpa expeditivamente explicando que la mujer en cuestión es una sirvienta encargada de las labores domésticas, de los animales del corral del fuerte y de atender a los soldados heridos o enfermos; que su autoritarismo es el que corresponde a la indisciplina de sus soldados y que las cartas que ha enviado deberían haberse entregado al almirante pero que los encargados de hacerlo no lo habían hecho con el fin de desacreditarlo. Laudonnière está tan afectado por las acusaciones injustas formuladas contra él que cae enfermo y se ve obligado a encamarse.

Las dos flotas, la de Ribault y la de Menéndez, han pasado por diferentes vicisitudes durante su travesía, pero el azar ha querido que ambas lleguen al mismo tiempo a las costas de Florida. Ribault ha levado anclas en Dieppe el 22 de mayo, es decir, unos días después de su encuentro con el doctor Enveja y seguramente después de haber recibido las cartas en que Coligny le confiere autoridad. Pero ha tenido que ponerse a cubierto de un temporal en la isla de Wight durante dos semanas y, tras atravesar el Atlántico Norte sin novedad, toca tierra al norte de Fort-Caroline donde permanece un tiempo para recuperar por trueque unos lingotes de plata que los indios han encontrado en pecios españoles. Luego desciende lentamente a lo

largo de la costa para fondear en el estuario del Saint Johns. Por su parte, Menéndez agrupa su flota en Las Palmas de Gran Canaria, de donde parte el 8 de julio. Pero de sus ocho barcos, tres se pierden en el mar. En la escala de San Juan de Puerto Rico varias decenas de colonos y soldados desertan y Menéndez debe llenar los huecos, de modo que parte con cinco barcos al asalto de la colonia francesa. Con todo, posee un arma valiosa en sus bastimentos, uno de los corsarios franceses capturados que ha de servirle de guía. Apostando por el efecto sorpresa llega por el sur, pasando por el canal de Bahama, a pesar de los peligros que representan los bancos de arena para sus barcos. El 4 de septiembre de 1565, pocos días después de la llegada de Jean Ribault a Fort-Caroline, su escuadra fondea en el estuario del río de Mayo.

Las dos flotas se hacen frente y Menéndez exige a los franceses que abandonen inmediatamente aquellas aguas, porque nada tienen que hacer allí. Llama por su nombre a todos los capitanes franceses presentes, lo que prueba la calidad de las informaciones obtenidas por los servicios de inteligencia españoles. Jean Ribault decide eludir el combate y aprovecha un viento favorable para distanciarse de la escuadra española y volver al día siguiente. Menéndez, por su parte, fondea a unas quince leguas al sur, en la desembocadura del río de los Delfines, donde se fundará la ciudad de San Agustín (Saint Augustine). Las poblaciones locales le acogen amistosamente y el cacique Seloy le autoriza a construir una fortificación a partir de la cual prepara su ofensiva contra los franceses. En el mismo momento, los capitanes de Ribault se reúnen en Fort-Caroline para decidir la táctica que van a adoptar. Jean Ribault propone agrupar a todos los hombres válidos y atacar a la flota española. En su opinión, la batalla se librará en el mar. Laudonnière se opone; le parece que ese proyecto es peligroso porque el fuerte permanecerá sin defensa y la violencia de las tormentas en esa costa y en esa estación —es el principio de la estación de los huracanes en la región— podría destruir la flota y dejar Fort-Caroline indefenso. Cuando Laudonnière redacta su testimonio, Ribault ya no está presente para defenderse, de modo que puede descargar el peso de la derrota en su rival sin riesgo de contradicción. Por esa razón debe considerarse su opinión con circunspección. Sea como fuere al parecer Ribault terminó por convencer a la mayoría de los capitanes. Retrospectivamente está claro que cometió un error táctico, pero es que Ribault era un marino y probablemente a la hora de combatir se sentía más a gusto en el mar que en tierra. Conque embarca a todos los hombres válidos en la flota dejando el campamento francés sin defensa. El 9 de septiembre los

barcos se hacen a la mar desde el río de Mayo, inmediatamente antes de que se desencadene una tormenta tropical que precipita a la flota contra la costa, aniquilando toda esperanza de colonización e incluso de resistencia.

Al sur, Menéndez se refuerza y desembarca sus veinticuatro piezas de artillería en el reducto fortificado que está preparando. Toma oficialmente posesión de Florida en nombre del rey de España y hace prestar juramento a sus capitanes. Ha decidido atacar Fort-Caroline por tierra aprovechando el efecto sorpresa y unas condiciones atmosféricas que normalmente deberían inmovilizar a la flota francesa en su puerto. Todavía no sabe que esa flota ha sido destruida por un huracán. Con 500 arcabuceros y piqueros, guiado por un jefe indio y su guía francés llamado François Jean, Menéndez parte el 17 de septiembre al ataque de Fort-Caroline. Su ejército necesita dos días para recorrer los 60 kilómetros que separan San Agustín de Fort Caroline bajo una lluvia torrencial y por un terreno encharcado. El día 20 al alba se lanza el asalto. Los escasos defensores del fuerte medianamente válidos se han retirado a descansar en el convencimiento de que la lluvia incesante evitaría cualquier ataque. El portalón cede, los soldados españoles se desparraman por el interior del fuerte y matan sistemáticamente a los hombres que encuentran, perdonando solamente a las mujeres y los niños. Los únicos que escapan —unos 300— deben su supervivencia a su huida por los bosques vecinos. Ciento cuarenta y dos colonos son despiadadamente masacrados. Los tres barcos que habían permanecido anclados en el río también son capturados, junto con su cargamento de víveres y de objetos de valor, armas sobre todo. El 24 de septiembre Menéndez regresa triunfante a San Agustín tras haber saqueado sistemáticamente el fuerte, recuperando de paso los lingotes de plata que los franceses habían obtenido por trueque con los indios[49].

Mientras tanto, los supervivientes de Fort-Caroline intentan reagruparse en torno a Laudonnière y Jacques Le Moyne de Morgues, el cartógrafo de la expedición. Salen de los bosques donde se han refugiado y se dirigen hacia la costa, donde encuentran una barca francesa que está recogiendo a los que han escapado. Solo quedan dos navíos en condiciones de navegar. El primero pertenece a Jacques Ribault, el hermano de Jean, quien después de embarcar a su tripulación se hace a la mar sin más. Laudonnière tiene que abandonar la carabela que había comprado a John Hawkins, ya que carece de marineros suficientes para maniobrarla, y parte con algunos hombres en un pequeño bergantín en el que ha cargado la artillería que le quedaba. Cuando cree enfilar La Mancha, atraca en el puerto de

Swansea, en el país de Gales. Para poder alimentar y vestir a sus hombres, pide prestado dinero a unos mercaderes de Saint-Malo que se encuentran allí y tras dirigirse a caballo hacia Bristol y Londres, por Calais llega a la corte que a la sazón se encuentra en Moulins. En San Agustín, mientras se están librando los combates, la pequeña colonia española se entera, por un superviviente francés que se rinde, del desastre sufrido por la flota de Ribault. El 28 de septiembre unos indios vienen a avisar a Menéndez de que han visto a unos franceses merodear por la costa. Al día siguiente se precipita con algunos hombres para interceptarlos y los franceses se rinden sin condiciones. Perdona al piloto mayor, a cuatro carpinteros y calafateadores, a doce marineros bretones y degüella a todos los demás.

Ribault todavía no ha sido capturado, pero ha sido visto con 70 de los suyos todavía más al sur. El grupo finalmente se rinde incondicionalmente el 11 de octubre, si bien con la promesa de que se les perdonará la vida, una promesa que no se cumple. Los prisioneros están encadenados de dos en dos y se dan cuenta de que el almirante español no respetará sus compromisos, a pesar de que imploran su clemencia. El capellán español de la colonia pide a Menéndez que perdone a los «cristianos» —léase los católicos—, pero 111 calvinistas son ejecutados sin más. La toponimia conserva el recuerdo de aquella masacre y la bahía en que se produjo se denominará en lo sucesivo bahía de Matanzas. A finales de noviembre se intercepta un último grupo de fugitivos más al sur, alrededor del casco embarrancado de *La Trinité,* la nave capitana de la flota de Ribault, donde han construido apresuradamente una fortificación de emergencia. Menéndez les envía un trompeta francés capturado en Fort-Caroline —probablemente era católico o fingía serlo para salvar el pellejo— para que negocie su rendición. Algunos se niegan a rendirse y prefieren dejarse comer por los indios. Los que se pliegan son capturados y enviados a La Habana. Menéndez manda prender fuego al reducto fortificado, destruir lo que queda del pecio encallado y enterrar los cañones en la arena.

Cuando se supo en Francia lo que había ocurrido en Fort-Caroline, la opinión pública —y no solo los calvinistas— levantó un clamor contra la barbarie de los españoles. Las matanzas de Florida entraron inmediatamente, merced a los relatos de los que se habían salvado, en la «leyenda negra» de España. Los hombres indefensos asesinados, con los ojos arrancados, las mujeres violadas, los niños degollados, los prisioneros ahorcados, la cobarde muerte de Jean Ribault cuando ya se había rendido, con la cabeza en cuatro trozos diseminados por el campo de batalla y empalados en picas, su piel herida enviada como trofeo a Madrid, todos esos actos, contrarios al derecho de gentes,

repugnaron a Europa y contribuyeron a empañar la reputación de España. Catalina de Médicis convocó al embajador español a una borrascosa reunión, pero la respuesta francesa fue tímida. No se podía considerar una expedición punitiva habida cuenta del clima de guerra civil que reinaba entonces en el país. Pero el almirante español había cumplido correctamente la misión que le había sido dada. La crueldad de la que dio prueba se debía a dos razones. Frente a unos herejes calvinistas no cabía manifestar clemencia alguna. Para él, cristiano viejo, eran enteramente responsables de la suerte que les había cabido al apartarse de la ortodoxia romana. Pero, además, en el fondo Menéndez seguía siendo un corsario y la guerra en el mar es mucho más cruel que la de tierra. Por lo general, en los combates navales no se tomaban prisioneros. Los barcos enemigos se mandaban a pique con tripulación y todo. Fue el mismo comportamiento que adoptó en tierra. Menéndez no estaba preparado para la compasión.

La imposible sumisión de Florida

Solo unas operaciones aisladas de piratería podrían lavar el honor del reino, y la que llevó a cabo Dominique de Gourgues le confirió en Francia una estatura de «héroe nacional», si es que esta expresión tenía algún sentido en el siglo XVI. Este gentilhombre era bastante representativo de los soldados reclutados entre los hijos menores de las familias nobles de Gascoña, que constituyeron hasta el siglo XVII el núcleo de la infantería francesa, siguiendo una pauta similar a la de los *tercios* españoles. Dominique de Gourgues fue el hombre de todas las batallas, en Escocia, en el Piamonte, en Italia. Combatió tanto en tierra como en el mar, y en 1567, momento en que las guerras civiles se detienen transitoriamente en Francia, está disponible para una nueva aventura. Es probable que no fuese calvinista, o al menos nada lo hace suponer, lo que confirmaría que el sentimiento antiespañol en Francia rebasa ampliamente el círculo de los hugonotes. Tampoco es seguro que tuviese como objetivo Florida desde el comienzo de su empresa, a menos que hubiese sabido ocultar sagazmente su juego. Esta se conoce por un relato anónimo, publicado poco después del retorno de la expedición que se aclamó como una acción heroica[50].

Dominique de Gourgues, carente al parecer de medios de fortuna, vende sus bienes y pide dinero a sus amigos para hacer que le construyan y apresten «dos navíos pequeños en forma de jabeques y un patache en forma de fragata levantina, que a falta de viento pudiesen bogar a remo y fuesen propios para entrar en la desembocadura de los grandes ríos». La elección de estos barcos

pequeños y rápidos, de poco calado y por ello capaces de remontar los ríos o de ser arrastrados a la orilla, evoca de inmediato la piratería o la guerra de corso. En agosto de 1567, Gourgues obtiene el permiso de Blaise de Montluc —también gascón y violentamente antihugonote—, teniente general del rey en Guyenne*[51], de partir hacia Benín para «hacerles la guerra a los negros»; es decir, organizar razias para capturar esclavos. Una exhibición que realiza en aquel momento muestra que lleva con él 100 arcabuceros, provistos de arma y morrión, 80 marinos capaces de combatir con ballestas, picas y «toda suerte de armas largas». Por tanto, el que lleva consigo es un comando reducido pero listo para el combate y resuelto. Por lo demás, funciona perfectamente en los alrededores del cap Blanc —en la frontera entre Marruecos y Mauritania— donde debe enfrentarse con unos guerreros indígenas apoyados por los portugueses de la vecina dependencia comercial de Arguim. Por tanto, Gourgues no se dirige directamente hacia Florida, lo que hace pensar que ese no era su propósito inicial, a menos que haya intentado despistar a posibles espías a sueldo de España. Luego sigue el litoral de África hasta Cabo Verde y atraviesa el Atlántico —«el mar del Norte»— para arribar a Dominica. Vagabundea un tiempo por las Antillas Menores y luego por Puerto Rico e Hispaniola, lo que permite al autor de la crónica manchar la reputación de los españoles que detestan a los franceses y exterminan a los indios. Gourgues aprovecha para reparar uno de sus navíos que ha sufrido daños como consecuencia de una tormenta y luego se dirige a Cuba, cuyos habitantes se niegan a darle agua. ¡Faltaría más! La toma por la fuerza. Y es ahí donde Gourgues reúne a sus tripulaciones para desvelar el objeto de su viaje: Florida.

No se sabe a ciencia cierta cuáles fueron las actividades de la escuadra en el África negra ni en las aguas españolas de las Antillas. Probablemente no fueran turísticas, pero la crónica no dice nada de ello. En cambio, los soldados están tan exaltados por la proposición de Gourgues y los marineros, que por lo general son más bien fríos, tan excitados que todos quieren abreviar e internarse por el canal de Bahama, a pesar del peligro que representan los bajíos. Así que remontan el estrecho durante la luna llena y arriban a Florida. Cuando pasan frente al fuerte de San Mateo, construido por los españoles sobre las ruinas de Fort-Caroline, la guarnición les dedica dos salvas de cañón, pues piensan que se trata de compatriotas. Gourgues les responde con dos tiros amistosos, para disimular. La pequeña escuadra sigue la costa con rumbo norte hasta el río Tacatacuru —que los franceses llamaban Sena—, donde les acogen con entusiasmo el cacique Saturiba —el Saturiona de Laudonnière— y sus guerreros.

Gourgues, que desconfía, espera para desembarcar hasta cerciorarse de que no hay espías españoles en las inmediaciones.

Como medida de seguridad todos, indios y franceses, deponen las armas y se ponen a hablar. Saturiona se queja de los españoles que les hostigan continuamente, les roban el maíz, violan a sus mujeres, se llevan a sus jóvenes, matan a los niños, todo ello por culpa de su antigua amistad con los colonos franceses. Saturiona, como prueba de su afecto por Francia, había recogido a un joven francés que andaba perdido por el bosque y lo había educado, ahora lo devuelve a Gourgues, quien se lo agradece. A continuación se procede al intercambio de regalos requerido para sellar la alianza. El joven muchacho, que se llama Pierre Debré y es originario de Le Havre, servirá en lo sucesivo de truchimán entre los franceses y los indios. Gourgues se entera así de que los españoles han construido dos nuevos fuertes, uno en cada orilla del río de Mayo, además del fuerte San Mateo situado más adentro, en el interior. La operación se planea en el secreto más absoluto. El efecto sorpresa es primordial, ya que los españoles son cerca de 400. Para evitar las fugas, Gourgues se lleva a unos indios como rehenes en su barco. Destaca a un pequeño grupo para que explore y localice el lugar y, tres días más tarde, cuando los caciques indios han vuelto con sus guerreros, los pasa en sus barcos a la orilla sur del río y se cita con ellos en la desembocadura del río Halicamani —que los franceses conocen como el Somme—, donde se une a ellos por mar con sus soldados. Captura con rapidez el primer fortín situado en la ribera norte del río de Mayo, que se ha vuelto a bautizar como río de San Mateo. Los españoles que no han muerto en los combates son capturados y pasados a cuchillo inmediatamente. El segundo fortín español, que se encuentra en la orilla meridional del río, reacciona bombardeando a los franceses, que replican con las culebrinas capturadas en el primer fortín, mientras que Gourgues, con 80 arcabuceros, atraviesa el río en barca y va a esconderse en el bosque, quedando al acecho de los españoles. Los refuerzos indígenas atraviesan el río a nado y fuerzan a los españoles a irse del fortín para dirigirse al fuerte San Mateo, situado tierra adentro, pero al verse obligados a pasar por un pequeño bosque caen bajo el fuego de los arcabuceros franceses, que los masacran. Los supervivientes son ahorcados.

El sitio del fuerte San Mateo puede comenzar al día siguiente, el primer domingo después de Pascua de 1568, y se desarrolla hasta el lunes siguiente. Los defensores españoles que piensan encontrarse en inferioridad numérica, a pesar de que poseen una artillería más potente, intentan una salida que termina mal. Atrapados entre dos

fuegos, sus arcabuceros caen bajo las balas de los franceses. En el interior de la fortaleza los defensores son presa del pánico e intentan refugiarse en los bosques cercanos, donde hasta el último es abatido por los indios que estaban allí escondidos. Los bastimentos y las armas encontradas en el fuerte se cargan en los barcos, pero un indio prende fuego inadvertidamente a la santabárbara y hace saltar el fuerte por los aires. Los barcos que transportan la artillería recuperada se envían al río Sena, mientras que Gourgues vuelve por vía terrestre. Cuelga a los prisioneros españoles de los mismos árboles en los que se había colgado a los prisioneros franceses tres años antes. Donde Menéndez había clavado un cartel con la proclamación: «Esto no se lo hago por franceses sino por luteranos», él pone una pancarta con la siguiente declaración: «Esto no se lo hago por españoles ni por marranos*[52] sino por traidores, ladrones y asesinos». Luego deja el campo libre a los indios para que procedan al saqueo. El 3 de mayo los barcos regresan cargados de la artillería, que pertenecía en parte a las expediciones de Ribault y Laudonnière, tras haber prometido a los indios que al año siguiente volverían con espejos, hachas y cuchillos, y otros tantos objetos que tenían en mucho aprecio. Durante la travesía, el patache desaparece con ocho hombres a bordo. Tras arribar a La Rochelle el 6 de junio de 1568, los dos últimos barcos se dirigen hacia Burdeos, donde Blaise de Montluc celebra su triunfo. En cuanto a Dominique de Gourgues, no cumplió la promesa que había hecho a los indios pues nunca volvió al escenario de sus proezas.

La expedición de Dominique de Gourgues fue un éxito en el plano militar y resultó balsámica para el orgullo nacional, pero el control de Florida se escapaba definitivamente de las manos de los franceses. España ocupaba tres puntos importantes de la costa: Punta Santa Elena, al norte, el antiguo Charles-Fort de Laudonnière reconstruido, en el centro el antiguo Fort-Caroline, reconvertido en fuerte San Mateo desde su captura en 1565 y, más al sur, el fuerte de San Agustín (hoy en día Saint Augustine), fundado por Menéndez en el emplazamiento del poblado indígena de Seloy. Durante diez años escasos Menéndez va a esforzarse en aplicar las instrucciones que le ha dado Felipe II: crear puntos de apoyo en la costa para disuadir a los corsarios ingleses y franceses de venir a instalarse para atacar los convoyes encaminados a España y pacificar Florida atrayendo a las poblaciones indígenas a la monarquía católica y, más adelante, evangelizándolas. A ello se añaden los objetivos propios de Menéndez: encontrar un paso acuático que atraviese la península para que los barcos puedan eludir los escollos de los cayos entre Cuba y Veracruz. Menéndez tampoco había renunciado a su sueño más grandioso de

descubrir el paso marítimo entre el Atlántico y el Pacífico, y pensaba emprender expediciones en la región de la bahía de Chesapeake. En su perspectiva más amplia veía Florida como una barrera con el fin de proteger las minas de plata de Zacatecas, que acababan de entrar en explotación y funcionaban a pleno rendimiento, contra las presuntas iniciativas de los enemigos de la monarquía católica, a saber, como siempre, los ingleses y los franceses. Por esta razón emprendió la apertura de una ruta terrestre entre el norte de Florida y el norte del México actual.

La conquista de Florida exigía la multiplicación de los puntos de apoyo en la costa y la sumisión de los indios. En total, Menéndez fundó siete fuertes en las costas de Florida: los que se han mencionado de San Agustín, San Mateo y Santa Elena, el de Carlos en la bahía de Charlotte Harbor y Tocobaga en la orilla norte de la bahía de Tampa, Tequesta (en la actualidad Miami) y Ays, en la costa oriental. Los cuatro últimos solo tuvieron una vida efímera y fueron destruidos rápidamente por las insurrecciones indias. En cuanto al proyecto de fundar siete casas fuertes al norte de San Mateo, dotadas de una pequeña guarnición y de ganado guardado por perros de guerra para mantener a los indios a distancia, ni siquiera llegó a iniciarse. Los tres principales fuertes de la costa oriental tuvieron una vida muy agitada, marcada por los motines, las deserciones masivas de los soldados españoles y los ataques de los guerreros indígenas. Durante el invierno, una centena de colonos murieron de hambre en San Agustín, que además fue quemada por los indios algo más tarde. El fuerte de San Mateo fue asediado por los indios de Saturiba que en 1568 ayudaron a Dominique de Gourgues a exterminar a la guarnición. El fuerte de Santa Elena se desplazó en dos ocasiones para protegerlo de los ataques indios.

Como Menéndez estaba encargado de garantizar la seguridad de los convoyes que transportaban la plata de Nueva España a Cádiz, en el viaje de vuelta transportaba centenares de soldados, e incluso más, que repartía entre todas las guarniciones de Florida y Cuba —de la que era gobernador— para colmar los huecos que iban creando las deserciones. También favorecía la entrada en Florida de parejas de agricultores que instalaba en las guarniciones que había fundado, para que esas pequeñas comunidades pudiesen vivir en autarquía sin que su abastecimiento dependiese de los indios, que consideraban su presencia insoportable y se vengaban saqueando los rebaños, destruyendo las cosechas y tendiendo emboscadas a las patrullas. Como la supervivencia resultaba difícil, sobre todo en invierno cuando los indios se retiraban a los bosques y ya no era posible comerciar con

ellos, soldados y civiles se escapaban en cuanto tenían la posibilidad y buscaban refugio en Cuba o en Santo Domingo antes de irse a Perú o a Nueva España, que era en realidad la verdadera finalidad de su expatriación.

Menéndez y los cacicazgos indios

Menéndez y Laudonnière habían recibido acerca de las poblaciones indígenas las mismas recomendaciones de sus gobiernos respectivos; evitar los enfrentamientos y favorecer las alianzas con los cacicazgos y de estos entre sí. Los protagonistas europeos conocían perfectamente la situación de gran inestabilidad política de la región y las continuas luchas entre los cacicazgos. Ni Francia ni España tenían medios financieros y militares suficientes para implicarse en largos conflictos coloniales que no estaban seguras de ganar. Fue con arreglo a esta pauta como Menéndez emprendió negociaciones con las principales potencias indígenas. En 1566 completó una larga gira por Florida con una escuadra de siete barcos. Tras partir de La Habana, localizó el paso por agua profunda al oeste de Florida entre el archipiélago de las Tortugas y el de los Cayos. A partir de entonces los barcos españoles podrían ir y volver a Veracruz corriendo menos riesgos de estrellarse en los arrecifes. Se dirigió hacia la bahía de Charlotte Harbor con la esperanza de rescatar allí a los supervivientes de varios naufragios que se habían producido en aquella parte de la costa. Allí se encontró con el cacique Carlos que le entregó a una docena de supervivientes sobre un total de varias centenas de náufragos que él y su padre habían capturado y sacrificado en gran parte. A pesar de ello la entrevista, que había empezado en un ambiente bastante tenso, terminó con un tono más sereno, y el gran jefe de la tribu calusa, cuya autoridad abarcaba todo el sudoeste de la península, ofreció su hermana a Menéndez para que se casase con ella. Como era el día de San Antonio, el puerto de Charlotte Harbor fue llamado San Antón y la joven princesa fue pronto bautizada con el nombre de Antonia.

Al mes siguiente, la escuadra partió hacia San Agustín y Menéndez se enteró allí de la existencia de una guerra entre la tribu de Guale y la de Otina, en cuyo territorio se había construido el Fuerte Santa Elena. Cuando se dirigía al norte, se entrevistó con el viejo cacique Guale, que le dio cuenta de su reciente guerra con Otina y le enseñó a dos prisioneros que se proponía sacrificar para propiciar unas lluvias que se demoraban aquel año. Menéndez prometió solucionar el problema y restablecer la paz con Otina. Consiguió que Guale le entregara los dos cautivos y se los devolvió a Otina. Este envió una

delegación a Guale para formalizar la paz entre las dos tribus. Alrededor de San Mateo la situación era diferente. El cacicazgo de Saturiba/Saturiona, de la nación Timucua, era hostil a los españoles y había establecido vínculos de amistad con los franceses de Laudonnière durante el tiempo en que permanecieron en Fort-Caroline. Los asaltos a la fortaleza de San Mateo eran incesantes y, a pesar de sus esfuerzos, Menéndez nunca consiguió establecer contactos con el poderoso jefe que controlaba una parte de la franja costera. Peor aún, cuando emprendió una expedición para remontar el curso del río Saint Johns con el fin de descubrir un paso posible hacia las tierras del cacique Carlos, se encontró con la hostilidad del cacique Macoya, un vasallo de Saturiba, y tuvo que dar media vuelta. Por último, en marzo de 1567, Menéndez retornó a Charlotte Harbor con su princesa Antonia para instalar al padre jesuita Juan Rogel en una iglesia construida rápidamente al estilo local, de madera y con techo de palmas. Carlos estuvo encantado de volverlo a ver y le propuso una expedición común contra el cacique Tocobaga cuyos territorios estaban situados más al norte en la bahía de Tampa. Menéndez se negó y declaró que él quería persuadirlos de que hicieran las paces, lo que suscitó el furor de Carlos. Así que se llevó al cacique calusa al territorio de su enemigo y le forzó a negociar la paz. Ambos caciques aceptaron la reconciliación, Tocobaga al parecer convencido y Carlos a su pesar. Aquella política indígena no desembocó en nada tangible. Algún tiempo más tarde los españoles mataron a Carlos, que se había vuelto cada vez más violento e incontrolable, tras haberse visto forzado a hacer la paz, mientras los guerreros de Tocobaga pasaban a cuchillo a la reducida guarnición española que se había quedado sobre el terreno.

Los intentos de evangelización no tuvieron más éxito entre la población indígena, que se reveló resueltamente indómita e inasequible a toda sumisión militar o religiosa. El dominico Luis de Cáncer ya lo había pagado con su vida en 1549, en la bahía de Tampa. Aquel misionero curtido, discípulo de Bartolomé de las Casas, había venido a Florida con intenciones pacíficas. Los indios lo mataron poco tiempo después de su desembarco. Pero los jesuitas, más numerosos y mejor organizados, que habían venido con Menéndez no corrieron mejor suerte. Las misiones de evangelización de los indios en los enclaves españoles fueron desapareciendo unas tras otras ante la resistencia indígena. Los religiosos, con frecuencia decepcionados, preferían regresar a Cuba, desde donde solicitaban ser enviados a tierras más hospitalarias. Solo persistió el padre Juan Bautista de Segura. En agosto de 1570 partió de Santa Elena hacia el norte, en

dirección a la bahía de Chesapeake, con siete compañeros y algunos servidores. Nadie volvió a oír hablar de ellos. Al año siguiente Menéndez organizó una expedición para encontrarlos. Capturó a ocho indios que le dijeron que se había masacrado la misión jesuita pero no encontró los cuerpos. Solo se encontró a un mozo, hijo de un campesino instalado en Santa Elena, que se había sumado a la misión como criado y que fue repatriado. En cuanto a los indios, fueron colgados por su participación en la muerte de los misioneros. Los jesuitas abandonaron la partida y dejaron el lugar a los franciscanos que solo obtuvieron modestos éxitos.

Cuando Menéndez muere en 1574, en la vasta Florida que abarca desde la bahía de Chesapeake, al este, al Misisipi, al oeste y a la península de Florida propiamente dicha, al sur, el balance de los españoles es muy exiguo. Es cierto que jurídicamente la región pertenece a la monarquía católica, pero las escasas guarniciones instaladas en la costa llevan una vida precaria. Esos «presidios» parecen lugares de relegación para soldados, administradores y misioneros poco motivados, porque allí la vida es dura en medio de una tierra ingrata y de una población indígena básicamente hostil. San Agustín controla el estrecho de Bahama y, en teoría, se encarga de proteger a su paso los convoyes cargados de plata procedente de las minas mexicanas. Pero la propia ciudad no está exenta de golpes de mano. Cuando en 1571 Menéndez parte de San Agustín en dirección a La Habana, es perseguido por corsarios franceses. Para escapar, Menéndez debe arrojar su barco a la costa y volver a toda prisa para protegerse a San Agustín, que tiene que resistir el bombardeo de una escuadra de corsarios ingleses. En 1586 la ciudad fue saqueada por el corsario de Isabel I Francis Drake. En cuanto a la ruta estratégica entre Santa Elena y Zacatecas, evidentemente nunca llegó a existir. Con todo, ese sueño un poco loco tuvo un amago de realización. Menéndez envió entre diciembre de 1566 y marzo de 1568 dos expediciones al mando de Juan Pardo, uno de sus capitanes, a recorrer las Carolinas del sur y del norte, hasta Tennessee, a menudo en territorios que De Soto había recorrido un cuarto de siglo antes. La crónica de esas *entradas* constituye uno de los testimonios más interesantes sobre aquellas sociedades indias profundamente perturbadas por el contacto con los europeos[53].

Las entradas de Juan Pardo

Tras haber expulsado a los franceses de Fort-Caroline, Menéndez emprende la realización de su plan estratégico, cuyo punto más

importante es la apertura de la famosa ruta terrestre entre Florida y Zacatecas. En agosto de 1566 hace una inspección de Santa Elena, que acaba de sufrir una insurrección debida a la insubordinación de las tropas y a las dificultades de abastecimiento. Cuando llega, el motín ha sido reducido por sus lugartenientes Esteban de Alas y Juan Pardo. Menéndez declara Santa Elena capital de su nuevo Estado, Alas permanecerá allí como lugarteniente y encarga a Juan Pardo una misión de exploración del interior del país cuya finalidad será abrir una ruta hacia Zacatecas. Pardo, con una compañía de 125 hombres, va a reproducir una parte del viaje realizado por De Soto, sometiendo a los indios a las reglas del *requerimiento,* percibiendo el tributo para abastecer a sus soldados, evangelizando a los indios y poniéndolos bajo la autoridad de la Corona. Parte el 1 de diciembre de 1566 para una incursión de tres meses.

Al dirigirse hacia el norte entra en el gran cacicazgo de Cofitachequi y sus cacicazgos vasallos, luego atraviesa una región deshabitada y llega al cacicazgo de Joara, al pie de las Blue Ridge Mountains, en la actual Carolina del Norte (hoy Marion). Por todos los lugares donde pasa hace leer el requerimiento, pide a los indios que construyan casas para recibir a los españoles con ocasión de sus visitas y exige que vendan su maíz solo a ellos. Toda la región asombra a Pardo por su feracidad. Permanece con su contingente una quincena de días en Joara —la Xuala de De Soto—, que él vuelve a bautizar como Cuenca, en honor a su ciudad natal, y en estos días sus hombres se dedican a la evangelización de los habitantes. Hace construir un fortín, el fuerte San Juan, en el que instala una guarnición de 30 hombres con pólvora, mechas y balas, al mando del sargento Hernando Moyano de Morales. Pardo emprende el regreso dando un rodeo por el noreste, se detiene durante quince días en el cacicazgo de Guatari (Salisbury, Carolina del Norte), donde se dirige a una asamblea de una treintena de caciques de pueblos que han venido a escucharle. Cuando Esteban de Alas le llama urgentemente porque teme un ataque de los franceses contra Santa Elena, abandona la ciudad dejando en ella a su capellán Sebastiano Montera y cuatro soldados, con el encargo de evangelizar a la población india, y regresa a Santa Elena pasando por el cacicazgo de Aracuchi (Van Wyck, Carolina del Sur), donde se dirige de nuevo a los numerosos caciques que han venido a escucharle. Llega a Santa Elena el 7 de marzo de 1567.

El sargento Hernando Moyano se queda durante nueve meses en Joara. Se comunica con Santa Elena con mensajeros. Se interesa por la prospección minera y envía soldados en busca de filones, pero sobre

todo interviene en las rivalidades entre los cacicazgos indios de la región. Joara está en guerra contra un cacicazgo situado más al norte, en la vertiente opuesta de las Blue Ridge Mountains, la capital de la tribu de Chisca —Embreeville, Tennessee—, a la que también habían llegado en misión de reconocimiento dos soldados de De Soto en 1540. Moyano recibe autorización de sus superiores de Santa Elena para tomar consigo una veintena de soldados con la misión de supervisar el ejército indígena y proceder a atacar la ciudad enemiga que está bien defendida por una empalizada. Gracias a un gran escudo de madera que los protege de las flechas lanzadas por los defensores, sus soldados consiguen forzar la puerta del reducto y apoderarse de él. Prenden entonces fuego a la ciudad y pasan a cuchillo a sus habitantes. En lugar de volver a Joara, Moyano lleva a sus soldados hacia el sudoeste, hacia la ciudad de Chiaha a orillas del French Broad River, en el Tennessee actual, un lugar que también habían conocido las tropas de De Soto que habían descansado allí. Temerosa de un ataque, la población se refugia detrás de la valla de madera, pero al final Moyano y sus hombres son bien acogidos y reciben la autorización para construir un fuerte en el que esperan a Juan Pardo.

Y es que en mayo de ese mismo año de 1567 Menéndez está de regreso en Santa Elena. Pone a Juan Pardo a la cabeza de un destacamento de 120 arcabuceros y ballesteros cuya misión es encontrar la ruta más directa a Zacatecas. Le incita a establecer buenas relaciones con los caciques, a preguntarles si quieren convertirse en súbditos del rey de España y si desean que un monje les instruya en el cristianismo. Le acompaña el intérprete francés Guillaume Rufin y un notario, Juan de la Bandera, encargado de redactar el informe sobre la expedición. En cuanto Pardo y su tropa llegaran al primer pueblo cristiano cerca de Zacatecas, el comandante tenía la orden de enviar a Juan de la Bandera ante el virrey de Nueva España y la Audiencia de Nueva Galicia para informarles de que la ruta estratégica entre el Atlántico y Zacatecas por fin estaba abierta. El virrey debía entonces designar a un fraile para que acompañase a la expedición en la ruta de regreso hacia Santa Elena y al que deberían dejar en el lugar que él mismo escogiese para fundar una misión con objeto de evangelizar a los indios. Por tanto, en 1567 los españoles todavía no tienen una idea muy precisa de la distancia que separa Florida de Nueva España. Pero ese es el plan que deben seguir Pardo y los suyos cuando parten de Santa Elena el 1 de septiembre de 1567. Retoman más o menos el camino seguido por la expedición precedente: Cofitachequi, Guatari, Joara, aunque resulta que el objetivo real es el gran cacicazgo de Coosa. Moyano, instalado en su

posición de vanguardia de Olamico, la capital del cacicazgo de Chiaha, se encuentra en una situación difícil en medio de unas poblaciones que se han vuelto hostiles. Hay que enviar un destacamento desde el fuerte San Mateo para prestarle ayuda. Juan Pardo puede descansar durante unos días en Olamico, luego se lleva a su tropa hacia el sur por el valle del Tennessee, en dirección a Coosa, que según él está muy cerca de las minas de San Martín de Zacatecas. En todos los lugares por los que pasan, los españoles encuentran un campo maravillosamente fértil y lo comparan con el de Andalucía.

El 15 de octubre el ejército atraviesa la ciudad de Chalahume (Chilhowee), que Bandera compara con Córdoba, y el 16 acampa cerca del poblado indio de Satapo, en la orilla del Little Tennessee. Por la noche, un indio entra en la tienda de Guillaume Rufin para referirle que hay un complot urdido por los cacicazgos de la región. En efecto, el cacique de Coosa quiere vengarse de los españoles por los ataques que perpetraron contra sus antepasados las tropas de De Soto veinticinco años antes. Ante la hostilidad de los indígenas, Pardo y sus capitanes deciden que es mejor volver a Santa Elena. En Olamico los españoles restauran el fuerte San Pedro y en Cauchi construyen el fuerte San Pablo, donde dejan un pequeño destacamento. Llegan a Joara el 6 de noviembre completamente extenuados. Permanecen allí durante cierto tiempo para reponerse y luego reanudan su marcha hacia Santa Elena. A principios de enero de 1568 se encuentran en Guatari, donde piden a las dos caciques del poblado —se trata de mujeres— que les ayuden a construir el fuerte Santiago. La ciudad queda rebautizada como Salamanca. En Cofitachequi, a la que se da para la ocasión el nuevo nombre de Toledo, Pardo manda construir el fuerte de Santo Tomás y desde allí emprende camino hacia el sur para llegar a Santa Elena. En la zona interior contigua a la fortificación española, en el territorio de la tribu orista, a pesar de que el cacique haya reconocido su condición de vasallo y aceptado que se construya el fuerte de Nuestra Señora en su ciudad rebautizada como Buena Esperanza, los habitantes del poblado de Ahoya se alzan en armas. El poblado es quemado como represalia. Los habitantes han huido y el cacique ha sido encarcelado en Santa Elena. Se le conmina a pedir el regreso de los suyos y a reconstruir su pueblo so pena de ser acusado de traición. El 2 de marzo Juan Pardo entra en Santa Elena en canoa.

En apariencia, esta parte del plan estratégico de Menéndez se realizó, al menos en parte. Los soldados de Juan Pardo han consolidado el camino hasta Coosa mediante una serie de fuertes en los que se acuartelan contingentes que han sido bien aceptados por las poblaciones locales. Solo falta forzar el candado de Coosa, pero el

camino está expedito y, según las informaciones de que dispone el adelantado, Zacatecas no está demasiado lejos. Sin embargo, Menéndez evidentemente se equivoca en lo relativo a la distancia que media entre Tennessee y Nueva España. También se equivoca en cuanto a la lealtad de los cacicazgos indios de la región. En unas semanas, las guarniciones serán masacradas una tras otra y los fuertes destruidos sistemáticamente. Solo se salvará un soldado español, tras ser indultado deliberadamente por los indígenas para que vaya a anunciar a las autoridades españolas de Santa Elena la suerte que les espera si acaso tuvieran la idea de volver a organizar una expedición de esa índole. Por tanto, el fracaso es total. Los indios de Florida siguen insumisos.

---

41. Véase Serge Gruzinski, *Les Quatre Parties du monde…, op. cit.,* cap. 5, pp. 103-128.

42. Acerca del fracaso de Lucas Vázquez de Ayllón, hijo, véase Eugene Lyon, *The Enterprise of Florida, op. cit.,* pp. 34-36. Sobre la política de Velasco, cf. *ibid.,* p. 22.

43. La mejor biografía de Pedro Menéndez es la de Eugene Lyon. La precedió la de Albert Manucy, *Florida's Menendez, Captain General of the Ocean Sea,* St. Augustine (Florida), The St. Augustine Historical Society, 1965, mucho más superficial y en la actualidad desfasada.

44. Jean Boutier, Alain Dewerpe y Daniel Nordman, *Un tour de France royal. Le voyage de Charles IX (1564-1566)*, París, Aubier, 1984. La entrevista de Bayona tiene lugar del 15 de junio al 2 de julio de 1565.

45. Este dictamen del Consejo de Indias data del 5 de mayo de 1565. «Se dice que el secretario Gonzalo Pérez presentó al presidente del Consejo algunos renglones del rey, en los que decía que podría ser que en este viaje se cuestionasen de nuevo los derechos del rey sobre la Florida, donde los franceses acaban de entrar y de construir un fuerte. El Consejo opina que el derecho de Su Majestad es bien evidente; que se deriva de la donación de Alejandro VI y de la toma de posesión de dicha provincia por Ángel de Villafañe, que tuvo lugar en los mismos parajes y en el puerto que los franceses ocupan hoy; y que por lo demás Guido de Las Bazares cumplió con la misma formalidad en 1558. Otras posesiones se tomaron anteriormente mas de esas no se encontró constancia», Henri Ternaux-Compans, *Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique, op. cit.,* p. 155.

46. * Una empresa mixta o conjunta de capital-riesgo. *(N. del T.)*

47. *Asiento y capitulación* de Pedro Menéndez de Avilés, AGI, *Patronato*, 19, R.15. Eugene Lyon considera, pues, una *joint-venture,* que es una filial común de dos empresas. La expresión es adecuada pero el sistema no es nuevo. Si Eugene Lyon piensa en una colaboración entre finanzas públicas y finanzas privadas, ese fue siempre el caso, desde el primer viaje de Cristóbal Colón. No obstante, es cierto que con el tiempo la parte del Estado de Castilla en la financiación de esas expediciones tendió a disminuir.

48. Eugene Lyon, *The Enterprise of Florida. Pedro Menéndez de Avilés and the Spanish Conquest of 1565-1568*, Gainesville, University Press of Florida, 1974, pp. 67-69.

49. Los acontecimientos que se describen aquí se basan en las memorias de René Goulaine de Laudonnière, *L'histoire notable de la Floride…, op. cit.,* pp. 197-205, en Francisco López de Mendoza *(Memoria del buen suceso y buen viaje del que fue general el ilustre señor Pero Menéndez de Abilés)* y en Nicolas Le Challeux *(Histoire mémorable du dernier voyage aux Indes, lieu appelé la Floride),* así como en Henri Ternaux-Compans, *Voyages, relations et mémoires originaux…*

Recueil de pieces sur la Floride, París, Arthus-Bertrand, 1841, pp. 205-232 y 249-300, respectivamente.

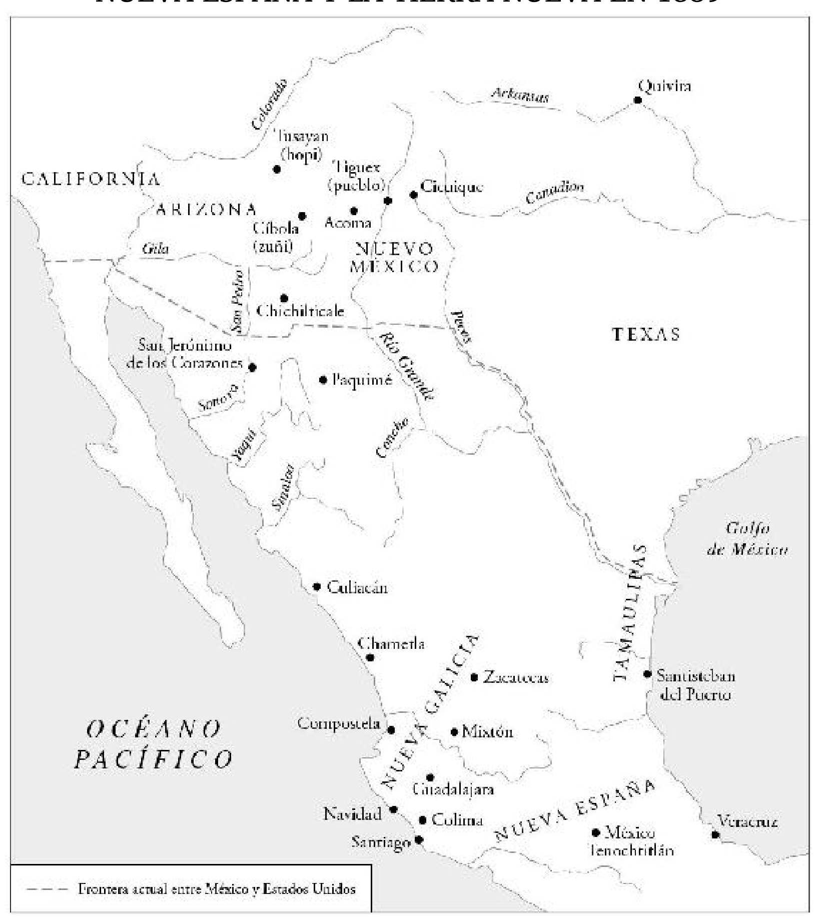
50. Memoria anónima titulada *La Reprise de la Floride par le capitaine Gourgues, ibid.,* pp. 301-366.

51. Guyenne es la denominación de una antigua provincia francesa que correspondía más o menos a la archidiócesis de Burdeos. *(N. del T.)*

52. El término «marrane» utilizado por Gourgues es la traducción del español «marrano» y tiene el mismo significado: «Judío o descendiente de judío de España o Portugal convertido al cristianismo pero que ha permanecido fiel a las creencias y prácticas judías ancestrales». *(N. del T.)*

53. Charles Hudson, *The Juan Pardo Expeditions. Explorations of the Carolinas and Tennessee, 1566-1568,* Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2005.

NUEVA ESPAÑA Y LA TIERRA NUEVA EN 1539



6

LAS EXPEDICIONES A LA TIERRA NUEVA

La conquista proseguía en el continente al mismo tiempo que algunos conquistadores se precipitaban desde las Antillas al asalto de las Floridas con la esperanza, para unos, de encontrar allí tierras tan ricas como las de los imperios azteca o inca, y para otros de descubrir el secreto del paso del Noroeste, que comunicaría el Atlántico con el Pacífico. Aquí también se trataba de encontrar nuevas tierras en las que hubieran podido desarrollarse civilizaciones tan ricas como las de los altiplanos. Pero ese empuje hacia el norte se basaba también en la convicción de que los territorios del norte daban acceso a India y a China, de las que se pensaba que podrían estar unidas a Nueva España como lo estaba Perú. Hernán Cortés buscaba ese enlace por la vía marítima, pero otros lo hacían por la vía terrestre. El avance español hacia el norte se realizó a marchas forzadas, como un impulso que no se había podido dominar. El Pánuco, en el noroeste del México actual, se somete entre 1526 y 1530, el reino tarasco de Michoacán sufre la misma suerte en 1529 y, más al norte, el reino de Nueva Galicia se funda en 1531. Todo ello menos de diez años después de la caída de Tenochtitlán. Estas conquistas se realizan en un contexto muy particular, el de la recuperación del control por parte de la Corona de una colonia que parecía escapar a él y el de un conflicto abierto entre los partidarios y los adversarios de Cortés. Prolongando su impulso, los españoles llegan al valle del Colorado en 1540, solo diecinueve años después de la caída de México. Ese es el momento en que se dan cuenta de una realidad que se les había escapado hasta entonces. Esa Tierra Nueva tiene poco valor a sus ojos y representa una frontera allende la cual todo avance es inútil. Este era el diagnóstico al que llegaban, aproximadamente en el mismo momento, los conquistadores de las Floridas.

Nueva Galicia, base de partida para el extremo norte

Al perderse en las selvas de Nicaragua, Hernán Cortés no había reparado en que dejaba el lugar a sus rivales en Nueva España. Así ocurrió que en 1525 el Consejo de Indias nombró gobernador de la provincia del Pánuco por conquistar a Nuño Beltrán de Guzmán, quien

tomó posesión de su cargo el año siguiente. Cortés se había dedicado a consolidar sus posesiones en el litoral del golfo y a rechazar las tentativas de Francisco de Garay para instalarse allí, pero esta vez no se había enterado de lo que se preparaba o, en cualquier caso, no había podido evitarlo. En aquella región pobre de la Huasteca donde las poblaciones indias en gran medida eran nómadas o estaban sedentarizadas en aldeas dispersas, Nuño de Guzmán estableció un amplio sistema mafioso de tráfico de esclavos que asentó su justificada reputación de hombre cruel. No obstante, el individuo en cuestión, oriundo de Guadalajara en España, pertenecía a una familia que había tomado partido por la monarquía en la revuelta de los comuneros que había cuestionado el poder del emperador en Castilla durante el período de 1520-1521. Nuño de Guzmán se beneficiaba, pues, del apoyo indefectible de Carlos V. Sin embargo las protestas contra sus actuaciones en el Pánuco se multiplicaban hasta el punto de que en 1529 el Consejo de Indias dispuso que fuese objeto de una investigación.

A pesar de ello, cuando en 1528 el Consejo de Indias creó en México una Audiencia para excluir a Nueva España del gobierno militar que Cortés le imponía, recurrió a Nuño de Guzmán para que la presidiese. Este aprovechó la ausencia de su adversario, que estaba a la sazón en España donde recibió el título de marqués del Valle, para atacar a los amigos más cercanos de Cortés, Gonzalo de Salazar y Pedro de Alvarado, y para destruir los puertos y arsenales que Cortés había establecido en la costa del Pacífico. En 1529, al tener noticia del regreso inminente de su enemigo con la aureola que le conferían sus nuevos títulos, Nuño de Guzmán temía que le fulminase su venganza. Se hizo remplazar en la presidencia de la Audiencia y consiguió que le concediesen el título de gobernador de una provincia por conquistar al norte de Michoacán y, como privilegio extraordinario, que esta dependiese directamente de la Corona de Castilla y no de Nueva España. En diciembre de 1529 partía de México a la cabeza de unos centenares de soldados españoles y unos miles de guerreros indígenas originarios del valle de México.

La tropa partió hacia el oeste y atravesó Michoacán. Aquel reino tarasco durante los años anteriores a la conquista había entrado en conflicto con la Triple Alianza, había pasado a estar bajo protectorado español, conservando además una autonomía amplia. Había mantenido a su rey —el *cazonci*— que residía en su capital de Tzintzuntzan. Por lo demás, la lengua oficial era el tarasco (o purépecha), pero el náhuatl se empleaba corrientemente. En el plano cultural, poca cosa diferenciaba a los tarascos de los mexicas. Cuando

llegó a Tzintzuntzan, Guzmán fue acogido muy cordialmente por el *cazonci* Tangaxuan II, que le ofreció valiosos regalos y dio cuartel y manutención a sus soldados. Sin embargo, las relaciones entre los dos hombres no tardaron en deteriorarse cuando Guzmán pidió a Tangaxuan que le entregase su tesoro. Ante su negativa, Guzmán le sometió a torturas abominables antes de quemarlo vivo. Luego marchó hacia el norte, siguiendo la ruta costera, el camino por donde hoy discurre la Panamericana, no sin perpetrar a su paso numerosas matanzas. También fundó varias ciudades: Compostela cerca de Tepic, Guadalajara y Culiacán, más al norte, en Sinaloa. En 1531 conseguía la confirmación de la creación del reino de Nueva Galicia, segregado de Nueva España y con Compostela por capital.

Pero para Nuño de Guzmán el viento había cambiado. Es cierto que los indios con los que había de vérselas no eran precisamente mansos. Las autoridades de la Triple Alianza y del reino tarasco consideraban bárbaros todos los territorios al norte del valle de México y de Michoacán, incluso antes de la Conquista. Los indios del valle central les daban el nombre despreciativo de «chichimecas», con lo que les asimilaban a perros, a pesar de que muchos de ellos fueran descendientes de las poblaciones del norte. En cualquier caso, aquellos pueblos, preferentemente sedentarios en la Sierra Madre Occidental y más bien nómadas en las estepas semidesérticas del norte, tenían la reputación de ser particularmente indómitos y belicosos. Defendían su territorio con valentía y determinación y atacaban los asentamientos españoles para saquearlos. Los españoles les afrontaron durante una cuarentena de años, durante la segunda mitad del siglo, en lo que se conoce como la «guerra chichimeca», pero algunas poblaciones de la Sierra Madre Occidental, como los tepehuanes y los tarahumaras, no se sometieron a la autoridad española hasta el siglo XVII[1]. Guzmán también debía responder a las exigencias de sus tropas indígenas, principalmente mexicas o tarascos, que veían en esta expedición una ocasión de saldar cuentas con unas poblaciones que durante tanto tiempo les habían opuesto resistencia antes de la llegada de los europeos. Con todo, la crueldad gratuita de Guzmán empezaba a suscitar antagonismos en México, tanto más cuanto que, una vez instalado en el lugar había retomado su actividad favorita: la trata de esclavos. En 1536, los primeros europeos con que se encontró Cabeza de Vaca en la región de Culiacán eran cazadores de indios, a sueldo de Guzmán, que miraban con concupiscencia la tropa de indígenas que le acompañaba, pensando ya en el precio que podían obtener por ellos. La oposición a Guzmán se agrupaba en torno del nuevo obispo de México, Juan de Zumárraga, y del futuro obispo de Michoacán, Vasco

de Quiroga. Ambos estaban hondamente influenciados por el pensamiento de Erasmo y por la *Utopía* de Tomás Moro, no soportaban el trato que Guzmán infligía a las poblaciones indias y reclamaban que la justicia procediese contra él por los asesinatos que había cometido.

A partir de 1533 el reino tarasco, que hasta entonces había tenido un estatus bastante difuso de protectorado, quedó anexionado al reino de Nueva España. Pero el verdadero punto de inflexión institucional se produce en 1535 con el nombramiento de Antonio de Mendoza como primer virrey de Nueva España. Este hombre, que formaba parte de una gran casa nobiliaria de Andalucía y que había pasado sus años de infancia en Granada, es decir, en una ciudad todavía mayoritariamente mora, había adoptado también las ideas humanistas. Carlos V le había encargado la misión de pacificar el país, disciplinar a los conquistadores y proteger a los indios que, cabe recordarlo, eran súbditos de pleno derecho del rey de España. En 1533, Guzmán había sido relevado de su puesto de gobernador del Pánuco y el año siguiente del de gobernador de Nueva Galicia por la segunda Audiencia de México de la que formaba parte precisamente Vasco de Quiroga como auditor, ya que todavía no había revestido el hábito eclesiástico. En 1537 fue acusado de traición y enviado a España el año siguiente para ser sometido a juicio. Antonio de Mendoza tampoco apreciaba a Cortés, al que, a la vista del prestigio que el conquistador aún tenía en Nueva España, consideraba un adversario potencial, una especie de estatua del comendador que todavía tenía numerosos partidarios en México. Carlos V le había dado la orden de tratarle con deferencia y Mendoza nunca se enfrentó con él directamente, pero tuvo buen cuidado de apartarlo de las expediciones hacia el norte confinándole en el papel de descubridor del Pacífico que la Corona le había concedido[2].

La misión de fray Marcos de Niza

La ciudad de San Miguel de Culiacán —hoy Culiacán, en Sinaloa— se convirtió por un momento en la base de partida y de repliegue de las expediciones hacia el norte. Cabeza de Vaca pone de relieve el aislamiento de aquel puesto avanzado, ya que los cuatro supervivientes de la expedición de Pánfilo de Narváez tuvieron que permanecer allí largo tiempo, porque el camino hacia el sur que llevaba a Compostela, capital por aquel entonces de Nueva Galicia, no era seguro debido a los continuos ataques indios. Así que emprendieron el camino escoltados por una veintena de jinetes y en compañía de seis tratantes de esclavos que transportaban 500 cautivos

indios. De Compostela fueron a México, donde les recibió Antonio de Mendoza, recién nombrado virrey, así como el inevitable Hernán Cortés, todavía envuelto en el aura de sus pasadas glorias. Mendoza comprendió el beneficio que podía extraer de aquellos cuatro hombres que regresaban del infierno. En realidad, quería organizar una expedición hacia la Tierra Nueva del norte y necesitaba hacer uso de la experiencia de los supervivientes. Hernán Cortés también habló con ellos, lo que denotaba el interés que tenía por los asuntos del norte. Pero fue Mendoza quien se mostró más tozudo al ofrecer hospitalidad durante varios meses a Cabeza de Vaca y a Andrés Dorantes y proponerles que guiasen la expedición al norte. El tercer hombre, Alonso del Castillo Maldonado, rechazó todas las ofertas del virrey. Él quería simplemente volver a la vida civil y no volver a oír hablar de Florida. En el otoño de 1536, Cabeza de Vaca y Dorantes se despidieron del virrey para regresar a España. Cabeza de Vaca tenía la intención de solicitar al Consejo de Indias capitulaciones para encabezar él mismo una expedición de colonización de Florida. En cuanto a Dorantes, estuvo a punto de dejarse seducir por las ofertas del virrey pero terminó renunciando. Se contentó con dejar a disposición de Mendoza a su esclavo Estebanico para que le pudiese servir de guía llegado el caso. Sin embargo cuando llegaron a Veracruz, el barco en que debían embarcar había sufrido graves averías y era el comienzo de la estación de los huracanes. El capitán juzgó que era más prudente renunciar a la travesía. En consecuencia, Mendoza mandó traer a Cabeza de Vaca y a Dorantes a México para intentar convencerlos por última vez de que se pusieran a su servicio[3]. Pero fue inútil, y nuestros dos hombres tomaron de nuevo el camino a España, vía Santo Domingo, en la primavera de 1537. Aquel contratiempo tuvo consecuencias desagradables para Cabeza de Vaca, pues cuando se presentó a solicitar sus capitulaciones para Florida era demasiado tarde y el Consejo acababa de dárselas a Hernando de Soto.

De los veteranos de la expedición de Narváez solo quedaba el esclavo liberado Estebanico. Por razones de estatus social a Mendoza no le era posible ponerle a la cabeza de una expedición. En 1538 el ambiente había cambiado tanto en Madrid como en México. Ya no se trataba de organizar operaciones de conquista a la manera antigua. Ahora había que tratar lo mejor posible a las poblaciones indígenas. Mendoza recurrió al provincial de los franciscanos, que le propuso a fray Marcos de Niza, un hombre experimentado. Era de origen piamontés, había sido un allegado de Pedro de Alvarado, en el paso de este por Perú en 1534, y allí se había pronunciado contra las brutalidades cometidas por los conquistadores contra la población

local. Su testimonio había de figurar en lugar destacado en el informe incendiario en que se basó el renombre de Bartolomé de las Casas, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, publicado en 1552. En México fray Marcos era conocido por ser un allegado de Juan de Zumárraga, el obispo humanista y erasmiano de la ciudad. Así fue como se le confió un simple reconocimiento de los territorios del norte que los cuatro supervivientes habían atravesado. Iba acompañado por Estebanico, que le sirvió de guía, y bajo la protección de Francisco Vázquez de Coronado, el nuevo gobernador de Nueva Galicia, perteneciente al círculo de Mendoza[4].

Fray Marcos parte de San Miguel de Culiacán el 7 de marzo de 1539, acompañado de un hermano lego llamado Onorato, de Esteban Dorantes (Estebanico)[5]y de un número indeterminado de indios, cautivos que Vázquez Coronado ha liberado para la ocasión con el propósito de dar a las poblaciones indias una imagen mejor de los españoles. Parecería que los religiosos solo hubieran depositado una confianza muy limitada en Estebanico, cuyo temperamento demasiado expansivo no les gustaba «porque llevaba las mujeres que le daban y adquiría turquesas y hacía balumen de todo», según el cronista Pedro de Castañeda[6]. El itinerario seguido por la pequeña tropa no está demasiado claro. Aparentemente Marcos sigue la ruta de la costa antes de girar hacia el nordeste, remontando el río Yaqui o el río Sonora. Se ve obligado a abandonar al hermano Onorato, que está demasiado enfermo para poder seguir. Marcos envía a Estebanico como explorador —«y aun los indios de aquellos poblados por donde iban entendíasen mejor con el negro, como ya otra vez lo habían visto»— acompañado de algunos indios, sobre todo mujeres, y le encarga avisarle en caso de que obtuviera informaciones interesantes sobre la provincia[7]. Había de comunicárselas enviándole indios que traerían como señal una cruz más o menos grande, según la calidad de las informaciones recogidas. Entonces la historia empieza a embalarse. Estebanico da la impresión de estar repitiendo el recorrido mesiánico, que ya había hecho con Cabeza de Vaca y sus compañeros de infortunio, al final de su viaje de regreso por Nuevo México y Arizona. Se va adentrando cada vez más rápidamente en las tierras de los indios zuñi provisto de sus calabazas adornadas con plumas y cascabeles —sus atributos de chamán— y rodeado por una multitud de indios. Los mensajes que transmite a Marcos son cada vez más exuberantes acerca de las ciudades que le anuncian y las riquezas que encierran, hasta que un día se sabe que le han matado los habitantes de Cíbola, una ciudad de población zuñi en la orilla del río del mismo nombre, un afluente del Little Colorado. Fray Marcos nunca llegó a

ver esas ciudades extraordinarias. Atravesó el desierto pero jamás entró en el territorio de los zuñi. Sin embargo, el relato de su viaje se difundió muy rápidamente en México, donde suscitó un entusiasmo desbordante.

¿En qué consistían esas informaciones? Marcos relata que le habían dicho que existían ciudades y reinos cuyos habitantes eran muy numerosos y civilizados. Viven en casas de piedra y de cal y en las portadas de las principales abundan los adornos de piedras turquesas. Los habitantes, tanto hombres como mujeres, visten camisas de algodón y a veces de lana procedente de cabras salvajes. Estebanico puntualiza incluso que donde él se encuentra los habitantes le hablan de otros reinos todavía más grandes y más ricos situados más al norte. Marcos pide que le confirmen esas informaciones en los pueblos que atraviesa. Es probable que en su búsqueda de una nueva Tenochtitlán, Estebanico y Marcos se hayan dejado arrastrar por sus propios sueños o que, para librarse de aquellos viajeros demasiado curiosos, los nativos les hayan contado lo que esperaban oír, o también que, confundiendo mitos e historia, los informantes indígenas les hayan hablado de las ciudades de los indios pueblo, que fueron prósperas en los siglos XII y XIII, cuando ya no eran, en la mitad del siglo XVI, sino una sombra de su prestigioso pasado. Todas esas hipótesis son plausibles, pero, a pesar de todo, lo que cuenta Marcos no está totalmente desprovisto de fundamento. Él reformula las informaciones que recibe amoldándolas a una leyenda, muy en boga el siglo anterior entre los marineros que habían partido a descubrir el Atlántico: la leyenda de las Siete Ciudades, una de las muchas que, como la de El Dorado o la de las Amazonas, acompañaron a las expediciones de conquista en América.

¿Cómo ha podido asociarse la región de los zuñi y de los pueblo a la leyenda de las Siete Ciudades? La respuesta no es evidente. En el imaginario de los europeos de la Edad Media, el océano Atlántico estaba poblado de islas de origen mítico, tanto la isla de Antilia —que dio su nombre a las Antillas— como las Siete Ciudades, Otitincha, Stockafixa, Brasil o las islas de San Bravo, todas más o menos confundidas unas con otras e incluidas en las cartas y portulanos de los siglos XIV y XV. Pero las más populares eran sin duda las islas de San Brandán y las Siete Ciudades, probablemente por su aureola cristiana. Según una leyenda piadosa, san Brandán era un eremita irlandés, el personaje central de una saga muy antigua. Cuenta esta que partió en barco con unos monjes y descubrió unas islas, entre las cuales se encontraba una «isla de los santos» guardada por un ángel en la que los monjes desembarcaron. Esta leyenda es bastante similar a la de

Antilia o a la de las Siete Ciudades. Según esta leyenda, a finales del siglo VIII, cuando toda España estaba invadida por los árabes, el arzobispo de Oporto había huido, llevándose con él a otros seis obispos acompañados por sus fieles, hombres, mujeres, niños y ganado, para arribar a la isla de Antilia, donde fundaron las Siete Ciudades. Algunos cronistas del final de la Edad Media las enumeran dándoles nombres a cual más bárbaro, hay cartógrafos que las sitúan también en sus portulanos. El célebre cartógrafo alemán Martin Behaim coloca las islas en su globo terráqueo, él que había vivido cierto tiempo en las Azores entre marineros y cazadores de ballenas que ya debían acudir a las aguas de las Antillas. Mencionar las Siete Ciudades ante una persona letrada del siglo XVI, como fray Marcos de Niza, no podía menos que traer a su memoria toda una tradición cristiana cuyos relatos se habían incorporado a la conquista de América. Eso es lo que hizo, voluntariamente o no, Estebanico cuando informó de la existencia de las Siete Ciudades de Cíbola, grandes, pobladas, ricas, resplandecientes de oro y piedras preciosas. En cuanto al nombre de Cíbola aparece aquí por primera vez. En la lista que presenta un cartógrafo veneciano a comienzos del siglo XV no figuran ni Cíbola ni Quivira, otra ciudad de la que se hablará más adelante. Existen dos etimologías posibles para Cíbola, puede tratarse de la deformación en lengua pima u opata —dos pueblos de la costa del Pacífico con los que los zuñi mantenían relaciones estrechas— del nombre local de los zuñi *(shiwana)*, o bien una palabra zuñi con la que se designa el bisonte *(si:wolo)*. Pero estamos en el ámbito de las conjeturas[8].

En cualquier caso, lo más sorprendente es la rapidez con la que se extendió el rumor del descubrimiento de las Siete Ciudades. El rumor había ido aumentando sin necesidad de ayuda, y fray Marcos de Niza fue acusado de haberlo difundido, pero no fue así. La leyenda de las ciudades prodigiosas del norte surge unos años antes, en 1530, cuando Nuño de Guzmán se disponía a conquistar la futura Nueva Galicia. Al parecer, un indio llamado Tejo o Tejos, originario del valle de Oxitipar, al este de Nueva España, le había hablado de los recuerdos que le había referido su padre que había recorrido aquellas comarcas septentrionales como negociante de las plumas que se utilizaban para hacer los tocados. Era probablemente uno de los *pochteca* aztecas que suministraban a las poblaciones del norte plumas de ara y del pájaro quetzal, muy apreciadas por las élites locales. Los indios de por allí, afirmaba, le pagaban en oro y plata. Él mismo había acompañado a su padre una o dos veces por aquellas regiones y vio «muy grandes pueblos tanto que los quiso comparar con México y su comarca. Y que

había visto siete pueblos muy grandes donde había calles de platería»[9]. Bastó con eso para «reactivar» la vieja leyenda medieval de las Siete Ciudades. El rumor se extendió solo en cuanto llegó a México e incitó a ciertos conquistadores ansiosos de aventura a exigir a sus autoridades que se organizase una expedición.

Pero en 1539, a la vuelta de fray Marcos de Niza, Antonio de Mendoza se muestra dubitativo en cuanto a sus presuntos hallazgos. Durante el invierno envía al capitán Melchor Díaz, a la sazón gobernador de la plaza de San Miguel de Culiacán, por el camino que había tomado el franciscano para verificar sus afirmaciones. Como el invierno es riguroso y el frío demasiado intenso para aventurarse a atravesar el desierto que lleva a Cíbola, Díaz se contenta con obtener información de los indios del lugar que han vivido en Cíbola y que le cuentan una historia completamente diferente. Existen efectivamente siete lugares separados que se conocen en conjunto como Cíbola. Las casas, «toscamente labradas en piedra y barro», tienen tres o cuatro plantas, forman una muralla frente al exterior y se accede a ellas por escaleras a partir de una plaza central. Los habitantes son agricultores, también fabrican telas con las que hacen unas camisas que les llegan hasta los pies. Las mujeres son «de buenos gestos» y «[en las orejas] se cuelgan muchas turquesas y al cuello y en las muñecas de los brazos». Los hombres se visten de «mantas y encima cueros de vaca» [de bisonte], como los que habían traído Cabeza de Vaca y Dorantes. Pero «comen carne humana y los que prenden en la guerra tiénenlos por esclavos»[10].

La expedición de Vázquez de Coronado

Sin esperar las informaciones contradictorias de Melchor Díaz, cuya carta recibe en febrero o marzo de 1540, y animado sin duda por el entusiasmo de los combatientes españoles de México, Mendoza decide lanzar su expedición al mismo tiempo que Hernando de Soto emprende la conquista de Florida a partir de Cuba. De modo que los pregoneros públicos van llamando a la leva por las calles de México, y Mendoza consigue así reclutar un ejército considerable. Las cifras de que disponemos son un tanto vagas, pero se pueden cifrar en unas 800 personas los hombres de armas, los infantes y los acompañantes, mujeres, niños, criados y esclavos, que emprenden la aventura, todos ellos reforzados por un contingente adicional de indígenas, cifrado en 1.300 a 2.000 individuos, reclutados entre los mexica, los tlaxcalteca, los tarasco de Michoacán y las poblaciones más o menos sometidas de Nueva Galicia. El ejército se pone bajo el mando general de Francisco

Vázquez de Coronado, nombrado gobernador de Nueva Galicia en sustitución de Nuño de Guzmán. Los oficiales han sido escogidos entre los antiguos capitanes de Guzmán, como Melchor Díaz, o entre los allegados de Cristóbal de Oñate, él mismo antiguo capitán de Guzmán, que ha pasado a ser teniente general del reinado de Nueva Galicia en sustitución de Coronado. Se ordena a los hombres que modifiquen su comportamiento con respecto a las poblaciones indias por descubrir, según las normas fijadas por Mendoza y su mentor Juan de Zumárraga, sin embargo Coronado tiene a sus órdenes a capitanes que han participado en las incursiones de exterminio de Guzmán.

Con mucha rapidez se plantean cuestiones de logística para un cuerpo expedicionario tan importante. Mendoza había previsto una operación combinada terrestre y marítima. Para acompañar al ejército de Coronado y sobre todo facilitar su marcha, no cargándolo con los bastimentos y víveres necesarios para proseguir las operaciones, se encarga a una pequeña escuadra de tres navíos, al mando de Hernando de Alarcón, que remonte las costas del mar de Cortés y se reúna con el cuerpo expedicionario para aprovisionarlo. Como ocurrió con la de Narváez once años antes y con la de Hernando de Soto que se está desarrollando en el mismo momento en Florida, esa acción combinada, demasiado compleja para la época y aplicada a un territorio que nadie conoce suficientemente, fracasa. Alarcón alcanza el 26 de agosto de 1540 el estuario del Colorado sin haber visto el ejército de Coronado, mientras Melchor Díaz, enviado por este último unos meses más tarde, no puede reunirse con Alarcón que ha regresado a su puerto de partida. Ese fracaso estratégico fue un grave perjuicio para la expedición y explica en gran medida su desastroso final, pero no fue enteramente inútil para el historiador, ya que el informe de Alarcón contiene un caudal de informaciones sobre las poblaciones indígenas de los cursos inferiores del Colorado y del Gila cuya simpatía supo granjearse por su prudencia, su tacto y su humanidad.

La hostilidad de los indios en regiones teóricamente sometidas a las autoridades españolas, pero mal controladas aún, es el segundo problema a que debe hacer frente Coronado. A lo largo de todo el recorrido que le lleva desde Compostela, donde se ha reunido el grueso de su ejército, hasta San Miguel de Culiacán surgen bolsas de resistencia armada. En 1540 ni siquiera el valle de México, a pesar de ser tierra conquistada desde hace una veintena de años, es seguro para los españoles, tal es el odio que ciertos indios experimentan todavía hacia los invasores. ¿Qué decir entonces de Nueva Galicia e incluso de las regiones de la cultura de los indios pueblo recientemente visitadas

por Estebanico y Marcos de Niza? La ejecución del esclavo de Dorantes y de los indios que le acompañaban no fue decidida por los jefes de las comunidades zuñi de Cíbola por el color de su piel o porque, a sus ojos, usurpaba las funciones de chamán como se ha dicho en ocasiones, sino más probablemente porque, al venir del sur, su pequeña tropa les parecía la vanguardia de las colonias infernales de tratantes de esclavos que operaban desde San Miguel de Culiacán. Los poblados zuñi mantenían estrechas relaciones comerciales con Nueva Galicia y, más al sur, con el valle de México. Estaban al tanto de los acontecimientos que se producían allí. El parloteo inconsiderado de Estebanico, que anunciaba a sus interlocutores indígenas la próxima llegada de los hombres blancos, podía sonar en esas condiciones como una verdadera invitación al asesinato[11].

Las poblaciones indias de Nueva Galicia habían guardado en la memoria las guerras despiadadas libradas contra los hombres de Nuño de Guzmán. A ello se debe que la subida del ejército hacia Culiacán esté marcada por numerosas escaramuzas. La más importante se produce en Chametla (hoy Mazatlán). La ciudad había sido conquistada al principio del decenio de 1530 por Lope de Samaniego, a la sazón capitán de Nuño de Guzmán, y en 1540 todavía estaba vivo el recuerdo de sus abusos. Coronado había nombrado a Samaniego maestre de campo a causa de su experiencia. Él es, por tanto, el segundo jefe de la expedición. A Coronado se le ocurre enviarlo al lugar de sus pasadas tropelías para requisar víveres a la población india que no vacila un momento en darle su merecido, Coronado se ve entonces obligado a vengar la muerte de su capitán y cuelga a los responsables de su muerte. Pero aún más curioso es el ataque de los indios yums de la desembocadura del Colorado. En 1540 Coronado envía allí a Melchor Díaz con una pequeña tropa para que averigüe si Alarcón y su flota de avituallamiento se encuentran en las inmediaciones, como se había convenido en el plan de campaña inicial. Pero al atravesar el río con almadías el destacamento sufre el asalto de los indios del lugar. Díaz captura a uno, le somete a tortura pero no obtiene nada. Decide matar algunos más para dar ejemplo. Resulta difícil comprender lo que había pasado en una región donde la estancia pacífica de Alarcón habría debido de dejar una impresión favorable. ¿Tal vez los indios esperaban ver volver a Alarcón como les había prometido? El ataque contra Melchor Díaz, a pesar de que no tenía la reputación de ser violento ni cruel, revela probablemente un sentimiento de profunda decepción por parte de los indígenas ante la incapacidad de los españoles para cumplir sus compromisos.

Las cosas no ocurren como estaba previsto, pero así es la existencia

cotidiana de todos los ejércitos en campaña. El avituallamiento es difícil de obtener, la progresión de la tropa es ardua en aquellos terrenos escarpados. Cuando llega a Culiacán, Coronado decide avanzar con un contingente reducido, dejando al grueso del ejército la misión de reunirse con él más tarde y más al norte en el valle del Sonora, en el lugar donde se está edificando una ciudad española cerca de un asentamiento indígena llamado Suya. La nueva ciudad, San Jerónimo de los Corazones, más próxima al lugar de las operaciones que San Miguel de Culiacán, ha de servir como base de retaguardia de la expedición. Coronado remonta el valle del Sonora para pasar luego al del San Pedro y llega a Chichilticale, una antigua ciudad comercial indígena abandonada desde hace tiempo. De allí a Cíbola hay que atravesar un amplio espacio árido sin ocupación humana permanente. Coronado no parte a la aventura, fray Marcos de Niza le sirve de guía. También surcan ese vasto territorio sendas por las que los indios transitan desde hace siglos, de norte a sur, de oeste a este. Con el producto de la exportación de turquesas y cueros de bisonte, los indios del norte importan grandes conchas de las costas del Pacífico y plumas de aves procedentes de las regiones tropicales del sur. Y las noticias corren deprisa. Cuando se detiene en el curso inferior del Gila, mercaderes indígenas de regreso de Cíbola informan a Alarcón de que los españoles ya han llegado al territorio zuñi, es decir, a 1.200 kilómetros en línea recta[12]. Por lo demás, aunque haya numerosas lenguas locales en aquella región muy fragmentada humanamente, tras varios siglos de intensas relaciones comerciales, el náhuatl es la lengua vehicular. En consecuencia, Coronado no tiene dificultad alguna para mantenerse al corriente de la situación gracias a sus tropas mexica.

Cíbola a la vista

En cuanto los caciques de Cíbola se enteran de la llegada de los españoles a Chichilticale (Kuykendall Ruins, Willcox, Arizona), envían cuatro emisarios, oficialmente para darle la bienvenida a Coronado. En realidad son espías que desaparecen en cuanto han cumplido su misión de información. La travesía del desierto hasta los asentamientos zuñi del Little Colorado es muy penosa y las bajas entre indios y caballos son importantes. Cuando se van aproximando los españoles, los guerreros zuñi protegen a las mujeres, los niños y los ancianos en la ciudadela de Dowa Yalanne, situada en un espolón rocoso a unos veinte kilómetros del núcleo del territorio zuñi, las ciudades de Hawikuh y de Kechipauan, las capitales de la tierra de

Cíbola. Coronado envía emisarios mexica para que negocien con los jefes locales. Le informan de que la ciudad de Hawikuh está en estado de guerra y no quiere oír hablar de paz. Por su parte, los españoles de su ejército han montado en cólera a la vista de esa ciudad que parece bien poca cosa y que desde luego no tiene nada que ver con el cuadro idílico que les habían pintado de ella. ¿Dónde está entonces esa ciudad semejante a Tenochtitlán de muros cubiertos de piedras preciosas y de oro? Lo que tienen ante sus ojos no es más que un pueblo pobre con paredes de adobe. La toman entonces con fray Marcos de Niza, que se ve obligado a volver a México sin rechistar por miedo a que el ejército termine por lincharlo. Por si fuera poco, el poblacho miserable se niega a rendirse. Coronado manda que les sea leído el *requerimiento* a 300 guerreros indios armados de arcos y flechas que hacen oídos sordos. Más aún, su cacique traza una línea en la arena entre ellos y los españoles y hace comprender a los invasores que si la franquean ellos no vacilarán en responder.

A finales del siglo XIX algunos de esos asentamientos de indios pueblo todavía estaban habitados y los etnólogos enviados allí por diversas fundaciones pudieron fotografiarlos. Las ruinas de otros muchos que con el tiempo quedaron abandonados todavía están visibles en los desiertos de Nuevo México y de Arizona. Esos testimonios nos dan una idea precisa de lo que los conquistadores tenían ante sus ojos: pueblos cuyas casas, pegadas unas a otras y de varias plantas, constituían una muralla, prácticamente ciega en su cara exterior, con escasas aberturas y defendida por aspilleras. Desde fuera se podía acceder a las terrazas, que formaban un camino de ronda protegido por un parapeto, gracias a unos escalones empinados que había que subir sin protección, mientras que desde el interior las viviendas estaban provistas de unas escaleras que bastaba con retirar para transformar el pueblo en una fortaleza inexpugnable. Coronado responde al ultimátum de los jefes indios haciendo cargar a su caballería, pero los indios se refugian en los edificios y escapan a sus perseguidores. Tanto las ballestas como los arcabuces son ineficaces, no hay más remedio que tomar al asalto el pueblo. Al intentar escalar la pared exterior, Coronado cae golpeado por una piedra tirada desde la terraza. Salva la vida gracias a su celada, que amortigua el choque. Los españoles deciden entonces lanzar a la batalla a sus tropas indígenas, que se apoderan de la ciudad en una hora y matan a los prisioneros (7 de junio de 1540). No hay mucho que saquear, pero los graneros están repletos de comida. Coronado cambia el nombre de Hawikuh por el de Granada debido a su supuesto parecido con el Albaicín, célebre barrio moro de la antigua capital del emirato nazarí.

Se inician negociaciones mientras que los habitantes de las ciudades zuñi de la región se refugian en la fortaleza de Dowa Yalanne, cerca de la cual Coronado viene a estacionarse. Escribe a las autoridades de San Jerónimo de los Corazones para que le envíen las tropas que se han reagrupado allí, con el fin de proseguir la conquista de las siete ciudades de Cíbola. En el ínterin las negociaciones se prolongan en exceso pues los indios responden con evasivas a las peticiones de Coronado, quien decide aprovechar para explorar la región. Envía a Pedro de Tovar con una veintena de hombres de armas e *indios amigos* hacia el noroeste, una región habitada por otros indios pueblo, los hopi, que le hablan de pueblos más ricos y numerosos situados al oeste. Cuando informa de ello a Coronado, este envía a su maestre de campo López de Cárdenas, que se dirige al noroeste, el centro del Arizona actual, con un puñado de soldados. Fue pues el primer europeo que vio el Gran Cañón del Colorado, al norte de Flagstaff, en lo que los indios llaman el país de Tusayán (septiembre de 1540). El cronista Castañeda describe con arrobo ese río cuyas barrancas (orillas) «que puestos al vado de ellas, parecía al otro vado que había más de tres o cuatro leguas. Por el aire esta tierra era alta y llena de pinales bajos y encorvados, frigidísima debajo del norte, que con ser en tiempo caliente no se podía vivir de frío. [Los españoles] en esta barranca estuvieron tres días buscando la bajada para el río, que parecía de lo alto tendría una brazada de travesía el agua y, por la noticia de los indios, tendría media legua de ancho. Fue la bajada cosa imposible». Mucho más tarde los españoles se dieron cuenta de que se trataba del mismo río que había remontado Alarcón unos meses antes y cuyo estuario había atravesado Melchor Díaz en almadías[13].

Mientras tanto llega a Cíbola, procedente del este, una embajada india de la ciudad de Cicuique situada en el río Pecos. La encabezan un cacique y un personaje que intrigó mucho a nuestros conquistadores, porque lleva bigote, lo que les parece curioso entre indios a los que se tiene por imberbes. Los españoles le ponen el mote de Bigotes. Los dos bandos comienzan por el trueque de obsequios, cueros adobados, rodelas y morriones de piel de bisonte contra vasos de vidrio, cuentas y cascabeles de latón. Coronado les lee el *requerimiento* habitual, pero Bigotes le responde presentándose como un aliado de los españoles, que no terminan de comprender las rivalidades que dividen a las diferentes etnias pueblo.

Guiado por el cacique y por Bigotes, el capitán de artillería Hernando de Alvarado se adentra en dirección al este con una pequeña tropa para reconocer la región. Sigue el camino indio que parte de Cíbola y pasa por Acoma para llegar a la cuenca alta del Río

Grande —o río Bravo, según sea el hablante estadounidense o mexicano—, que los conquistadores bautizaron en un primer momento como río de Nuestra Señora o río de Tiguex. Es en esa región de Tiguex (al norte de Albuquerque, Nuevo México) donde están asentadas las comunidades indias pueblo más numerosas. Se trata de una población estimada en unos 20.000 individuos y repartida por doce pueblos y varias aldeas dispersas. Esos indios son agricultores hábiles y manifiestan intenciones amistosas hacia los recién llegados. Tras haber explorado el valle del Río Grande, Alvarado sube hasta Cicuique (al este de Santa Fe), donde viven el cacique y Bigotes que le suministran dos guías para explorar las grandes praderas donde pastan los bisontes, que se abren al este. El primero, Ysopete, es un indio pawnee que le habla de su pueblo natal, Quivira, el otro es también un indio de las praderas cuyo origen exacto es un misterio y que los españoles apodan El Turco. Castañeda sospecha que El Turco es originario de una región situada en Florida, explorada recientemente por la expedición de Narváez y que Hernando de Soto está tratando de conquistar en ese mismo momento. Los dos hombres sostienen que más al este existen grandes ciudades cuyos habitantes están cubiertos de oro y de plata. Bigotes y los de Cicuique advierten a los españoles, demasiado crédulos, de que los de las praderas son todos unos embusteros. En cualquier caso, el invierno está demasiado avanzado para internarse más en las praderas y Alvarado regresa a Cíbola dejando para la primavera siguiente su expedición a Quivira.

Coronado, por su lado, tiene otras preocupaciones. El ejército está ahora agrupado en Cíbola, pero los refuerzos en bastimentos, víveres y ropa que habrían tenido que traer los barcos de Alarcón no han llegado y el invierno de 1540-1541 se anuncia riguroso. Hay que obrar con rapidez. Coronado ordena a su maestre de campo López de Cárdenas que prepare cuarteles de invierno en la región de Tiguex, la más rica y la más capaz de abastecer al cuerpo expedicionario, y así es como los acontecimientos del invierno de 1540 dan ciertamente un punto de inflexión a la expedición. Los españoles vacían el poblado indio de Coofor (en los alrededores de Bernalillo, Nuevo México) y se instalan allí, subsistiendo gracias a lo que requisan por toda la región. No están de suerte, porque los inviernos de 1540-1541 y 1541-1542 son mucho más rigurosos de lo ordinario. A unos miles de kilómetros hacia el este Hernando de Soto padece los mismos rigores del clima. Los indios de Tiguex se sublevan contra las requisas del ocupante y comienzan una guerra basada en los golpes de mano. La reacción de los españoles sorprende a los indígenas por su crueldad. Los pueblos se vacían sistemáticamente de habitantes, las mujeres son violadas, las

reservas de comida y leña para calentarse requisadas, los guerreros encontrados con armas en la mano masacrados. Muchos habitantes de Tiguex se refugian en Moho, más al norte, en un risco que los españoles asedian durante dos meses. Cuando los indios, que han agotado sus reservas de agua, deciden abandonar el lugar, muchos de ellos son masacrados y los que se salvan se convierten en esclavos. La expedición que debía regirse por el respeto a los indios se convierte en una guerra abierta y en una operación de exterminio de las poblaciones indígenas.

Quivira, en las orillas del Arkansas

En la primavera de 1541 Coronado decide encaminarse al este con todas sus tropas. Es una muchedumbre abigarrada de cerca de 2.000 personas que atraviesa el territorio pueblo acompañada de 7.000 cabezas de ganado, caballos, mulas, ovejas y cerdos, todos mezclados. La columna se dirige primero hacia Cicuique, en el río Pecos, y luego hacia el sudeste, en una zona de mesetas áridas separadas por cañones donde corren ríos que aportan un poco de frescura y forraje para los animales. Los españoles se encuentran allí con nuevas poblaciones, nómadas, como los teya, que manifiestan cierta simpatía por los extranjeros, o los querecho más suspicaces y desconfiados, que prefieren mantenerse a distancia. Los primeros, que hablan un dialecto caddo, se entienden con el guía, El Turco, que habla una lengua próxima de la de ellos, y enseñan a los españoles las pieles de bisonte que tienen. Los españoles se apoderan sin más de ellas y las mujeres teya, desesperadas por perder su única riqueza, se echan a llorar. En su viaje de vuelta Cabeza de Vaca y sus compañeros se habían cruzado con los teya cuando estaban atravesando Texas. Es posible que estos hayan querido enseñar a los españoles los cueros de bisonte para que los bendijesen, como hicieron en su día Cabeza de Vaca y sus compañeros, pero los españoles no captaron la alusión y se apoderaron de las pieles como si de un botín se tratase. En cuanto a los querecho, que constituyen un subgrupo de los apaches, se trata de recién llegados, de migrantes venidos de Alaska y del noroeste del Canadá hace varios siglos y cuya subsistencia se basa esencialmente en la caza del bisonte. Tras esos encuentros surge un desacuerdo entre los dos guías ya que Ysopete afirma que Quivira se sitúa al nordeste, lo que confirman los informantes teya, mientras que El Turco afirma que para alcanzar el gran río, en cuyas orillas se encuentran las ciudades opulentas, hay que ir hacia el sudeste.

Coronado envía al grueso del ejército a Tiguex bajo el mando de su

capitán Tristán de Luna, y con una treintena de hombres a caballo y un puñado de hombres a pie toma la dirección de Quivira al mando de Ysopete y de los guías teya. El pequeño grupo se adentra bastante en las grandes praderas de bisontes, donde encuentra abundante carne y acaba por alcanzar las riberas del Arkansas en junio de 1541. La ciudad de Quivira, que es la meta de la expedición, se encuentra al borde de ese río —en las cercanías de Wichita, Kansas—. Nueva decepción. Quivira no es más que un villorrio miserable compuesto por unas cuantas cabañas polvorientas. Como El Turco no deja de repetir que las grandes ciudades que buscan los españoles se encuentran más al este, resulta sospechoso de traición y Coronado decide darle garrote. Regresa entonces hacia Tiguex dejando a Ysopete en Quivira. Cegados por la leyenda de las Siete Ciudades, los españoles se desesperan ahora por haber desplegado tantos esfuerzos y gastado tantas energías con tan escasos resultados. El pequeño grupo retorna a Tiguex a marchas forzadas. El colmo de la ironía es que, en el mismo momento, tal vez a menos de 200 kilómetros de Quivira, otros españoles están buscando la ruta que podría llevarlos al Pánuco. Son los supervivientes de la expedición de De Soto al mando de Luis de Moscoso. Ellos también están desesperados porque no han encontrado el oro y la plata que había de enriquecerlos y porque están perdidos en la inmensidad de un territorio que no controlan. Ya no saben cómo regresar a Nueva España y, cuando estaban tan cerca de su meta, deciden dar la vuelta, dirigirse hacia el Misisipi y probar suerte con los barcos.

La historia de la disputa entre los dos guías, Ysopete y El Turco, es intrigante. Es difícil comprenderla y no se puede llegar a una conclusión sino sobre la base de conjeturas. Es obvio que los dos hombres no hablaban de lo mismo. Los españoles querían ir a Quivira. Ysopete es un indio pawnee de Quivira y lleva a los españoles adonde quieren ir, por mucho que la tal ciudad no tenga nada que ver con las ciudades deslumbradoras que los conquistadores esperaban encontrar. El Turco es un personaje misterioso que los españoles no han llegado a comprender. Afirma ser hermano y esclavo de Bigotes, uno de los caciques de Cicuique, de modo que podría haber sido un rehén ofrecido por su pueblo a Cicuique por razones diplomáticas. No se sabe de dónde viene pero habla una lengua caddo, la lengua de los cacicazgos del valle del Misisipi, lo que le permite entenderse con los teya. Por otra parte, afirma que viene de la región del gran río del este, que no es otro que el Misisipi. También parece desconfiar de los querecho, a los que evita, y tiene malas relaciones con los pawnee del valle del Arkansas. Siente atracción por el este y da la impresión de

tener una cultura y conocimientos más amplios que los de Ysopete, mucho más tosco. Se refiere a un gran río, a canoas grandísimas, a peces tan grandes como caballos, habla de oro —tal vez el cobre de los Grandes Lagos— y de una gran ciudad que podría ser Cahokia, el gran centro ceremonial y cosmológico del Misisipi —hoy en la periferia de Saint Louis, Missouri— que desempeñó hasta el siglo XIII en América del Norte el papel de Tula en América Central[14]. El discurso de El Turco no sería, pues, del todo incoherente o simplemente pérfido, ni tendría el único propósito de perder a los españoles. El hombre se limita a reflejar el lenguaje de los mitos que habían preservado, en las Grandes Praderas del Oeste americano, el recuerdo de la gran civilización del Misisipi extinta, al igual que los indios pueblo de Hawikuh, Tiguex, Cicuique o Tusayán cultivaban el mito de la gran civilización pueblo antigua, también desaparecida. Los españoles se perdieron en aquellas *malas tierras,* por sí mismos, sin que los indios hubiesen necesitado verdaderamente arrastrarlos a ellas, pero fue porque no supieron interpretar el lenguaje de los mitos.

El regreso a Nueva España

Cuando Coronado regresa de Quivira, en septiembre de 1541, la expedición a la Tierra Nueva prácticamente ha acabado. Durante el verano, el capitán Velasco de Barrionuevo ha remontado el curso del Río Grande hasta la confluencia con la Chama y ha descubierto el poblado de Yuque Yunque, que, con el nombre de San Gabriel, habrá de convertirse al final del siglo en la efímera capital española del reino de Nuevo México, y más tarde la localidad de Taos Pueblo —al nordeste de la futura ciudad de Santa Fe—, rebautizada pomposamente como Valladolid. Pero los conquistadores ya están convencidos de que no hay nada en las 70 poblaciones y pueblos visitados en el territorio pueblo, nada que pueda ser objeto de *encomiendas* que los vencedores puedan repartirse[15]. Es más, el ejército empieza a desorganizarse. El maestre de campo López Cárdenas se ha herido en una caída de caballo que le deja imposibilitado y ha cedido el mando a Tristán de Luna y Arellano. Está convencido de que el ejército deberá volver a México en primavera y lo hace saber. Mientras tanto, recibe una carta de España en la que se le anuncia que su hermano acaba de morir y que él hereda el mayorazgo, la administración de los bienes de la familia. Debe volver a España y ocuparse de sus tierras. Este mensaje ha venido con una compañía que ha acudido como refuerzo desde Culiacán con el capitán Pedro de Tovar a su cabeza. La resistencia

indígena persiste. Cuando Tristán de Luna se instala en Cicuique con un destacamento de 40 hombres de armas para esperar a Coronado de vuelta de Quivira, es atacado por los habitantes de la ciudad. En el combate mueren varios caciques pueblo, entre los que se cuentan el cacique de Cicuique y Bigotes. La región ya no es segura y el invierno que llega es tan riguroso como el del año anterior. Los españoles lo pasan de nuevo en Tiguex y, aunque no les falte carne para alimentarse ni cueros para protegerse de las intemperies, tras las cacerías de bisontes que habían realizado la primavera anterior, muchos de ellos caen enfermos y mueren. Los caballos padecen igualmente una grave epizootia y, para colmo de la mala suerte, Coronado queda herido tras una caída de caballo. Ha recibido una coz en la cabeza, lo que le obliga a permanecer en la cama durante largo tiempo.

En la primavera de 1542, las malas noticias se acumulan y el ánimo de las tropas se deteriora continuamente. López de Cárdenas, que había partido a España, vuelve a Tiguex precipitadamente: los indios de Suya han atacado por sorpresa la ciudad española de San Jerónimo de los Corazones y matado de 30 a 60 españoles, entre los que se cuentan el capitán de la ciudad Diego de Alcaraz y Diego Gutiérrez de la Caballería, que era el tío de la esposa de Vázquez de Coronado. Reina el estupor en el bando español, ya que no solo se han cortado las líneas de abastecimiento del cuerpo expedicionario, sino que se complican las condiciones de su repatriación. Llegan también noticias de la insurrección de los indios de Nueva Galicia, en lo que se ha convenido en denominar la guerra del Mixtón, y de la muerte de Pedro de Alvarado, antigua mano derecha de Cortés, acaecida cerca de Zacatecas en julio del año anterior. A pesar de que Mendoza reduce la insurrección en diciembre de 1541, Coronado y sus hombres se sienten aislados en el extremo norte. Coronado es todavía gobernador de Nueva Galicia y le preocupa la suerte que puedan correr sus bienes, sus padres y sus amigos que viven allí y cuyas vidas están amenazadas. Hay incluso malas lenguas que sugieren que echa de menos a su joven y bella esposa. «Los caballeros, no se sabe si porque habían jurado fidelidad o por tener creído que los soldados no los favorecerían, aunque agraviados, lo hubieron de su fin y pasar por lo determinado, aunque desde allí no obedecían al general como solían. Y él era de ellos mal quisto y hacía caudal de los soldados y honrábalos, que fue a venir al efecto de lo que él quería y que se efectuase la vuelta de todo el campo», como comenta el cronista Castañeda[16].

En vista de que la disciplina se está relajando en el cuerpo

expedicionario, Coronado toma la decisión de regresar a Nueva España, ya que no cabe esperar nada de la Tierra Nueva. Los hombres de la tropa han aceptado todos de buen grado la postura de sus jefes. Entre el personal que acompañaba a la tropa, como los pequeños artesanos o mercaderes que habían dejado México para ganarse una nueva vida, había mayor división de opiniones. Algunos habían empezado ya a instalarse en las aldeas de los indios pueblo, al igual que un número considerable de guerreros mexica. Coronado tuvo que hacer alarde de autoridad para convencer a todos los españoles de que le siguieran. En cuanto a los soldados indígenas que se negaron a volver, muchos se arraigaron en las nuevas tierras y otros conquistadores de Nuevo México los vieron al final del siglo en los poblados de los indios pueblo en que se habían implantado. Sin embargo, Coronado renunció a convencer a los franciscanos Juan de Padilla y Luis de Úbeda, que persistieron en la prosecución de su obra de evangelización y con mucha prontitud padecieron el martirio.

Una vez más, la expedición de Coronado fue un fracaso, como las expediciones a Florida. La conquista americana mostraba sus límites cuando llegaba a territorios poco explotables, según los criterios de la América española, es decir, poco poblados y carentes de recursos mineros. Al llegar a los alrededores de Culiacán el ejército de Coronado se desbanda. «Y así se comenzaron luego a asentar algunos de la superioridad y dominio que sobre ellos tenían sus capitanes, y aún algunos capitanes de la obediencia del general. Y cada uno hacía ya cabeza de su juego, de manera que pasando el general a la villa que estaba de allí a diez leguas, mucha de la gente, o la más de ella, se le quedó en el valle reposando»[17]. Coronado retorna a México en la primavera de 1542 rodeado de un puñado de hombres, un centenar como máximo. Es mal recibido por el virrey Antonio de Mendoza que le echa en cara su inoperancia. Conserva su puesto de gobernador de Nueva Galicia hasta 1544 y es sometido a juicio por el Consejo de Indias para determinar el grado de responsabilidad que le cabe en el fracaso de la expedición. Para muchos capitanes y altos cargos de la colonia, como los propios Mendoza y Coronado, el fracaso de la expedición suponía también una cuantiosa pérdida de dinero, de modo que necesitaron varios años para rembolsar sus deudas.

Hernando de Alarcón, en la desembocadura del Colorado y del Gila

Estaba previsto que la exploración de la Tierra Nueva se desarrollase en el marco de una operación combinada por mar y tierra. Hernando de Alarcón, a la cabeza de una pequeña escuadra de tres navíos, había

recibido la orden de seguir la costa oriental de Nueva Galicia con el fin de abastecer al ejército de Coronado en víveres y material antes de que se adentrase en el continente en dirección a las Siete Ciudades. Seguía la ruta explorada el año anterior por Francisco de Ulloa por cuenta de Cortés y además llevaba consigo al piloto de aquella expedición, Domingo del Castillo. El plan fracasó. Alarcón nunca llegó a ver el ejército de Coronado y tuvo que volver a su puerto de partida sin haber podido entregar su carga. El año siguiente se consideró la posibilidad de una expedición del mismo tipo, pero las tripulaciones fueron requisadas por el lugarteniente del gobernador Cristóbal de Oñate, para ir a combatir a los indios alzados en la guerra del Mixtón. Por tanto, aquello fue también un fracaso en el plano estratégico y logístico, pero tras su primer viaje hacia el Colorado, Alarcón redactó un informe que envió al virrey Mendoza y que se ha conservado. Se trata de un texto admirable, repleto de humanidad con respecto a las poblaciones indígenas, precisamente como lo deseaban Juan de Zumárraga y Antonio de Mendoza. Alarcón se mostró comprensivo y atento con los indios y supo controlar a sus tropas para evitar abusos y enfrentamientos[18].

Hernando de Alarcón llega a la desembocadura del Colorado el 26 de agosto de 1540 tras haber seguido la costa de cerca, para encontrar posibles indicios de la presencia del ejército de Coronado. La búsqueda es infructuosa. Como la corriente del río es demasiado rápida para remontarla con sus barcos, arría dos chalupas con unos veinte hombres y algunas piezas de artillería. El día siguiente se produce el primer encuentro con los indígenas que se congregan en gran número en las orillas del río y manifiestan gran hostilidad. Alarcón, sin perder la sangre fría, manda acercar la chalupa a la costa y se coloca en la proa al lado de su intérprete. Como la muchedumbre crece sin parar y se vuelve más amenazadora, decide enviar señales de paz. «[…] Tomada la espada y la rodela las tiré al suelo en la barca, poniéndoles los pies encima dándoles a entender con esto y otras señas que yo no quería guerra con ellos y que ellos debían hacer lo mismo. Tomé luego una bandera y la bajé e hice que la gente que tenía conmigo se abajase igualmente y, tomando algunas cosas que yo llevaba conmigo para contracambiar, los llamaba para dárselas». Pero nadie se mueve hasta que un anciano, sin duda un notable de la comunidad, se aparta del grupo «con un bastón en el cual estaban puestas algunas conchas y entró en el agua a dármelas y yo las tomé y le hice seña que se me acercara, habiéndolo hecho yo lo abracé y le di a cambio algunos padrenuestros*[19] y otra cosa». Tras pedirles que depongan sus armas, Alarcón distribuye regalos, cuentas y abalorios, a

la multitud que se congrega. El éxito de ese primer contacto le permite romper el hielo y a partir de entonces puede circular libremente por el Colorado hasta la confluencia con el río Gila y obtener las informaciones que necesita[20].

Alarcón es, pues, el primer occidental que describe las comunidades de agricultores yuma del valle del Gila. Lo que le sorprende es lo numerosa que es la población y lo bien organizada que está. En un poblado encuentra un intérprete que le acompaña en su periplo. Él le pregunta por Cíbola. Tiene la suerte de que el hombre ha ido allí. La describe como una región extraordinaria donde los pueblos están rodeados de murallas y las casas tienen tres o cuatro pisos y están construidas en piedra. Los hombres se visten con cueros de vaca, el cacique lleva una larga camisa fina y las mujeres están enteramente cubiertas por largos vestidos blancos. Los habitantes poseen unas piedras azules —turquesas— que extraen de las rocas. Para comer usan servilletas y se asean en baños. Un poco más tarde interroga a un anciano sobre Cíbola y este también la describe como un lugar magnífico cuyo jefe es muy obedecido si bien está rodeado de otros caciques que le hacen la guerra. A la pregunta de si los de Cíbola han visto gente como él, el anciano responde negativamente, salvo, dice, por «un negro que llevaba en los pies y en los brazos ciertas cosas que sonaban». También le explica por qué le habían matado: «El Señor de Cevola le había preguntado si tenía otros hermanos y le respondió que tenía infinitos y que tenían muchas armas con ellos y que ellos no estaban lejos de ahí. Oído lo cual se reunieron en consejo muchos Señores y convinieron en matarlo para que no fuera a dar noticias de dónde estaban ellos a estos sus hermanos y que por esta razón lo mataron». Después de que los matasen a él y a su perro, descuartizaron su cuerpo en trozos que se repartieron todos los caciques para que se supiera que Estebanico estaba verdaderamente muerto[21]. ¿Se lo comieron? El texto no lo dice.

Este es el testimonio que resulta más esclarecedor sobre las razones de la muerte de Estebanico. La jactancia sobre sus poderes y la suposición de que podría ser un espía a sueldo de bandas de tratantes de esclavos le habían sentenciado. Al seguir remontando el río, Alarcón y su informante conocen a otro hombre que les cuenta que hay otros hombres como Alarcón en Cíbola, gentes que afirman ser cristianos y que pertenecen probablemente a la misma nación que Alarcón. Los hay incluso en esos pueblos yuma que piensan que convendría matarlo para que no pueda informar sobre ellos y venir a atacarlos. Tal vez sea esta la explicación de la acogida hostil que recibirá unos meses más tarde Melchor Díaz, que ha venido a la región

en busca de noticias de Alarcón. Poco tiempo después corren las noticias sobre el asedio y la toma de Cíbola por los españoles. Estos últimos tienen vacas, pequeños animales negros cubiertos de lana con cuernos y otros a los que se suben y que corren muy deprisa. El pequeño grupo de españoles que acompaña a Alarcón se siente incómodo a pesar de que el anciano tome su defensa ante los habitantes. Con todo, esas informaciones tan precisas sobre los acontecimientos que se desarrollan en una región situada a diez días de marcha dicen mucho sobre la calidad y la rapidez de los intercambios en el mundo indígena. Alarcón vuelve a los barcos que había dejado fondeados en la desembocadura, los hace reparar y luego remonta un tramo corto del río hasta un cacicazgo llamado Quicama de cuyo jefe se ha hecho amigo. Se procede a un efusivo intercambio de regalos y luego Alarcón decide partir prometiendo a los indios que volverá. Cuando se deja llevar por la corriente en dirección al mar, una india se tira al agua y llega hasta la lancha a nado. Dice que quiere partir con los españoles porque su marido la engaña con otra mujer con la que tiene hijos. Le acompaña un indio al que tienta igualmente la aventura de Nueva España. Alarcón nunca volverá, pues muere unos meses más tarde.

---

1. Philip W. Powell, *La Guerra chichimeca (1550-1600)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985

2. Acerca del avance hacia el norte de Nueva España, véase John F. Bannon, *The Spanish Borderlands Frontier,* Albuquerque, The New Mexico University Press, 2001. Alfredo Jiménez, *El Gran Norte de México. Una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*, Madrid, Tebar, 2006.

3. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios, op. cit.,* caps. XXXVI y XXXVII. Véase también Richard Flint, *No settlement, No Conquest. A history of the Coronado Entrada*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2008, pp. 28-31.

4. Existen cuatro crónicas de las expediciones al norte: las de Marcos de Niza, Pedro de Castañeda de Nájera, Juan Jaramillo y Hernando de Alarcón.

5. Más conocido por su diminutivo de Estebanico, fue probablemente liberado por su amo, cuando volvieron los cuatro a México en 1536 y, como era costumbre, adoptó el apellido de este.

6. Pedro de Castañeda de Nájera, *Relación de la jornada de Cíbola compuesta por Pedro de Castañeda de Nájera,* Primera parte, cap. II, p. 50, en *Crónica de la expedición de Francisco Vázquez de Coronado a las grandes praderas de Norteamérica*, Ángel Luis Encinas Moral (ed.), Miraguano ediciones, Madrid, 2016.

7. *Relación de Fray Marcos de Niza*, *ibid.*, p. 144, en *Crónica de la expedición de Francisco Vázquez de Coronado a las grandes praderas de Norteamérica*, Ángel Luis Encinas Moral (ed.), Miraguano ediciones, Madrid, 2016.

8. Richard Flint, *No Settlement, No Conquest..., op. cit.,* pp. 19-21. Marianne Mahn-Lot, *La Découverte de l'Amérique*, París, Flammarion, 1970.

9. Pedro de Castañeda de Nájera, *Relación de la jornada de Cíbola,* en *Crónica de la expedición de Francisco Vázquez de Coronado a las grandes praderas de Norteamérica*, Ángel Luis Encinas Moral (ed.), Miraguano ediciones, Madrid, 2016, pp. 47-48. Los plumajes de ara y del pájaro quetzal eran el tocado distintivo de los caciques y los sacerdotes de los pueblos del altiplano mexicano y de la Tierra Nueva. Los plumajes de Florida y del valle del Misisipi se hacían con plumas de las especies locales (águilas, pavos...). En el Museo de Arte y de Historia de Viena puede verse un ejemplo admirable de tocado de plumas del siglo XVI que, contrariamente a lo que querrían hacer creer los nacionalistas, indigenistas y otros altermundialistas de todo género, nunca perteneció a Moctezuma. Sabine Haag, Alfonso de María y Campos, Lilia Rivero Weber, Christian Feest (eds.), *El Penacho del México Antiguo*, Viena, ZKF Publishers, 2012.

10. *Carta del Virrey Don Antonio de Mendoza al Rey (Jacona, 17 de abril de 1540), en Crónica de la expedición de Francisco Vázquez de Coronado a las grandes praderas de Norteamérica*, Ángel Luis Encinas Moral (ed.), Miraguano ediciones, Madrid, 2016, pp. 218 y 220.

11. Richard Flint, *No Settlement, No Conquest..., op. cit.,* p. 99.

12. Hernando de Alarcón, *Relation de la navigation et de la découverte...,* en Henri Ternaux-Compans, *Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique, op. cit.,* p. 337. Para una versión en español, véase la nota 18 de este mismo capítulo.

13. Pedro de Castañeda de Nájera, *Relación de la jornada de Cíbola, op. cit.,* en *Crónica de la expedición de Francisco Vázquez de Coronado a las grandes praderas de Norteamérica,* Ángel Luis Encinas Moral (ed.), Miraguano ediciones, Madrid, 2016, pp. 65-66.

14. Véase más adelante la nota 19 del capítulo 10.

15. Robert Flint, *No Settlement, No Conquest...., op. cit.,* p. 183 y sigs.

16. *Ibid.*, p. 205, y Pedro de Castañeda de Nájera, *op. cit.,* p. 113.

17. *Ibid.,* pp. 225-226, y Pedro de Castañeda de Nájera, *op. cit.,* p. 117.

18. En el libro *Los indios de todo se maravillaban: la Relación de Hernando de Alarcón: Primera exploración del río Colorado: año de 1540* (Julio César Montané Martí, Jalisco, El Colegio de Jalisco, 2004), se incluye una traducción de la versión italiana de la época del original desaparecido de la Relación de Hernando de Alarcón.

19. Se refiere a rosarios, collares y/o sus cuentas. *(N. del T.)*

20. Hernando de Alarcón, *op. cit.,* pp. 77-78.

21. *Ibid.*, p. 90.

7

LA ORGANIZACIÓN DE UNA EXPEDICIÓN

La organización de una expedición de descubrimiento exige una larga preparación e importantes medios humanos y materiales. Este enfoque histórico de la logística nos permite entender el nivel de organización de una sociedad, de la movilización de capitales al reclutamiento de los participantes y a la cadena de mando. Si se tiene en cuenta cierta aproximación de las cifras que nos aportan los documentos, cabe opinar que ese es el aspecto sobre el que las crónicas y archivos son más ricos. Las crónicas han sido escritas por los propios protagonistas o por historiógrafos que han recogido los testimonios de algunos participantes. Parece normal que todos esos testigos hayan considerado la suerte que les había cabido en relación con los problemas de logística y aprovisionamiento. En ese sentido, las crónicas españolas y francesas se complementan perfectamente.

Unas nociones de logística

En expediciones de este tipo la logística es determinante. Eso es lo que han demostrado los estudios realizados sobre las expediciones de Cortés en América Central o de los Pizarro en los Andes. En Europa, los ejércitos disponen de una intendencia suficientemente abundante para alimentar a los soldados, transportar el bastimento, así como la ropa y las armas de recambio, sin contar toda una pequeña legión de palafreneros, sirvientas, cirujanos y prostitutas. Ay del ejército que pierde sus bagajes, porque eso puede debilitarlo mucho. En América esto no existía. En primer lugar, debido a las vías de comunicación, que no permitían el paso de carretas. Todo se transporta a hombros, a lomos de mula o de caballo, lo que limita considerablemente el volumen de las cargas transportadas. Es necesario contratar porteadores, lo que supone concertar alianzas con los cacicazgos por los que pasan o forzarles la mano. Sin la ayuda de los tlaxcaltecas y de los totonacas Cortés nunca habría podido conquistar Tenochtitlán. Pero las tropas de la Triple Alianza se demoraron por problemas de logística. Al ser muy numerosas requerían un número demasiado elevado de porteadores, de gestión gravosa y cuya leva era lenta. Las largas columnas avanzaban lentamente por caminos poco expeditos y

polvorientos. Además, hay que alimentar a los porteadores, lo que reduce su carga útil. En los campos de batalla de América Central los caballos, aparte de la fuerza de choque que aportaban, habían dado una enorme ventaja a los españoles por la velocidad a la que se desplazan y por su capacidad de transporte. Mejor que utilizar ejércitos pletóricos era servirse de cuerpos de comandos resueltos y limitados a algunos centenares de hombres. No más de 128 hicieron falta para derrocar a Atahualpa en Perú y unos pocos centenares en México[22].

Las cuestiones de logística varían también según el tipo de expedición. Como veremos, las expediciones a las Floridas no tienen nada en común con las dirigidas a la Tierra Nueva. Las primeras parten de Andalucía y hacen escala en Santo Domingo o en Cuba. Desde allí abordan el continente, siempre por barco. Los efectivos son forzosamente limitados, nunca rebasan el millar de individuos debido a las capacidades de embarque, y comprenden esencialmente nacionales españoles, portugueses o por lo general europeos, si bien los más ricos entre ellos se hacen acompañar por esclavos africanos. La escala en las Antillas es obligatoria. Para completar las filas, que clarean debido a las deserciones, se recurre a españoles que ya están instalados en las islas, o mejor aún a mulatos y mestizos que tienen la ventaja de saber nadar. La total desaparición de las poblaciones caribes en las Antillas Mayores basta para explicar la ausencia de representantes amerindios en las tropas o entre los criados. Hay además otro inconveniente que afecta a los cuerpos expedicionarios que se mandan a Florida por vía marítima: una vez desembarcados, solo pueden contar consigo mismos porque es imposible aprovisionarles en víveres, hombres o armamento. Ese no es el caso de las expediciones hacia la Tierra Nueva del extremo norte mexicano. Estas vienen a ser la prolongación de las conquistas en el continente, primero en Nueva España y luego en Nueva Galicia. Se trata, pues, de expediciones terrestres, no navales, cuyos miembros están ya presentes en América y que cuentan con una proporción importante de veteranos. A pesar de que el intento de avituallar al ejército de Coronado mediante la flota de Alarcón fracasase, las tropas de Nuevo México conservaban un vínculo con su retaguardia merced al cordón umbilical que representaban las guarniciones de San Jerónimo de los Corazones y de Culiacán. Los ejércitos de Pánfilo de Narváez, de Hernando de Soto y de Coronado integraban en la misma proporción numerosos veteranos de las guerras americanas, pero lo que distingue la expedición de Coronado de las dos anteriores es la presencia masiva de combatientes indígenas reclutados en el valle de México, entre las

poblaciones mexica y tlaxcalteca, y en el Michoacán recién conquistado, entre las poblaciones tarascas.

Las tropas parten con provisiones de boca, armas y ropa de recambio. Las calas de los barcos están repletas de todo eso. Pero esas provisiones de boca se agotan rápidamente y, al albur de los combates, las armas y ropas de recambio terminan también por faltar muy pronto. Con el fin de mantener relaciones regulares con la base de partida y para evitar entorpecer el movimiento al transportar cantidades ingentes de bastimentos para períodos demasiado largos, los jefes conciben la idea de doblar la velocidad de su avance por tierra mediante una acción combinada por mar. Así ocurre que Pánfilo de Narváez, convencido de que Florida se encontraba a poca distancia del Pánuco —no más de 10 a 15 leguas según el franciscano Juan Suárez—, propone a sus capitanes que la tropa se adentre a pie por la región mientras que la flota vaya siguiendo la costa en dirección al norte en busca de un puerto donde la esperaría para devolverla a las Antillas. Cada soldado va provisto de una ración de dos libras de bizcocho y una libra de tocino, es decir, prácticamente nada. Es evidente que ese plan optimista no llegó a materializarse y que los soldados no volvieron a ver los barcos. Cabeza de Vaca afirmó, pasado el tiempo, que él había presentido aquel fracaso. Él habría propuesto una solución alternativa: encontrar un buen puerto sobre el que apoyarse para crear un asentamiento que permitiría, en un segundo tiempo, emprender la conquista del interior. Cuando Pánfilo de Narváez le ofrece ponerle al mando de su flota, no acepta por miedo a dar la impresión de abandonar a su jefe[23]. Sin embargo, sigue persuadido de que este «no había de ver de nuevo los navíos, ni los navíos a él» por aventurarse en el interior a ciegas y sin ningún medio para conocer su posición.

Hernando de Soto sigue más o menos la misma pauta, si bien entre tanto había habido expediciones marítimas que habían evaluado más correctamente la distancia que mediaba entre el Pánuco y Florida. Sin embargo, el objetivo de De Soto difiere del de Narváez por su ambición. Envía a su lugarteniente Maldonado durante el invierno de 1540 con dos embarcaciones ligeras para seguir la costa del golfo y encontrar en ella un puerto con calado suficiente, pues de lo que se trata es de establecer una cabeza de puente capaz de recibir avituallamiento para alimentar a la expedición en curso y para hacer venir refuerzos desde Cuba. También piensa empezar a explotar el país a partir de ese punto de apoyo una vez evaluadas sus potenciales riquezas[24]. Esa estrategia habría podido tener éxito pero, en el otoño de 1541, cuando De Soto se encuentra a 200 kilómetros en línea recta

de Ochuse (Pensacola) —que es donde Maldonado le espera con sus barcos—, se niega a acudir a la cita por temor a volver a Cuba con nada más que su deshonor. Cabe subrayar que la solución alternativa propuesta por Cabeza de Vaca no tuvo un éxito mayor: Vázquez de Ayllón en San Miguel de Guadalupe, Tristán de Luna en Ochuse o Ángel de Villafañe en Santa Elena, fracasaron lamentablemente. Solo Menéndez consiguió crear ese anclaje en San Agustín, pero la colonia solo debió su supervivencia al avituallamiento continuo que recibía de Cuba y no del interior del territorio más próximo.

En cuanto a la expedición de Vázquez de Coronado hacia los territorios del Norte, la cuestión de la acción combinada entre tierra y mar se planteaba de forma diferente y más ambiciosa. Como la subida hacia el norte de Nueva Galicia consumía mucho tiempo, Coronado decidió no cargarse de material pesado, como las armas y la ropa, con el fin de que se pudiese caminar ligero por los ásperos caminos de montaña y adentrarse rápidamente por las regiones desérticas sin que los problemas de transporte frenasen la marcha. La ruta entre Compostela, el punto de agrupamiento, y San Miguel de Culiacán, la guarnición española situada al norte de Nueva Galicia, había sido larga. Coronado se dio cuenta de que los porteadores le frenaban y decidió partir para Cíbola con un escuadrón de 60 hombres de a caballo al tiempo que ordenaba que el resto de la tropa se congregase más al norte, en una pequeña guarnición creada para esa ocasión en San Jerónimo de los Corazones —seguramente en las cercanías de Ures al borde del Sonora—, donde la mandaría llamar si acaso la necesitara. Las armas y la ropa de invierno se cargaron en una pequeña escuadra, fondeada en el puerto de Navidad, cuya misión era seguir la costa rumbo al norte partiendo del puerto de Chametla. Hernando de Alarcón, que estaba a su mando, había convenido con Coronado un punto de encuentro por la desembocadura del Colorado, que acababan de descubrir Hernán Cortés y sus pilotos. El capitán Melchor Díaz, gobernador de la ciudad de San Miguel de Culiacán, estaba encargado de ir a recuperar esos bastimentos, con una pequeña tropa de hombres a caballo, y de llevarlos a San Jerónimo de los Corazones, el puesto avanzado de la expedición. Pero Hernando de Alarcón y Melchor Díaz nunca llegaron a encontrarse. Melchor Díaz encontró al pie de un árbol unas cartas de Hernando de Alarcón dirigidas a Coronado en las que dejaba constancia de su paso, pero era demasiado tarde y la escuadra había regresado a su puerto de partida[25]. Fueron, pues, tres intentos y tres fracasos que costaron un elevado tributo de vidas humanas. Las acciones combinadas tierra-mar no podían realizarse con éxito sin un conocimiento preciso de la

geografía de la región y del litoral, y ese no era el caso alrededor de 1540.

La composición de las tropas

Las cifras relativas a la composición de los diferentes cuerpos expedicionarios varían considerablemente según la fuente, pero existe un límite a partir del cual la gestión de una expedición que se ha vuelto demasiado gravosa es imposible. Siempre es mejor disponer de una pequeña tropa de hombres decididos y bien organizados que de un ejército heteróclito. Tampoco tienen todos el mismo objeto. Hay expediciones de exploración como las de Pánfilo de Narváez y Hernando de Soto en Florida, la de Vázquez de Coronado en el territorio pueblo, y expediciones de colonización como las de Tristán de Luna en Pensacola, la de Menéndez de Avilés, la de los franceses Jean Ribault y René de Goulaine de Laudonnière en la costa atlántica de Florida. Tienen un punto en común y es que son todas marítimas, salvo la de Vázquez de Coronado, hasta cierto punto.

Las flotas son bastante abigarradas. Incluyen naves, que son embarcaciones mercantes pesadas, y carabelas más ligeras que navegan exclusivamente a vela, galeones que, en esta primera parte del siglo XVI, todavía pueden propulsarse a fuerza de remo, y muchos barcos pequeños, como galeotas, bergantines e incluso simples chalupas, maniobradas a vela y a remo, a bordo de las cuales no se vacilaba en emprender la travesía del Atlántico. La composición heteróclita de las flotas les impedía navegar en conserva. Se daba una cita en un lugar determinado de antemano y cada uno llegaba cuando podía. En las distancias cortas entre Cuba y Florida o a uno y otro lado del golfo de México, esa cuestión no era disuasoria, pero podía representar un problema cuando se trataba de atravesar el Atlántico. Se daba entonces un punto de encuentro en las Antillas —Santo Domingo o Cuba— para las flotas españolas que venían de Sanlúcar de Barrameda, o al sur del cabo Hatteras para las flotas francesas o inglesas que utilizaban la ruta septentrional. A veces a la llegada faltaban algunas unidades, como los dos barcos que Menéndez de Avilés perdió en la tormenta, en 1565, y de los que nadie supo cuál había sido su suerte[26]. En las Antillas se hacía una pausa de algunos meses, a veces hasta un año, que era el tiempo necesario para los últimos preparativos y la espera de vientos favorables. Pánfilo de Narváez partió de Sanlúcar con cinco barcos y 600 hombres, según Cabeza de Vaca, unos efectivos que incluían seguramente hombres de guerra y marinería. Ciento cuarenta hombres aprovecharon la escala

en Santiago de Cuba, en la costa sur de la isla, para tomar las de Villadiego. Hubo que sustituirlos por residentes locales. Como los hombres del siglo XVI no son muy duchos en números y Cabeza de Vaca escribe de memoria, varios años después de los hechos, no se sabe si fueron cinco o seis naves las que fondearon en la bahía de Tampa en la primavera de 1528. Pero son 400 los hombres que llegan a Florida y cerca de 300 de ellos los que parten con su jefe a descubrir la región. Serán 245 los que se embarcan en barcas improvisadas en el otoño y solo cuatro los que llegan a San Miguel de Culiacán ocho años más tarde. En comparación con otras expediciones españolas en América del Norte, la de Narváez es de un tamaño relativamente reducido, pero también aquella cuyo resultado fue más desastroso.

Hernando de Soto movilizó muchos más medios, sin duda porque, cuando se vieron en España, Cabeza de Vaca le había hablado de las dificultades con que se habían enfrentado. Pero, en este caso, una vez más las cifras son de difícil determinación. Según Rodrigo de Ranjel y el Fidalgo de Elvas, la flota comprendía nueve naves que embarcaban 570 hombres, sin incluir la marinería, y 700 con esta incluida, según Ranjel únicamente, ya que el Fidalgo de Elvas no se refiere a esta cuestión. Biedma, que no indica el número de barcos, avanza la cifra de 620 hombres sin más explicaciones. Según las listas de pasajeros registrados por la Casa de Contratación de Sevilla, fueron 662 hombres los que se embarcaron, lo que tal vez incluía un total de soldados y marineros. Probablemente haya que tomar esa cifra como un mínimo, ya que, a pesar de los controles, había polizones que se colaban en los barcos para llegar a América. Una vez en las Antillas, se eclipsaban para llevar una nueva vida sin tener por qué arriesgarla en campañas de exploración de resultados inciertos. Por su parte, el Inca Garcilaso de la Vega da unas cifras más elevadas que tal vez estén sobrestimadas: diez barcos entre Sanlúcar y Santiago de Cuba que transportaban 1.000 hombres sin contar los marineros, y luego ocho barcos entre Santiago de Cuba y Tampa con 950 hombres, igualmente sin contar la marinería. Por tanto, cabe suponer que en la aventura de Florida participaron entre 700 y 1.000 hombres bajo el mando de De Soto; es decir, más del doble que en la expedición de Narváez.

Esas dos primeras expediciones tenían la misión inicial de reconocer la región y, si se terciaba, conquistarla si valía la pena. Pero hubo muy pronto —¿demasiado pronto?— expediciones de colonización, como la de Lucas Vázquez de Ayllón en 1526 a San Miguel de Guadalupe, en Carolina del Sur, que incluía unos 600 hombres con gran número de campesinos y artesanos. Su promotor tenía la esperanza de crear un asentamiento en la costa. Las

enfermedades, el hambre y los ataques de los indios pronto causaron bajas entre los colonos, de los cuales solo la mitad pudo regresar a Santo Domingo. Los intentos de asentamiento que llevaron a cabo Tristán de Luna, en la bahía de Pensacola en 1559, y Pedro Menéndez de Avilés en 1565, en la costa oriental de Florida, estuvieron mejor preparados y se inscribían en un proyecto estratégico más global. Se trata en ambas ocasiones de 1.500 hombres que se embarcan en 13 barcos en el primero de los casos, y en 11 en el segundo. Pero la proporción entre colonos y soldados varía: aproximadamente 500 soldados en el caso de Tristán de Luna y 1.000 en el de Menéndez. Esa diferencia se debe al hecho de que este último, antes de considerar el establecimiento de su asentamiento tenía que desalojar una guarnición francesa bien atrincherada en Fort-Caroline. El resultado también fue diferente: la expedición de Tristán de Luna terminó diezmada y lo que quedó de ella se repatrió a Santo Domingo, mientras que Menéndez consiguió crear una ciudad en San Agustín, la primera ciudad europea del continente norteamericano. Pero el precio que hubo que pagar fue muy alto. La colonia vegetó a causa de las condiciones de vida desfavorables, de los ataques de los indios, de la amenaza de los corsarios franceses o ingleses. Las fugas hacia las Antillas menguaban sin cesar el contingente de colonos que Menéndez debía completar continuamente con nuevos individuos traídos de España en cada uno de sus viajes.

Las expediciones a Florida son, pues, gravosas en barcos, en tripulaciones, en hombres, en material y en avituallamiento. El personal, tanto si se trata de marineros como de militares o de simples colonos, proceden por lo general del sur de España, de Andalucía y de Extremadura, pero también de Galicia en lo que se refiere al contingente de Menéndez, que es oriundo de esa región. La expedición de De Soto parece haber sido la más cosmopolita, con un numeroso contingente de portugueses, algunos franceses, un inglés especialista en tiro con arco, un genovés y un cristiano de levante. Entre los pasajeros se cuentan algunas mujeres, por lo general las esposas de soldados, como esa mujer encinta que muere envuelta en llamas en la batalla de Chicaza y a la que su marido «halla hecha carbón porque no pudo huir del fuego»[27]. Era la última mujer europea de la expedición. A bordo de los barcos, dada la falta de espacio, no se pueden llevar numerosos criados ni esclavos. Solo disfrutan de ese lujo los oficiales superiores. Sin embargo, los esclavos africanos de la expedición de Hernando de Soto desempeñan un papel importante como lo revelan varios incidentes. Al parecer, establecen connivencias con las poblaciones indias con las que se funden sin problemas en cuanto

pueden escaparse. Uno de ellos, según dice Ranjel, llegó incluso a ser el amante de la dama de Cofitachequi y con ella desapareció tan pronto como la tropa alcanzó la frontera norte del cacicazgo.

Evidentemente, cuando se trataba de un proyecto de colonización, las poblaciones transportadas eran socialmente más abigarradas sin que se sepa con precisión de dónde procedían. A pesar del silencio de las fuentes, no es difícil imaginar que los campesinos y artesanos se levaban en las ciudades y pueblos de Andalucía o en un radio relativamente limitado alrededor de Sevilla, donde podía tratarse de residentes habituales o de gentes que hubiesen venido a instalarse con la esperanza de obtener un pasaje a América. A partir de 1541, la expedición de De Soto arrastra en su pos una muchedumbre de rehenes y porteadores indígenas —los *tamemes*— que el general captura o requisa a la entrada de un cacicazgo para liberarlos cuando sale de él. Pero, sobre todo, con el tiempo se ve obligado a satisfacer los deseos de sus soldados, a quienes faltan las mujeres, y, a partir de su entrada en el cacicazgo de Coosa, en la primavera de 1541, adopta el hábito de pedir que se le entreguen mujeres para satisfacer a sus soldados, algunas de las cuales al quedar deshonradas para sus congéneres, estaban condenadas a acompañar al ejército y servir de esposas provisionales a los soldados. Muchas de ellas sobrevivieron a los albures de la larga peregrinación y acabaron su existencia en México, como la deliciosa india que se convirtió en la amante de Luis de Moscoso, nombrado jefe de la expedición después de la muerte de Hernando de Soto. También hubo idilios en el otro sentido: soldados españoles que se enamoraron locamente de mujeres indias, llegando a desertar por ellas. Algunas se negaron al papel de concubinas que querían hacerles desempeñar los hombres a los que las regalaban. Otras optaron por la colaboración, como las dos criadas que avisaron a Luis de Moscoso de un ataque inminente[28].

Las expediciones francesas Ribault-Laudonnière de los años 1562-1565 empezaron de forma modesta. No se sabe con exactitud cuál fue el número de participantes embarcados en los dos barcos pequeños al mando de Jean Ribault en 1562 y que da lugar a la edificación de Charles-Fort. Laudonnière, que es el cronista, se limita a observar que los dos jabeques «estaban tan bien ocupados por gentilhombres [...] y viejos soldados, que medios había de hacer algo notable y memorable por siempre»[29]. Pero solo son 28 los que se quedan en el lugar para acabar la construcción de la fortaleza, mientras que el resto del contingente vuelve a Francia en busca de refuerzos. Los viejos soldados a los que se refiere Laudonnière son veteranos de la aventura brasileña de 1555. En 1564, la escuadra de

este último comprende tres barcos de dimensiones moderadas: 25, 65 y 100 toneladas. Pero siguen faltando datos en cuanto al número de soldados, marinos y colonos. No obstante, la construcción del Fort-Caroline se lleva a cabo a paso de carga. El año siguiente Jean Ribault arriba con una sólida escuadra para reforzar la colonia frente al peligro español. Una vez más, Laudonnière omite las cifras y son los servicios secretos españoles los que nos aportan la información: siete barcos, cuatro de los cuales llegan a 150 toneladas, 500 soldados todos ellos equipados de arcabuces, y una artillería de sitio impresionante para la época, además del ganado necesario para alimentar a la pequeña comunidad. Además, se sabe por Laudonnière que hay barcos que van y vienen entre la metrópoli y Florida. Se supone que soldados y colonos son hugonotes, lo que parece estar probado para la inmensa mayoría de ellos, sobre todo para los nobles. Los voluntarios se reclutan en los puertos normandos, bretones y de la región de Saintonge[30], que acogían numerosas minorías calvinistas al comienzo del decenio de 1560. Sin embargo, no parece imponerse la unanimidad religiosa. Algunos desertores pasan al bando español, ciertos cautivos reniegan de su fe calvinista todavía dubitativa y un buen número de testimonios demuestran que el sentimiento antiespañol supera ampliamente en Francia las divisiones religiosas.

A la luz de cuanto acabamos de describir, el cuerpo expedicionario hacia los territorios del norte, bajo el mando de Vázquez de Coronado, manifiesta hondas diferencias. El contingente de combatientes españoles es relativamente modesto: 300 hombres según Castañeda, 287 según la parada realizada en Compostela inmediatamente antes de la partida, cifra a la que cabría añadir otros 80 que se suman más tarde a la tropa. Un análisis más pormenorizado de los archivos revela la presencia de 368 criados o esclavos como mínimo, es decir, tantos como combatientes. El propio general iba acompañado por siete esclavos de origen africano, cuatro hombres y tres mujeres[31]. El hecho de que la expedición se desarrollase por tierra permitía que nuevas personas se sumasen a la tropa, con mercaderes y artesanos capaces de suministrar los servicios que los hombres de armas pudiesen exigir, como la preparación de la comida o la compostura de armas y ropas, el mantenimiento de los caballos y los cuidados dados a los heridos y enfermos. A diferencia de las travesías marítimas en las que el personal embarcado tenía que ser limitado, en tierra nadie podía impedir a uno u otro seguir la comitiva. Una expedición terrestre atraía en mayor medida a los aventureros que tenían el propósito de establecerse por su cuenta en las nuevas tierras descubiertas. Varios soldados iban acompañados de sus esposas, dos de las cuales eran de

origen indio. Todas esas gentes constituían un acompañamiento extremadamente abigarrado que se asemejaba vagamente al de los ejércitos europeos de la época. No obstante, había algo que los diferenciaba: la presencia masiva de los indígenas, las tropas de complemento, que eran combatientes y no meros porteadores. Esos guerreros procedían del valle de México y más aún de Tlaxcala, aliada incondicional de los españoles desde los primeros momentos de la conquista. Ellos eran los que se lanzaban al asalto de los poblados de indios zuñi o pueblo tras una preparación de la artillería. También le eran muy útiles a Coronado como truchimanes, porque las poblaciones indias del norte, que mantenían contactos comerciales con las grandes ciudades del sur, practicaban el náhuatl, la lengua dominante de la meseta central. El ejército de Coronado, como el de Nuño de Guzmán, que unos años antes se había lanzado a la conquista de Nueva Galicia, se parecía, salvando las proporciones, al de Cortés al principio del decenio de 1520, en el que los españoles eran muy minoritarios. Desde el punto de vista de los indígenas, la empresa de Coronado forma parte de la larga tradición de lucha de las poblaciones de los altiplanos centrales contra las poblaciones venidas del norte. Durante la segunda mitad del siglo XVI, estas tensiones desembocan lógicamente en las guerras «chichimecas».

Mandos y oficiales

Solo tenemos buena información de las expediciones de De Soto, de Coronado y, hasta cierto punto, de la de Menéndez. Respecto de las otras, las informaciones son más bien escasas. En cuanto a la expedición de Pánfilo de Narváez, el número de mandos a que se refiere Cabeza de Vaca en el curso de su relato es bastante reducido: el general, que ostenta además los títulos de adelantado y de gobernador, tres oficiales de la Corona —un tesorero y alguacil mayor (Cabeza de Vaca), un contador (Alonso Enríquez) y un factor-veedor (Alonso de Solís)—, un comisario en la persona de fray Juan Suárez, un franciscano cuya función exacta es de difícil descripción pero cuya autoridad es suficientemente grande para disponer que la tropa se adentre en Florida en pos de Pánfilo de Narváez, a pesar de la opinión desfavorable de Cabeza de Vaca. Jerónimo de Alaniz era el escribano de la expedición, un puesto indispensable para confirmar la legalidad de la toma de posesión del territorio y para leer el *requerimiento* a los indios. Conviene no olvidar que Castilla es un país de derecho escrito. Pánfilo había designado como lugarteniente suyo a un maestre de campo llamado Sotomayor, un hermano de Vasco Porcallo de

Figueroa, ese personaje pintoresco de Cuba que abastecía a las tropas que pasaban por la isla. Es este mismo Sotomayor el que, tras haberse refugiado en un bosque con algunos de los suyos tras el naufragio de su barca, derribó a su lugarteniente, el capitán Pantoja, porque trataba mal a sus compañeros de infortunio. Los supervivientes se fueron comiendo a los muertos uno tras otro, hasta que pereció Sotomayor. Hernando de Esquivel se lo comió concienzudamente hasta que no tuvo otra cosa a la que echarle el diente. Luego lo recogió un indio que le salvó momentáneamente de la muerte[32]. A la cabeza de la flota estaba un tal Caravallo del que no se tendrán más noticias, salvo que era alcalde (juez) y lugarteniente de Pánfilo, mientras que Álvaro de la Cerda se encargaba de abastecer al cuerpo expedicionario a partir de Cuba. ¿Era este último un allegado de Vasco Porcallo? Es posible. Al desgranar sus recuerdos, Cabeza de Vaca menciona a seis capitanes y algunas particularidades, como la presencia de ese señor de Texcoco, un tal don Pedro, muy probablemente un *indio amigo,* tal vez descendiente de una familia de caciques de la gran ciudad aliada y rival de Tenochtitlán.

Tenemos más información sobre la organización de la expedición de De Soto, caracterizada por un equilibrio sutil entre las viejas amistades peruanas y los orígenes extremeños del jefe, por una parte, y el lugar reservado a sus asociados, por otra. Hernando de Soto pertenece a una vieja familia aristocrática de Burgos que ha participado en la Reconquista del sur de España y que se ha instalado en la ciudad extremeña de Badajoz. Cuando es muy joven, se embarca para Nicaragua y luego participa en la conquista de Perú al lado de los Pizarro. A ello se debe la acumulación en los grados más altos de la jerarquía de sus amistades peruanas y extremeñas. En el organigrama original, Nuño de Tovar, un antiguo compañero de armas de Perú, debía ser su mano derecha. Fue nombrado capitán general pero solo permaneció en ese puesto el tiempo que duró la travesía del Atlántico, pues al llegar a Cuba, Hernando de Soto le sustituyó por Vasco Porcallo de Figueroa. Nuño de Tovar siguió siendo capitán de un escuadrón de caballería y murió en 1543 de resultas de sus heridas. Por su parte, Vasco Porcallo volvió a La Habana tras los primeros enfrentamientos con los indios de Florida. De Soto le sustituyó en su puesto de maestre de campo por Luis de Moscoso de Alvarado, natural de Badajoz y compañero de armas de De Soto en Perú. El capitán de infantería Juan Rodríguez también era un veterano de la conquista de Perú. Hernando de Soto iba acompañado de dos parientes, su sobrino Diego de Soto y el cuñado de este, Carlos Enríquez, igualmente originario de Badajoz. El capitán de caballería Arias Tinoco, su

hermano Diego Arias Tinoco y Alonso Romo de Cardeñosa, ambos alféreces generales, eran también parientes de De Soto. En cuanto a Luis de Moscoso, iba flanqueado por sus dos hermanos, Juan de Alvarado y Cristóbal de Mosquera, que no ocuparon ningún puesto de responsabilidad. Luis de Moscoso, al que se hizo responsable del revés de Chicaza, pagó su error con su puesto. Fue sustituido por Baltasar de Gallegos hasta la muerte de De Soto. Los capitanes luego se concertaron para designarle jefe de nuevo, y la última parte de la expedición y el regreso a Nueva España se hicieron bajo su mando.

Como se ve, los extremeños estaban bien representados en los puestos de mando. Entre los capitanes de caballería —los más prestigiosos—, cabe también señalar la presencia de Pedro Calderón, originario de Badajoz, y de Gonzalo Silvestre, natural de Cáceres y hombre de confianza de De Soto. También cabe añadir el contingente de caballeros portugueses procedentes de Elvas, en la Extremadura portuguesa, unos kilómetros más allá de la frontera teórica entre el reino de Castilla y el de Portugal. Otros dos grupos se sumaron a los anteriores. Se sabe que Cabeza de Vaca se negó a participar en una expedición que había esperado encabezar, pero De Soto incorporó entre sus efectivos a varios parientes suyos, como Francisco Maldonado, capitán de infantería, y Cristóbal de Espindola, capitán de la guardia personal de Hernando de Soto, al que Garcilaso de la Vega tiene por genovés, y al que el Fidalgo de Elvas llama pariente de Cabeza de Vaca[33]. En el caso de este hombre cabe dudar dadas las consonancias italianas de su patronímico (¿Cristoforo Spinola?). El último grupo es el constituido por los funcionarios del rey, Luis Hernández de Biedma, factor real que no desempeñó un papel determinante en el plano militar pero que debe su celebridad al informe que remitió al Consejo de Indias[34]; el tesorero Juan Gaytán, un veterano de las guerras africanas, y Juan de Añasco, el contador e interventor de la hacienda imperial y capitán de un escuadrón de caballería y al que Hernando de Soto no vaciló en confiar misiones peligrosas. La organización del ejército de De Soto se basaba en antiguos vínculos de camaradería y en estrechas relaciones familiares en Extremadura. Eso fue lo que permitió al general mantener su autoridad sobre el cuerpo expedicionario a pesar de los reveses y fracasos que sufrió. Las tensiones no afloraron sino a la vuelta al Pánuco donde los sevillanos y oficiales reales fueron acusados del fracaso de la expedición por los hombres de tropa.

Fue el virrey de Nueva España Antonio de Mendoza quien decidió los nombramientos de los mandos de la expedición de Coronado, con el apoyo bajo cuerda de un hombre poderoso de México, don Luis de

Castilla, que era a su vez un pariente cercano de Cortés por la vía femenina. Este rico *encomendero* de Tututepec, cerca de Oaxaca, era igualmente el propietario de la mina de plata de Taxco. En 1534 Carlos V le había nombrado regidor de la ciudad de México y don Luis invirtió bastante dinero en la expedición a la Tierra Nueva, sin duda con la esperanza de descubrir allí nuevas minas. Francisco Vázquez de Coronado había llegado a Nueva España en 1535 en la flota que llevaba allí al nuevo virrey del que era allegado. López de Cárdenas, nombrado maestre de campo y lugarteniente de Coronado tras la muerte en combate de Lope de Samaniego, era pariente de Mendoza por parte de su mujer y allegado de don Luis de Castilla. Otros mandos estaban directamente vinculados a Mendoza, como Rodrigo Maldonado, cuñado del duque del Infantado, cabeza de la familia Mendoza en España, o Tristán de Luna y Arellano, que fue nombrado maestre de campo al final de la expedición, tras la partida para España de López de Cárdenas y que era él mismo un allegado de don Luis de Castilla. Más tarde habrá de emparentar con los Mendoza por el matrimonio de su hijo con una mujer de esa familia. En lo que se refiere a los capitanes, fue la experiencia lo que prevaleció. Se reclutaron entre los antiguos capitanes de las campañas de Nuño de Guzmán en Nueva Galicia, como Diego López, Melchor Díaz o Lope de Samaniego, o en el círculo de Cristóbal de Oñate, un antiguo capitán del propio Guzmán y vicegobernador de Nueva Galicia en ausencia de Coronado. Solo hay dos capitanes que no parecen tener una relación con Mendoza o el antiguo personal de Guzmán, Juan de Zaldívar y Diego de Guevara. Por otra parte, Diego Gutiérrez de la Caballería, tesorero de la Corona, era tío de Beatriz de Estrada, la esposa de Coronado. Por tanto, la expedición de este prolonga, al menos por la jerarquía del mando, las conquistas de Nueva España y de Nueva Galicia, si bien en la cúspide se encuentran allegados del nuevo virrey encargados de hacer respetar las nuevas directivas venidas de España. El propio personal eclesiástico, integrado por franciscanos cercanos al obispo de México Juan de Zumárraga, cuyas ideas influían en Antonio de Mendoza, contribuye a reforzar esa impresión[35].

Si bien no se ha realizado ningún estudio a fondo sobre la organización de las tropas enviadas a Florida por Pedro Menéndez de Avilés en 1565, las informaciones de que disponemos no permiten dudar del carácter familiar y regional del reclutamiento[36]. Sobre las 1.500 personas que integraban el convoy que partió de Sanlúcar, 500 eran hombres de a pie organizados en un tercio de 10 compañías de 50 hombres cada una. Conviene señalar que Menéndez no se complica con la caballería. El maestre de campo se llamaba Pedro de Valdés y

pertenecía, como Menéndez, a una familia de hidalgos asturianos. Este joven —solo tenía veintitantos años— era ya un capitán de talento que se había formado en el teatro de operaciones italiano. A su vuelta de Florida se casaría con la hija de Menéndez. Cabe apostar a que tanto los soldados como sus capitanes fueron levados localmente en una región famosa por la calidad de sus soldados de a pie. Probablemente no era el caso de los centenares de campesinos y artesanos que partieron en el mismo convoy para fundar la colonia de San Agustín. Es probable que fueran reclutados en el sur de España, en el interior andaluz, entre los habitantes o entre emigrantes más recientes. Lo mismo ocurre con las expediciones francesas a Florida. Laudonnière nos da nombres de capitanes, muchos de los cuales han participado en las expediciones a la bahía de Río de Janeiro en el decenio de 1550, pero sin más comentarios. Debieron de ser reclutados en Normandía y en Saintonge y probablemente eran de fe reformada como sus jefes, Ribault y Laudonnière, mas no contamos con ningún indicio adicional que nos permita completar su hoja de servicios.

El problema del avituallamiento

El avituallamiento fue sin duda el problema más apremiante que tuvieron que afrontar los conquistadores. Solo unos días después de haberse adentrado a pie por el interior de Florida, los soldados de Pánfilo de Narváez, que habían llevado muy poca comida, empezaron a padecer hambre. Como apuntaba retrospectivamente Cabeza de Vaca, «como éramos nuevos en los trabajos, allende del cansancio que traíamos, veníamos muy fatigados de hambre»[37]. Y no era más que el principio. En todas las expediciones fueron más los momentos de escasez que los de abundancia. Los cuerpos expedicionarios no eran autónomos en el plano alimentario porque los barcos y los porteadores solo podían cargar una cantidad limitada de alimentos, suficiente únicamente para garantizar la subsistencia durante los primeros días. Una vez agotadas esas reservas, había que contar con las poblaciones locales, mediante el trueque o recurriendo a las requisas o al saqueo. En definitiva, esta era también la práctica en las guerras europeas, con la diferencia de que los campos europeos eran más prósperos que los cacicazgos amerindios. Sea como fuere, la presencia de cuerpos extranjeros de aquella magnitud desequilibraba la oferta de recursos de unos cacicazgos neolíticos y terminaba por irritar a las poblaciones que se alzaban o huían a los bosques, dejando a los españoles —o a los franceses— en una situación delicada frente a una naturaleza hostil.

La improvisación que imperó en la expedición de Narváez solo

podía conducir al desastre. Cabeza de Vaca no da muchos detalles sobre esos problemas porque sus recuerdos son demasiado lejanos y la cuestión del avituallamiento de las tropas solo se refiere a los seis primeros meses de su estancia en Florida. Después, los supervivientes vivieron como los indios que los habían recogido, ni mejor ni peor. Pero, como los karankawas eran exclusivamente cazadores-recolectores y no practicaban la agricultura, era preciso, como le ocurrió a Cabeza de Vaca, introducirse en un grupo familiar o tribal para aprender cómo sobrevivir. Los que, tras el naufragio de su embarcación improvisada, siguieron viviendo entre españoles, sin contacto con las poblaciones indias, se vieron reducidos al canibalismo y a la muerte. Con todo, Cabeza de Vaca da cuenta del alivio de la tropa al llegar a Apalachee (Anhaica, la capital del cacicazgo, hoy Tallahassee): «Dimos muchas gracias a Dios por vernos tan cerca de Él, creyendo que era verdad lo que de aquella tierra nos habían dicho, que allí se acabarían los grandes trabajos que habíamos pasado, así por el malo y largo camino para andar, como por la mucha hambre que habíamos padescido; porque aunque algunas veces hallábamos maíz, las más andábamos siete y ocho leguas sin toparlo». Entre el principio de agosto y el final de septiembre de 1528, todos los que se han salvado se encuentran en la playa de la desembocadura del Apalachicola para construir las famosas barcas con que esperan llegar al Pánuco. Mientras que algunos buscan marisco en las rocas, bajo una lluvia de flechas indias, los hombres de a caballo van y vienen entre su campamento y el poblado vecino de Aute para hacerse con el maíz que han dejado abandonado los habitantes que han preferido huir. Se mata a los caballos, que ya no tienen utilidad, para comerlos a medida que se va acercando el día del embarque. Salvo uno, nos dice Cabeza de Vaca, sin precisar lo que pudo ser de él[38].

A diferencia de Pánfilo de Narváez, Hernando de Soto desembarca en Tampa con las calas repletas. Las provisiones de forraje para los caballos, y de bizcochos, tocino y hortalizas para los hombres, no podrán menos que disminuir a ojos vista, pero el cuerpo expedicionario dispone de un recurso casi inagotable: una piara de cerdos. Este animal es característico de la España medieval. Es el símbolo de la España cristiana-vieja, esa España que ha expulsado a los judíos y que intenta convertir a los musulmanes que todavía residen en su suelo, dos religiones que se niegan a consumir carne de cerdo. De modo que para los hidalgos de las regiones que constituyen los confines confesionales, como Extremadura y Andalucía, de donde proceden la mayoría de los conquistadores, es de buen tono poseer una piara de cerdos, o incluso, como le ocurrió a Francisco Pizarro,

ejercer el oficio de porquero. Para él, el cerdo también tiene dos cualidades indispensables, su carácter rústico y la fecundidad de las hembras. De Soto había desembarcado una piara de 300 cabezas que se reproducían rápidamente. Esa piara sobrevivió, durante toda la expedición, a las múltiples vicisitudes a que estuvo sometida. Si se tercia, el cerdo también puede servir como regalo y así, para recompensar a los caciques de Altamaha y Achalaque por su buen recibimiento, les regaló «dos cochinos, macho y hembra, para que criasen»[39]. En la travesía del «desierto» de Ocute, que servía de frontera entre los cacicazgos de Ocute y de Cofitachequi, los gorrinos les fueron muy útiles a los españoles cuyas provisiones de maíz, que cargaban las tropas indígenas, se consumieron con rapidez. Gracias a ellos sobrevivieron a una escasez de alimentos de más de diez días. Cuando la columna llega a los cacicazgos del Misisipi, en la cuenca del Tennessee y del Alabama, algunos de esos cerdos desaparecen por haberlos robado unos indios poco acomodaticios con los recién llegados. Pero fue la batalla de Chicaza la que resultó letal para 400 puercos, la mayoría de los cuales murió abrasada en la hoguera inmensa que arrasó el lugar. No obstante, todavía quedaban y la piara pudo reconstituirse hasta el punto de que, antes de embarcarse en las balsas que debían llevarles al Pánuco, los españoles pudieron sacrificarlos y hacer tasajos con su carne.

En el siglo XVI la dieta española es ante todo cárnica. Cuando es necesario, los españoles comen de buen grado maíz, frutos secos, frutas, pero lo que verdaderamente les gusta es la carne. Es esta la que les aporta las sales minerales que durante buena parte del viaje no encuentran en los granos de maíz. A ello se debe que los caballos muertos en combate o por accidente terminen en el estómago de los soldados, a pesar de la conmovedora ternura que sentían por ellos. Los caballos no desempeñan el mismo papel que los puercos en la columna. Son ante todo compañeros de armas y, si hace al caso, bestias de carga a las que no se vacila en utilizar para acelerar el ritmo del desplazamiento o para transportar los víveres abundantes encontrados en un poblado. Pero es un animal frágil con el que los indios se ensañan particularmente y que también puede morir por accidente. Los últimos caballos fueron transportados en barcos que descendieron el Misisipi antes de desembocar en el golfo de México. El modo de transporte era ingenioso pero, como iban al descubierto, fueron blancos para los arqueros indios, que aprovecharon la falta de protección para vengarse de aquellos animales que tanto daño les habían hecho. En un remanso los barcos abordaron la orilla derecha, los indios desembarcaron los caballos y los mataron, ante la mirada

desconsolada de los 200 supervivientes que asistieron al cruel espectáculo. Para los hombres de a caballo su montura era parte de ellos mismos. Pero a todas luces esta «autoproducción» de carne, porcina o equina, no podía satisfacer las necesidades del ejército. Era, pues, necesario abastecerse sobre el terreno a expensas de las poblaciones indígenas.

Los documentos sobre la expedición de De Soto permiten hacerse una idea de los recursos obtenidos por los españoles. Cuando De Soto parte de Tampa, deja tras él una guarnición en un campamento— un *real*— donde se almacenan víveres y material de guerra. Ante las dificultades que encuentra, el general ordena vaciar poco a poco su campamento base y los refuerzos que le llegan en olas sucesivas traen víveres abundantes. Como no puede llevárselo todo, De Soto ofrece lo que queda —tejidos, armas y herramientas principalmente— al cacique Mucozo a cambio de su fidelidad. Hasta Anhaica, en el cacicazgo de Apalachee, su ejército es todavía autónomo en el plano alimentario. Al alejarse de la costa para adentrarse en el interior, los españoles observan que las poblaciones practican la agricultura y no se privan de servirse de maíz, de hortalizas y de fruta al pasar por los poblados abandonados por los habitantes, pero resienten sobre todo la falta de carne. Al aproximarse a Apalachee, que es el primero de los grandes cacicazgos del Misisipi, los campos de maíz son cada vez más numerosos. Entonces De Soto decide pasar allí el invierno y ordena que acudan los últimos refuerzos estacionados en Tampa. El invierno de 1539-1540, particularmente riguroso, transcurre de forma bastante confortable en el poblado de Anhaica, transformado en campamento fortificado, pero las salidas para buscar bastimento en los campos vecinos se ven continuamente interrumpidas por las emboscadas que tienden los indios. En la primavera de 1540 el ejército se pone en marcha hacia el nordeste, en dirección de Cofitachequi. La acogida de los indios de esta comarca es más cordial. En Ichisi (Achussi), del cacicazgo de Ocute, Ranjel da cuenta de que los habitantes les ofrecen las gallinas del país —entiéndase pavos— y carne de caza asada. Los habitantes, tanto hombres como mujeres, se han acicalado para recibirlos y les ofrecen tortillas de maíz y manojos de cebolletas[40].

La travesía del «desierto» de Ocute, que resulta particularmente penosa, termina con la pérdida de muchos puercos y algunos caballos al vadear los ríos. Pero se recibe y alimenta muy bien a los extranjeros cuando van hacia el norte, antes de llegar al cacicazgo vecino de Jiara, situado al noroeste. En Cuaquili, los habitantes los acogen con maíz, pavos asados y unos perritos criados y engordados para carne. Reciben la misma acogida en Joara, pero el país es montañoso y más pobre y

las marchas son agotadoras. A ello se debe que cuando bajan hacia el sur y la cuenca del Tennessee, donde viven densas poblaciones de la cultura del Misisipi, la región se les antoja una tierra de Jauja. En Chiaha, la tropa extenuada, hombres y caballos confundidos, descansa durante quince días y repone sus fuerzas. Este es el momento en que Hernando de Soto, a instancias de sus hombres, exige a los caciques que le entreguen mujeres. A partir de ahí, la resistencia indígena se vuelve sistemática, tanto más que los soldados españoles saquean los graneros de Coste, de donde han de retirarse bajo nubes de flechas y bastonazos. Más al sur, en Tali, el cacique local distribuye comida, en particular frijoles cocidos, sin duda para evitar que su cacicazgo sea saqueado y arrasado. Pero la hostilidad de la población va intensificándose más al sur, en el cacicazgo de Tascaluza, en cuyo poblado de Mauvila se libra la primera verdadera batalla de la expedición, en octubre de 1540. A partir de ese momento, la alimentación constituye un factor esencial de supervivencia para unos españoles a los que los combates han privado de sus bagajes y que habrán de afrontar de nuevo ejércitos indígenas en Chicaza el 3 de marzo de 1541, en Chicazilla el 15 de marzo y en Alibamo el 16 de abril. El combate de Chicaza es el más demoledor, ya que el fuego diezma la piara de cerdos y destruye lo que les quedaba de la ropa y las armas rescatadas en Mauvila. La progresión hacia las ricas tierras de la confluencia entre el Misisipi y el Ohio, de la cuenca del Arkansas y del Yazoo, en la orilla derecha del gran río, se lleva a cabo en condiciones extremas. Son necesarios nueve días de marcha forzada para atravesar un nuevo «desierto» y llegar al cacicazgo de Quizquiz, en la orilla oriental del Misisipi, al sur de la actual ciudad de Memphis, alrededor de mediados de mayo de 1541.

En esa región del valle central del Misisipi, las posibilidades de avituallamiento son más numerosas. De Soto alterna la negociación con la fuerza. Es el único lugar, durante los cuatro años que dura la expedición, en el que los españoles consiguen establecer unas alianzas con los jefes indígenas que, si bien son temporales y puramente tácticas, permiten, al oponer a unos caciques con otros, garantizar cierta comodidad a las tropas. Sin embargo, a pesar de alimentarse adecuadamente con maíz, frutos secos o pescado, los españoles no están satisfechos. Lo que necesitan es carne. La comida vegetariana les debilita y esta es la razón por la que De Soto lanza sus incursiones por el oeste, en las montañas Ozark, avanzando sin duda hacia esas tierras de bisontes de las que ha oído hablar y cuyos cueros ha visto trocar a los pobladores de las llanuras con los del valle del Misisipi. En el valle del White River comen por primera vez carne de bisonte. Buena parte

de los ingresos de los cayas procede de la producción y la comercialización de la sal que producen ciertos manantiales y que ellos extraen por evaporación. Los hombres de De Soto han estado privados de sal desde hace años. Algunos se hartan hasta tal punto de ella que les cuesta la vida[41]. De Soto considera más prudente retornar al este, donde había regiones más densamente pobladas y con una agricultura rica. Pasa el invierno en Utiangüe, al noreste de Memphis, cuyas reservas son abundantes. Tras su muerte, Luis de Moscoso se lleva al ejército hacia el oeste, en dirección del Pánuco, antes de volver a las riberas del Misisipi para invernar allí. Los españoles padecen hambre de nuevo en una región saqueada a la ida y cuyos graneros ahora están vacíos. Pero el invierno pasado en Aminoya, una ciudad situada al sudeste de Memphis, es relativamente llevadero porque, a pesar de los rigores del clima, abundan los víveres.

Las condiciones de aprovisionamiento en la Tierra Nueva del norte de Nueva España diferían de las de Florida y el Misisipi. Digamos que eran más tradicionales, más acordes con las que se encontraban en Europa o a las que los españoles habían empezado a reconstituir en Nueva España después de la Conquista. Sin embargo, había una diferencia fundamental. Las poblaciones del extremo norte cultivaban maíz, calabaza, frijoles y algodón en las orillas del Gila, del Colorado, del Little Tennessee, del Río Grande y del Pecos. Esa agricultura de oasis solo podía alimentar a un número limitado de bocas. La súbita llegada de varios miles de hombres y de animales desequilibraba las condiciones de supervivencia de las comunidades indígenas. Vistas desde el bando español, las expediciones de Marcos de Niza y Estebanico, por una parte, y de Coronado, por otra, requerían medios logísticos más módicos que los exigidos por los viajes a Florida. No sabemos nada sobre el periplo de Marcos de Niza en 1539. Aparentemente los dos franciscanos, Marcos y Onorato, así como el liberto Estebanico, eran los únicos no indios de un viaje que se asemejaba bastante al de Cabeza de Vaca, pues transcurría en las mismas comarcas que en 1536. El pequeño grupo, acompañado por una pequeña comitiva de indígenas, constituida al parecer esencialmente por mujeres, tenía más de procesión mesiánica que de ejército[42]. Toda esta gente se abastecía en las regiones que atravesaba con los dones que les hacía la población local. Pero con el ejército de Coronado todo cambia. La hueste es tanto más importante cuanto que este transporta siete cañones de calibre pequeño. Se estima que, entre caballos, mulas, cerdos y ovejas, acompañan a los 1.000 o 1.500 hombres, por no contar más que los combatientes españoles e indígenas, un rebaño de unas 7.000 cabezas. Ello no impide que se

proceda a requisas de víveres entre las poblaciones indígenas ni evita las privaciones. A lo largo de todo el camino cada requisa suscita alzamientos o al menos largas negociaciones con los caciques locales. En los territorios zuñi y pueblo la carestía no es tanto de víveres como de las ropas de invierno que tendría que haber traído la expedición naval de Hernando de Alarcón. Sin recursos para pasar los dos inviernos rigurosos de 1540-1541 y de 1541-1542, Coronado se ve obligado a hacer uso de la fuerza. Ordena vaciar los poblados para instalar en ellos a sus tropas y requisa las ropas de algodón y de cueros de bisonte para vestir a sus soldados, y sobre todo la leña para calentarlos, que no abunda en la comarca. Para ello utiliza la armazón de madera de las casas que manda destruir[43]. Lógicamente este proceder genera una hostilidad creciente de las poblaciones indias.

Es curioso que, en lo que se refiere a las condiciones de supervivencia de los europeos en el continente norteamericano, sean las crónicas de Laudonnière las más precisas. Los franceses no se dispersaron por el continente. Su objetivo estratégico era establecer una cabeza de puente en la costa oriental de Florida para desafiar a los españoles y espiar sus actividades navales en el estrecho de Florida. Como estos, establecieron relaciones con los cacicazgos indios locales, pero Laudonnière presenta la enorme ventaja de contárnoslo. En la primera expedición de Jean Ribault en 1562-1563, los soldados, poco numerosos por lo demás, solo pueden contar con los intercambios que mantienen con las poblaciones locales. La cuestión de los víveres solo se presenta al comienzo de 1563, cuando los indios abandonan sus poblados para ir a cazar a los bosques y recolectar bellotas y nueces, a la espera de que el maíz madure en sus campos. El jefe Audusta aconseja al capitán Albert, gobernador de Charles-Fort, que vaya más al sur, hacia un cacicazgo donde hay «abundancia en todas las estaciones, y que está repleto de tal cantidad de mijo (maíz), harinas y habas (frijoles), que con una sola remesa podría haber víveres para mucho tiempo». El viaje se lleva a cabo en barca. El cacique Ouaddé recibe amistosamente al pequeño destacamento. A cambio de dos hoces y algunas mercancías menudas, los franceses obtienen dos barcas de maíz y de frijoles[44]. Será necesaria otra expedición un poco más tarde y, cuando la guarnición abandona Charles-Fort para regresar a Francia, los víveres son tan escasos que los supervivientes llegan a comerse a uno de los suyos.

La segunda expedición de 1564 se proponía crear un asentamiento y transportaba, además de soldados, campesinos y artesanos. Es preciso rendirse a la evidencia de que Laudonnière nunca menciona la existencia de actividad agrícola. Los colonos son aprovisionados

únicamente por intercambios con los indios de Saturiona. Este último les provee de pescado, venados, pavos, leopardos, oseznos y otros víveres, a cambio de hachas, cuchillos, cuentas de vidrio, peines y espejos[45]. Laudonnière también deja constancia de viajes del capitán Vasseur a la isla de Port Royal, situada más al norte, donde se había fundado el Charles-Fort en 1562 y donde los franceses habían conservado relaciones amistosas con los indios de Audusta. Este les cambia maíz, frijoles y caza por algunas prendas de vestir, cuchillos y objetos de mercería. En otro poblado el capitán Vasseur consigue maíz, bellotas y hojas de «cassiné», una infusión local obtenida a partir de una variedad de acebo[46]. Pero todo cambia de nuevo con la llegada del invierno y la salida de los indios hacia sus lugares de caza y recolección, dejando a los franceses privados de todo y al borde de la hambruna. La transición es difícil incluso para los indígenas, a los que solo queda el grano necesario para la siembra. A partir de mayo de 1565 las reservas se han agotado y el estado físico de los colonos se vuelve inquietante: «Los efectos de aquella espantosa hambruna se manifestaron inmediatamente en nosotros porque los huesos empezaron enseguida a ceñirse tanto a la piel de la mayoría de los soldados que en varios casos la atravesaron»[47]. Saturiona aprovecha la ocasión para subir los precios y sus sujetos se muestran particularmente arrogantes, hasta el punto de que a Laudonnière le cuesta trabajo retener a sus tropas deseosas de saquear sus graneros. Por último, los franceses consiguen obtener víveres en los cacicazgos situados al sur de Fort-Caroline porque allí el maíz llega a sazón antes. Laudonnière en esta ocasión prepara su viaje de vuelta, pues piensa que una vez más la metrópoli ha olvidado a sus colonos en tierra americana.

Estas cuestiones de aprovisionamiento fueron, pues, el principal problema que encontraron los conquistadores y les mereció la animosidad de los indios. Y ello por añadidura de los padecimientos de los soldados, muchos de los cuales murieron de frío, de hambre o de enfermedades infecciosas asociadas a una alimentación deficiente. A ello se debe, por ejemplo, que Pedro Menéndez de Avilés modificase el enfoque del problema. Su proyecto estratégico era abrir una ruta a través del continente, entre su asentamiento de Santa Elena, en la costa atlántica, y la región minera de Zacatecas en Nueva España, un proceso ambicioso, y un poco loco, que las expediciones de Juan Pardo, entre 1566 y 1568, habrían de iniciar y terminarían por redimensionar. La idea de crear una cadena de puntos de apoyo, constituida por graneros y pequeños fortines en poblaciones cabeza de etapa, debía permitir a los españoles evitar las requisiciones aleatorias

practicadas a las poblaciones indígenas y aliviar la carga que hacían pesar sobre estas últimas. Se consideraba que la recaudación del tributo debía bastar para llenar los graneros y mantener los fortines. Este proyecto recuerda el que España estaba ejecutando al mismo tiempo en Europa, a lo largo de la famosa «ruta de Flandes», entre Génova y los Países Bajos, donde una serie de ciudades cabeza de etapa tenían que encargarse de acoger y abastecer a los tercios que venían de Italia para hacer la guerra a los insurgentes flamencos. Menéndez no había contado con la resistencia feroz de las poblaciones indias que destruyeron sistemáticamente las primeras instalaciones, que Juan Pardo había distribuido entre la costa atlántica y el valle del Tennessee, y que exterminaron hasta el último hombre en aquellas guarniciones aisladas[48].

De hecho, ahí radica el fracaso de las expediciones españolas y francesas en esta región del mundo durante el siglo XVI. Los conquistadores nunca encontraron las condiciones favorables que habían permitido a sus predecesores acabar con los grandes imperios mesoamericanos o andinos. Ante todo, sus ejércitos no supieron afrontar eficazmente la guerra de guerrillas que mantuvieron contra ellos las poblaciones indias. Nunca encontraron aliados suficientemente poderosos para controlar territorios que rebasasen las fronteras de su propio cacicazgo y suficientemente leales para aportarles una ayuda valiosa. El esfuerzo que tuvieron que hacer para ocupar y pacificar aquellas regiones era demasiado importante y requería unas sumas astronómicas y desproporcionadas en relación con los beneficios que se pudieran extraer. En una palabra: no valía la pena. Esa era la situación en el sudeste del continente, entre Florida y el Misisipi. En la Tierra Nueva la dificultad de las comunicaciones y la aridez de la región parecen haber disuadido a los conquistadores. La región es pobre, su agricultura de oasis es limitada, la población más bien dispersa y las posibilidades de explotación prácticamente inexistentes. En ambos casos, tanto el del sudeste como el del sudoeste, falta lo necesario para conseguir que se fije una población de colonos y que comience a parcelarse el territorio: las minas de metales preciosos. A falta de estas, parece imposible explotar el país y las inversiones se consideran, cuando menos, poco rentables. También había que contar con las poblaciones indígenas. Al este eran tan salvajes que someterlas parecía imposible, al menos con los medios de que disponían los jefes militares. En el oeste la situación podía haber parecido más favorable si la pobreza de la región no hubiese disuadido a los posibles colonos. Los poblados zuñi, hopi y pueblo estaban culturalmente cerca de las poblaciones de los altiplanos, pero

el mero hecho de considerar su conquista, a varios miles de kilómetros de México, parecía un proyecto delirante. Durante la segunda mitad del siglo XVI los españoles se contentarán con consolidar sus posiciones alrededor de los filones argentíferos del norte del México actual y con reducir la resistencia de los chichimecas. Solo más tarde, cuando aseguraron su retaguardia, volverían a hacer otro intento en Nuevo México, pero los resultados fueron igualmente decepcionantes.

---

22. Ross Hassig, *Aztec Warfare. Imperial Expansion and Political Control,* Norman, University of Oklahoma Press, 1988; *War and Society in Ancient Mesoamerica*, Berkeley, Los Ángeles, University of California Press, 1992; James Lockhart, *The Men of Cajamarca. A Social and Biographical Study of the First Conquerors of Peru*, Austin, University of Texas Press, 1972.

23. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios, op. cit.,* cap. IV, col. Austral, p. 20.

24. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro sexto, cap. XX, p. 578.

25. Pedro de Castañeda de Nájera, *Relación de la jornada de Cíbola, op. cit.,* Primera parte, cap. X, p. 61.

26. Eugene Lyon, *The Enterprise of Florida. Pedro Menéndez de Avilés and the Spanish Conquest of 1565-1568, op. cit.,* pp. 102-103.

27. Se llamaba Francisca de Hinestrosa y era la esposa de Hernando Bautista: «estaba en días de parir». Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* p. 408.

28. *Ibid.,* p. 520.

29. René de Laudonnière, *L'histoire notable de la Floride…, op. cit.,* p. 15.

30. La Saintonge es una región histórica francesa situada en la parte centro-occidental de la costa atlántica (actualmente abarcaría, en diferentes proporciones, los departamentos de Charente Maritime, Charente y Deux-Sèvres) y cuya capital fue Saintes. *(N. del T.)*

31. Robert Flint, *No Settlement, No Conquest…, op. cit.,* p. 56.0

32. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios, op. cit.,* cap. XVII col. Austral, p. 51.

33. También llamado Cristóbal de Espinosa. Fidalgo de Elvas, *Relación verdadera de los trabajos…*, col. Austral, pp. 38-39.

34. Luis Hernández de Biedma, *Relación de la conquista de la Florida…,* véase CODOIN, t. 3, pp. 414-441.

35. Marcel Bataillon*, Erasmo y España, op. cit.,* pp. 540 y sigs., 810 y sgs.

36. Eugene Lyon, *The Enterprise of Florida. Pedro Menéndez de Avilés and the Spanish Conquest of 1565-1568, op. cit.,* pp. 74-75.

37. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios, op. cit.,* cap. V, Austral, p. 21.

38. 16 *Ibid.,* cap. VIII, p. 30.

39. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro tercero, cap. 2, p. 306.

40. Rodrigo Ranjel, en Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias, op. cit.,* p. 557.

41. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro cuarto, cap. XII, p. 446.

42. Descubrimiento de las siete ciudades por el padre fray Marcos de Niza, en *Crónica de la expedición de Francisco Vázquez de Coronado a las grandes praderas de Norteamérica*, Ángel Luis Encinas Moral (ed.), Miraguano ediciones, Madrid, 2016, p. 154.

43. Richard Flint, *Great Cruelties Have Been Reported. The 1544 Investigation of the Coronado Expedition,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 2002. Esta fue una de las acusaciones principales formuladas contra los responsables de la expedición.

44. René de Laudonnière, *L'Histoire notable de la Floride..., op. cit.,* p. 49.

45. *Ibid.,* p. 130.

46. *Ibid.*, pp. 136-137.

47. *Ibid.*, p. 156.

48. Charles Hudson, *The Juan Pardo Expeditions..., op. cit.*

8

LOS PARAÍSOS PERDIDOS

Como las poblaciones indias que las expediciones encontraron en su camino no han dejado huellas escritas, es evidente que solo podemos estudiarlas a través de la mirada sesgada de los cronistas españoles que, a diferencia de los monjes franciscanos, dominicos o de los jesuitas de Nueva España, prestaban poco interés a los pueblos indígenas. El historiador no puede sino lamentarlo pero tiene que plegarse a esa realidad. Sencillamente, se trata de un hecho con el que habrá que contar. Nuestros relatos están elaborados por soldados que no comparten con los misioneros de Nueva España la vocación antropológica. Para ellos, el indio es un enemigo potencial del que desconfían y las consideraciones militares siempre predominan sobre la observación y la comprensión. De todos los comentarios que han podido hacer los cronistas, los que se refieren a los enfrentamientos son los más numerosos. También es preciso reconocer que en esa confrontación los españoles fracasaron ampliamente. Las poblaciones indígenas supieron replicar a su violencia con la violencia y la astucia. Solo gracias a esa resistencia pudieron preservarse, al menos temporalmente. Las bajas indígenas fueron muy cuantiosas, pero no afectaron a la supervivencia inmediata de esos pueblos. Tan pronto como las tropas españolas pasaron, se cicatrizaron las llagas que habían abierto. Resulta paradójico que sea a finales del siglo XVI y principios del XVII, cuando los españoles consiguen imponerse pacíficamente en Florida, el momento en que primero se inicia y luego se amplía el declive demográfico de las poblaciones indígenas. En el siglo XVIII la extinción de los pueblos nativos de Florida, o al menos de los que estaban presentes en el territorio a comienzos del siglo XVI y que vivieron en contacto con los españoles, es total. Sus últimos representantes se deportan a las Antillas cuando los ingleses de Charleston expulsan de Florida a los colonos españoles. Las poblaciones indígenas de Nuevo México y de Arizona, más aisladas y por tanto mas preservadas, resistieron mejor la colonización y sus efectos. Sin embargo, cuando llegan a Nuevo México nuevas expediciones españolas en 1581, las huellas de los daños ocasionados por los soldados de Coronado todavía se ven en el paisaje. Muchos poblados destruidos no han sido reconstruidos. Cabe preguntarse lo

que los conquistadores españoles iban a buscar en esos territorios inhóspitos y hostiles que ellos contribuyeron a arruinar todavía más.

La búsqueda de la gloria

Las razones por las que los aventureros españoles van a perderse en aquellas tierras hostiles tienen que ver ante todo con su posición social. Los jefes de las expediciones persiguen la gloria que antes les ha sido esquiva o intentan reverdecer los laureles de una casa nobiliaria todavía demasiado humilde o que se encuentra en decadencia. Esta gloria significa inscribir su nombre en la gran aventura de la conquista americana, como hicieron Hernán Cortés o Francisco Pizarro, que son sus modelos. Pero esta gloria personal siempre va asociada con la de la monarquía católica y la defensa de la ortodoxia romana para los españoles y con la de la monarquía francesa y la defensa de cierta concepción de la libertad religiosa entre los franceses. La mayoría de ellos también tenían que tomarse la revancha ante un destino que les había sido adverso, animados por la voluntad de borrar unas humillaciones renovadas o de ascender todavía más alto en la escala de la reputación. Tomemos el caso bastante emblemático de Pánfilo de Narváez, un segundón de la Conquista más habituado al fracaso que al éxito. Guerreó en Santo Domingo y en Cuba con escaso beneficio. También estuvo involucrado en un sórdido caso de matanza de indios indefensos. Salió del paso pero le persiguen tanto su mala reputación como el mal hado. Cuando el gobernador de Cuba, Velázquez de Cuéllar, le envía para que meta en cintura a Hernán Cortés, que campa por sus respetos en el continente, encabeza una expedición a Veracruz que se convierte en un fiasco. No solo es derrotado en la batalla de Cempoala, donde es capturado, sino que sus tropas le abandonan para sumarse a las del futuro vencedor de Tenochtitlán.

El caso de Hernando de Soto es diferente. El suyo era ya un nombre respetado en la gesta colonial y habría podido bastarle su carrera para disfrutar de días felices de jubilado próspero. Había hecho fortuna en Nicaragua y participado, al lado de los Pizarro, en la conquista de Perú. Fue uno de los protagonistas de la famosa batalla de Cajamarca tras la cual fue capturado el Inca, lo que le deparó una buena parte de su rescate. Pero eso no le basta. En su opinión, solo ha desempeñado un papel de muñidor en la sombra de su suegro, Pedrarias Dávila, en Nicaragua, o de los hermanos Pizarro, en Perú, a pesar de ser inmensamente rico y de haber recibido el hábito de Santiago como recompensa de sus méritos. De modo que invierte toda su fortuna en

esa expedición de Florida de la que espera que le permita acceder al grado de honores y gloria alcanzado por sus competidores al descubrir un nuevo Tenochtitlán o un nuevo Cuzco en el subcontinente norteamericano. Como un jugador de casino, él busca la martingala en esa expedición azarosa. En cuanto a Vázquez de Coronado, poco se sabe de las motivaciones que le impulsaron a intentar la aventura. Como pertenece al círculo inmediato de Antonio de Mendoza, primer virrey de Nueva España, este le utiliza para contrarrestar la ambición de Hernán Cortés al que la monarquía está retirando su favor, pero que sigue activo en Nueva España, donde goza de gran popularidad entre los colonos de la primera hora. Sigue siendo la figura más respetada entre los conquistadores americanos. Por otra parte, en cuanto vuelven a Nueva España en 1536, Cabeza de Vaca y sus tres compañeros se apresuran a ir a saludarle en México. Por otra parte, como los barcos de Cortés navegan desde hace unos años a lo largo de las costas del Pacífico, la expedición de Coronado también está llamada a poner coto a las ambiciones del marqués del Valle. Pero al margen de esto, Coronado invierte también bastante dinero en un periplo del que no obtendrá ni gloria ni beneficio.

Muchos de los capitanes de Coronado habían participado en la conquista de Nueva Galicia a las órdenes de Nuño de Guzmán. Habida cuenta de la forma en que se había desarrollado dicha operación, cabe imaginar que lo que los motivaba no era tanto la gloria como el afán de lucro. Tristán de Luna y Arellano era uno de ellos. Fue joven capitán de Guzmán y durante cierto tiempo maestre de campo de Coronado; luego le escogió Luis de Velasco, virrey de Nueva España para encabezar la expedición de colonización a Ochuse, en la bahía de Pensacola. En 1559 Tristán de Luna es un hombre de edad y para él esta es la última oportunidad de afirmar su valía en una operación en la que se limita a ser el ejecutor, ya que el control en última instancia del proyecto corresponde a las autoridades de México y al virrey Luis de Velasco. Pero decididamente no le acompaña la suerte. De entrada, un huracán aniquila sus esperanzas y, hundido por tanta adversidad, termina por abandonar a sus compañeros de infortunio, requisar un barco de paso hacia España y abandonarlos allí donde se encuentran. A Ángel de Villafañe, que los recoge para llevarlos a que se establezcan en Santa Elena, Carolina del Sur, no le cupo mejor suerte. Un naufragio frente al lugar escogido pronto acaba con sus sueños de colonizador. Así que se vuelve a Santo Domingo y pone fin a su carrera de conquistador del Nuevo Mundo. El juicio a que fue sometido Coronado al volver de su expedición fallida es bastante elocuente en cuanto a las consecuencias de la aventura. Son muchos

los testigos que cuentan cómo varios años más tarde todavía no han liquidado sus deudas. Algunos todavía están en trance de suplicar a la monarquía que les conceda subsidios[49]. La expedición de Nuevo México fue para la mayoría de los participantes un desastre económico cuando pensaban que en ella encontrarían la riqueza. Sin embargo, podían considerarse afortunados por estar vivos. En comparación con otras *entradas,* la de Coronado fue la menos gravosa en vidas humanas, al menos en el bando español.

América del Norte no fue, pues, nada propicia a las hazañas guerreras de los españoles. Solo Menéndez de Avilés pudo hasta cierto punto salir airoso. Sin embargo, sería exagerado decir que tuvo éxito. De él se dirá simplemente que fracasó menos que los otros. Poseía ya una sólida experiencia marítima en la guerra de corso y la organización de convoyes navales transatlánticos, pero sobre todo daba pruebas de gran tenacidad y de notable crueldad, una cualidad necesaria en la guerra marítima donde no se hacían prisioneros. Tenía a sus espaldas una carrera con sus altos —sus hazañas marítimas— y sus bajos —sus problemas judiciales—, pero su fidelidad a la monarquía y a la religión romana era indefectible. Fue el único que dejó su marca con la fundación de la primera ciudad europea de América del Norte y la única ciudad española en Florida. Pero lo que lo hizo célebre fue la matanza de los hugonotes franceses de la expedición Laudonnière-Ribault en Fort-Caroline. Pudo ocurrir que su crueldad suscitase la indignación de la Europa protestante, pero en España fue reconocido como un héroe. En definitiva, el balance es exiguo porque de los grandes proyectos de ruta estratégica entre Florida y Nueva España, de descubrimiento del paso del Noroeste, prácticamente no queda nada salvo algunos «presidios» expuestos a los ataques ingleses y unas relaciones precarias con los pueblos indígenas del interior. Menéndez pudo transmitir el prestigioso título de *adelantado* a sus descendientes, pero los privilegios que llevaba aparejados se reducían a unos jirones de territorio inhóspito.

Fue sobre todo la gloria la que empujó a Ribault y Laudonnière a Florida. Ese proyecto de implantación formaba parte de una amplia estrategia destinada a contrarrestar la política de la monarquía católica en el Atlántico y a cortar la ruta entre el Caribe y Cádiz, que era vital para la supervivencia de España. El proyecto fracasó. Ribault murió, Laudonnière volvió a Francia pero acabó su vida en el olvido. Solo Dominique de Gourgues sacó provecho del asunto de Florida. La destrucción del fuerte San Mateo y la matanza sistemática de los soldados y colonos españoles como represalia a la de los franceses le merecieron un efímero momento de gloria. Los Guisa, con influencia

en la corte de Francia, consiguieron que cayera en desgracia durante varios años. Cuando recuperó el favor, volvió a dársele mando pero la memoria de su hazaña se perdió en el tumulto de las guerras de religión. América del Norte no fue pues terreno propicio para las gestas de los que, tanto en España como en Francia, perseguían la gloria.

Hacer fortuna

La esperanza de acrecentar la honra solo podía afectar a algunos dignatarios que ya estuviesen bien considerados, pero la mayoría de los participantes en esas expediciones lo único que esperaban era amasar riquezas suficientes para salir de su mediocridad económica. Todos ellos lo único que querían era ganar dinero y esos territorios inexplorados suscitaban el fantasma de una fortuna rápida. Los primeros que vislumbraron los beneficios que se podían obtener de esos tráficos fueron los tratantes de esclavos. Muchos de ellos constituyeron grupos informales, como los corsarios y piratas que surcaban aquellas aguas. Se organizaban de forma autónoma al margen de todo control estatal y organizaban razias en las Bahamas o en las costas de Florida. Esta era, por lo demás, una práctica corriente en el Mediterráneo, de la que eran blanco las costas del Magreb y a la que los marinos españoles se dedicaban desde hacía siglos. Las Antillas Mayores necesitaban una mano de obra que había que renovar continuamente debido a la desaparición acelerada de las poblaciones indias. Enseguida las autoridades locales se lanzaron oficialmente a la caza de esclavos y uno de los principales protagonistas de ella fue el rico plantador y oidor de la Audiencia de Santo Domingo Lucas Vázquez de Ayllón. En 1521 una expedición al mando de Francisco Gordillo y el capitán Pedro de Quejo fue a practicar un reconocimiento y volvió con un buen cargamento de esclavos, lo que permitió a Vázquez de Ayllón crear una compañía con algunos colegas ricos y bien situados. En 1523 obtuvo la autorización de Carlos V para colonizar Florida, pero ese proyecto tuvo un final desastroso en 1526. Ciertamente, las razias prosiguieron pero resultaron cada vez menos rentables, porque las Bahamas estaban despobladas y los indígenas de Florida, que ya sabían a qué atenerse con los europeos, supieron darles el recibimiento que correspondía. Hay que señalar como una de las causas de los fracasos de las grandes expediciones españolas en América del Norte precisamente esas batidas contra las cuales los indios consiguieron precaverse. Incluso cuando los europeos les tendían amistosamente la mano, los indígenas desconfiaban o

simplemente rehuían el contacto.

Los cazadores de esclavos hicieron estragos al norte de Nueva España, casi siempre con el pretexto de que los indios se negaban a reconocer la autoridad del rey de España. Esa insumisión les convertía en *indios bravos* y permitía que se les diese caza. Nuño de Guzmán, el gobernador de Nueva Galicia, se especializó en estas operaciones y sus capitanes las prosiguieron incluso después de que su jefe hubiese sido destituido. Cabeza de Vaca nos ofrece un testimonio particularmente vivo y conmovedor del terror que inspiraban a los indios aquellos desalmados aventureros blancos. San Miguel de Culiacán, la ciudad española más septentrional, era un centro neurálgico de la caza de indios en el norte de Nueva Galicia y más allá. Era en esas zonas grises en las que el Estado trataba laboriosamente de aposentarse, donde cometían sus tropelías los tratantes de esclavos, como el capitán Diego de Alcaraz y sus acólitos, los primeros europeos que Cabeza de Vaca y sus tres compañeros encontraron tras sus años de soledad. Las batidas habían obligado a los indios a abandonar sus poblados y sus campos para refugiarse en los bosques o en las montañas. Diego de Alcaraz pidió, pues, a Cabeza de Vaca, de reconocida experiencia y autoridad ante los indios, que recorriese la región para lograr que los habitantes volviesen a sus pueblos, trajesen sus reservas de maíz y reanudasen el cultivo de sus campos. Sin darse cuenta, Cabeza de Vaca hizo el juego a los tratantes de esclavos porque, una vez que los indios volvieron, un hombre de Alcaraz, un tal Cebreros, llevó a los cuatro supervivientes de la expedición de Narváez por los montes, donde les extravió mientras los hombres de Alcaraz agrupaban a los indios y se los llevaban cautivos[50]. Cabeza de Vaca relata también que, cuando finalmente partió hacia Compostela, capital de Nueva Galicia, le acompañaban veinte de a caballo «y seis cristianos, que traían quinientos indios hechos esclavos» para venderlos en el mercado de México[51]. En esas condiciones se entiende que los pueblos indígenas del noroeste se hayan precavido contra los españoles y que, como los de Florida, hayan resistido fieramente a los intentos de apoderarse tanto de sus tierras como de sus cuerpos. La resistencia ejercida contra la expedición de Vázquez de Coronado por los indios pueblo de Nuevo México concordaba con las nubes de flechas que acogieron a los miembros de la expedición de Narváez en Florida. Diego de Alcaraz había suscitado tanto odio por su persona que fue aniquilado, junto con la guarnición española de San Jerónimo de los Corazones, ciudad de la que había sido nombrado gobernador.

La trata de esclavos siguió siendo una actividad lucrativa durante mucho tiempo en aquellos territorios del norte y se justificaba por las

«guerras chichimecas» que agitaron la región durante la segunda mitad del siglo XVI. En Florida la trata se moderó en el bando español tras la fundación de San Agustín, pero se reanudó más tarde en el siglo XVII. Esta vez los tratantes de esclavos eran indios venidos del norte, de las Carolinas y de la Georgia inglesas, a los que sostenían y armaban los traficantes ingleses de Charleston. Cabe recordar que en América los «grupos oficiosos» de tratantes de esclavos, corsarios y traficantes de toda índole actuaron a menudo como la punta de lanza de la colonización. Fueron los primeros en penetrar en territorio hostil, en quebrar con sus métodos violentos las resistencias indígenas antes de que los prospectores, los agricultores, los comerciantes y los funcionarios acudiesen a su vez para instalarse y tomar posesión del territorio. Los europeos no fueron los únicos en practicar la trata de esclavos. En Florida y en las culturas del Misisipi la consecuencia e incluso la finalidad de las guerras y conflictos entre cacicazgos era a menudo reducir a los enemigos a la esclavitud. Tendremos ocasión de volver sobre ello. La situación era algo diferente en el norte de Nueva España. Allí los ejércitos españoles estaban integrados por un núcleo de combatientes europeos, que constituían los mandos, y por contingentes de indígenas aliados —mexica del altiplano, tarasco de Michoacán, tlaxcalteca y otomi; es decir, todos aquellos a los que los cronistas llaman *indios amigos*— que conquistaban las tierras por su propia cuenta y obtenían así autorizaciones oficiales para vender los guerreros chichimeca capturados. Esos *indios amigos* participaban por tanto en ese comercio, continuando así las prácticas de guerra anteriores a la Conquista.

La trata de esclavos fue una fuente sustancial de ingresos, pero también era arriesgada y con el tiempo se volvió cada vez menos rentable en la medida en que los africanos, considerados más resistentes y que se deportaban en números cada vez mayores, ocuparon enseguida el lugar de los indios. Además, la trata no era compatible con las *entradas,* las grandes expediciones cuya finalidad era el reconocimiento del interior de una región cuyo litoral ya era conocido. No tenía utilidad arrastrar en su pos reatas humanas a las que había que vigilar y alimentar y cuya supervivencia era hipotética. La trata de esclavos exigía que el producto se colocase en el mercado cuanto antes y que se renovase continuamente dada su fragilidad. Aquellos hombres y mujeres desarraigados se hundían en la depresión y morían rápidamente bajo los golpes que se les asestaba y el trabajo forzado. Por tanto, la trata de esclavos no interesaba a nuestros conquistadores, que fantaseaban con el descubrimiento de poderosos imperios y de ciudades repletas de metales preciosos. Sus ambiciones

eran mayores, y si llegaban a capturar algún indígena, lo destinaban a su uso personal, para que atendiese las labores de la vida cotidiana o para que satisficiera sus necesidades sexuales.

Por otra parte, la obsesión de los metales preciosos empañó la mente de más de un conquistador, hasta el punto de hacerles perder la razón y tomar por oro lo que no era sino cobre y por plata lo que no era sino mica. Cuando llegaron al Pánuco, los supervivientes de la expedición de De Soto se quejaron de sus jefes porque estos habían querido volver a Nueva España en vez de crear colonias en las tierras fértiles de la cuenca del Misisipi. Pero esos reproches nunca se habían formulado cuando se tomó la decisión de retornar al punto de partida, porque aquellos aventureros no tenían en modo alguno la intención de convertirse en agricultores. Desde ese punto de vista, las conquistas españolas difieren de las inglesas. Mientras los ingleses buscan tierras para su aprovechamiento, aunque sea al precio de expulsar de ellas a sus habitantes originales, con el fin de crear comunidades donde poder vivir con arreglo a sus aspiraciones, los conquistadores españoles son bandidos cuyo único fin es el enriquecimiento inmediato. No conquistan tierras por cultivar sino poblaciones por explotar, si es posible haciéndoles trabajar en las minas. Lo único que quieren es volver a Europa para exhibir la reciente riqueza obtenida a punta de espada, encargar la construcción de una mansión en la ciudad de la que son originarios y presumir de su triunfo social ante los ojos asombrados de los compatriotas que se han quedado en el terruño. Hasta el propio Cabeza de Vaca, años después de su retorno, recuerda la insaciable búsqueda de metales preciosos con un episodio insignificante. En el primer pueblo que atraviesan después de su desembarco, los miembros de la expedición de Narváez descubren una sonaja de oro enganchada en una red de pescador. Su origen era sin duda europeo y había llegado hasta allí como resultado de un trueque o tras haber sido recuperada en un naufragio.

Ese hallazgo causó gran expectación entre nuestros aventureros, que iniciaron una pequeña operación de reconocimiento tierra adentro durante la cual encontraron «muestras de oro», de las que no se sabe nada más. Se las muestran a unos indígenas que les cuentan que, hacia el noreste, existe «una provincia que se decía Apalache, en la cual había mucho oro», como el que les enseñaron. Impulsados por esa esperanza los españoles se ponen en camino y, tras haber superado un sinnúmero de dificultades, llegan a Anhaica, capital del cacicazgo de Apalachee. Cabeza de Vaca rememora el estado de ánimo de sus compañeros: «Mas con vernos llegados donde deseábamos, y donde tanto mantenimiento y oro nos habían dicho que había, parescimos

que se nos había quitado gran parte del trabajo y cansancio». Nunca encontraron ese oro que, por lo demás, nunca había existido. Cabría suponer que, después de haber afrontado tantas pruebas, la caza del tesoro cesaría. En absoluto. Al final de su relato cuenta cómo le dieron tres esmeraldas, que probablemente no lo eran porque no se ha sabido de ningún yacimiento de esmeraldas en América del Norte, y que por lo demás perdió en las tribulaciones que tuvo al final de sus peripecias. Como conclusión hace la promoción de los territorios que ha atravesado e informa una vez más de que «hay muestras grandes y señales de minas de oro y plata» y que «en la costa del sur [la California actual] hay perlas y mucha riqueza»[52].

La mayoría de los mandos de la expedición de De Soto habían participado en la conquista de Perú y sabían, mucho mejor que los conquistadores de Tenochtitlán, por no hablar de los de las Antillas, lo que significaba enriquecerse inmensamente de la noche a la mañana. Muchos habían malgastado su peculio peruano, otros lo habían invertido en la nueva expedición con la esperanza de doblar la apuesta. Así que la obsesión por los metales preciosos les sigue paso a paso. En su progresión por Florida y a pesar de sus esfuerzos, De Soto no obtiene información alguna sobre la posible existencia de filones de oro o plata. Cuando no se dedican a la guerrilla, los indios se desembarazan de ellos hablándoles de ciudades ricas que siempre están allá, más lejos. Puede uno imaginárselos mostrando con el dedo esos territorios fantasmagóricos dónde los invasores irán a perderse. Así comienza esa errancia vana que duraría cerca de cuatro años. De Soto no tiene ningún otro proyecto, no sabe dónde tiene que ir y se basa únicamente en las informaciones más o menos sólidas que sonsaca a los indígenas. Con ocasión de su invernada frustrante en el cacicazgo de Apalachee pide que le presenten a dos muchachos, aprendices de comerciantes, que le prometen llevarle a la provincia de Cofitachequi, al nordeste, en la actual Carolina del Sur. Este era, en la región del Misisipi, el cacicazgo más poderoso al este del continente. Pero allí no hay oro ni plata, sin embargo encuentran cantidades impresionantes de perlas de agua dulce. Y eso no era baladí. Según Garcilaso de la Vega, una buena perla, del tamaño de una avellana gruesa y perfectamente redonda, siempre que no hubiese sido perforada con fuego, valía un par de caballos o de yeguas en La Habana o cuatrocientos ducados en España[53].

La dama de Cofitachequi se muestra generosa. Regala a De Soto su collar de varias vueltas y en Ilapi, la capital del cacicazgo, le muestra la necrópolis donde se conservaban los restos de los caciques sobre lechos de perlas, dentro de arcas de madera y le dice que si ello no le

satisficiera puede ir a servirse en otra necrópolis situada en Talimeco, a unas leguas de allí. Los funcionarios españoles proceden entonces a pesar veinte arrobas (227 kilos) de perlas, pero, por orden de De Soto, y para no cargar en demasía al ejército, solo se llevan unos treinta kilos, repartiendo buena parte de ellos entre los soldados presentes. Algunas de aquellas perlas eran gruesas como garbanzos gordos. En Talimeco la profusión de perlas en los sarcófagos de madera donde se guardaban los restos de los caciques era asombrosa. Con todo, los españoles no se dieron por satisfechos porque las perlas no eran de buena calidad al haber sido ennegrecidas por el fuego y horadadas con agujas calientes. Por esa razón, el contador real de la expedición Juan de Añasco se propone buscar a la viuda, tía de la señora de Cofitachequi, que vive retirada, ya que, según las informaciones de que disponía, esta podría tener seis o siete «cargas» de perlas gruesas de mejor calidad que las obtenidas en las necrópolis. Mas el encuentro no llega a producirse porque el guerrero que debe llevarle a donde se encuentra la viuda opta por degollarse ante los ojos de los españoles, para no entregar a su señora a los extranjeros[54].

El relato de Rodrigo de Ranjel, el secretario de Hernando de Soto, es algo diferente del testimonio que Garcilaso de la Vega ha recogido de Gonzalo Silvestre. Cuando entraron en la «mezquita» —así designan todos los cronistas españoles los lugares de culto no cristianos del Nuevo Mundo— de Ilapi, encontraron los cuerpos momificados de los antepasados reposando sobre unas parrillas de madera y cubiertos de perlas. Sacaron de allí ocho o nueve arrobas de perlas —equivalentes a cerca de un centenar de kilos—, pero cuando la dama de Cofitachequi les propuso que fueran a servirse a Talimeco, donde había mejores perlas y más abundantes, las dejaron donde estaban. En la necrópolis, Ranjel encontró lo que pensaba que era una esmeralda. Tras haber registrado el lugar, los españoles encontraron otras, así como rosarios con sus cruces, y hachas de hierro de factura vizcaína. Las esmeraldas resultaron ser cuentas de vidrio, probablemente venecianas, que tal vez se hubieran obtenido por trueque en el momento de las expediciones de Lucas Vázquez de Ayllón o procedieran del cargamento de una nave española arrojada a la costa por una tormenta. También corrió el rumor de que en el río que discurría al pie del túmulo de Talimeco, un español oriundo de Cuba había encontrado una «punta de oro»[55].

Tras aquella parada, que excitó su imaginación, los españoles remontaron hacia el norte para girar luego hacia el oeste y volver a la cuenca del Tennessee. En Chiaha (Chihá) el contingente hace una pausa larga y reparadora. De Soto aprovecha para enviar a dos de sus

soldados hacia los Apalaches, donde, según los rumores, habría unas minas del metal amarillo como el que buscan los españoles. Pero se trataba una vez más de un falso rumor. Los dos soldados vuelven unos días más tarde con las manos vacías pero encantados por el recibimiento que les han dado. Es también en esta etapa donde los españoles se enteran de la razón por la que las perlas locales son de tan mala calidad. El cacique de la ciudad de Chiaha se mostró muy amistoso e hizo a Hernando de Soto el presente de una hermosa sarta de perlas. A instancias del general, propuso igualmente enseñarle cómo se recogían las famosas perlas. Allí también estaban repletas de ellas las necrópolis, emplazadas sobre túmulos, donde yacían los antepasados. El cacique ordenó a sus hombres que fuesen a pescar las conchas en el río, encendiesen una hoguera en la orilla y echasen en ella las ostras pescadas. El fuego estropeaba las perlas, pero poco importó porque tampoco fueron aquellas perlas algo más que un espejismo. Todas las que habían adquirido se quemaron en la batalla de Chicaza.

A lo largo de todo su recorrido los españoles recibieron, como regalo o por requisición, pieles de gamo, de ciervo, de diferentes tipos de felino, y luego, en las grandes llanuras, de bisonte. Les asombró la calidad de aquellas pieles, cuya finura y flexibilidad hacían comparables las pieles indias con las mejores de Alemania. Pero, una vez más, solo pudieron llevarse las que llevaban encima tras la pérdida de todos sus bagajes en los combates desastrosos del invierno de 1541-1542. Sin embargo, cuando compararon las ropas de piel y gamuza que ellos traían con la humilde vestimenta que utilizaban los españoles del Pánuco, lamentaron mucho no haberles prestado mayor atención[56]. Poco a poco, ante la acumulación de vicisitudes, la esperanza de una riqueza inmensa y súbita empieza a irse de la mente de los soldados de De Soto. Esta es, por lo demás, la razón por la que el general se negó a volver a Cuba cuando ya había descendido mucho por el valle del Alabama y sabía que su flota le esperaba en Ochuse, en la bahía de Pensacola. No podía volver a casa con las manos vacías sin perder su honra.

Las razones que impulsaron a Coronado y sus hombres hacia Nuevo México fueron diferentes. Sabían que de allí procedían las turquesas, pero aquellas piedras semipreciosas no atraían tanto a los españoles como ese oro del que los muros de las Siete Ciudades estaban cubiertos, según la leyenda. Tanto más honda fue su decepción cuando descubrieron los miserables poblados de los zuñi, los hopi y los pueblo. Por último, hacia la mitad del siglo se había extendido el convencimiento de que América del Norte nunca ofrecería riquezas

comparables con las de los Andes o Centroamérica. Por lo demás, ello se confirmó en 1565, cuando Pedro Menéndez recogió a un náufrago español que había pasado varios años entre los indios de Florida. Aquel hombre, llamado Hernando de Escalante Fontaneda, redactó para el Consejo de Indias un informe a veces confuso pero muy categórico: no había metales preciosos en Florida aparte de la plata recuperada en las bodegas de los barcos españoles que embarrancaban en las costas al volver a Sevilla y del oro que se encontraba en los pasajeros ahogados o ejecutados por los indios[57]. Sin embargo, la esperanza de encontrar filones seguía obsesionando a los aventureros. Así ocurrió que algunos soldados de las expediciones de Juan Pardo partieron durante los años 1566-1568 a los Apalaches en busca de oro y solo dieron con unos yacimientos de cuarzo que nadie, después de ellos, pudo volver a encontrar[58].

Durante su corta estancia en Florida, los franceses no fueron inmunes a esa fiebre del oro. Las crónicas de Laudonnière ofrecen varias anécdotas relativas a la búsqueda de metales preciosos. Aparentemente los franceses ignoraban que pudiese haberlos en la región, pero cuando en 1564 Laudonnière pone pie a tierra en la desembocadura del río de Mayo (el Saint Johns), lugar donde había de fundar el Fort-Caroline, le recibe el cacique Saturiona, al que Ribault ya había conocido dos años antes. Los dos hombres intercambian presentes, un lingote de plata para Laudonnière, «una hoz y algún otro regalo más exquisito» para Saturiona. El cacique debió de comprender el efecto que hizo el lingote entre los franceses porque algo más tarde le propone una alianza contra el cacicazgo rival de Thimogona, situado río arriba, prometiéndole «hacer que se descubriese oro y plata en tan grande cantidad» que ambos quedarían satisfechos. Laudonnière prosigue la exploración de la costa en dirección al norte durante una decena de leguas, hasta embocar el estuario del Somme, donde le recibe el gran cacique local. Este, como signo de amistad y de perpetua alianza, le regala «unas cuantas pequeñas bolitas de plata», así como su arco y sus flechas[59].

Entonces Laudonnière empieza a interesarse por la presencia posible de minas de plata en la región. Cuando las primeras estructuras de Fort Caroline estuvieron acabadas, envió un pequeño destacamento al mando del capitán D'Ottigny a remontar el curso del río Saint Johns en dirección a esa provincia de Thimogona de la que se decía que poseía oro y plata. Contrariando las esperanzas de Saturiona, Laudonnière deseaba manifestar su amistad al cacique de la región, al parecer con el propósito de explotar allí los metales preciosos. Por lo demás es la primera pregunta que D'Ottigny formula

a los habitantes del lugar. Deja un soldado, encargado de informarse sobre la cuestión, que le cuenta que en el cacicazgo del rey Mayrra abunda el oro. Como muestra traía una pequeña cantidad porque no había podido quedarse allí un tiempo suficiente. Unos quince días más tarde Laudonnière envía un destacamento al mando del capitán Vasseur para buscarlo. El soldado había conseguido hacerse con cinco o seis libras de plata, como fruto del trueque con los indios[60]. Por tanto, existen efectivamente unas cantidades de plata que circulan por la región, pero los franceses siguen sin conocer su origen. Tendrán que esperar a la aparición de dos hombres blancos, desnudos y barbados, para saber de dónde procedían esos metales preciosos. El encuentro tuvo lugar en la misma región situada en el curso superior del Saint Johns. Una vez afeitados y vestidos con ropa limpia, los dos hombres narran su aventura. Eran españoles y les habían capturado, tras el naufragio de su barco acaecido quince años antes, los calusa, un grupo que vivía al suroeste de la península. Tras varios años de cautiverio habían conseguido escapar hacia el norte, donde las poblaciones eran más amistosas. Uno de ellos no era ni más ni menos que aquel Hernando de Escalante Fontaneda que Menéndez de Avilés rescatará más tarde, con ocasión de la caída de Fort-Caroline.

Tal vez sea él quien ha escondido un poco de oro en su cabellera, equivalente a 25 escudos, que ofrece a Laudonnière para agradecerle que le haya sacado de su mal trance. Los dos hombres le explican el origen de las riquezas de los calusa. Proceden de «naves españolas que solían perderse en ese estrecho, y el resto del tráfico que el rey de Calos había con los otros reyes de la comarca». Los calusa eran verdaderos saqueadores de pecios que capturaban a los náufragos para someterlos a esclavitud y sacrificarlos con ocasión de sus fiestas. Recuperaban todo lo que podía serles útil, el oro de las joyas y los lingotes de plata procedentes de las minas mexicanas. Los dos hombres, sostiene Laudonnière, «me dijeron además que [Calos] tenía gran cantidad de oro y plata, y que hasta en un pueblo guardaba una fosa llena, que era alta hasta como un hombre y ancha como un tonel…». Proponen incluso a Laudonnière que forme una pequeña tropa de arcabuceros y afirman que pueden llevarlos hasta ese tesoro para apoderarse de él[61]. Los relatos de los dos antiguos cautivos españoles probablemente sugirieron ideas a algunos de esos franceses. Este fue el caso de Pierre Gambye, un aventurero que, durante su estancia en Florida, había llegado a acumular una pequeña fortuna en oro y plata a fuerza de trocar con los indígenas. Vivía solo entre los indios y estaba deseoso de acercarse a Laudonnière quizá con la intención de volver a Francia con su botín. Un cacique le prestó una

canoa y le asignó dos de sus sujetos para escoltarle hasta Fort-Caroline. Los dos hombres le dejaron sin sentido de un hachazo cuando estaba soplando el fuego que había encendido en la embarcación para cocer el pescado. Y así fue como el cacique que había tramado la encerrona se apropió del tesoro amasado por Pierre Gambye[62].

La salvación de las almas

Cabría asombrarse de que, en un ambiente de aventura, guerra y rapiña, haya quedado un lugar para la dimensión espiritual. Y sin embargo los conquistadores son cristianos e incluso cristianos viejos, ansiosos de dar testimonio de la nobleza de sus convicciones religiosas en un país como España, empeñado en un enfrentamiento con el judaísmo y el islam. La primera expedición de gran amplitud en Florida, que fue la de Pánfilo de Narváez, se inicia en 1527-1528; es decir, seis años después de la caída de Tenochtitlán y cuatro años después de la llegada del primer contingente de misioneros franciscanos —los famosos Doce Apóstoles— cuya encomienda es convertir a los indios al cristianismo romano. Esos frailes están impregnados de las ideas milenaristas que vienen difundiendo desde el siglo XIII los partidarios del monje calabrés Joaquín de Fiore. Esperan —anhelan, podría decirse— un fin del mundo que se les antoja próximo, en el que todos los paganos habrán sido convertidos. En los años 1530 y 1540 este anhelo escatológico y mesiánico no se ha disipado. En el ínterin, los indios han accedido a la condición de seres humanos, desde que el papado les atribuyera un alma, y las ideas del dominico Bartolomé de las Casas han comenzado a abrirse camino en las sociedades ibéricas e incluso en América, donde no siempre se respetan las leyes de la metrópoli. Hay hombres como Cabeza de Vaca, Antonio de Mendoza, virrey de Nueva España, el obispo de México Juan de Zumárraga, e incluso Pedro Menéndez de Avilés, al que tan a menudo se reprocha su crueldad para con los herejes, que han recibido la influencia de las ideas humanistas o neotomistas que se difunden entre las élites españolas.

Detengámonos un momento en el relato de Cabeza de Vaca, que es el más rico en este contexto. Se propuso a su autor para la beatificación en el siglo XVIII y, según el derecho canónico, la causa permanece abierta hasta tanto no se haya cerrado. Cabeza de Vaca nunca desperdicia la ocasión de manifestar la hondura de su fe durante todo su periplo, tanto si los acontecimientos que se producen son favorables como si no lo son. Porque «[place] a nuestro Señor [...]

en las mayores necesidades [...] mostrar su favor». Tras haber conseguido abordar la isla de Galveston después de una tormenta que casi hunde su precaria balsa, se le suman otros supervivientes que se congratulan: «Dimos muchas gracias a Dios de vernos juntos, y este día fue uno de los de mayor placer que en nuestros días hemos tenido». Pero cuando la situación es desesperada implora la misericordia del Señor y el perdón de sus pecados. Así es, por ejemplo, cuando el mar le arroja de nuevo en esa misma isla de Galveston, hambriento y transido de frío, y teme que lo maten los indios del lugar. Con respecto a estos últimos, sabe mostrarse abierto y comprensivo, pero todos los indios no tuvieron el mismo comportamiento con los náufragos. Algunos, como los de Apalachee, las comunidades de pescadores de la bahía de Pensacola o algunas tribus karankawa de la costa de Texas, se muestran agresivos e incluso crueles, a veces sin que los españoles sepan cuál es la razón, a causa de un sueño o por una falta de respeto por unas costumbres que no comprenden. Pero Cabeza de Vaca sabe mostrarse agradecido cuando sus huéspedes involuntarios manifiestan compasión por él o por sus compañeros y comparten sus escasos recursos sin reticencias de ningún tipo. Al ver el completo desamparo y el estado de desnutrición en que se encuentran los náufragos —«tales que con poca dificultad nos podían contar los huesos»—, los indios manifiestan su compasión. Pero, como buen cristiano que era, había un punto con el que Cabeza de Vaca no podía transigir: la homosexualidad masculina y el travestismo, prácticas ampliamente toleradas por las poblaciones indias de América del Norte. «En el tiempo que así estaba [todavía en la isla de Galveston], entre estos vi una diablura, y es que vi un hombre casado con otro, y estos son unos hombres amarionados, impotentes, y andan tapados como mujeres y hacen oficio de mujeres, y tiran arco y llevan muy gran carga, entre estos vimos muchos de ellos así amarionados como digo, y son más membrudos que los otros hombres y más altos; sufren muy grandes cargas»[63].

Es evidente que debe tomarse el testimonio de Cabeza de Vaca por lo que es, el de un cristiano del siglo XVI, muy marcado por su fe de cristiano viejo, que ya ha tenido muchas andanzas en los campos de batalla italianos, cuyo abuelo participó en la conquista de Canarias y que probablemente se nutre de una tradición de apertura con respecto a las sociedades distintas de la suya. ¿Es su opinión representativa de la de sus contemporáneos? En lo relativo a la repulsión que le produce la homosexualidad masculina, ciertamente, pues los soldados españoles muestran un asombro considerable ante un comportamiento que la Iglesia considera «diabólico» y que era objeto de una represión

rigurosa por parte de los tribunales religiosos. El de sodomía era un delito que, si se probaba, suponía la pena de muerte en la hoguera de su autor. Sin embargo, no es seguro que los sentimientos de humanidad que Cabeza de Vaca manifiesta por ciertas poblaciones indias particularmente acogedoras fuesen compartidos por sus compañeros, esa soldadesca que atravesó Florida, las llanuras del Misisipi y las mesetas de Nuevo México prodigando por doquier el saqueo y la desolación.

En el plano religioso el reto era doble. Era necesario prestar asistencia espiritual y administrar los sacramentos a unos ejércitos constituidos por soldados cristianos. Por otra parte, los españoles ingresaban en un mundo pagano abocado a convertirse al cristianismo en un plazo relativamente breve, o por lo menos así se pensaba, para acelerar la llegada de los Últimos Tiempos. Además, aquellos cuerpos expedicionarios llevaban con ellos religiosos o sacerdotes para enmarcar espiritualmente a las tropas y plantear el envío de misiones de evangelización a las poblaciones indias. El número y la calidad de esos religiosos varía curiosamente según de qué expedición se trate. Las informaciones son bastante fiables en el caso de cuatro de ellas: la de Pánfilo de Narváez y Hernando de Soto a Florida y el valle del Misisipi, y la de Coronado a Nuevo México. Cabe mencionar también hasta cierto punto las incursiones en Florida de Pedro Menéndez de Avilés, para el que la evangelización era un proyecto importante, sin olvidar la expedición de Ribault-Laudonnière, bastante peculiar por ser mayoritariamente protestante.

Cabeza de Vaca menciona la presencia de cinco religiosos de la orden de los franciscanos en el cuerpo expedicionario que encabeza Pánfilo de Narváez en Florida. El hermano Juan Suárez parece ser su jefe, ya que ejerce igualmente las funciones de comisario y forma parte de los notables que participan, junto con los otros funcionarios reales y los capitanes, en el consejo de guerra de Narváez. Antes de su partida ha sido nombrado obispo del río de Las Palmas y de Florida. Le acompaña Juan de Palos, un hermano lego. Esos dos personajes son conocidos. Formaban parte del famoso grupo de Doce Apóstoles franciscanos de la Observancia de la Provincia de San Gabriel a los que Hernán Cortés había requerido para evangelizar Nueva España en 1524[64]. Los había enviado Carlos V y, con fray Martín de Valencia a la cabeza, se instalaron en el convento de Huejotzingo, cerca de Puebla, donde todavía hoy puede verse un fresco que los representa. Desde el desembarco en la bahía de Tampa, Suárez manifiesta su intención de avanzar y apoya a Narváez en su insensata iniciativa de adentrarse en el interior sin tener un punto de apoyo asegurado, por estimar que el

Pánuco está muy cerca. Cuando en el otoño de 1528 los supervivientes de la expedición deciden regresar al Pánuco en unas balsas precarias, Juan Suárez capitanea una de ellas, en la que van los otros cuatro franciscanos. La balsa de Suárez navega al lado de la de Narváez hasta que es arrojado a la costa de la isla de Galveston, mientras que la de Narváez se pierde tras haber sido arrastrada a alta mar por un fuerte viento. Conocemos el fin que tuvieron esos religiosos por Cabeza de Vaca, que encontró al último superviviente de aquella balsa, Hernando de Esquivel. Los náufragos habían seguido la costa, atravesado una gran extensión de agua en su embarcación improvisada antes de acampar en un bosque con la intención de pasar allí el invierno, probablemente en la bahía de Metagorda, al oeste de Galveston, cerca de una población india, los Quevenes, pero el frío y el hambre acabaron con ellos. Terminaron comiéndose unos a otros hasta que no quedó más que uno, ese Hernando de Esquivel que relató su triste historia. Al parecer, Suárez estaba completamente perdido, pues creía que el Pánuco se encontraba al este y no al oeste. Así acabó el primer intento de evangelización de los indios de Florida[65].

Manifiestamente, Hernando de Soto no parecía preocuparse de la evangelización de los indígenas. Había incluido varios eclesiásticos en su tropa pero eran de uso interno, para atender las necesidades espirituales de sus propios soldados. Aquel grupo relativamente numeroso de religiosos era demasiado abigarrado para constituir una fuerza ofensiva de evangelización: sobre un total de doce, ocho sacerdotes seculares entre los que se contaba un francés y cuatro regulares, todos ellos mendicantes, un trinitario, un franciscano y dos dominicos. Ninguna de las crónicas de la expedición, ni la de Ranjel ni la de Biedma ni la de Fidalgo de Elvas, se refieren al papel que desempeñaban salvo en cuatro oportunidades, tres de ellas consistentes en plantar cruces para enseñar los rudimentos del cristianismo a los indios, y la cuarta relativa a la destrucción de los objetos de culto en la batalla de Mavila. Los españoles pierden todos sus bagajes en el incendio de la ciudad y en particular lo que les era más preciado, la harina de trigo para la fabricación de hostias y el vino para la misa. Además, han quedado destruidos los cálices, los ornamentos de culto y los altares portátiles. Ya no es posible celebrar la misa. Los domingos y fiestas de guardar, un sacerdote revestido de ornamentos confeccionados con los materiales disponibles se limitaba a decir, en un altar improvisado, la confesión y el introito de la misa y la oración, epístola y evangelio, pero sin poder consagrar ni administrar la eucaristía. Esto es lo que los castellanos llamaron «misa seca»[66]. En la expedición de De Soto la religión es cosa de los

españoles, las cruces plantadas en los cacicazgos del este se consideran como presentes otorgados por amistad sin que hubiera una voluntad de evangelizar a los indígenas. El único intento de esta índole tiene lugar un poco más tarde cuando De Soto llega al curso superior del Misisipi, la región más rica desde el punto de vista agrícola y la más poblada de las que atravesó. Hay poderosos cacicazgos instalados en ella y por un momento De Soto considera establecer en ella un polo de colonización. Busca aliados y cree haber encontrado uno en Casqui. El cacique acoge cordialmente al general y se ofrece a alojarlo en su propia casa. De Soto le agradece su hospitalidad pero prefiere quedarse fuera del pueblo para no molestar, según dice. Estamos en mayo de 1541, hace calor y hace meses que no ha llovido. Todos los cronistas mencionan este episodio, que parece haber marcado la expedición. De Soto decide erigir una cruz y organizar una procesión para impetrar la ayuda divina. La cruz es enorme; el maestro carpintero Francisco Ginovés la construye con dos pinos y la plantan en la cima de un cerro, al final de una procesión que encabezan conjuntamente De Soto y el cacique indio, ante una muchedumbre india respetuosa. Durante la noche siguiente la lluvia empieza a caer y no para en dos días según algunos testimonios, en quince según otros[67].

Hernando de Soto no había perdido de vista que lo que se trataba de conseguir seguía siendo la evangelización de los indios, aunque su expedición no tuviese como objetivo primordial emprenderla. Lo recordó en su lecho de muerte, en junio de 1542. Designó a Luis de Moscoso como su sucesor en calidad de jefe del ejército y gobernador de las provincias de Florida, reunió a sus soldados para que jurasen lealtad a su nuevo jefe y fue recibiéndolos en grupos pequeños para pedirles que convirtiesen a los indios a la fe católica y que ensanchasen los dominios de España. Un poco antes, en su periplo por las regiones situadas al oeste del Misisipi, el ejército había atravesado el cacicazgo particularmente hostil de los Guancanes. Los españoles reparan en que en los techos de las cabañas hay unas cruces de palo que probablemente se debían a un método local de construcción de la estructura de madera. Garcilaso de la Vega, al relatar ese episodio que le han referido sus informadores, aventura dos hipótesis. Piensa que puede tratarse de un signo mágico para alejar las enfermedades y el mal de ojo, pero también se pregunta si no cabe ver en ellas un vestigio del paso, más al sur, de Cabeza de Vaca, diez años antes. Es consciente de que la relación entre los dos acontecimientos es tenue, mas no deja de ver en ello el indicio providencial de que los indios están dispuestos a recibir la religión católica. El mesianismo que

impregna la aventura colonial española del Renacimiento marca profundamente el inconsciente tanto de los actores como de los que relatan sus aventuras[68].

Desde el punto de vista religioso, la expedición de Vázquez de Coronado a la Tierra Nueva tiene más que ver con la perspectiva mesiánica de la expedición de Narváez a Florida que con la de De Soto en los países de la región del Misisipi. La eminencia gris, por detrás del virrey Antonio de Mendoza, era el arzobispo de México Juan de Zumárraga. Para él, esta operación solo tenía como objeto la evangelización de los indios y había presionado al virrey para que se respetasen escrupulosamente los derechos de estos. Marcos de Niza quedó enseguida marginado cuando los españoles se dieron cuenta de que los poblados zuñi en nada corroboraban las descripciones fantasiosas que de ellos había hecho el franciscano, pero los hermanos menores estaban representados por dos personalidades fuertes, Luis de Úbeda y Juan de Padilla. El más resuelto de los dos fue sin duda Juan de Padilla, que en su juventud había sido soldado. No vacila en formar parte del pequeño grupo que descubre el Cañón del Colorado. También acompaña a Coronado en Quivira. En ese pueblo, que marca el extremo oriental de su aventura, Coronado hace erigir una cruz con la siguiente inscripción: «Francisco Vázquez de Coronado, general de una expedición, llegó a este lugar»[69]. Cuando este último decide regresar a Nueva España en la primavera de 1542, los dos franciscanos le piden autorización para quedarse y llevar a cabo su obra de evangelización. Pronto sufren martirio.

Si se examinan los testimonios de los franceses que intentaron establecer en Florida un asentamiento durante los años 1562-1565, puede verse que el clima religioso en el que están inmersos es muy diferente. En primer lugar, no hacen mención alguna de un proyecto de evangelización de los indígenas. Aquellos colonos eran ora calvinistas ora *moyenneurs,* nombre que se daba a los cristianos que todavía vacilaban entre la fidelidad a Roma y el compromiso con la Reforma[70]. En aquella época, Ginebra no cuenta con ningún proyecto misionero para las tierras recién descubiertas y sus pobladores. Los reformados están sobre todo preocupados por su porvenir en Francia y por la defensa de sus comunidades, esas iglesias recién «erigidas» y cuya existencia se ve amenazada por los católicos. Tanto es así que la matanza de los franceses perpetrada por Menéndez de Avilés en el otoño de 1565, ha podido ser interpretada por los historiadores simplemente como una «San Bartolomé del Nuevo Mundo»[71]. Sin embargo, Laudonnière hace tres referencias a las prácticas religiosas de sus compañeros. Cuando Jean Ribault pone el pie en tierra en

1562, pide a sus compañeros que recen «para dar gracias al Señor por que, sin peligro ni riesgo algunos, había por su gracia conducido al pueblo francés a estos lugares extraños»[72]. A su vez, el propio Laudonnière, en julio de 1564, al escoger el emplazamiento de su futuro Fort-Caroline, reúne a sus compañeros para dar gracias «a Dios por nuestra arribada favorable y feliz»[73]cantando salmos. En septiembre de 1565 los españoles asaltan Fort-Caroline. Tras una inútil tentativa de resistencia, Laudonnière huye por el bosque con unos pocos compañeros y luego se dirige hacia la orilla, donde espera encontrar una chalupa que ha salido a buscarlo. Permanece así dos días en un paisaje de marisma, con un tal Jean Duchemin como único compañero. Está enfermo y siente que sus fuerzas le están abandonando. Entonces se ponen los dos a rezar y oyen unos gritos que proceden de la orilla. Son unos soldados franceses que vienen en una barca con la misión de rescatarlos. Laudonnière no habla de milagro, pues eso no sería bien visto viniendo de un hugonote, mas no puede evitar asociar sus oraciones con la inesperada llegada de socorro[74].

Es preciso acudir a otro testimonio, el de Nicolas Le Challeux, que se cuenta entre los escasos supervivientes de la expedición de 1564-1565, para encontrar una expresión más profunda de la fe evangélica. A pesar de su edad, nuestro narrador ha conseguido saltar por encima del parapeto del Fort-Caroline en el momento del asalto y refugiarse en el bosque. Presencia desde lejos la matanza de los prisioneros por los españoles y, encomendándose a la gracia de Dios, se interna en el bosque para ponerse a cubierto, pues piensa que las bestias salvajes no van a ser más crueles que los españoles. Acaba topándose con un pequeño grupo de huidos, entre los que se encuentra un tal Maître Robert, probablemente un ministro reformado, ya que «era conocido de todos nosotros, pues estaba encargado de dirigir la oración en nuestro fuerte». El pequeño grupo empieza a debatir sobre qué hacer y entonces uno de ellos «bastante estimado por estar muy ducho en la enseñanza de las Santas Escrituras» toma la palabra y propone que se rindan a los españoles, cosa que le parecía preferible a ser presa de las bestias salvajes o sucumbir al hambre. Nicolas Le Challeux se escandaliza con las palabras del ministro, sobre todo porque acaba de presenciar la matanza de los prisioneros. Describe la crueldad de los españoles cuya furia redoblará cuando se vean ante «los que se hubieran reformado con la predicación del Evangelio», es decir unos herejes. Arenga entonces a sus compañeros para que tengan confianza en Dios en lugar de poner su suerte en manos de los hombres. Pero por mucho que cite

ejemplos sacados de las Santas Escrituras y tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, no le hacen caso y la mayoría de sus compañeros deciden rendirse. Son degollados de inmediato y sus despojos apilados a la orilla del río[75].

La relativa sobriedad de las referencias religiosas en los relatos de los hugonotes contrasta con la mesiánica exuberancia de los testimonios españoles. Fue por lo demás un clérigo, Francisco López de Mendoza Grajales, capellán de la flota, quien escribió el relato más completo de aquella expedición contra los protestantes. Nunca deja de consignar los signos que manifiestan la protección divina. Al salir del canal de Bahama, en la tarde del 27 de agosto, puede verse un cometa en el cielo que se dirige de este a oeste hacia la costa de Florida en el tiempo que se tarda en recitar dos credos. El sacerdote ve en ello un buen presagio. Tras haber dejado escapar la flota de Ribault, Menéndez decide bajar hacia el río de los Delfines para edificar allí un fuerte que con el tiempo habría de ser la ciudad de San Agustín. El desembarco se produce el 8 de septiembre, día de la Natividad de la Virgen. Nuestro clérigo, que ha desembarcado con los primeros, se precipita por delante del general blandiendo una cruz y entonando el *Te Deum laudamus*. Cuando un explorador regresa al campamento para informar de la victoria de las tropas españolas y del producto del saqueo, López de Mendoza Grajales no lo tiene verdaderamente en cuenta. Para él, «la mayor riqueza que deste negocio yo siento es la victoria que Nuestro Señor nos ha dado para que su Santo Evangelio sea plantado y predicado en estas partes, donde tanta necesidad dél había, para remedio de tantas ánimas como aquí están perdidas». Y sigue citando en desorden las cosas abominables halladas en el campamento francés: gran cantidad de libros luteranos, muchas barajas de naipes con la figura de la hostia y cáliz por las espaldas y muchos santos con cruces a cuestas en los otros naipes, burlando y escarneciendo de las cosas de la Iglesia. Se congratula igualmente de la muerte de un luterano «gran cosmógrafo y nigromántico y otros mil cosas malas que tenía, y había sido fraile». Al día siguiente el general victorioso llega al campamento a la cabeza de una compañía de 50 infantes. Al oír las noticias, nuestro sacerdote corre a buscar ropa nueva y acude, con un crucifijo en las manos, acompañado de la guarnición y cantando en procesión, delante de los soldados y su jefe hincados de rodillas y dando gracias a Dios. Menéndez viene agotado por esta expedición realizada con extrema rapidez y en espantosas condiciones meteorológicas, pero «tan grande el celo que en cristiandad tiene, que todos esos trabajos son descanso para su espíritu; que cierto me parece que, según lo que él ha trabajado, no

hubiera fuerzas de hombre humano que tal hubiera sufrido; pero el fuego y el deseo que tiene de servir a Nuestro Señor en abajar y destruir esta secta Luterana, enemiga de nuestra sancta fe católica, le hace el no sentir tanto el trabajo»[76].

De todas aquellas tierras es Florida la que espolea la imaginación de los evangelizadores en busca de indios que convertir. Con frecuencia allí sufrieron martirio, como el dominico Luis de Cáncer, cuya muerte se produjo en la bahía de Tampa, a manos de los tocobaga en 1549. Se le considera el protomártir de Florida. Otro discípulo de Bartolomé de las Casas intentó la aventura en la expedición encabezada por Tristán de Luna en 1558 en la bahía de Pensacola que terminó trágicamente en 1561, frente a la isla de Santa Elena, en Carolina del Sur. No se sabe exactamente lo que hizo el dominico Domingo de Salazar durante esa incursión trágica, pero se conoce el resto de su carrera. Fue consagrado obispo de Manila, en Filipinas, en 1579. Pero fue bajo el mando de Menéndez de Avilés cuando la evangelización de los indios de Florida tomó un nuevo cariz. El gobernador simpatizaba con los jesuitas y fue a ellos a los que recurrió. Para la Compañía de Jesús Florida fue un laboratorio. La primera misión a Florida es contemporánea de la implantación de los jesuitas en Perú (1566) y anterior a su llegada a Nueva España (1572). Se trataba también de un experimento de evangelización en una región todavía poco controlada por España. Parecía natural que los jesuitas se instalasen en un país que estaba ya bajo control militar y administrativo y que lo hiciesen en un ambiente urbano, para enmarcar con su enseñanza a los hijos de los europeos y de los mestizos, pero ir a la primera línea para evangelizar a unos indios de los que se conocía el carácter indómito, era perseguir el martirio. Ignacio de Loyola había aceptado con cierta reticencia que la misión de evangelización formase parte del proyecto jesuita. En Florida, Francisco de Borja, a la sazón general de los jesuitas, se había mostrado escéptico desde el principio acerca de la posibilidad de convertir a los indios a la fe cristiana. Los acontecimientos le dieron la razón. De los dieciséis misioneros jesuitas que trabajaron en Florida y, más al norte, en la bahía de Chesapeake, diez fueron asesinados. El padre Juan Rogel se propuso convertir al rey de los calusa, llamado Felipe. En las cartas que dejó acerca de sus entrevistas refiere las conversaciones que mantuvo con él, con sus allegados y con los notables de aquella nación. De nada sirvieron. Felipe afirmaba que no podía abandonar las creencias tradicionales en que se apoyaba la autoridad que ejercía sobre su pueblo. Rogel volvió desengañado a Cuba antes de que los levantamientos barriesen las guarniciones

españolas establecidas en los «presidios» costeros.[77]

Los acontecimientos de Florida desvelan la otra cara de la cristianización de América. La evangelización no se concibe sino una vez que los españoles han ocupado el territorio, lo han controlado militarmente y han sojuzgado a las poblaciones indígenas. La idea de que el catolicismo pueda imponerse por la mera predicación es ilusoria. Requiere unas autoridades, un clero, lugares de culto cuya implantación y supervivencia exigen la presencia de un Estado que los ampare. En las monarquías europeas la jerarquía eclesiástica forma parte del aparato de Estado. Cuando las autoridades y las representaciones del mundo indígena volaron por los aires por efecto de la conquista y de la violencia armada, el cristianismo romano pudo imponerse, por defecto o por necesidad, a unas poblaciones nativas sumisas o exangües. Esto es lo que ocurrió en México, donde la evangelización se benefició de la adhesión a los invasores de las élites indígenas y sobre todo del increíble derrumbamiento de las poblaciones indias que llegaron al borde de la extinción en el segundo cuarto del siglo XVII. Sin embargo, los cacicazgos de la región del Misisipi no fueron derrotados militarmente. Su encapsulamiento les defendió contra las posibilidades de conquista y de sumisión. Los daños fueron sin duda considerables, pero cuando las hordas extranjeras hubieron pasado, la vida pudo reanudarse. Es probable que el modo de vida más urbanizado de las sociedades de los indios pueblo de Nuevo México las haya fragilizado en mayor medida, pero la suerte de los misioneros que se aventuraron en su territorio es sobradamente elocuente en cuanto a su determinación de rechazar toda sumisión. En este caso, también los españoles sufrieron un absoluto fracaso. En lugar de la gloria, solo conocieron la humillación, y en lugar del enriquecimiento que anhelaban, solo la miseria. La imagen de Isabel de Bobadilla, que en 1544 abandona su puesto en la gobernación de Cuba tras enterarse de la muerte de su marido, para morir dos años más tarde en España, completamente endeudada, da por sí sola un testimonio del fracaso de las empresas españolas en América del Norte.

---

49. Varios testigos del juicio a que fue sometido Coronado en 1544 se quejan de no haber sido recompensados por los esfuerzos realizados y de estar todavía endeudados, como Juan Gómez de Paradinas, Cristóbal de Escobar o Melchor Pérez. Pueden verse sus declaraciones en Richard Flint, *Great Cruelties Have Been Reported..., op. cit.*

50. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios, op. cit.,* col. Austral, cap. XXXIV, p. 89.

51. *Ibid.,* col. Austral, cap. XXXVI, p. 93.

52. *Ibid.,* caps. XXXIV y XXXVI, pp. 89 y 93.

53. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro tercero, cap. XXI, p. 359.

54. *Ibid.,* Libro tercero, caps. XII p. 334, y XVIII, p. 352.

55. Rodrigo Ranjel, en Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias, op. cit.,* cap. XXVI.

56. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro sexto, cap. XVII, p. 570.

57. Según el informe escrito por Hernando de Escalante Fontaneda, CODOIN, 1a. serie, t. 5, pp. 532-548.

58. Charles Hudson, *The Juan Pardo Expeditions..., op. cit.,* pp. 156-164.

59. René de Laudonnière, *L' Histoire notable de la Floride..., op. cit.,* pp. 67-68.

60. *Ibid.,* p. 88.

61. *Ibid.*, pp. 130-133.

62. *Ibid.*, pp. 139-140.

63. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios, op. cit.,* col. Austral, cap. XXVI, p. 69.

64. Robert Ricard, *La Conquête spirituelle du Mexique. Essai sur l'apostolat et les méthodes missionaires des ordres mendiants en Nouvelle-Espagne de 1523-24 à 1572,* París, Institut d'ethnologie, 1933. Antonio Rubial, *La Hermana pobreza. El franciscanismo de la Edad Media a la evangelización novo-hispana,* México, UNAM, 2000.

65. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios, op. cit.,* col. Austral, cap. XVII, pp. 50-51.

66. Fidalgo de Elvas, *Expedición de Hernando de Soto a Florida,* col. Austral, cap. XIX, p. 91. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro tercero, cap. XXXII, p. 393.

67. Fidalgo de Elvas, *Expedición de Hernando de Soto a Florida, op. cit.,* col., Austral, p. 104. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro cuarto, cap. VI, p. 428 y sgs.

68. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro quinto, primera parte, cap. II, p. 466.

69. Juan Jaramillo, *Relation du voyage fait à la Nouvelle Terre...,* en Henri Ternaux-Compans, *Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique, op. cit.,* p. 378.

70. Thierry Wanegffelen, *Ni Rome ni Genève..., op. cit.*

71. La expresión es de Frank Lestringant en el prefacio de *Chroniques de la guerre de Floride, une Saint Barthélemy au Nouveau Monde, 1562-1568*, Jocelyn Nayrand (ed.), Congé-sur-Orne, Le Passager clandestin, 2012.

72. René de Laudonnière, *L'Histoire notable de la Floride..., op. cit.,* p. 17.

73. *Ibid.*, p. 83.

74. *Ibid.*, p. 200.

75. Nicolas Le Challeux, *Histoire memorable du dernier voyage aux Indes..., en l'an 1565*, en Henri Ternaux-Compans, *Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique, op. cit.,* pp. 268-276.

76. Francisco López de Mendoza Grajales, en Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento... vols. 3-4, Joaquín Francisco Pacheco (ed.), pp. 474-475.

77. Acerca de los intentos infructuosos del jesuita Juan Rogel para convertir a los caciques calusas, véase *Missions to the Calusa*, ed. y trad. de John H. Hann, Gainesville, University of Florida Press, 1991, pp. 230-285.

9

UNA GUERRA ASIMÉTRICA

Habría podido esperarse que la historia de las incursiones europeas en el espacio norteamericano se resumiese en un combate desigual entre unos ejércitos europeos aguerridos en los campos de batalla de Europa, de Nueva España o de Perú, y unas bandas de guerreros indios cuyo armamento propio del Neolítico no estaba a la altura. Pero no fue así. Las poblaciones indígenas consiguieron repeler a los invasores o al menos hacerles pagar un precio demasiado elevado en relación con los beneficios que podían esperar. Frente a unos ejércitos mejor equipados, los cacicazgos indios hicieron gala de una resolución implacable, asociada a una valentía que la perspectiva de la muerte no llegaba a disminuir y a unas tácticas que desconcertaban a los españoles más acostumbrados a un tipo de guerra «pautado». En una palabra, en aquel teatro de operaciones se afrontaron dos modos de hacer la guerra: una guerra clásica librada por un ejército profesional y basada en la organización, el equipo, la fuerza ofensiva; y una guerrilla de combatientes que compensaban su debilidad material con la ciencia de la emboscada, del ataque por sorpresa, del conocimiento del terreno o con las alianzas concertadas mas nunca respetadas. Se trata, pues, de lo que los estrategas de hoy en día llaman una guerra asimétrica, larga, de desgaste, interminable y en la que el más débil no siempre es el que lo parece. El vencedor es quien conserva el terreno, sean cuales fueren los métodos que adopta, y las bajas que soporta. Los indios se mostraron más hábiles en este juego. Sin embargo, no cabe olvidar otro aspecto de la guerra que se desarrolló en Florida, la que enfrentó a dos ejércitos europeos, el español y el francés, que trasplantan al terreno americano un conflicto europeo que se prolonga desde hace medio siglo. El ejército español más cómodo, imbuido de la gloria de sus victorias y de su pericia técnica, supo imponer en aquel ámbito su superioridad táctica.

La resistencia indígena

Para evaluar esa resistencia es preciso considerar los dos aspectos de la guerra, la estrategia y la táctica. En el plano estratégico, los cacicazgos indios adolecían de indudables insuficiencias. La

demografía india en Florida y en la cuenca del Misisipi no era tan floreciente como a veces se dice. No se dispone de ningún dato objetivo sino simplemente de estimaciones burdas basadas en los indicios referidos por los cronistas sobre las regiones y poblaciones que van conociendo y sobre los restos arqueológicos. Los cronistas nunca mencionan muchedumbres considerables que podrían haber provocado un sentimiento de pánico entre ellos, como ocurrió en la región maya de Yucatán o en los altiplanos de América Central, por miedo a verse sumergidos por el número. Apenas comentan que, al descender por los valles del Tennessee y del Alabama, parece haber pueblos más numerosos y más ricos desde el punto vista agrícola que en Florida. Nunca encuentran una gran aglomeración, sino una serie de pequeños pueblos dispersos y de granjas aisladas a lo largo de los ríos, y de vez en cuando un pueblo más importante con su cerro en el que se alzan la cabaña del cacique y la amplia cabaña común que los españoles llaman *buhío*. Los más grandes cacicazgos de Florida o del Misisipi debían de representar, incluyendo los cacicazgos vasallos, varios miles de personas, aunque a menudo fuesen muchas menos. En la batalla de Mavila el gran cacicazgo de Tascaluza pierde entre 2.000 y 2.500 guerreros, que constituyen la mayor parte de su ejército. Se trata de una estimación muy aproximada pero parece evidente, según los datos arqueológicos, que la población de la región del Misisipi en sentido amplio había alcanzado un máximo en el siglo XII y que ya estaba declinando más de un siglo antes de la llegada de los españoles. Cabe añadir a lo anterior que los cronistas que pasaron por aquellas regiones tuvieron opiniones divergentes por no haber guardado el mismo recuerdo. Tomemos el ejemplo del cacicazgo de Coosa (Coza), uno de los más importantes del valle central del Alabama. La capital (Little Egypt, Alabama) podía contar entre 2.000 y 4.000 habitantes, pero la región sobre la que se extendía la autoridad del cacicazgo era muy grande. Según Ranjel, en 1541 hicieron falta veintitrés o veinticuatro días, para que el ejército de De Soto la atravesase. En una sola jornada los soldados podían encontrar una docena de pueblos. En abril de 1560 Mateo del Sanz, enviado por Tristán de Luna, se sorprendió mucho de no encontrar sino algunos pueblos miserables allí donde, al parecer, había habido una ciudad importante. Sin embargo, en 1568 un destacamento español que venía del norte, al mando de Juan Pardo, se detiene a las puertas del cacicazgo, que amenazaba con vengarse en él de la humillación que De Soto le había infligido veinte años antes. Juan Pardo juzga que es más prudente volver sobre sus pasos. Es decir, se trata de tres juicios contradictorios en el espacio de dos decenios. Idéntica constatación en lo que se

refiere al cacicazgo de Apalachee: para Cabeza de Vaca su capital Anhaica no es más que un pueblo miserable y su región está mal cultivada, mientras que para Ranjel es muy próspera[78].

En toda esta vasta región que abarca desde el valle del Misisipi a la costa atlántica, la población indígena se distribuye en células autónomas. Cada cacicazgo constituye una célula separada de los cacicazgos vecinos con los cuales mantiene un estado de guerra permanente. Los más poderosos están rodeados de bosques casi infranqueables. Esa encapsulación de las sociedades indias tendería a favorecer a los españoles, ya que impide que se constituyan ligas o alianzas entre los cacicazgos, pero, por otra parte, el estado de hostilidad generalizada entre ellas hace de cada hombre en edad de combatir un guerrero en potencia. Nace así una emulación entre los guerreros por ver quién mata al mayor número posible de enemigos, ya que el estatus social de los individuos en el seno del cacicazgo depende de su valor en el combate y del número de enemigos que hayan matado, exhibiéndose sus cabelleras en palos ceremoniales que llevan al combate o que se exponen en las cabañas comunitarias. Los combates entre los cacicazgos tienen lugar por lo general en las regiones limítrofes, bajo la forma de incursiones contra los campesinos en sus campos, contra granjas aisladas o contra pesquerías, y el objetivo, aparte de la obtención de cueros cabelludos que den testimonio de la bravura de los vencedores, es el rapto de mujeres y hombres que se verán reducidos a la esclavitud. Las cabañas comunitarias erigidas en la cima de los cerros en las ciudades capitales almacenaban los trofeos de los vencedores. En las zonas de intensa conflictividad, esas ciudades estaban bien protegidas y los guerreros enemigos tenían pocas posibilidades de tomarlas. Pero De Soto buscaba aliados y los cacicazgos sabían que, con el apoyo de tal aliado, era fácil apoderarse del cacicazgo adverso. Esto es lo que hizo Casqui a expensas de su vecina y rival Pacaha. Sus guerreros entraron en la ciudad, la saquearon, mataron a mujeres y niños, en particular los del cacique, y luego se dirigieron hacia la cabaña grande, donde destruyeron las tumbas de los antepasados de la familia dirigente y sustituyeron las cabezas de sus guerreros por las que acababan de cortar a los guerreros de Pacaha[79].

Los españoles no chocan, pues, con ejércitos profesionales, sino con pueblos en armas en los que hasta las mujeres participan en el combate, como constataron los españoles en Mavila. Algunos cacicazgos tienen una reputación de crueldad, como el de los calusa, situado al sudoeste de la península de Florida y que controla las dos bahías de Tampa y de Charlotte Harbor, donde abordan las flotas

españolas procedentes de La Habana. En otros, como los de Coosa o los de Tascaluza, la reputación se debe al número y la valentía de sus guerreros. Otros, sin embargo, como el cacicazgo de Cofitachequi, en el noreste de Florida, parecen más pacíficos, pero probablemente ello se deba a que ya están en declive. En el reparto del territorio entre los cacicazgos se produce una rotación relativamente rápida. El número parece constante, pero la duración de su existencia casi nunca rebasa los ciento cincuenta años. Tras un período de crecimiento durante el cual reducen a la condición de vasallos cacicazgos más pequeños situados en su entorno inmediato, entran en decadencia y terminan siendo absorbidos por un vecino más poderoso, desmembrados entre diferentes cacicazgos o invadidos por pueblos recién llegados[80]. Este fue el caso de los cacicazgos de Coosa, Talisi y Tascaluza. Coosa y Tascaluza se disputaban Talisi y, hasta Mavila, Tascaluza era la potencia en ascenso de la región y empezaba a atraer a su órbita a Talisi, a la sazón vasallo de Coosa. La cruel derrota de Mavila cambió el panorama. Los españoles necesitaron tiempo para comprender la fluidez política que reinaba en la región y no supieron o no pudieron aprovecharse de ella. Se dieron cuenta de que era más fácil acabar con un imperio centralizado, como el imperio de la Triple Alianza o el imperio inca, que someter a poblaciones tribales.

La inestabilidad política parece haber sido la norma en la zona del Misisipi y en Florida, pero en Nuevo México y en Arizona la sociedad parece más abierta y estable. Los intercambios son allí más intensos, los hombres, los productos y las noticias circulan más fácilmente, lo que no siempre ocurre en el este, donde algunos cacicazgos se ven sorprendidos por la llegada de los españoles. Florida y el valle del Misisipi constituyen un mundo cerrado al exterior, salvo en las zonas del litoral. Así ocurre que De Soto se apodera por sorpresa de la ciudad de Quizquiz y de las 300 mujeres de la comunidad. Sin embargo, los cronistas consignan de vez en cuando testimonios sobre la rapidez con que circula la información por una amplia zona que se extiende desde el estuario del Colorado, al oeste, hasta el río Pecos, al este. Esos pueblos, influenciados por las sociedades de los altiplanos centrales con las que mantienen relaciones comerciales, están más desarrollados culturalmente que los cacicazgos del Misisipi y su agresividad, que ciertamente existe porque en definitiva se están defendiendo contra unos invasores, parece más controlada y, en cierta medida, más eficaz que la de los cacicazgos del Misisipi. Las poblaciones de los indios pueblo del extremo norte saben cómo jugar con el contexto estratégico en que participan y ajustar su resistencia en función de lo que está ocurriendo en la zona «chichimeca», situada

más al sur. No hay que olvidar que los indios pueblo consiguen deshacerse del ejército de Coronado gracias a la guerra del Mixtón. Esos pueblos son también los herederos de las culturas anasazi y hohokam que supieron crear, cuando las condiciones climáticas eran más favorables, unas sociedades urbanas densas y brillantes de las que todavía hoy dan testimonio, entre otros, los restos arqueológicos del Chaco Canyon o de Mesa Verde. Es evidente que el enfriamiento climático del siglo XII, y la sequía que se extendió en su pos, debilitaron considerablemente a estas sociedades urbanas, pero los pueblos de adobe que van encontrándose los conquistadores les recuerdan las ciudades del sur de España y no vacilan en rebautizarlas con topónimos españoles. En cuanto a los yuma de la desembocadura del Colorado y del Gila, saben mostrar su fuerza y su determinación a Hernando de Alarcón, y más tarde, al agredir al destacamento de Melchor Díaz, demostrar a los españoles que sabrán defenderse si se les antoja atacarlos. Eso es, por otra parte, lo que hacen los opata, del curso alto del Sinaloa, que se alzaron contra la guarnición española de San Jerónimo de los Corazones y la aniquilaron.

Las sociedades de los indios pueblo, estructuradas por una clase de caciques y de sacerdotes cuya autoridad no parece cuestionarse, llevan una vida apacible y su hostilidad hacia los españoles —y los tlaxcaltecas— es incondicional, a pesar de las diferencias culturales en los hopi, los zuñi y los pueblo propiamente dichos. Su zona de conflicto habitual se encuentra más bien hacia el este. Allende el río Pecos se extiende el espacio inmenso de las Grandes Praderas en donde viven las grandes manadas de bisontes y los pueblos de cazadores que los utilizan como alimento. Los apaches, venidos del norte del continente, empiezan a imponerse a ciertos pueblos autóctonos o que llevan más tiempo asentados. Coronado es el testigo involuntario de ese enfrentamiento cuando describe los poblados arrasados recientemente por los indios de las Praderas. Los apaches viven de la caza del bisonte y, como todos los nómadas, de los intercambios con las poblaciones de los indios pueblo sedentarias y, si es necesario, de la rapiña. Precisamente la palabra «apache» significa «enemigo» en lengua zuñi. Los apaches truecan sus excedentes de carne y los cueros de bisonte por productos manufacturados y cereales. Cabeza de Vaca los había encontrado en su camino y describió las grandes migraciones anuales de bisontes: «Vienen de hacia el Norte por la tierra adelante hasta la costa de la Florida, y tiéndense por toda la tierra más de cuatrocientas leguas; y en todo este camino, por los valles por donde [...] vienen, bajan las gentes que por allí habitan y se mantienen de ellas, y meten en la tierra gran

cantidad de cueros». Castañeda tuvo ocasión de tratar con aquellos cazadores nómadas del Paleolítico. Quedó admirado por la corrección de sus costumbres y por sus técnicas de caza: «[Esa gente nómada es] harto más grande que no la de los poblados, más dispuesta y mayores hombres de guerra y más temidos. Andan como alárabes, con sus tiendas y harrías de perros aparejados con lomillos y en jalma y cincha. [...] No comen carne humana. Es gente amorosa y no cruel. Tienen fiel amistad [...]. Abren las vacas por el lomo y deshácenlas por sus coyunturas, con un pedernal grande, como un dedo, atado en un palito, con tanta facilidad como si fuese con una muy buena herramienta»[81]. Un siglo más tarde los apaches ya habrán aprendido a domar los caballos salvajes escapados —o robados— de las haciendas españolas y constituirán una fuerza militar y política temible.

En la región intermedia entre el Misisipi y el Río Grande las poblaciones están dispersas. Cuando Coronado llega a Quivira, en Arkansas, cunde la decepción. La rica ciudad tan anhelada no es sino una aldea compuesta por casuchas polvorientas. La expedición de De Soto, o al menos lo que queda de ella, atraviesa esa zona, al mando de Luis de Moscoso, sin encontrar poblaciones densas. Sin embargo, estas son indómitas, como los Tula, que practican la deformación craneal y la escarificación facial, cosa que aterra a los españoles. En todas partes, la columna es objeto de los golpes de mano de unos guerreros indígenas que prefieren hacerse matar en el sitio antes que rendirse. El testimonio de Cabeza de Vaca, que ha vivido durante varios años entre las poblaciones de cazadores-recolectores de la costa de Texas, entre la isla de Galveston y la desembocadura del Río Grande, es más interesante. Esos grupos humanos tienen diferentes nombres tribales, viven en grupos familiares reducidos y pueden mostrarse agresivos por razones que con frecuencia el autor no entiende. No practican la misma lengua, pero pertenecen a un mismo pueblo de origen caribeño. Los karankawa viven en pequeños grupos, se nutren de pescado y marisco, de fruta y raíces, y caza. Se desplazan durante todo el año según los alimentos que tengan que obtener. Su calendario viene generalmente dictado por la maduración de las frutas: una variedad de higos chumbos *(tunas),* moras, frutos secos. Como cazadores son de una resistencia asombrosa. Persiguen a sus presas a la carrera. Su agresividad no se dirige contra sus vecinos bajo la forma de guerra tribal o de hostilidad entre cacicazgos, ni para obtener una mano de obra servil o tributos, como en los cacicazgos del Misisipi, sino para defender su acceso a los terrenos donde se lleva a cabo la recolección. Cabeza de Vaca también se refiere a enfrentamientos en las familias que terminan con el apartamiento de algunos miembros

del grupo antes de una posterior reconciliación. Pero, según él, esas disputas nunca acaban en crímenes de sangre. Su testimonio, que es el único de que disponemos sobre estos pueblos desaparecidos, debe empero tomarse con cierta prudencia porque cabe preguntarse si sus convicciones, influidas por Las Casas, no se habrán impuesto a la realidad.

Los sistemas de defensa

No hay en América del Norte ninguna civilización urbana que se asemeje ni de lejos a Tenochtitlán o a Cuzco. Este fue el drama de nuestros conquistadores. Esas ciudades, y otras más pequeñas, poseían medios pasivos de defensa, como una fortaleza en Cuzco, o un bastión insular unido a la orilla por tres calzadas, como en Tenochtitlán. Sabidas son las dificultades que los españoles experimentaron y el tiempo que necesitaron para tomarlas. Pero eso no hace de América del Norte un lugar abierto. Como en la zona del Misisipi el nivel de hostilidad entre los cacicazgos es muy elevado, disponen de defensas pasivas más o menos elaboradas. Pero no todas ellas. Los calusa, al sudoeste de la península de Florida, no las tienen. Ese pueblo caribe vive de los productos del mar, del pescado, del marisco y del saqueo de los pecios. Es una anomalía en la medida en que, al no practicar la agricultura, a pesar de su sedentarismo, se ha convertido en un cacicazgo poderoso que ha reducido a la condición de vasallos a una cincuentena de cacicazgos vecinos, de los que obtiene un tributo en la forma de remesas de maíz y de mujeres destinadas al harén de la dinastía reinante. Su crueldad legendaria es la que constituye sin duda su mejor defensa, porque no cabe imaginar que la acumulación de conchas sobre las que ha establecido sus campamentos haya servido de protección. Hay que ir más al norte de la península para encontrar los primeros indicios de defensa colectiva, entre los apalachee y los timucua.

La primera defensa colectiva es la encapsulación. Cada cacicazgo importante está rodeado de un «desierto», es decir, un cinturón de bosque dejado en su estado natural, sin camino y difícil de atravesar. En varias ocasiones, los españoles se han visto ante ese espacio virgen que sirve como defensa pero también como reserva de unos productos naturales (caza, frutos) que se dan durante los últimos meses del invierno y el comienzo de la primavera, estación durante la cual la siembra de maíz todavía no ha llegado a madurar. Esos territorios vírgenes son también reservas de tierra agrícola destinados a ser roturados cuando, a falta de ahumado natural, se hayan agotado las

tierras cultivadas. Desde un punto de vista militar, esos desiertos hacen oficio de fronteras y su densidad los hace casi impenetrables. Los cronistas de la expedición de De Soto se refieren a uno de ellos que les impresionó mucho, el que separa los cacicazgos de Ocute y de Cofitachequi en la cuenca del Savannah, porque allí estuvo el ejército a punto de perderse. Necesitaron una decena de días de trabajo agotador para salir de allí. Ahora bien, al no tener medios de transporte, los soldados debían llevar su impedimenta, sus armas y sus víveres, pero era prácticamente imposible llevar comida para diez días. Los soldados padecieron hambre. Entre Ocute y Cofitachequi lo que les salvó fue su piara de cerdos. Aquella frontera natural era tan densa que el jefe Patofa, de Ocute, aprovechó la oportunidad para internarse detrás de De Soto en el territorio de Cofitachequi, su enemigo ancestral, y llevar a cabo una razia particularmente mortífera. Seguramente por sus propios medios habría sido incapaz de abrirse paso en aquella muralla verde. Pero no es la única. Por lo general, esos *despoblados,* como los llaman los españoles, están constituidos por bosques más o menos densos, pero entre los cacicazgos de Alibamo y Chisca, en la cuenca fluvial del Alabama, la tropa necesita nueve días para atravesar un desierto de selva y pantanos. Entre Casqui y Pacaha, al borde del Misisipi, una amplia zona pantanosa sirve como frontera. Más al este, en Arkansas, De Soto necesita cuatro días para atravesar el desierto que protege a los Tula. Garcilaso de la Vega habla de un desierto de diez a doce leguas entre los cacicazgos de Acuera y Ocali. El cacicazgo de Apalachee está especialmente bien protegido al oeste por un extenso desierto entre dos ríos, el Ochlokonee y el Apalachicola, y al noreste por otro desierto, consistente en un pantano enorme que le separa del cacicazgo de Ossachile. Seguramente, esa protección natural refuerza su ascendiente a escala regional.

Cuando se pasa a las regiones del Misisipi, los medios de defensa colectivos se vuelven más elaborados y se presentan bajo la forma de fortificaciones de madera. Existe toda una zona de transición, que podría corresponder a las culturas timucua del norte de Florida, Georgia y Carolina del Sur actuales, donde, incluso si los cacicazgos han sufrido la influencia de la civilización del Misisipi, no presentan todas las características de esta. Lo mismo ocurre con el cacicazgo de Apalachee. La «ciudad» de Anhaica, que fue una de sus capitales, no parece estar fortificada. Fue Hernando de Soto quien instaló allí un campamento atrincherado para pasar el invierno de 1539-1540, campamento que, dicho sea de paso, han encontrado los arqueólogos en pleno centro de la ciudad de Tallahassee. Lo que existía era un

refugio en los bosques de las inmediaciones donde se había atrincherado el cacique con sus guerreros. Estaba formado por un camino estrecho flanqueado por empalizadas y cortado cada cien pasos por estacadas defendidas por la guardia personal del cacique. Los españoles lograron tomarlo y capturaron al cacique Capafi. Este último era tan «grosíssimo de cuerpo» que solo se podía desplazar a gatas, pero, la noche siguiente consiguió escapar de los españoles, que fueron objeto de las burlas de los indios[82]. Pero en general, cuando los españoles se acercan a lugares habitados, los indios se tiran al monte, se esconden en bosques o pantanos, unas veces abandonando tras ellos reservas alimentarias y otras practicando una política de tierra quemada.

Para encontrar las fortificaciones características de aquellas culturas hay que descender por el valle del Tennessee, luego por el del Alabama y, por último, remontar el curso medio del Misisipi, hasta la altura de Memphis, como lo hicieron los soldados de De Soto. Todas esas poblaciones no vivían en ciudades fortificadas, la mayoría se habían establecido en el campo, en pueblos o granjas aisladas al hilo de los ríos, cerca de las tierras cultivables, pero cada cacicazgo importante tenía un fuerte de madera, defendido por un doble recinto de gruesos piquetes, reforzados a veces con tablas y cubiertos de tierra apisonada, horadado con aspilleras. Por precaución, las entradas eran escasas, limitándose a dos por lo general. Los parapetos estaban alternados de modo que solo dejasen pasar una persona o un grupo pequeño de individuos a la vez, lo que dificultaba la entrada de los soldados y más aún la de los caballos. La empalizada exterior podía incluir algunas torres con troneras detrás de las cuales podían colocarse hasta ocho arqueros. En el centro de la ciudad, como en Mavila, el sistema defensivo se reforzaba con el cerrillo sobre el cual estaba construida la cabaña del cacique. En el curso medio del Misisipi había muchas ciudades fortificadas de este tipo y sus defensas a veces se reforzaban con acequias que servían de foso, como en Talisi o Pacaha, o se apoyaban en un torrente encajonado, como en Alibamo. Tanto Ranjel, como Garcilaso de la Vega —o mejor dicho su informador Gonzalo Silvestre— ofrecen descripciones muy detalladas de esas fortificaciones[83].

Esas fortificaciones de madera existían en todos los lugares donde se hacía sentir la influencia de los pueblos del Misisipi e incluso en el sur de los Apalaches, como en los montes Ozark, al este del Misisipi. En 1567 un cabo de la expedición de Juan Pardo concierta una alianza con el cacicazgo de Joara para tomar la fortaleza de un cacicazgo enemigo, el de Chisca. Algunos soldados españoles, ayudados por

guerreros indios, suben al asalto de las fortificaciones enemigas cubriéndose con grandes tablones de madera cuya finalidad es protegerlos de las flechas enemigas[84]. Esas fortalezas plantean un problema táctico a los indios que no están habituados a la guerra de asedio. Cuando un cacicazgo se apoderaba de una plaza enemiga por lo general era por sorpresa. Pero la guerra de asedio era una especialidad de los ejércitos europeos y la experiencia demostró que, cada vez que los indios plantearon ese tipo de combate a los europeos, sufrieron graves derrotas. La fortificación solo desempeña un papel pasivo en las concepciones indias de la guerra, ya que, al estar situada en el centro de su territorio, es prácticamente inexpugnable para el enemigo. Pero esto ya no ocurre con los españoles que son mucho más móviles, lo que causa la sorpresa de los indios y es causa de sus reiteradas derrotas. Por otra parte, las fortificaciones de madera mostraban una deplorable tendencia a arder, aunque ese era un inconveniente tanto para los indios como para los españoles. En Mavila son los indios los que más padecen por el incendio, pues la mayor parte de sus pérdidas se deben al fuego, por mucho que a los españoles les cueste la destrucción de la mayor parte de sus bagajes, mientras que en Chicaza ocurre lo contrario. En el Misisipi medio, Hernando de Soto primero, y Luis de Moscoso después tienen buen cuidado de recogerse, durante los largos meses de invierno, en una ciudad fortificada cuyas defensas se ocupan de reforzar.

Al oeste del Misisipi, los sistemas de fortificación de este tipo van escaseando hasta desaparecer por completo. En las grandes praderas la población ya no es suficientemente densa para que una construcción de esta índole tenga sentido desde el punto de vista táctico. Sin embargo, en las llanuras litorales de Texas, Cabeza de Vaca describe modos de protección originales, a ras de tierra, e incluso enterrados. Para comprender esta costumbre, conviene recordar que aquellos indios vivían en cabañas de ramas que estaban enterradas y que al ser bajas no destacaban en el paisaje. Cabeza de Vaca considera que esos indios manifiestan excelente sentido táctico «como tendrían si fuesen criados en Italia y en continua guerra», de modo que, cuando se sienten amenazados, «asientan sus casas a la orilla del monte más áspero y de más espesura que por allí hallan», hacen un foso en el que duermen, cubiertos de leña menuda en la que abren saeteras para sorprender a sus adversarios. Las mujeres y niños se esconden en el monte, en un lugar al que solo se puede llegar por un camino angosto del que hacen desaparecer la huella. Durante la noche encienden fuegos en las cabañas para hacer creer a sus enemigos que están en sus casas. Cuando estos acuden atraídos por este señuelo, los recibe una

nube de flechas[85].

Para encontrar formas de protección colectiva más elaboradas hay que dirigirse más al oeste, al territorio pueblo. Los españoles se sorprendieron cuando encontraron allí verdaderos poblados fortificados, replegados sobre sí mismos, con fachadas ciegas vueltas hacia el exterior, sin ventanas ni aberturas que pudieran dar acceso al enemigo. Los edificios tienen varias plantas a las que los indios suben desde una plaza central, mediante escaleras que les permiten entrar en sus aposentos familiares. En caso de movilización contra un enemigo potencial, los guerreros se sitúan en terrazas donde previamente se han amontonado piedras que lanzan contra los asaltantes que quieren tomar su pueblo. En Hawikuh, territorio zuñi, Coronado, con un poco de presunción, pensó que tomaría la ciudad con rapidez, pero la pedrada que recibió en su yelmo al intentar escalar la muralla pronto enfrió su ardor guerrero. Se retiró del combate e hizo atacar a las tropas indias gracias a cuya agilidad consiguió su propósito. Estos atacaron la ciudad y apenas tomaron prisioneros. Con todo, los españoles quedaron sorprendidos por lo ingenioso de aquel urbanismo y por el cuidado con que los indios pueblo organizaban su vida colectiva. La plaza central se barría regularmente, grandes vasijas que los habitantes iban a vaciar fuera servían como letrinas. Cada grupo familiar o cada barrio disponía de una estufa (*kiva* en la lengua local), una estancia redonda y semienterrada donde se reunían los hombres para hablar de los asuntos de la comunidad o para practicar ritos chamánicos.

También había fortalezas como la de Acoma, situada sobre una plataforma rocosa en pleno desierto, en un punto inaccesible y que, al estar reforzada por murallas, resultaba prácticamente inexpugnable. La ciudad no se rindió pero negoció con Hernando de Alvarado, al que se invita a visitarla. El cronista Pedro de Castañeda la describe así: «El pueblo era fortísimo porque estaba sobre la entrada del peñol, que por todas partes era de peña tajada, en tan grande altura que tuviera un arcabuz bien que hacer en echar una pelota en lo alto de él. Tenía una sola subida de escalera hecha a mano, que comenzaba sobre un repecho que hacia aquella parte hacía la tierra. Esta escalera era ancha, de obra de doscientos escalones, hasta llegar a la peña. Había otra luego, angosta, arrimada a la peña, de obra de cien escalones, y en el remate de ella habían de subir por la peña obra de tres estados por agujeros donde hincaban las puntas de los pies y se asían con las manos. En lo alto había una albarrada de piedra seca y grande que, sin descubrirse, podían derribar tanta que no fuese poderoso ningún ejército a entrarles»[86]. Solo en 1599 pudo Juan de Oñate tomarla y

masacrar a su población como represalia. Cabe preguntarse si esos pueblos fortificados, a la manera de los pueblos medievales de Italia o de Provenza, eran antiguos. Al oeste, en las comunidades yuma del curso bajo del Gila o del Colorado, Hernando de Alarcón no da cuenta de ellos. Tampoco los hay en el territorio opata del Sonora. Las comunidades abandonadas del Chaco Canyon tampoco parecen haber estado fortificadas. De hecho, ese mundo parece haber sido muy abierto y haberse replegado solo recientemente sobre sí mismo. Los pueblos fortificados se sitúan al este, en la cuenca del Little Colorado, del Río Grande y del curso superior del río Pecos, o en la linde de las Grandes Praderas de donde vienen los nómadas, en particular los apaches. Es posible que esa forma de agrupamiento comunitario sea la consecuencia reciente de las incursiones de los indios de las praderas.

El hecho de que los sistemas de fortificación sean tan diferentes en el territorio refleja los diferentes grados de desarrollo de las poblaciones indias: una civilización del bosque al este, donde los núcleos de población están diseminados a lo largo de los cursos de agua, pero replegados sobre sí mismos dentro de los cacicazgos; poblaciones rudimentarias de nómadas cazadores y recolectores en el litoral de Texas; una civilización urbanizada en territorio pueblo y zuñi, en relación con las grandes ciudades de los altiplanos de México, al oeste. Pero, por lo que se refiere a las técnicas de combate, son muy parecidas. Estas se basan en el uso del arco, el arma por excelencia de los guerreros chichimecas en cuanto a las poblaciones de los altiplanos, y que los europeos van encontrando por doquier en América del Norte, asociado con la cachiporra de madera dura y la pica. En los combates cuerpo a cuerpo los indios utilizan preferentemente su arco como palo o como lanza. Las poblaciones de Florida evitan el enfrentamiento directo con los españoles en las expediciones de alrededor de 1540. Prefieren recurrir a la guerrilla, una guerra de golpes de mano. Los cacicazgos del Misisipi desconfían de los recién llegados, y cuando se atreven a desafiarlos en campo raso o en la guerra de asedio, padecen mucho a causa de su inexperiencia. En cuanto pueden no dudan en recurrir al hostigamiento, que inspira temor a sus adversarios y les inflige cuantiosas bajas. Ocurre así que los soldados que se demoran detrás de la columna desaparecen sin dejar rastro. En el oeste, en territorio de los indios pueblo, la situación es muy diferente, pues en esa región desértica, salvo al borde de los ríos, las posibilidades de esconderse y de tender emboscadas son forzosamente limitadas. Por lo tanto, la guerra se desarrolla en torno a la posesión de los pueblos, de los que también depende el suministro de víveres, y se asemeja a la que se practica habitualmente en Europa.

Globalmente, en el plano táctico, la ventaja siempre fue para los españoles, salvo una vez, en una batalla naval que tuvo lugar en el curso medio del Misisipi, cuando la expedición de De Soto emprendió su viaje de regreso hacia Nueva España. Sin embargo, en el plano estratégico, los indios conservaron la ventaja mediante una guerrilla que impidió que los españoles mantuviesen su dominio del terreno. Frente a los indios se abrieron paso, a veces a la fuerza, pero nunca consiguieron conservar el terreno. Lo que resulta más interesante es que entre 1562 y 1567, los franceses y los españoles se enfrentaron en la costa oriental de Florida, ante los ojos interesados de los cacicazgos vecinos que supieron aprovechar su posición de árbitros.

Las técnicas de guerrilla

En ninguna parte acogieron los indios a los españoles con los brazos abiertos, en ninguna parte se beneficiaron estos de una colaboración suficiente por parte de los indígenas para asentarse de modo duradero en el terreno. A los españoles, que son los que más han hablado de esta cuestión, les sorprendió la capacidad de resistencia de los indios, su valentía y su espíritu de sacrificio, pero también su doblez, hasta el punto de que llegaron a pensar que no valía la pena creer en la palabra de un indio. Los europeos nunca pudieron establecer contactos de amistad, o al menos de confianza, con ellos. Cabe recordar que cuando comienzan las expediciones oficiales a Florida los indios tienen ya una larga experiencia de las razias que llevan a cabo los tratantes de esclavos de las Antillas. Lo mismo ocurre en Nuevo México, donde los indios pueblo están al corriente de las incursiones realizadas por los hombres de Nuño de Guzmán, al norte de Nueva Galicia o en el Pánuco. En Florida la primera reacción es la huida: «Y como llegamos a los *buhíos* o casas que habíamos visto de los indios, hallámoslas desamparadas y solas, porque la gente se había ido aquella noche en sus canoas… Otro día los indios de aquel pueblo vinieron a nosotros, y aunque nos hablaron, como nosotros no teníamos lengua, no los entendíamos; mas hacíannos muchas señas y amenazas, y nos pareció que nos decían que nos fuésemos de la tierra»[87]. La huida por los bosques o los pantanos es la práctica más corriente a que deben hacer frente los españoles a medida que se adentran por zonas en las que los europeos nunca han puesto el pie. Pero los indios abandonan sus graneros repletos, esperando probablemente que, una vez que los extranjeros se hayan avituallado, se irán. Así ocurre que, desde el 16 de abril —día de su desembarco— hasta el 17 de junio de 1528, Pánfilo de Narváez no tuvo ningún

contacto con los indígenas.

Ese día le sale al paso el cacique Dulchanchellin, probablemente un timucua, cubierto de un cuero de venado pintado y llevado en andas por uno de sus sujetos. Va acompañado de mucha gente y delante de él venían tañendo unas flautas de caña. El intercambio por señas es difícil, pero los españoles terminan por conseguir que les indiquen cuál es el camino al cacicazgo de Apalachee, del que el cacique afirma ser enemigo. Tras intercambiar algunos presentes —cuentas, cascabeles y otros «rescates» para los indios y el famoso cuero pintado de venado para Narváez—, cada uno se va por su lado. Al día siguiente la tropa de Pánfilo de Narváez llega al pueblo de Dulchanchellin, que les envía maíz, pero es fácil comprender que la amistad del cacique era fingida. Esa misma noche atacan con flechas a un español que ha ido a buscar agua. Se escapa de milagro, pero al día siguiente siguen a Pánfilo de Narváez indios en pie de guerra. Él les tiende una emboscada y captura a unos cuantos que habrán de servirle de guías hasta Apalachee. Esta secuencia —encuentro, amistad fingida para poner a prueba al adversario, emboscada y contrataque— es clásica en las guerras de Florida que Narváez, De Soto y más tarde Menéndez y Laudonnière experimentarán sucesivamente.

En vísperas de la batalla de Mavila, el hijo del cacique Tuscaluza, que gobernaba la fortaleza de Mavila, vino a visitar a De Soto, manifiestamente con el único fin de observar a aquel al que había de enfrentarse en aquella batalla decisiva. Los mismo ocurre en Chicaza, donde los españoles han establecido su campamento para pasar el invierno de 1541-1542. Los indios les traen comida para poder vigilarlos mejor y aprovechar la primera ocasión que se les ofrezca para atacarlos. Una noche en la que el control de las puertas deja que desear, lanzan su ofensiva e infligen a De Soto su segunda derrota notable. Los españoles permanecen, pues, bajo la vigilancia constante de los indígenas, dispuestos a aprovechar la más mínima distracción de sus enemigos europeos. A ello se debe que cuando muere De Soto, Luis de Moscoso, el sucesor designado por él, tuvo las mayores dificultades para explicar a los caciques indios la desaparición del que había sido su general, cuyo cuerpo primero enterraron y luego sumergieron en un arca hecha con un tronco de encina en las aguas del Misisipi, porque los indios se habían dado cuenta de dónde se encontraba la tumba. Aun cuando las relaciones son más apacibles se impone la desconfianza. Así ocurre con la dama de Cofitachequi, que manifiestamente no es la soberana del cacicazgo sino su sobrina. De Soto le pide ver a su tía que está escondida lejos de los españoles. Designa a un fiel guerrero como embajador para que conduzca a los

españoles donde se encuentra la «viuda», pero este prefiere degollarse con la punta de una flecha antes que traicionar a su señora y revelar dónde se escondía. Entre los indios pueblo el problema no se plantea de la misma forma que en las Floridas. Los cacicazgos locales, resueltos a no someterse, conocen bien el comportamiento y los objetivos de los españoles por las informaciones que les llegan del sur. Por tanto, renuncian al disimulo y practican una guerra más clásica, tras negarse a ceder a las primeras intimaciones.

Existe otra variante de esa desconfianza de los indios con respecto a los españoles y de su ánimo de resistir. Pánfilo de Narváez y Hernando de Soto necesitan intérpretes y guías. Hemos visto cómo Narváez había obtenido los que le llevaron a Apalachee. Posteriormente, ya no los necesitó pues su viaje se convirtió en una debacle. Este no es empero el caso de De Soto, quien, a pesar de la presencia de Juan Ortiz hasta el invierno de 1541-1542, necesita guías que le muestren el camino o le obtengan informaciones. Se encuentra con numerosas negativas. Así ocurre, por ejemplo, antes de llegar a Cofitachequi. Los cautivos de los que se intenta obtener informaciones prefieren arder en la hoguera antes que pasar por traidores. Otros se dejan devorar por los perros de guerra. Otra astucia, que se puede considerar resistencia activa, consiste en perder a los españoles en un terreno que no conocen. Los restos del ejército de De Soto, al mando de Luis de Moscoso, lo experimentaron en las grandes extensiones al oeste del Misisipi. Un viejo guía que les estaba haciendo dar vueltas en redondo reconoció que actuaba así en cumplimiento de las órdenes de su cacique con el propósito de extraviarlos. Fue condenado a morir devorado por un perro. Coronado tiene la misma incidencia en la misma región, cuando los dos guías, Isopete y El Turco disienten sobre el camino que lleva a Quivira. Sospechando, tal vez sin razón, una traición, Coronado ordena que den garrote a El Turco.

Pero existía un medio todavía más simple para desembarazarse de los importunos: como buscaban una gran ciudad y metales preciosos, les bastaba con indicar que el objeto de sus deseos se encontraba «allá», en dirección a un norte o un este igualmente indeterminados. Garcilaso de la Vega expresa ese decidido propósito de resistencia en un pasaje donde da la palabra a dos caciques de Florida. Naturalmente, el texto es apócrifo y está inspirado en los clásicos latinos de los que el autor estaba impregnado, pero traduce bien el estado de ánimo de aquellas poblaciones frente a los agresores. Cuando De Soto envía una embajada al cacique Acuera para sellar la paz, este manda decirle que conoce bien a los españoles, que ya les había visto actuar años antes y que sabe a qué atenerse. Añadió que

«sabía muy bien su vida y costumbres, que era tener por oficio andar vagabundos de tierra en tierra viviendo de robar y saquear y matar a los que no les habían hecho ofensa alguna; que, con gente tal, en ninguna manera quería amistad ni paz, sino guerra mortal y perpetua». Sus vasallos y él no se tenían por menos valientes y no vacilarían en hacerles la guerra durante todo el tiempo que estuviesen en sus tierras. Además, había ordenado a los suyos que le llevasen cada semana dos cabezas de cristianos. En cuanto a la obediencia al rey de España, su negativa es categórica. Él es el rey en su propia tierra y no tiene necesidad de hacerse vasallo de nadie[88]. Durante los veinte días que permaneció en el cacicazgo de Acuera, De Soto recibió, por tanto, catorce cabezas. Por mucho que los españoles se afanasen en enterrar los cuerpos de sus desgraciados compañeros, los indios los desenterraban, los cortaban en tiras *(tasajos)* y los colgaban de los árboles donde la tropa pudiese verlos al pasar.

Los indios no solo dieron muestras de astucia y trataron de inspirar terror, sino que también combatieron valientemente. Los españoles se sorprendieron de su impavidez en los combates y de su sentido del sacrificio. No cabe olvidar que, si bien las bajas españolas en Mavila fueron cuantiosas, en el bando opuesto de entre los 2.000 a 3.000 combatientes indios prácticamente no hubo supervivientes. Frente a ejércitos estáticos, como los comandos de Menéndez y de Laudonnière fuertemente armados con arcabuces, las tropas indias no pueden hacer gran cosa. Paradójicamente el punto débil de los contingentes de Narváez y De Soto es en gran medida su movilidad. Se internan a la aventura en territorio enemigo sin conocer el terreno, sin otro objetivo que la esperanza de descubrir unas ciudades fabulosas que no existen. Esas columnas son particularmente vulnerables cuando se trata de atravesar bosques, ríos o ciénagas, en esos momentos en que la atención disminuye ante las dificultades que plantea el terreno. Ese es el momento en el que la táctica de guerrilla es más eficaz, ya que en terreno descubierto los caballos y los perros de guerra dan una ventaja decisiva a los españoles. El arma favorita del guerrero indio es el arco, un arco potente cuya fuerza de penetración deja estupefactos a los españoles. Las crónicas no dejan de dar constancia de jinetes muertos por las flechas que han traspasado sus armaduras de acero, de caballos alcanzados en pleno galope por flechas que atravesando sus pechos llegan al corazón. En el territorio pueblo, Castañeda afirma haber visto un bisonte atravesado de parte a parte. Todavía más eficaces son las flechas envenenadas de los indios del valle del Sonora, que ocasionan importantes bajas al ejército de Coronado. «Cuantos indios vimos desde la Florida aquí, todos son flecheros; y como son tan

crescidos de cuerpo y andan desnudos, desde lejos parescen gigantes. Es gente a maravilla bien dispuesta, muy enjutos y de muy grandes fuerza y ligereza. Los arcos que usan son gruesos como el brazo, de once o doce palmos de largo, que flechan a doscientos pasos con tan gran tiento, que ninguna cosa yerran»[89].

Las bajas son importantes sobre todo cuando los soldados de Narváez se ponen a construir, en la bahía de los Caballos, las barcas que habrían de permitirles regresar al Pánuco. Los que se dedican a la recolección de ostras son objeto de ataques regulares. Los indios que tiran desde los lindes del bosque desaparecen rápidamente, poniéndose a cubierto tras disparar sus flechas, y los españoles no pueden perseguirlos porque los caballos no pueden galopar por la floresta y los indios corren mucho. Varias decenas de españoles pierden así la vida. Además, pobre de aquel que se demora al final de la columna, sea por estar enfermo o distraído, sea porque está agotado por los esfuerzos que debe hacer. Lo encontrarán al día siguiente descuartizado y cortado en tiras clavadas en los troncos de los árboles que la columna encuentre a su paso. Se trata de socavar el ánimo del enemigo. O no se le volverá a ver nunca más. Vale la pena citar la cínica respuesta del cacique Coosa a De Soto, preocupado por la desaparición de uno de los suyos: él no tenía por qué ocuparse de la suerte que corrieran los españoles.

Sin duda fueron los apalaches del este de Florida los que opusieron la mayor resistencia a los españoles. Habían presenciado el paso de la columna de Narváez y luego de la de De Soto. El primero llega a ese cacicazgo sin que sus habitantes se hayan percatado de su aproximación. Envía a nueve hombres a caballo y una compañía de cincuenta infantes en misión de reconocimiento. Al entrar en ese pueblo en el que hay una cuarentena de cabañas —se trata probablemente de Anhaica, la capital del cacicazgo—, solo encuentran mujeres y niños. Los hombres han abandonado el lugar, pero cuando el destacamento atraviesa el territorio es atacado. El ataque es rápido: una oleada de flechas, un caballo muerto; los guerreros indios huyen. Vuelven algo más tarde y piden que se les deje llevarse a las mujeres y los niños. Al día siguiente nuevo ataque. En esta ocasión los indios incendian las casas y luego se refugian en los lagos de los alrededores para escapar a toda persecución. Sin embargo, en la refriega pierden un hombre. Dos días más tarde atacan de nuevo, según los mismos principios, antes de replegarse a la región de los lagos. Vuelven a perder un hombre. Narváez permanece más de tres semanas en Apalachee antes de salir hacia el sur, empujado por la falta de víveres. Durante este periplo, que les lleva varios días, los indios no dejan de

hostigar a los españoles. Es preciso atravesar unos fangales en los que se les ataca sin cesar y donde pierden varios hombres. A uno de ellos, que iba en la retaguardia, le alcanza una flecha, que le traspasa la nuca, donde no le protege la coraza, y muere en el acto. Cuando llegan al cacicazgo de Aute, vasallo del de Apalachee, los indios han prendido fuego a las casas mas no a los graneros. En esa parte de Florida, Hernando de Soto tuvo que vérselas con una resistencia todavía más decidida, porque los apalaches conocían ahora cuáles eran los objetivos de los españoles. El vadeo del río fronterizo, Aucilla, fue difícil y la invernada de 1539-1540, en el pueblo de Anhaica, bastante penosa, a pesar de que el pueblo se hubiese fortificado. Se había expulsado a la población india, como ocurría, en el mismo momento, en las ciudades de los indios pueblo de Nuevo México, pero en cuanto salían de su campamento para buscar víveres, o simplemente para explorar los alrededores, los soldados españoles sufrían los ataques de unos guerreros dispuestos a vender caras sus vidas.

No era pues necesario disponer de armamento sofisticado para enfrentarse a un ejército en principio más poderoso y mejor entrenado. Los indios corrían tan deprisa que conseguían escapar a los caballos, y sus flechas con punta de pedernal, de cobre nativo o simplemente endurecidas con fuego, bastaban para mantener a raya a unos españoles cuyos ejércitos en ese mismo momento cosechaban victorias en todos los campos de batalla de Europa. En sus vagabundeos al oeste del Misisipi la columna infernal de De Soto volvió a practicar la lucha antiguerrilla. En Tula encontraron la resistencia más fuerte. De Soto instaló allí su real. Siente con intensidad la hostilidad de los indios. Han huido de sus pueblos y los pocos cautivos que tienen se niegan a colaborar y se tiran al suelo hasta que los españoles los matan. Los tula terminan por atacar el real de noche y por sorpresa. Tras un encarnizado combate nocturno, durante el cual los españoles invocan a Nuestra Señora y al apóstol Santiago y los indios gritan «tula», y una carga de caballería al alba que termina por dispersarlos, estos abandonan el terreno. Las bajas de los indios son cuantiosas y los españoles tienen solo cuatro muertos pero muchos heridos, lo que obliga al contingente a permanecer en el mismo sitio durante una veintena de días para curar las heridas. A propósito de los tula, Gonzalo Silvestre, que es el principal informador de Garcilaso, refiere dos anécdotas: la de una cautiva, asignada a la cocina, que le echaba la olla o brasas ardientes a la cara a quienquiera que le diese órdenes, y que terminó por escaparse, y la de un muchacho de nueve o diez años que un caballero español se llevó a

Perú y que era tan bravo en las peleas con otros muchachos de su edad que solo con gritar el nombre de tula bastaba para que sus rivales huyesen atemorizados. Para los españoles estos indios eran indómitos y su fiereza hacía que los temiesen en toda la región[90].

Estrategia y táctica españolas

Puntualicemos en primer lugar unas cuantas cuestiones importantes. Los ejércitos que despliegan los españoles en el Misisipi o en Nuevo México parecen muy reducidos. Pero no es así. Muchos combates durante las guerras de Italia se libraron con efectivos igualmente reducidos. Quinientos peones y doscientos hombres de a caballo pueden constituir una fuerza ofensiva suficiente. Las batallas de Rávena y de Marignan son casos particulares por la importancia de las fuerzas desplegadas. Por otra parte, los españoles se lanzan al descubrimiento con unos cuerpos expedicionarios que no son menos nutridos que los que tenían a su mando Hernán Cortés y Francisco Pizarro. El que estos llegaran a realizar sus proyectos se debe a tres razones: se habían preocupado de informarse acerca de la situación política del país en que se proponían intervenir; el terreno favorecía el despliegue de su ejército en un tipo de guerra que se parecía a aquella a la que estaban acostumbrados en Europa; y disponían de una base de retaguardia por la que les llegaban refuerzos continuamente. Pero, por encima de todo, habían sabido movilizar a una parte de las poblaciones indígenas contra las potencias regionales dominantes. En el caso de América del Norte no se cumplieron ninguna de esas condiciones. En aquellas regiones no había vías de comunicación que facilitasen el paso de una expedición con abundante armamento, salvo tal vez en la Tierra Nueva, pero para llegar a los poblados de los indios pueblo del norte de Nuevo México había que recorrer largas distancias por zonas desérticas, lo que suponía un esfuerzo considerable cuyo resultado era aleatorio. Al este la situación tal vez fuese todavía peor, ya que la expedición comenzaba con una travesía en barco y proseguía con un largo vagabundeo por un terreno desfavorable, sin grandes vías de comunicación, por caminos a veces impracticables, a través de espacios forestales impenetrables o pantanosos. Y lo que sin duda era más grave, la imposibilidad en que se encontraron los españoles de concertar alianzas con unos cacicazgos indígenas entre los cuales ninguno ostentaba una supremacía regional suficiente.

Aparentemente las tres grandes *entradas,* la de Narváez, la de De Soto y la de Coronado, disponían de ventajas tácticas superiores a las

de los indios, lo que les faltaba era el proyecto estratégico. Esas tres ventajas eran los caballos, las armas de fuego y los perros de guerra. En el decenio de 1530 los indígenas de América del Norte todavía ignoraban la existencia de los caballos. Esos animales grandes montados por hombres les parecían monstruos, un sentimiento que reforzaban los cascabeles colgados de la ahogadera que intensificaban la impresión de algo sobrenatural y contribuían a aumentar su temor. Pero pronto se habituaron y los cascabeles se convirtieron en un artículo de intercambio muy apreciado por los indios. Cuando al final de la primavera de 1540, Hernando de Alarcón explora el curso bajo del Colorado y del Gila, se entera de que hay cristianos en Cíbola que habían combatido con los hombres de allí y que tenían vacas y otros pequeños animales negros con lana y cuernos, y que tenían otros animales que ellos montaban y que corrían mucho[91]. Algo más tarde esas comunidades yuma vieron llegar a Melchor Díaz y su destacamento de hombres a caballo a los que recibieron muy mal. Cortés en su momento disponía de pocos caballos, Pizarro tenía más. Las ventajas de la caballería residían en la rapidez de desplazamiento, la fuerza que imprimían al choque con el enemigo y una capacidad de carga superior a la de los hombres. En los momentos difíciles, Narváez y De Soto no vacilaron en utilizar sus caballos como simples acémilas, para transportar bastimentos —cuando los encontraban en abundancia — o enfermos, como lo hizo Narváez entre Anhaica y Aute, donde hizo construir sus barcas. Él mismo y muchos de sus soldados que padecían una especie de fiebre palúdica hicieron el recorrido a lomos de caballo. Por otra parte, en esta ocasión Narváez tuvo que hacer frente a un amago de motín por parte de su caballería que amenazó con separarse del resto, como hemos visto anteriormente.

Los caballos intrigaban y asustaban a los indios, que comprendieron enseguida que no podían escapar de ellos en campo raso. En consecuencia, intentaban dejarlos fuera de combate tirando sus flechas desde las lindes de los bosques para desaparecer de inmediato en la maleza, donde ya no se les podía dar alcance. Fueron aprendiendo con la experiencia. Los cacicazgos que veían a los españoles por primera vez cometieron a veces el error de enfrentarse a ellos en campo raso, como ocurrió en Chicazilla. En esos casos, los aniquilaban sin piedad. En Arkansas, al oeste del Misisipi, unos guerreros aislados intentaban sorprender a los españoles escondiéndose debajo de montones de hierba, pero los jinetes erguidos sobre sus monturas los veían desde lejos y los exterminaban indefectiblemente[92]. La única solución para resistir a un escuadrón de caballería cargando al galope era disponer a la infantería en formación cerrada y armada con largas picas,

siguiendo el modelo de los suizos, los lansquenetes o los tercios españoles. Pero ese tipo de combate era incompatible en Florida con el concepto local de la guerra. El combate no se concebía como una actividad colectiva en la que cada guerrero podía contar con el apoyo de los suyos, sino como una actividad individual cuyo fin era aumentar la reputación y el estatus social de aquel que fuera capaz de acumular el mayor número posible de victorias, materializadas con los cueros cabelludos. El sentido colectivo era más evidente en el territorio pueblo, donde los indios vivían en pequeñas comunidades protegidas por murallas. Los indios pueblo evitaban entrar en combate con los españoles en campo raso, pero, cuando el apremio era muy fuerte y los guerreros se veían obligados a huir, se ofrecían como víctimas expiatorias que los españoles exterminaban sin piedad. En América, como en Europa, un infante aislado no tenía ninguna posibilidad de resistir a la caballería.

La segunda ventaja de que disponían los españoles era el perro. Los indios conocían ese animal. Lo comían, lo utilizaban como bestia de carga, al menos entre los nómadas de las Grandes Praderas, para transportar sus pertenencias, arrastrar las ramas que les servían para construir sus cabañas o cazar. Sin embargo, les sorprendió el uso que los españoles hacían de sus perros. Eran lebreles y alanos con frecuencia cruzados con lobos, es decir, unas fieras temibles. Combatían al lado de sus amos, pero su principal utilidad era amedrentar a los indígenas. Narváez poseía unos cuantos. Un cacique indio relató a De Soto cómo su predecesor le había cortado la nariz y las orejas y había hecho que los perros devorasen a su madre. El perro de guerra servía para intimidar a los indios y para hacerles hablar. De Soto obtenía informaciones de los que capturaba, amenazándoles con sus perros, y luego hacía que estos los devorasen. De modo que los indios desarrollaron una aversión por aquellas fieras e intentaban siempre eliminarlos con sus flechas. El último episodio de utilización de los perros en Florida se produce cuando la expedición, al mando de Luis de Moscoso, se adentró muy lejos en dirección al oeste siguiendo a un viejo guía indígena, con la esperanza de llegar a Nueva España. Pero Moscoso sospechaba que el guía quería perderle. Le interrogó manteniendo el hocico de su perro casi en la cara de aquel pobre hombre, que terminó por confesar que su cacique le había transmitido la consigna de perder a los españoles. Moscoso le hizo devorar por su perro. Vázquez de Coronado también llevó perros. No parece que los haya utilizado en los combates sino más bien para ejercer presión sobre los indios. Sin embargo, durante la guerra de Tiguex, uno de sus oficiales echó a los perros a unos cautivos que fueron despedazados.

Por ese episodio de crueldad gratuita Coronado fue juzgado a su vuelta a Nueva España.

En Europa, la artillería, con cañones o arcabuces, daba una ventaja decisiva. No nos consta que Narváez llevase cañones, pues Cabeza de Vaca no se refiere a su utilización ni a las complicaciones que podían acarrear en los desplazamientos. Contaban con artillería portátil, ya que se sacrificaron los arcabuces para fabricar los clavos y otras herramientas de hierro necesarias para la construcción de las barcas. Los hombros de los soldados estaban cubiertos de llagas a causa de las armas que debían transportar. Hernando de Soto disponía de un cañón que regaló a un cacique a quien tenía simpatía, pero es que ese arma engorrosa no le servía para nada. Ninguno de los cronistas dice nada sobre si fue o no utilizado. Hernando de Soto lo instaló a la entrada del poblado como si de una obra de arte se tratase. Por otra parte, contaba en sus filas con un inglés, que naturalmente era arquero y no utilizaba más arma que esa. Explicaba las razones por las que, en el tipo de combate a que se veían abocados él y sus compañeros, el arco le parecía el arma más apropiada por su ligereza, su manejo y su rapidez de utilización frente a un enemigo para el que era el arma favorita y de cuyas cualidades daba buenas pruebas. No era el único, pues había también un español que se había criado en Inglaterra y había permanecido fiel a su arma predilecta, mientras que un indio capturado por Juan de Guzmán «se había aficionado tanto a su amo y a los españoles que, como uno de ellos, había peleado siempre con su arco y flechas»[93]. A pesar de las bajas sufridas en Mavila, Chicaza y Alibamo, De Soto nunca prescindió de sus arcabuces. Conservó sus compañías de arcabuceros que utilizó en varias ocasiones en el valle del Misisipi.

En aquellos años, 1530-1540, los arcabuces eran muy pesados —unos 25 kilos por lo menos— y por tanto extenuantes para quien los transportaba al hombro por unos caminos arduos, sin carros ni mulas, y en un clima subtropical. Además eran poco precisos y escasamente eficaces a más de 25 o 30 metros. Frente a un enemigo dotado de gran rapidez y movilidad, el arcabucero tiene muy pocas probabilidades de acertar su blanco. Esas armas, al igual que la ballesta, objeto de igual desprecio que el arcabuz por parte del arquero inglés a que nos referíamos antes, son en realidad armas defensivas ineficaces en los campos de batalla si los propios arcabuceros no están protegidos por piqueros, por unas defensas móviles o, mejor aún, por fortificaciones o terraplenes. Un arcabucero bien entrenado necesitaba un minuto para recargar su arma, un minuto durante el cual carecía de protección y podía ser alcanzado por una flecha. Cuando había tirado

aproximadamente cinco balas, tenía que dejar que su arcabuz se enfriase para evitar que el cañón explotase. Por tanto, el tiempo de actividad de un arcabucero en un campo de batalla era muy limitado y solo se concebía si se hacía un fuego continuo, organizado sobre varias líneas. De Soto utiliza la potencia de fuego de sus arcabuces en unas circunstancias particulares. Los entierra en «madrigueras de zorro» a las orillas del río para protegerse contra los ataques indios. Al final del periplo, los restos del ejército de De Soto ya no tenían pólvora negra y no podían fabricarla por falta de azufre. Los últimos arcabuces sirvieron para fabricar clavos para las pinazas en las que los españoles volvieron al Pánuco. Vázquez de Coronado, por su parte, se adentra por Nuevo México con mucha potencia de fuego, siete cañones de calibre pequeño y una compañía de artilleros al mando de Hernando de Alvarado. En Culiacán, con ocasión de un desfile, se hacen algunos disparos de cañón que le cuestan un brazo a uno de los artilleros. El cronista Castañeda menciona algunos tiros pero son escasos y de poca intensidad, e incluso en el cerco de Cicuique solo se emplean algunas balas[94].

La artillería, de sitio o portátil, no se vuelve preponderante en los combates sino a partir del decenio de 1560, gracias a unos avances técnicos que la han vuelto más eficaz y más manejable. En cuanto ponen el pie en Florida, Ribault y Laudonnière construyen unos fuertes abastionados: Charles-Fort y Fort-Caroline. En 1565, Menéndez hace lo mismo en San Agustín. En los caminos de ronda, que se encuentran por encima del terraplén y los fosos, instalan varios cañones. En Charles-Fort, la reserva de pólvora explota como consecuencia de un incendio, lo que incita a la escasa guarnición a plantearse el regreso a Francia. En 1567, la incursión de Dominique de Gourgues y sus hombres contra el fuerte San Mateo —el antiguo Fort-Caroline tomado por los españoles— se apoya en gran medida en la potencia de fuego y el uso de cañones y arcabuces que diezman la guarnición española y la fuerzan a rendirse. Por tanto, en ese decenio de 1560 todo ha cambiado, si bien el uso intensivo de la pólvora negra solo se justifica porque los españoles, como los franceses, establecen plazas y guarniciones permanentes. El tiempo de las *entradas* ha pasado. Este es también el momento en que los europeos utilizan masivamente las armas de fuego contra los indios. En un plano más bien lúdico, Laudonnière invita a un cacique indígena a tirar al blanco, los indios con sus arcos y los franceses con sus arcabuces. Los arcabuces resultan más precisos. También describe una escaramuza entre un grupo de guerreros indios y un destacamento de arcabuceros franceses que utilizan manifiestamente la táctica del fuego

ininterrumpido. A pesar de su inferioridad numérica, los franceses salen victoriosos tras un largo y duro combate. También se toman el trabajo de romper las flechas indias para privar a los enemigos de sus municiones[95].

Cabe señalar un último aspecto militar de esas expediciones españolas, especialmente en Florida, que resultó poco explotado y apenas comentado hasta ahora. Se trata de la guerra fluvial, porque hubo efectivamente enfrentamientos sobre el agua. Los españoles podían mostrarse excelentes marinos, pero ni los soldados de Narváez ni los de De Soto lo eran. Sin embargo, cada una de esas expediciones acabó sobre el agua. Es sorprendente ver cómo aquellos hombres se transforman en carpinteros navales sin haber tenido experiencia alguna de ese oficio, pero no hay punto de comparación entre las balsas agenciadas por los hombres de Narváez, que a más de uno llevaron a la muerte, y las gabarras más elaboradas construidas por los supervivientes del ejército de De Soto. Esta faceta singular de las expediciones nos revela por reflejo un aspecto que a menudo se pasa por alto de las poblaciones indias de Florida y de la cuenca del Misisipi: son pueblos del agua. Viven en contacto con ella, en las marismas del borde del mar, en los lagos del interior de Florida, a lo largo de los ríos. Algunas poblaciones costeras, como los calusa o los karankawa, eran seguramente de origen caribeño, parientes cercanas de las poblaciones de las islas del golfo que habían llegado a aquellas costas en tiempos muy antiguos en esas grandes piraguas cuya existencia conocen los historiadores pero cuya historia todavía no se ha contado. Hernando de Escalante Fontaneda, superviviente de un naufragio, afirmó incluso que había encontrado un poblado caribe sin que ello nunca haya podido confirmarse.

Los mariscos, el pescado de mar o de río y las plantas acuáticas constituían buena parte de la alimentación india y los intercambios se hacían mediante unas canoas hechas de un solo tronco que los indígenas gobernaban con gran habilidad. Los españoles, por el contrario, se mostraban más torpes con el elemento líquido. No sabían nadar y De Soto se había preocupado de llevar con él unos mestizos de las Antillas que sí sabían nadar. Hacían las veces de pontoneros cuando había que atravesar zonas pantanosas o vadear ríos. Sin embargo, la única batalla que los españoles libraron sobre el agua la perdieron. Se desarrolló en el curso medio del Misisipi. Las gabarras de Luis de Moscoso sufrían el hostigamiento del cacicazgo de Quigualtam, del que no se sabe gran cosa, aparte de que suscitaba temor entre los indios de la región por su agresividad y su poder. Unos cuantos españoles, hartos de soportar la lluvia de flechas que caía

sobre ellos, decidieron hacerles frente en sus embarcaciones. Los indios les rodearon mediante una hábil maniobra y pocos españoles consiguieron escapar al asedio.

El fracaso de los españoles en América del Norte fue ante todo militar. El tipo de guerra que practicaban los indios les desconcertó. Sus ejércitos no estaban preparados para afrontar una guerrilla que no se practicaba en las guerras europeas. Pasemos sobre el balance desastroso del cuerpo expedicionario de Narváez, aunque el de De Soto distó mucho de ser brillante, a pesar de que consiguió tantas victorias en campo abierto como reveses humillantes. Todas las pérdidas sufridas en los golpes de mano o en combates más convencionales, tanto humanos como materiales iban acumulándose sin cesar y terminaban por debilitar a un cuerpo expedicionario alejado de sus bases. En definitiva, el mantenimiento de las tropas dependía de las reparaciones improvisadas, a veces ingeniosas pero a todas luces insuficientes. En Florida hubo que esperar hasta las expediciones de Menéndez, a partir de 1565, para que las tropas estacionadas en San Agustín y Santa Elena pudiesen recibir refuerzos destinados a llenar los huecos que iban dejando las deserciones. El encapsulamiento de los cacicazgos fue también un enigma que los españoles nunca consiguieron resolver. Les obligaba a negociar sin cesar con unos caciques indios cuya autoridad nunca era segura ni indiscutible. El éxito solo acompañó a los españoles en América cuando se cumplieron dos condiciones: la de enfrentarse con unos Estados centralizados golpeándoles en la cabeza, cuando disponían de apoyos entre las poblaciones que cuestionaban ese poder central. La estrategia se impuso a la táctica tanto frente a la Triple Alianza en América Central como al imperio inca en los Andes. Pero en cuanto tuvieron que hacer frente a confederaciones laxas de ciudades-Estado como en el territorio maya, o a poblaciones tribales, como en Florida, tuvieron enormes dificultades para resolver el problema estratégico que consistía en ocupar el terreno, aun cuando en el plano táctico se mostrasen superiores. La única victoria indiscutida de los españoles en Florida fue la obtenida contra los franceses, a los que llegaron a expulsar definitivamente, a pesar del golpe de mano de Dominique de Gourgues en 1568. En la Tierra Nueva fue también la falta de una estrategia la que provocó el fracaso de la expedición de Coronado. Los españoles se aislaron de las poblaciones locales al ocupar una parte del país, destruir las ciudades más importantes y empujar a los indios hacia el norte. La insurrección de los indios del valle del Sonora, que cortó a Coronado la comunicación con sus bases de retaguardia, le obligó a abandonar el terreno. No todos los jefes de guerra españoles

tenían el genio estratégico de Hernán Cortés.

---

78. Las cifras relativas a la población amerindia antes de la llegada de los europeos han sido objeto de manipulaciones ideológicas, tanto más importantes cuanto que se basaban en informaciones poco contrastadas. Primero fueron claramente subestimadas y luego exageradamente sobrevaloradas según fueran las consideraciones políticas de uno u otro signo. En la actualidad se analizan de forma más sagaz. Véase Jean-Michel Sallmann, *Le Grand Désenclavement du monde..., op. cit.,* p. 465 y sigs. También hay una excelente revaluación para la Mesoamérica en Massimo Livi Bacci, *Conquista. La distruzione degli indios americani*, Bolonia, Il Mulino, 2005.

79. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro cuarto, cap. VIII, p. 433. La narración de Fidalgo de Elvas es mucho más escueta sobre este episodio. Fidalgo de Elvas, *Expedición de Hernando de Soto a Florida,* cap. XXIV, col. Austral, p. 105.

80. David J. Hally, «The Nature of Mississipian Regional Systems», en Thomas J. Pluckhahn y Robbie Ethridge (eds.), *Light on the Path. The Anthropology and History of the Southeastern Indians,* Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2006.

81. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios, op. cit.,* col. Austral, cap. XVIII, p. 55. Pedro de Castañeda de Nájera, *Relación de la jornada de Cíbola, op. cit.,* Segunda parte, cap. VII, pp. 107 y 108.

82. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro segundo, segunda parte; caps. X-XII, pp. 256-260.

83. Ranjel cita el ejemplo de Pacaha en Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y natural de las Indias, op. cit.,* Libro XVII, cap. XXVIII. Alibamo, en Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro cuarto, cap. I, p. 416.

84. Charles Hudson, *The Juan Pardo Expeditions..., op. cit.,* pp. 27-29.

85. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios, op. cit.,* col. Austral, cap. XXIV, pp. 65-66.

86. Pedro de Castañeda de Nájera, *Relación de la jornada de Cíbola, op. cit.,* en *Crónica de la expedición de Francisco Vázquez de Coronado a las grandes praderas de Norteamérica*, Ángel Luis Encinas Moral (ed.) *op. cit.,* Primera parte, cap. XII, Miraguano ediciones, Madrid, 2016, p. 67.

87. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios, op. cit.,* col. Austral, cap. III, p. 17.

88. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.* Libro segundo, Primera parte, cap. XVI, p. 189.

89. Juan Jaramillo, *Relation du voyage fait à la Nouvelle Terre...,* en Henri Ternaux-Compans, *Voyages, relations et mémoires originaux pour server à l'histoire de la découverte de l'Amérique, op. cit.,* p. 367 y sigs. Pedro de Castañeda de Nájera, *Relación de la jornada de Cíbola, op. cit.,* Cap. séptimo, p. 119. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios, op. cit.,* col. Austral, cap. VII, p. 27.

90. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro cuarto, cap. XV, pp. 454-455.

91. Véase *Los indios de todo se maravillaban: la Relación de Hernando de Alarcón: Primera exploración del río Colorado: año de 1540, op. cit.*, cap. VII, p. 97.

92. Véase una de esas emboscadas en Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.*. Libro sexto, cap. X, p. 552.

93. *Ibid.,* Libro sexto, cap. X, p. 553.

94. Pedro de Castañeda de Nájera, *Relación de la jornada de Cíbola, op. cit.,* cap. XXII, p. 90. El

cañón se utiliza también en las grandes praderas al este del Río Grande, mas no para fines bélicos sino para llamar a los españoles que se habían perdido persiguiendo a los bisontes.

95. René de Laudonnière, *L'Histoire notable de la Floride…, op. cit.,* p. 144.

10

LAS SOCIEDADES INDIAS ANTE LA MIRADA DE LOS EUROPEOS

No cabe esperar de los cronistas europeos informaciones precisas sobre la vida social y las costumbres de los indios. Los españoles no estaban allí para eso. Pertenecían a cuerpos expedicionarios cuya curiosidad no tenía nada de científico ni de humanitario. Emprendían el «descubrimiento» con un objeto claro: ver si la región era habitable y si valía la pena explotarla, es decir, saquearla, conquistarla y aprovecharla gracias al trabajo forzado de los indígenas, es decir, conforme al modelo que se había impuesto en las Antillas, Mesoamérica y los Andes. Para aquella soldadesca ansiosa de ganancias, el resto no tenía importancia alguna. Ni siquiera los sacerdotes y frailes que acompañaban a los ejércitos prodigaban las informaciones a este respecto. Incluso puede afirmarse que su comportamiento dista de corresponder con lo que cabría esperar de ellos. Aparte de los jesuitas, que solo transitaron fugazmente por aquellas tierras de evangelización, y en particular el padre Juan Rogel, que se esforzó en vano en convertir a los calusa, ninguno de ellos se expresó ni dejó testimonio alguno sobre la concepción del mundo de los indios. El comportamiento de los franceses era diferente. Su misión consistía en mantenerse en la costa de Florida para vigilar a los españoles y atacar su retaguardia si era necesario. Tenían órdenes de mantener cierta neutralidad con los cacicazgos indios. En cuanto a los indios, al menos los de las sociedades del Misisipi, que suscitaban conflictos incesantes con sus propios vecinos, percibían a los europeos, en el mejor de los casos, como mercenarios que pensaban utilizar contra sus enemigos. Por su parte los europeos, españoles o franceses, siempre desconfiaron mucho de los que pretendían ser sus aliados, lo que reforzó su desconocimiento de las culturas locales.

El fracaso de las teorías de Las Casas

Las grandes *entradas* en Florida y Nuevo México tuvieron lugar en un momento en que conmovía a la sociedad española —en realidad a sus individuos más cultos— un gran debate. ¿Qué suerte se debía deparar

a los indios de América? Ese debate había comenzado con el regreso de Colón de su segundo viaje en 1496, pero se reinició con la elaboración y publicación de las Nuevas Leyes de Burgos, cuyo propósito era proteger en mayor medida a los indios y suprimir en su momento la *encomienda.* La polémica sobre la condición de los indios comenzó pues cuando la reina Isabel de Castilla hizo que liberasen a los taíno que Colón había capturado con la intención de venderlos como esclavos. La reina opinaba que aquellos indios eran sus súbditos. Durante el Adviento de 1511 el dominico Antonio de Montesinos pronunció ante un público de colonos estupefactos una homilía en la que arremetía contra la forma en que explotaban la mano de obra indígena. De inmediato, la corte de Castilla publicó en 1512 las Leyes de Burgos en cuya virtud establecía en América el sistema de la *encomienda,* que ya estaba en vigor en los territorios del sur que la Reconquista había arrebatado a los árabes. Los indios quedaban bajo la protección de los conquistadores, que podían ponerlos a trabajar en su beneficio, pero los encomenderos debían velar por que sus protegidos estuvieran bien tratados y sobre todo educados en la religión cristiana. El año siguiente, en 1513, se publicaba el texto del *requerimiento* que los jefes militares debían leer a los indios, pidiéndoles que reconociesen la autoridad de los reyes de España y del papa. Si se negaban a hacerlo, pero solo en ese caso, era legítimo hacerles la guerra y reducirlos a la esclavitud. Durante ese tiempo, el papado, desde Julio II hasta Paulo III, reconocía que los indios tenían un alma. Eran pues seres humanos. En 1526 se dio un nuevo paso con la publicación de las «Ordenanzas para el buen tratamiento de los indios», un texto que acompañaba sistemáticamente a las capitulaciones otorgadas a los futuros *adelantados*. El Consejo de Indias recordaba en doce capítulos breves que los conquistadores debían comportarse humanamente —con razón y justicia— con los indios, que no debían explotarlos indebidamente ni reducirlos a la esclavitud, que debían educarlos, convertirlos al cristianismo e impedirles que practicasen el canibalismo, los sacrificios humanos y la sodomía. Los oficiales reales y clérigos que participasen en esas expediciones debían velar por que se respetasen esas disposiciones jurídicas y morales y denunciar toda infracción ante los tribunales reales[96].

Pero esas normas no bastaban para proteger a los indígenas, cuyo número se desplomaba con una rapidez diabólica, de la codicia de conquistadores y colonos. Fue un dominico, el padre Bartolomé de las Casas, quien encabezó una campaña de defensa de los indios y, gracias a las presiones que ejerció, la monarquía publicó las Nuevas Leyes de

Burgos en 1542, que preveían la supresión futura de las encomiendas. Bartolomé de las Casas era la figura destacada de aquella batalla intelectual y su extremismo le proporcionó muchos enemigos. Aquellas Nuevas Leyes no fueron del agrado de ciertos encomenderos, que se rebelaron, como en Perú y Paraguay. Pero no todos ellos se oponían porque se daban cuenta de que la población india decrecía a ojos vistas y con ella sus propios rendimientos. Había otros que apelaban a un comportamiento más humano con los indígenas. Eran teólogos neoescolásticos de la Universidad de Salamanca, todos ellos dominicos, como Francisco de Vitoria, que llegaban incluso a cuestionar la legitimidad de la Conquista, pero también humanistas que simpatizaban con las ideas de Erasmo, como el obispo de México Juan de Zumárraga. Al principio del decenio de 1540 la polémica sobre el tratamiento que cabía dar a los indios hacía estragos y tuvo su punto culminante en 1550 con la Conferencia de Valladolid, en la que se enfrentaron Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda. Pero, a partir de 1542, Las Casas puso en circulación, en forma de manuscrito, un primer borrador de lo que se convertiría en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias,* publicada en 1552. Poco a poco, aquellas ideas anticolonialistas irían infiltrándose en la cultura de las élites españolas hasta el punto de que a finales del siglo constituyeron una especie de «pensamiento único». Lo que fue peor es que alimentó la «leyenda negra» de España, ese *corpus* de propaganda antiespañola elaborado y difundido por las potencias protestantes durante la guerra que libraban contra la monarquía católica. España tuvo que arrastrar esa bola de hierro ideológica hasta comienzos del siglo XX.

Las expediciones a América del Norte se resienten un poco del nuevo clima que se instaura entre las élites españolas con respecto a los indios. Las dos primeras expediciones a Florida fueron muy brutales. Ni Narváez ni De Soto trataron con miramientos a los indios. Según testimonios posteriores, Narváez cometió atrocidades y De Soto dio pruebas de gran crueldad con los indios recalcitrantes, y al parecer ni uno ni otro se molestó siquiera en leerles el *requerimiento*. Existen, sin embargo, dos textos donde se siente la tensión que se manifiesta en las clases dirigentes españolas acerca de esas cuestiones. El relato de Cabeza de Vaca resulta muy extraño cuando se lee poniéndolo en perspectiva y con una dosis de espíritu crítico. Elude los episodios embarazosos, sin referirse nunca a las crueldades de Narváez, pero no tiene escrúpulo alguno en describirlo como un incapaz. Además, el relato de su cautividad ofrece una imagen particularmente benigna de un mundo indígena ciertamente brutal, habida cuenta de la dureza de

las condiciones de vida imperantes, mas impregnado también de una gran humanidad: los karankawa se conmueven por el estado físico de los náufragos, se indignan por los actos de canibalismo a los que han tenido que recurrir algunos supervivientes españoles, y manifiestan, en definitiva, un fondo compasivo que les hace simpáticos. Pero Cabeza de Vaca no menciona los sacrificios humanos, probados en otras fuentes, ni el canibalismo probable de los indios ni su agresividad ni su práctica de la esclavitud. Cabe señalar que redacta su relato entre 1537 y 1542, es decir, en medio de la polémica que dio lugar a las Nuevas Leyes de Burgos. ¿Refleja Cabeza de Vaca el sentir de la época o padece lo que hoy se llamaría una especie de síndrome de Estocolmo?

En un segundo texto, menos conocido —al menos por el pasaje que aquí recogemos—, se manifiestan con mayor claridad las reservas que suscitan las actuaciones de los conquistadores. La crónica de la expedición de Hernando de Soto fue redactada por su secretario particular, Rodrigo de Ranjel, y el historiógrafo Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés la transcribe parcialmente en su *Historia General y natural de las Indias*. El recopilador interviene varias veces en el curso del relato para dar su opinión sobre el comportamiento de las tropas de De Soto. De modo que cuando el capitán Alonso Romo captura a un pequeño grupo de indios en la frontera del territorio de Cofitachequi y quema a uno de ellos para dar ejemplo, con el fin de obtener las informaciones deseadas, Oviedo no puede evitar dar su opinión: «Tanta crueldad no es concedida a cristianos contra nadie, en especial contra un indio que quiso morir por ser fiel a su patria y a su señor». Y, conocedor de la suerte desdichada que correría De Soto, concluye con fatalismo: «Pero adelante se pagó todo». Un poco más tarde el ejército desciende el curso del Tennessee. De Soto exige a los caciques que le provean de porteadores y, sobre todo, de mujeres, en número cada vez mayor, para satisfacer a sus hombres. Para obtener lo que exige, toma a los caciques como rehenes. Oviedo interrumpe la transcripción del relato y, escandalizado sin duda por el carácter degradante de los hechos, pregunta a un hidalgo que ha asistido a esos hechos —es probable que se trate del propio Ranjel— las razones de esas peticiones reiteradas[97].

Sea como fuere, ninguno de los supervivientes de las expediciones de Florida fue perseguido a su vuelta a Nueva España. Solo Cabeza de Vaca tuvo que justificar su actitud con respecto a Narváez, pero lo hizo de forma oficiosa. No fue así con la expedición de Coronado a la Tierra Nueva que, por haber sido organizada por el virrey y por el obispo de México, estaba obligada a respetar los derechos de los

indios. Pero las cosas tomaron otros derroteros. Probablemente nada hubiese ocurrido si la expedición hubiese tenido éxito, pero como concluyó con un estruendoso fracaso, hubo que saldar cuentas. Todo terminó por pagarse, como escribe Oviedo. No era la primera vez que un conquistador era juzgado por su comportamiento con los indios. Nuño de Guzmán, el fundador de Nueva Galicia y conquistador del Pánuco, recibió violentos ataques de Juan de Zumárraga por su comportamiento inhumano y había sido encarcelado durante un año en México antes de ser enviado a España, donde evitó caer en desgracia gracias al apoyo de Carlos V, ya que su familia había dado pruebas de una lealtad incondicional a la monarquía durante la insurrección de las Comunidades de Castilla (1520-1522) que hizo vacilar el poder monárquico. Esta fue, sin embargo, la ocasión en que el obispo de México se afirmó como defensor de los indios, recibiendo el apoyo de Vasco de Quiroga, un antiguo auditor que se convirtió en obispo de Michoacán y que era también de sensibilidad erasmiana.

El virrey Antonio de Mendoza había exigido a Vázquez de Coronado que tratase a los indios con humanidad, sin perjuicio de que se sometiesen al rey de España y de que se acometiese su evangelización. Pero nada funcionó de la forma prevista. ¿Y cómo habría podido ser de otro modo, cuando la mayoría de los capitanes habían estado ya a las órdenes de Nuño de Guzmán, del que no se podía decir que fuese un dechado de humanidad? Por primera vez el fracaso de la expedición debía activar las modalidades jurídicas de control. En septiembre de 1543 se incoaron conjuntamente dos investigaciones administrativas. Se nombró a Francisco Tello de Sandoval, que era miembro del Consejo de Indias, visitador general de Nueva España. Su misión consistía en inspeccionar toda la administración del reino. Esta investigación había sido solicitada por los primeros conquistadores, encabezados por Cortés, para contrarrestar la influencia del virrey, que había sido nombrado en 1535 para ese cargo con el propósito de mantenerlos a raya. En México era notoria la animadversión mutua entre Antonio de Mendoza y Hernán Cortés. Pero, a pesar de que este último hubiese abandonado definitivamente Nueva España en 1540, sus herederos y partidarios seguían constituyendo un poderoso grupo de presión. Una de las tareas de Tello de Sandoval era proceder a aplicar las Nuevas Leyes de Burgos. En el mismo barco, el correo procedente de España incluía una orden real por la que se nombraba a Lorenzo de Tejada juez instructor sobre la expedición de Coronado. Tejada era auditor en la Audiencia de México, donde había sustituido a Vasco de Quiroga con el apoyo de Mendoza. Es decir, que Tello de Sandoval y Lorenzo

de Tejada representaban en México dos clanes rivales que se detestaban cordialmente[98].

Pero es la investigación de Tejada la que ahora hace al caso. A partir de septiembre de 1544, el comisario elaboró una lista de 14 testigos a los que quería interrogar sobre las crueldades cometidas durante la expedición. El objetivo era saber si se habían producido por orden de Coronado o si las habían perpetrado sus subordinados, pero con su autorización. Los diferentes apartados de la investigación se referían a las matanzas de Chametla, a principios de 1540, las de Tiguex y Cicuique en territorio pueblo —de 20 a 30 prisioneros habían sido quemados vivos en Pueblo del Arenal, de 80 a 100 en Pueblo del Cerco— durante el invierno de 1540-1541 y las causas del alzamiento de la ciudad de San Jerónimo de los Corazones en el curso alto del Sonora en el invierno de 1541-1542. A esto venía a añadirse la violación de una mujer india en Tiguex, que había provocado una sublevación general de los indios, la destrucción sistemática de los poblados de los indios pueblo, que se había producido después, las torturas infligidas a los caciques de Cicuique y la muerte por garrote del guía apodado El Turco. La investigación, que se llevó a cabo muy minuciosamente, concluía que de las brutalidades de Chametla era responsable Lope de Samaniego, a la sazón maestre de campo de la expedición, y de las de San Jerónimo de los Corazones, Diego de Alcaraz, así como López de Cárdenas, maestre de campo de Coronado hasta el fin de 1541. Como los dos primeros estaban muertos, los cargos cayeron sobre el último, mientras que Coronado salía del paso gracias a la protección de su clan. Había conseguido que se reconociese la responsabilidad de sus subalternos, quienes, según él, habían actuado sin su autorización. En febrero de 1546, la Audiencia de México le liberó. En noviembre de 1549, López de Cárdenas fue declarado culpable por el Consejo de Indias, pero la sanción que se le impuso era muy leve. Tras ser condenado a un año de servicio militar en la frontera navarro-francesa en julio de 1551, unos meses más tarde fue trasladado a un puesto más confortable en Granada.

El primer intento de juzgar los crímenes de guerra contra los indios quedó reducido a casi nada. Fue el parto de los montes. Sin embargo, detrás de estos juicios se perfilaba una cuestión fundamental: ¿tenían derecho los españoles a hacer la guerra a los indios? Y, en caso afirmativo, ¿les era lícito aplicar los métodos bélicos utilizados habitualmente en los campos de batalla europeos? En una palabra: ¿era la guerra contra los indios justa o injusta? La respuesta era compleja. Desde el siglo XIII la Europa cristiana se había dotado de un código jurídico de las relaciones internacionales basado en el concepto

del derecho natural o del derecho de gentes. Se trataba de un pensamiento inspirado por Aristóteles, cuya filosofía se asimiló a la tradición cristiana, y que constituye todavía en nuestros días el núcleo de los principios que rigen las relaciones internacionales. Esa concepción del derecho internacional reposa sobre varias ideas fundamentales. En primer lugar, la idea de que todo gobierno es legítimo si respeta el derecho de gentes en relación tanto con su pueblo como con los extranjeros. Todo extranjero debe poderse desplazar y comerciar en todas partes con absoluta libertad. Pero como Europa es cristiana, la cuestión de la evangelización de los pueblos no cristianos es primordial. Para un cristiano es un deber convertir a los gentiles, pero como ya ha pasado el tiempo de las cruzadas, esa evangelización debe realizarse voluntariamente y llevarse a cabo mediante la instrucción y no por la fuerza. A la inversa, las autoridades de un país no cristiano también tienen el deber de respetar la libertad de predicar el evangelio. En pocas palabras, esos son los principios jurídicos que se espera que los españoles apliquen en América, pero que de hecho no aplican durante las primeras campañas que conducen a la conquista de las Antillas Mayores. Los Reyes Católicos habían mostrado su preocupación por la anarquía que imperaba allí, sobre todo después de la homilía de Montesinos que había revelado sus efectos nefastos en 1511. A ello se debió que mandasen redactar un texto que tenía que leerse a los indios y con arreglo al cual, si estos últimos decidían colocarse bajo la autoridad conjunta del rey de Castilla y del papa, no se les haría ningún mal. En caso contrario, la guerra era justa. Tal curiosidad jurídica se conoce como el *requerimiento*[99].

Es evidente que el pretexto para declarar la guerra a los indios era bastante endeble. Los juristas españoles manifestaron su alarma. Los primeros en cuestionarlo fueron los teólogos neoescolásticos de la escuela de Salamanca. Resaltaron que, con arreglo al derecho natural, las poblaciones indias de América poseían gobiernos legítimos antes de la llegada de los españoles y que el rey de Castilla no podía ampararse en ninguna razón para apoderarse de unos territorios que no le pertenecían. Además, recordaban que si bien la evangelización de los indios era ciertamente un deber para todo cristiano, esta debía operarse libremente, sin ningún tipo de coacción y con el consentimiento de los interesados. Bartolomé de las Casas, dominico y formado en Salamanca, iba todavía más lejos al exigir que se atribuyera a las poblaciones indias territorios independientes, unos territorios en los que los españoles no tendrían derecho a poner los pies. Cuando fue nombrado obispo de Chiapas, intentó experimentar

con Vera Paz, una especie de «reserva» para los indios. No fue muy concluyente por la gran hostilidad que suscitó entre los encomenderos locales, que veían cómo se les escapaba aquella mano de obra indígena. Por lo demás, no se ha puesto suficientemente de relieve hasta qué punto Bartolomé de las Casas, figura emblemática de la lucha anticolonial y de la contestación antioccidental, fue igualmente el primer teórico del desarrollo separado de las razas. Y es que, en efecto, el infierno puede estar empedrado de buenas intenciones. Sin embargo, poco a poco, las costumbres indígenas comenzaban a conocerse. Los españoles se daban cuenta de que en todos los lugares a los que llegaban en América los indios practicaban los sacrificios humanos y el canibalismo, unos argumentos que esta vez eran serios y sólidos para que la guerra que libraban contra ellos fuera considerada justa. Los indios no respetaban la ley natural, hasta los teólogos neoescolásticos tuvieron que rendirse a la evidencia. Cuando Mendoza envía a Melchor Díaz a explorar con la misión de verificar lo que fray Marcos de Niza decía sobre las ciudades fabulosas de Cíbola, aquel reconoce que no ha podido confirmar ese punto, pero que los testimonios aportados por los indios de la región acusan a las gentes de Cíbola de practicar la antropofagia. Resultaba, pues, que quedaba autorizada la guerra defensiva, en nombre de la legítima defensa, pero también la guerra ofensiva, en nombre del no respeto de la ley natural.

¿Qué ocurría sobre el terreno? Los cronistas solo nos informan de la lectura del requerimiento. En el caso de la expedición de Narváez, Cabeza de Vaca no se refiere a ello, si bien poseemos el texto del documento que le había entregado el Consejo de Indias. Pero la expedición se malogró rápidamente y es fácil imaginar que Narváez tenía preocupaciones más apremiantes que la lectura del requerimiento. Lo mismo ocurre con De Soto. Ranjel, Biedma y Fidalgo de Elvas, los tres cronistas de la expedición, tampoco hablan de ello. Cabe pensar que De Soto pensaba que se limitaba a ir de paso, hasta que descubriese un territorio suficientemente rico para conquistarlo, territorio que nunca encontró. Es el cronista Castañeda, de la expedición a la Tierra Nueva, quien menciona sistemáticamente la lectura del requerimiento. También se refieren a él los testimonios del juicio de Coronado. En Chametla, el maestre de campo Lope de Samaniego se lo lee a los indios rebeldes antes de lanzar el ataque en el que encuentra la muerte. En Cíbola, en territorio zuñi, es el misionero franciscano Juan de Padilla, acompañado de fray Marcos de Niza y del propio Coronado, quien procede a la lectura. La respuesta de los indios —una oleada de flechas de las cuales una atravesó el

hábito del misionero— incitó a Coronado a atacar la ciudad y a ejercer gran severidad para doblegar a los enemigos. En Tiguex es el maestre de campo, López de Cárdenas, quien lee el requerimiento tras haber pedido consejo a los oficiales reales, los clérigos y los capitanes de su destacamento y haber obtenido su respaldo. Cabe señalar que en esos territorios del norte los habitantes comprenden el náhuatl y que el texto del requerimiento ha sido traducido del español al náhuatl por los guerreros mexica que integran el grueso del cuerpo expedicionario. Los indios pueblo han oído hablar del comportamiento de los españoles en Nueva Galicia, de modo que saben a qué atenerse. Tampoco cabe hacerse muchas ilusiones en cuanto a las veleidades humanitarias de los conquistadores de la Tierra Nueva y de sus asesores eclesiásticos. Todos ellos exigen a los indios que se sometan de inmediato y consideran normal, desde el punto de vista del derecho de la guerra, dar pruebas de la mayor brutalidad en caso de encontrar resistencia. De no ser así, no se comprendería la acusación más bien benigna de Tejada en el juicio de que fue objeto Coronado ni, por otra parte, la matanza de los misioneros franciscanos cuando partieron solos a evangelizar a los indios tras la retirada del cuerpo expedicionario. Estos les hicieron pagar caro su comportamiento anterior. Habrá que esperar hasta el final del siglo para que los criollos españoles de Nueva España cobren conciencia del desastre demográfico que, en parte por culpa suya, se ha producido entre la población india. Pero será para deplorar el haber desperdiciado estúpidamente una mano de obra barata[100].

Asombro e incomprensión

Aparte del relato de Cabeza de Vaca y la crónica de Pedro de Castañeda, que dedicaron capítulos enteros a las informaciones sobre el modo de vida de los indígenas, sus costumbres y sus creencias, los textos de que disponemos no las prodigan. Hay que decir que esos testimonios fueron escritos o dictados por soldados cuyas prioridades no eran etnográficas. Casi siempre se limitaban a transitar y los oficiales que profesaban una gran desconfianza por la palabra de los caciques indios mantenían a la tropa apartada de los poblados e impedían cualquier comunicación entre ambos pueblos. Es, pues, necesario ir recogiendo por aquí y por allá anécdotas y reflexiones para reconstruir una imagen de las culturas indias. Es lamentable porque desde entonces muchas de las etnias a las que se refiere esta historia han desaparecido, se han transformado profundamente o se han fusionado con otras naciones indias.

Lo que más sorprendió a los españoles fue el entorno natural, pues lo encontraron particularmente duro, tanto al este, en Florida y el valle del Misisipi, como al oeste, en Texas y en el territorio pueblo. Las costas eran inhóspitas, el interior impracticable con sus caminos que se detenían en la linde del bosque, los «desiertos» entre cacicazgos que debían atravesarse a ciegas, las sendas cortadas por ríos con frecuencia tumultuosos o por pantanos interminables. Estos eran otros tantos obstáculos favorables a la guerrilla india. Por otra parte, la suerte no acompañó a los españoles porque los decenios de 1530 y 1540 se contaron entre los más fríos del siglo XVI y porque tanto Narváez como De Soto perdieron enseguida sus bagajes, mientras que Coronado nunca los vio llegar. Este último pasó sin embargo dos inviernos al resguardo en unos pueblos que había requisado, con buenas provisiones de leña arrebatadas a los autóctonos. Lo más difícil para su tropa fue la travesía del desierto de Arizona durante los primeros meses de 1540, un momento en que perdió a muchos de sus *indios amigos* y gran parte de su ganado. Laudonnière es el único que describe como casi paradisiaca la costa de Florida donde construyó Fort-Caroline. Cabe precisar que los franceses no permanecieron allí durante mucho tiempo. Su estancia habría resultado sin duda más agradable todavía si no hubiesen olvidado que los indios que les aprovisionaban desaparecían durante los meses de invierno para cazar en el bosque y recolectar las frutas de que se alimentaban durante el resto del año y si no hubiesen consumido irreflexivamente las provisiones de que disponían.

Hay otra consideración que sorprende al lector: los españoles no parecen deambular por un país densamente poblado. Es cierto que temen los golpes de mano de los indios, mas no parecen ser presa de pánico ni estar deslumbrados por lo que ven, como pudo ocurrirles a las tropas de Cortés en su camino hacia Tenochtitlán, aterrados por las densas muchedumbres que les ven pasar y deslumbrados por la belleza de las ciudades que atravesaban. Los poblados no parecen numerosos ni densamente poblados, algunas decenas de cabañas, unos centenares de habitantes como máximo, campos cultivados, algunos de frutales, pero también muchos bosques, tierras baldías, ciénagas y siempre los famosos «desiertos» en las fronteras de los cacicazgos. Ranjel, el cronista de la expedición de De Soto, indica que la población india parece más densa en el núcleo central del valle del Misisipi. En una jornada, en el cacicazgo de Coosa, la tropa atraviesa varias decenas de pueblos y aldeas, pero al oeste del gran río, cuanto más se alejan de él, en Arkansas, el sur de Oklahoma y el norte de Texas, las poblaciones cada vez están más dispersas, según el testimonio del Fidalgo de Elvas

y de los informantes de Garcilaso de la Vega. En la Tierra Nueva, Pedro de Castañeda contabilizó 71 ciudades o pueblos para solo 20.000 habitantes. Aquellos pueblos estaban situados al fondo de los valles y el resto del país estaba desierto, sin la menor cabaña. Se percibe también esa impresión de vacío en Cabeza de Vaca. Solo hay una excepción y es la descripción que hace Hernando de Alarcón de los pueblos yuma del valle del Gila, pero sus términos son muy vagos —«gran número», «una muchedumbre»— y la única estimación que propone no parece razonable, pues, según dice, le habría recibido en Quicama el cacique del pueblo a la cabeza de una muchedumbre ¡de 5.000 a 6.000 personas! En cualquier caso, estamos muy lejos de las estimaciones optimistas de la escuela de Berkeley que veía en América uno de los grandes polos demográficos del planeta a finales del siglo xv[101].

En cambio, los españoles y franceses prestaron considerable atención a los modos de alimentación de las regiones donde residían o que atravesaban, aunque solo fuese porque su vida dependía de ello. Vieron que las poblaciones de Florida, asentadas al sur de la bahía de Tampa, no practicaban la agricultura, sino que vivían de la pesca, la recolección de mariscos y la caza, mientras que las que del interior, alrededor del lago Mayami, se alimentaban de pescado y de rizomas de plantas acuáticas de las que obtenían una harina[102]. El cacicazgo calusa, cuya autoridad se extendía por el sur de la península y que había más o menos hecho vasallos suyos los cacicazgos situados alrededor del lago Mayami, era pues el único cacicazgo sedentario que no conocía la agricultura[103]. Hay que adentrarse muy al norte de la bahía de Tampa, en territorio timucua, para encontrar las primeras poblaciones agrícolas. Aquella agricultura, basada en la trilogía maíz/frijol/calabaza se caracteriza por cultivos de fondo de valle en las tierras enriquecidas anualmente por los aluviones aportados por las crecidas. Se asocia con la recolección invernal de los frutos del bosque (nueces, nueces pecanas, uva, moras, bellotas, etc.), con la caza de cérvidos, de osos y de felinos, y con la pesca fluvial. Los cacicazgos marítimos, como el de Saturiona, que conocieron los franceses, practicaban la piscicultura marina en estanques ingeniosamente acondicionados en la desembocadura de los ríos costeros. Era frecuente la cría de pavos —sus plumas servían también para los tocados—, así como la de perros engordados para la alimentación, como en los cacicazgos del sur de los Apalaches por los que pasó el ejército de De Soto. En la región de Memphis causó asombro el potencial agrícola de los cacicazgos que iban encontrando, con ciudades de 1.500 a 2.000 habitantes. Allí era donde se planteó

establecer una colonia agrícola y recurrir a colonos procedentes de Cuba, un proyecto que no pudo realizar.

También envió a exploradores más al norte, en el Missouri actual, que volvieron decepcionados. El territorio estaba vacío y era frío y los pocos habitantes que había se dedicaban a la caza del bisonte. Sin embargo, fue en esa región donde se encontraron los objetos españoles del siglo XVI más septentrionales. Cuanto más avanzan hacia el oeste las tropas de De Soto y luego las de Luis de Moscoso, más disminuye la agricultura en la economía de subsistencia, y las poblaciones indias, como los karankawa, entre los que vivieron Cabeza de Vaca y sus tres compañeros, están más dispersas y se dedican más a la recolección y a la caza de presas pequeñas y bisontes. Ese es el caso de los teya que conoció Cabeza de Vaca en su retorno hacia los territorios de los indios Pueblo y de cuyo modo de vida Pedro de Castañeda nos ha dejado una descripción precisa[104].

Los españoles también reparan en las modificaciones del hábitat. En el sur de Florida las casas son simples cabañas de juncos con techo de hojas de palma. En el territorio timucua, que es donde comienza a manifestarse la agricultura, son verdaderas casas semienterradas con paredes de madera reforzadas con tierra hasta media altura y expertamente cubiertas con hojas de palma trenzadas. Esta técnica es tan compleja que los franceses de Ribault piden a los indios que les ayuden a reconstruir la zona de cuarteles construida dentro de Charles-Fort que había quedado reducida a cenizas, a lo que estos acceden complacientemente[105]. Los pueblos están constituidos por un conjunto de edificios en torno a una plaza comunal, cada uno de los cuales incluye para cada familia una casa sólida para el invierno con un hogar central y un agujero en el techo para permitir la salida del humo, así como unas literas a lo largo de las paredes para dormir, una cabaña más sencilla para la estación caliente y un granero construido sobre pilotes para evitar la entrada de roedores. En el valle del Tennessee aparecen las primeras ciudades fortificadas, característica principal de las sociedades del Misisipi: una empalizada de gruesas estacas de madera, reforzada con tablas y una argamasa de barro seco y doblada a veces con una o dos vallas más de tablas y de barro en los lugares estratégicos de las torres con aspilleras que pueden acomodar varios guerreros. Esas ciudades fortificadas sirven como lugar de residencia a los clanes dirigentes. En general incluyen uno o dos cerrillos donde el cacique y la élite construyen sus palacios, que también sirven de cementerio familiar, y una cabaña grande, lugar de reunión de los que los españoles llaman los *principales,* que tienen allí sus bancos, y en la que también se exhiben los trofeos guerreros.

Según los cronistas, en Mavila estos edificios podían alojar varios centenares de guerreros.

Las tropas de Luis de Moscoso pasan el invierno de 1542-1543 a orillas del Misisipi, en el poblado de Aminoya abandonado por sus habitantes, salvo por una anciana que no ha podido huir. Sin embargo, avisa a los españoles de que la crecida de la primavera será particularmente fuerte, ya que el río se desborda cada catorce años y le corresponde hacerlo en ese. Los españoles se echan a reír cuando oyen esa profecía, pero la crecida de ese año es efectivamente excepcional debido a la abundancia de nieve caída durante el invierno. Alonso de Carmona aprovecha para explicar a Garcilaso de la Vega cómo era el urbanismo, según las explicaciones que le diera la anciana. Las residencias de los señores se construyen sobre un cerro natural o artificial, a la vez por razones de prestigio y para evitar que se inunden en caso de crecida. Se construyen sobre unos pilotes robustos de unos cinco o seis metros de altura (tres o cuatro estados), cubiertas de un tejado, con corredores por los cuatro costados. Se puede vivir, comer y sobre todo protegerse de las grandes crecidas[106]. Cuanto más se avanza hacia el oeste más básico se vuelve el hábitat, porque las poblaciones por lo general son nómadas. Hacen cabañas de juncos semienterradas o «tiendas» a base de ramas y de cueros de bisonte, que se pueden desmontar rápidamente y hacer que transporten los perros. En la Tierra Nueva, los españoles se sienten más a gusto. Las casas de piedra de los hopi, las casas de adobe de los zuñi y los pueblo les parecen más familiares. En Tiguex se quedan impresionados por unas casas-torre de siete plantas. Esos pueblos les recuerdan los de la España del sur y les atribuyen inmediatamente los nombres de ciudades de su patria originaria.

Los europeos han observado las cualidades morales de las diferentes poblaciones indias que han encontrado. Han considerado unánimemente que los indios eran mentirosos e indignos de confianza. Entre los comportamientos más frecuentes se contaban recibir a las tropas españolas amistosamente para poderlas espiar y agredir en la primera ocasión que se ofreciese, y concertar una alianza con ellas contra un cacicazgo adverso para terminar por revolverse contra ellas; de modo que los jefes militares españoles instaban continuamente a la tropa a que permaneciese alerta. El fracaso de Hernando de Soto en Chicaza, que provocó además la degradación temporal de su maestre de armas Luis de Moscoso, se debió a no haber respetado unas medidas elementales de prudencia. Pero Laudonnière pensaba lo mismo de su «aliado» Saturiona en el que no tenía confianza, a pesar de que vertiese abundantes lágrimas en el momento en que su «amigo»

se disponía a partir de Florida, en 1565, a bordo del barco que había comprado a crédito a John Hawkins. El sentimiento de desconfianza con respecto a los indios, que sistemáticamente practican un doble juego, no se percibe de manera tan fuerte en la Tierra Nueva. Los indios pueblo les parecen a los españoles más «civilizados», tal vez porque viven en pueblos cuyas casas son de piedra y adobe. Las relaciones parecen haber sido francas y sin segundas intenciones con los habitantes y los caciques de Cicuique, la capital del alto Pecos, y el que las cosas terminaran mal se debió a que los jefes españoles e indios no se comprendieron en relación con aquella ciudad grande y suntuosa que los españoles buscaban por el este.

Estos juzgaron a los indios según unos criterios que procedían de su propio código moral. Pedro de Castañeda distingue así los pueblos inteligentes de los bárbaros, caníbales o no, y en función de sus costumbres sexuales: homosexuales o no, incestuosos o no, polígamos o no, púdicos o no. Los pueblos del norte de Nueva Galicia tenían para él todos los defectos: eran antropófagos, incestuosos, sodomitas y polígamos. Sin embargo, los habitantes de las provincias de Cíbola (zuñi), de Tiguex y de Cicuique (pueblo) —nuestro autor solo fue al territorio hopi para ver el Gran Cañón— son un dechado de virtudes: inteligentes, púdicos y monógamos, ni antropófagos ni sodomitas. Son valientes, se cubren las partes pudendas, salvo las muchachas núbiles que andan «en cueros». Como los demás cronistas españoles, no ha terminado de entender las concepciones metafísicas y cosmogónicas de aquellas poblaciones, ni siquiera las bases sobre las que elegían a sus jefes. ¿Qué eran los caciques? ¿Sabios, ancianos, sacerdotes? No lo sabe. Le sorprendió la existencia de las *kiva,* esas estancias redondas, bajo tierra, cuyo techo emergía del suelo. Solo los hombres tenían derecho a acceder a ellas mediante una escalera. Como había un lar en medio de la estancia y el humo se escapaba por una apertura en el techo, los españoles las llamaron *estufas*.

Garcilaso de la Vega quiere restablecer la verdad desde las primeras páginas de su *Florida*. No, los indios no comen carne humana. No hay ningún indicio probado de canibalismo en las crónicas de la expedición de De Soto ni en la de Cabeza de Vaca, que describe a unos indios escandalizados por los casos de canibalismo descubiertos entre los náufragos españoles. Es cierto que ningún cronista da cuenta de tales casos en Florida y en el valle del Misisipi, lo que parece curioso en un continente donde se practica con frecuencia. Por lo que sabe el autor, solo hay dos testimonios sobre antropofagia. Cuando Mendoza envía a Melchor Díaz a recoger informaciones sobre Cíbola, afirma que los indios que habían ido a Cíbola le aseguraban que las gentes de

allí eran antropófagas. Pero es este un testimonio indirecto. Más interesante es el de Hernando de Alarcón que, al interrogar al dirigente de una comunidad yuma del río Gila, le preguntó «qué hacían con los que mataban en la guerra. Él me dijo que a algunos les sacaban el corazón y lo comían y que a otros los quemaban». Tras haber matado a Estebanico, lo hicieron muchos pedazos, los cuales fueron repartidos entre todos los caciques. Pero no se dice que comiesen su carne[107]. Lo mismo ocurre con los sacrificios humanos de los que se sabe que, junto con la antropofagia, constituían para algunos juristas de derecho internacional los dos criterios que justificaban la guerra con los indios. Son pocos los testimonios que existen sobre las ceremonias que pudieran dar pretexto a sacrificios humanos, tal vez porque los españoles, como los franceses, miraron a los indios únicamente desde el exterior. Solo hubo unos franceses que asistieron, escondidos, y probablemente con grave riesgo de su vida, a una ceremonia de iniciación de muchachos jóvenes ante su entrada en la edad adulta. No comprendieron nada, pero aquello les pareció muy divertido[108].

Los sacrificios humanos solo se llevaban a cabo en ocasiones de esa índole y, por tanto, era muy difícil observarlos. Pero cuando Fontaneda, aquel español que fue cautivo de los calusa durante veinte años, refiere cómo ejecutaban los caciques calusa a los náufragos españoles que capturaban en sus costas, puede decirse que se trataba efectivamente de sacrificios humanos. Lo mismo puede decirse de las torturas infligidas por el jefe Hirrihigua a Ortiz y a sus tres compañeros de infortunio. Pero el único testimonio confirmado se encuentra en la *Florida* de Garcilaso de la Vega. Un día se repara en que se ha infiltrado un joven indio entre los servidores de Luis de Moscoso. Dado el temor por los espías, se le detiene e interroga inmediatamente. Se trata de un huérfano que ha sido adoptado por uno de los caciques de la ciudad de Guachoya que estaba en su lecho de muerte cuando los españoles partieron de aquella ciudad. Como era particularmente querido por su padre adoptivo, estaba abocado a que le enterrasen vivo junto con él. Prefirió huir y seguir a los españoles. Garcilaso remata la historia comentando que esta costumbre existe en otras tierras descubiertas y da el ejemplo de Perú[109].

Resta hablar de la homosexualidad, o más bien de la sodomía, como se denominaba entonces, un delito que se castigaba con pena de muerte en el siglo XVI. Los españoles se escandalizaron con esa práctica y, al hablar de todo, con el hecho de que les pareciese completamente normal a sus interlocutores indígenas. Hemos visto antes la reacción de Cabeza de Vaca. Una vez más, Hernando de Alarcón se explaya al

hablar de una costumbre presente sobre todo al oeste del Misisipi. Describe la indumentaria de los hombres y mujeres yuma. Estas iban desnudas pero ocultaban los genitales con arreglos de plumas por delante y por detrás, luego había «entre aquellos indios tres o cuatro hombres vestidos con ropa de mujer». Un poco más lejos, hablando con un viejo, se da cuenta de que en aquellas sociedades no solo no se reprobaban la homosexualidad y el travestismo, sino que eran ampliamente tolerados e incluso valorados. El viejo tiene un hijo vestido con ropas de mujer y lo tiene por «cosa maravillosa». «Me dijo que eran cuatro [los jóvenes de esa condición] y que cuando uno de esos moría se hacía la descripción de todas las mujeres grávidas que había en el país y que la primera de ellas que paría un hombre se pensaba que debía hacer aquel ejercicio mujeril [...] Estos tales no pueden tener comercio carnal con ninguna mujer, sino solamente con ellos, todos los jóvenes del país que están por casarse[110]. Esta práctica se encuentra también en Florida. Los hombres de Laudonnière que sufren de calor reciben sustento de «una india de corpiño alto y hermafrodita». Entre los pueblos de Florida «de ordinario y según la costumbre del país, se hacen llevar (los víveres) por mujeres, por mozos y por los hermafroditas». Esa homosexualidad masculina y ese travestismo de los hombres como mujeres, ritualmente organizados y socialmente tolerados, todavía se practican en algunas sociedades indias norteamericanas. Los «berdaches» se han constituido así en uno de los temas de reflexión de la etnopsiquiatría comparada[111].

Todas aquellas sociedades indias practicaban también la esclavitud en gran escala. De hecho, este era uno de los principales objetos de la guerra entre cacicazgos en que las mujeres eran particularmente buscadas, ya que los hombres, una vez que resultaban vencidos, por lo general se les mataba y se les arrancaba el cuero cabelludo. Incluso el cacicazgo de Cofitachequi, de costumbres tan morigeradas, según los cronistas españoles, poseía numerosos esclavos, «muchos indios naturales de otras provincias hechos esclavos, a los cuales, para tenerlos seguros y que no huyesen, les deszocaban un pie, cortándoles los nervios por cima del empeine donde se junta el pie con la pierna, o se los cortaban por encima del calcañar, y con estas prisiones perpetuas e inhumanas los tenían metidos la tierra adentro alejados de sus términos y servíanse de ellos para labrar las tierras y hacer otros oficios serviles». En la guerra librada por la ciudad de Casqui contra la de Pacaha, los guerreros casqui entran en el pueblo y matan todo lo que se les pone por delante. Luego dan una batida por las inmediaciones y hallan a muchos de los suyos que los tenían como esclavos con uno de los pies deszocados para que no huyesen[112]. En

esas circunstancias, el hecho de pedir porteadores y mujeres a los cacicazgos que De Soto va atravesando forma parte, hasta cierto punto, de las reglas del juego, si bien la esclavitud de los porteadores *(tamemes)* era temporal pues solo llegaba hasta los límites del cacicazgo. No ocurría lo mismo con las mujeres que, una vez habían quedado contaminadas por las violaciones, no podían regresar a su casa y padecían de una muerte social. En la guerra que enfrenta al cacicazgo de Casqui con el de Pacaha, las dos mujeres del cacique pacaha son capturadas por el enemigo. Con ocasión de una comida de reconciliación organizada por Hernando de Soto, el cacique casqui devuelve las dos mujeres a su rival, pero este, ante la sospecha de que han sido deshonradas, se las ofrece a Hernando de Soto, quien declina el ofrecimiento porque tiene suficientes sirvientes. El jefe pacaha le responde entonces que puede dárselas a sus hombres[113]. Muchas cautivas se quedaron de esta forma con los soldados españoles y terminaron convirtiéndose en sus concubinas, y a veces en sus esposas.

Son varios los ámbitos en los que los españoles dieron pruebas de no comprender gran cosa de las sociedades indígenas. En primer lugar, de la metafísica india. Para los españoles las creencias indias se limitaban a la veneración de dos deidades, el Sol y la Luna. De hecho, los jefes militares como De Soto y Alarcón explicaban a los indios que ellos eran hijos del Sol y que venían de donde sale el Sol. Las creencias religiosas, las representaciones del universo y la cosmogonía indias eran mucho más elaboradas de lo que explicaban los cronistas, pero el hecho de que las tropas se limitasen a transitar y el fracaso total de los primeros intentos de evangelización no permitieron una profundización. Ocurrió lo mismo con las jerarquías sociales dentro de cada cacicazgo. Al denominar sistemáticamente a las autoridades indias con que se encontraban con la palabra comodín de *principales,* los españoles no percibieron la complejidad de las jerarquías sociales y políticas dentro de los cacicazgos ni las diferencias que podía haber entre un cacicazgo y otro. Por el hecho de pertenecer a sociedades patriarcales no comprendieron el matriarcado que regía en las sociedades indias. En varias ocasiones, como en Cofaqui y Tascaluza, no sabían si el joven que pretendía ser el hijo del cacique lo era verdaderamente o se trataba de su sobrino, hijo de la hermana del cacique en ejercicio. También se sorprendieron de la existencia de cacicazgos encabezados por mujeres. Por último, no mencionan en modo alguno un ritual extremadamente importante en las sociedades del Misisipi, un ritual festivo que unía a las comunidades, el juego de *chunkey* que se practicaba en aquellas regiones desde hacía siglos. Se jugaba en amplias explanadas y consistía en hincar una lanza lo más

cerca posible de una piedra redonda que se hacía rodar. Ese juego, como otros juegos colectivos derivados de él, fue muy popular en las comunidades indias del este del Misisipi y suscitaba enfrentamientos entre pueblos cargados a veces de una violencia extrema. Sin embargo, los españoles no lo mencionan y los franceses tampoco.

Cahokia, la Tula de América del Norte

Cuando Narváez y De Soto emprenden su entrada en Florida preguntando a los indios si saben de la existencia de una gran ciudad, estos les aseguran que por supuesto que sí, que hay una, por allá, más al norte. Como consecuencia de esas indicaciones más bien imprecisas, los dos generales se imaginan que esa ciudad no podía ser sino Anhaica, la capital del cacicazgo local de los apalaches, el más temido de la región. Más al oeste, cuando el guía, que los españoles han apodado El Turco, quiere arrastrar a Coronado hacia una gran ciudad situada al este, al borde de un gran río sobre el cual navegan largas piraguas y en cuyas aguas viven cocodrilos, los españoles piensan que ese personaje ambiguo del que desconfían quiere que se pierdan en las Grandes Praderas y terminan por darle garrote. Es evidente que los guías indígenas intentaron extraviar a los conquistadores para librarse de ellos, pero probablemente no sea ese el caso en los ejemplos citados. Los indígenas hacían referencia a una realidad que había existido pero que en el siglo XVI ya solo existía en el recuerdo de sus leyendas y sus mitos. Indicaban a los españoles la ciudad de Cahokia, situada a varios miles de kilómetros al norte, que había sido entre la mitad del siglo XI y el siglo XIV el mayor foco cultural de América del Norte, de forma parecida a lo que para Mesoamérica habían sido las ciudades de Teotihuacán y Tula. La breve existencia de aquella ciudad, cuyo caso no es tan fortuito como podría parecer en el contexto amerindio, había bastado para dar a las poblaciones del norte de Florida, de los valles de Tennessee, de Alabama, del Misisipi, de Arkansas, de Kansas, de todos los lugares por los que los españoles habían pasado, una base cultural común que habían heredado sus habitantes[114].

El yacimiento arqueológico de Cahokia está situado en el valle del Misisipi, al sur de la confluencia con el Illinois y el Missouri, en los suburbios actuales de la ciudad de Saint Louis. No se sabe cuál pudo ser el nombre antiguo de esa ciudad, si es que tuvo alguno. En efecto, la costumbre, en las culturas del Misisipi era que el cacique diese su nombre al cacicazgo y al paraje donde se encontraba su residencia. Tal vez fuese ya así en el siglo XI. Cahokia es en realidad el nombre de la

tribu que residía en la región cuando los aventureros franceses llegaron allí en el siglo XVII. Durante el primer milenio de nuestra era, la región tenía una población dispersa, que vivía agrupada en pequeñas comunidades semisedentarias, que practicaban una agricultura basada en el girasol y la calabaza, pero gran parte de cuyos recursos procedían todavía de la recolección de diferentes granos y hierbas, de la pesca y la caza. La introducción del maíz, procedente de Mesoamérica, hacia el año 200 y la selección de variedades cada vez mejor adaptadas a los diferentes climas locales aumentó la oferta alimentaria y favoreció el crecimiento de la población y su sedentarización. Sin embargo, durante la estación invernal, la recolección, la pesca y la caza todavía aportaban recursos considerables. Hasta aproximadamente el año 1000, todo ello permitía la satisfacción general. Cada comunidad, probablemente familiar, estaba constituida por unas cuantas cabañas que rodeaban una zona común en la que se erguía un mástil de madera con el que se celebraba a los antepasados más famosos. Las cabañas estaban semienterradas para conservar el frescor en verano y defenderse del frío en invierno. Las paredes estaban montadas sobre un armazón de madera, reforzado con adobe hasta media altura y el techo era de paja. En su interior, un hueco central contenía el hogar cuyo humo se escapaba por un orificio en el tejado. Había bancos de madera alrededor de los muros, cubiertos de hojas y de hierbas secas, que servían de camas. Como cada comunidad estaba todavía suficientemente alejada de sus vecinas, los conflictos eran poco frecuentes.

Sin embargo, a comienzos del siglo XI la situación parece cambiar brutalmente. En la región de San Luis, situada en la orilla oriental del Misisipi, algunas comunidades crecen rápidamente y se instalan en cerros que se alzan sobre el cauce inferior del río. Este es el caso en particular del antiguo emplazamiento de Cahokia —los arqueólogos hablan del Old Cahokia— que debía de contar con alrededor de un millar de habitantes. Todavía no existe en ese lugar ningún centro ceremonial cuando ya los hay, desde hace mucho tiempo, en el curso inferior del Misisipi. El más antiguo se ha encontrado en el nordeste de Luisiana, en Poverty Point. Es también en esa región donde se erigieron las pirámides más antiguas de todo el continente americano hace tres mil quinientos años. Por tanto, existe en el valle inferior del Misisipi, en Arkansas y en Luisiana, una larga tradición de construcción de cerros de tierra, algunos bajo la forma de túmulos, y otros bajo la apariencia de animales míticos, como el halcón, el oso o la serpiente. Los pueblos se agrupan en torno a un centro ceremonial

constituido por uno o dos montículos de tierra. El más conocido es el de Toltec Mounds, cerca de Little Rock, la capital de Arkansas. Se han encontrado allí 18 pirámides de tierra, dos de las cuales tienen entre 10 y 15 metros de altura. Ese lugar era un centro ceremonial y no residencial. Abundantísimos restos de comida muestran que allí se reunían para celebrar fiestas colectivas. Además, en las orillas del Arkansas, que se hallan en las inmediaciones, los arqueólogos han encontrado una proliferación de granjas o pequeñas aldeas de cultivadores que con toda seguridad dependían de ese centro cultural. Esas poblaciones presentaban igualmente la particularidad de producir objetos de barro singulares y de muy bella factura. En el siglo XI toda la región se vacía de golpe, pero sorprendentemente esos objetos de barro aparecen de nuevo en Old Cahokia. Por tanto, hacia la mitad del siglo la población de la región de Toltec Mounds en Arkansas emigró masivamente hacia Old Cahokia. La explosión demográfica de esa región —denominada el *American Bottom* por los geógrafos— se debe, pues, a la llegada de migrantes venidos a veces de muy lejos. Los arqueólogos y los historiadores han imaginado que debió de producirse un acontecimiento suficientemente decisivo para provocar lo que se ha convenido en llamar un «big bang».

El 4 de julio de 1054, una supernova —una estrella que ha alcanzado el estado último en su evolución— estalló en la constelación de Tauro. El resplandor de aquella deflagración fue tan intenso que no pudo escapárseles a unas poblaciones tan dadas a la astronomía como las de los indios de América del Norte. En Occidente aquel cataclismo estelar pasó desapercibido, pero un astrónomo chino de la dinastía Song lo observó y dejó constancia de él. En América del Norte hay varios testimonios que confirman el interés y la atención prestados a los fenómenos celestes. En Chaco Canyon (Nuevo México), en el paraje conocido como Peñasco Blanco, un hombre dibujó en una roca un mapa del cielo en julio de 1054, en el que se representa la explosión de la supernova. En Missouri se han hallado petroglifos similares y hubo un alfarero de Mimbres Valley (Nuevo México) que la representó en una de sus vasijas. Sin salir de Nuevo México, no muy lejos de Pueblo Bonito, en Casa Rinconada, los habitantes emprendieron la construcción de una nueva *kiva,* probablemente después de la explosión, como lo prueba el análisis de los círculos concéntricos de los troncos utilizados para el armazón, que permite datarlos. Todos esos indicios más o menos directos demuestran que el fenómeno astronómico del 4 de julio de 1054 causó una profunda impresión en las poblaciones indias de América del Norte e incitan a los arqueólogos a ver en ellos el certificado de nacimiento de la nueva

ciudad de Cahokia. Provocó un choque que causó un fenómeno de pánico que impulsó a su vez a las poblaciones procedentes de los bosques del este o de las Grandes Praderas del oeste a converger en Cahokia para fundar allí un centro ceremonial monumental, el más importante de América del Norte. Se trata por supuesto de meras hipótesis, confirmadas únicamente por las obras descomunales, casi se podría decir «faraónicas», que transformaron por completo el lugar en unos pocos decenios. Varias decenas de miles de personas, tal vez 40.000, fueron a instalarse en aquel lugar para construir allí la mayor ciudad antigua de América del Norte, parecida a las antiguas ciudades de Mesopotamia, los Andes o México. Pero aún subsiste un misterio no elucidado: ¿por qué Cahokia?

Cahokia, en primer lugar son pirámides, cerros de tierra construidos en terrazas o montículos *(mounds),* como les llaman los estadounidenses. Quedan unas 120, la mayoría de planta rectangular, circular en algunos casos. Fueron construidos en tierra porque la América del Norte precolombina no conoce las construcciones de piedra. La madera y el adobe son los únicos materiales utilizados, incluso entre los indios pueblo del oeste, que realizan sus construcciones en madera y barro seco. El montículo más impresionante, que constituye el punto culminante del centro ceremonial, es el *Big Mound* o el *Monks Mound*[115], una pirámide que alcanzaba los 30 metros de altura con la forma de tres terrazas superpuestas, en cuyo vértice había un complejo palaciego con templos y residencias destinadas al clan dominante. Por su talla y por su masa, esa pirámide es la tercera de toda América, pues solo la superan la pirámide del sol en Teotihuacán y la de Cholula, en México. Cuesta imaginar el fervor profético y el grado de movilización humana necesario, en una población de algunas decenas de miles de habitantes, para hacer acopio de semejante masa de tierra en un lapso muy corto. En 1100 el núcleo ceremonial de la ciudad está acabado. La calidad del trabajo realizado da testimonio de los conocimientos técnicos de que disponían los arquitectos y urbanistas de aquellos tiempos. Para evitar el corrimiento de tierras que provocaría el derrumbamiento de la pirámide, esta reposa sobre un lecho de arcilla, completado con una capa de arena, lo que garantiza la estabilidad del conjunto. La gran pirámide domina una plaza inmensa de una decena de hectáreas que también se cimentó artificialmente con un lecho de arena. El conjunto se orienta según un eje norte-sur. A comienzos del siglo XII el centro ceremonial se rodea con una empalizada robusta de vigas de madera pintadas de rojo y se completa con algunos túmulos más bajos distribuidos a los lados de la explanada.

A partir del final del siglo XIX se emprendieron excavaciones, salvajes primero y científicas hoy, en el conjunto del yacimiento que abarca varios kilómetros cuadrados. Estas han permitido profundizar nuestros conocimientos sobre la organización social de aquella comunidad. Atraen especialmente la atención las huellas de dos edificios. El primero es una rotonda de 30 metros de diámetro, construida enteramente sobre un armazón de madera y que debía de servir como sala del consejo o de reunión para las élites de la ciudad. El segundo es todavía más asombroso. Se trata de un círculo de 120 metros de diámetro constituido por 72 piquetes de madera plantados a intervalos iguales y, en el centro, un piquete inmenso de ciprés de más de un metro de diámetro. Ha hecho falta tiempo para comprender que lo que allí había era un observatorio astronómico del mismo género que otros observatorios de la Edad de Bronce en Europa, como el de Stonehenge. Los arqueólogos, por cierto, lo han bautizado con el nombre de «Woodhenge», por referencia a su antecedente inglés. Los piquetes están también colocados según la posición del Sol en los solsticios de verano e invierno en esa latitud. Este descubrimiento confirma la amplitud de conocimientos profundos que poseían estas poblaciones, o al menos sus dirigentes, en materia de geometría, de astronomía y de cálculo del tiempo.

Se han realizado otros descubrimientos gracias a excavaciones fortuitas para preservar cierto número de túmulos, entre ellos el *Mound 72,* muy conocido por los especialistas debido a las riquezas que ha revelado. Primero se comprendió que, salvo la gran pirámide, los túmulos más modestos eran lugares de residencia y cementerios. No se habían construido de una vez sino capa tras capa, terraza a terraza. Poco se sabe de los linajes dominantes que allí residían, pero lo que sí se sabe es que, al morir cada cacique, se le enterraba en el lugar, según unas modalidades que veremos más adelante, su casa era derruida o quemada y una nueva capa de tierra venía a cubrir el conjunto. Su sucesor hacía construir un nuevo complejo palaciego donde fijaba su residencia. Y así sucesivamente, probablemente durante todo el tiempo en que el clan de que se tratase se mantuviera en el poder. Los funerales eran públicos y cabe imaginar la multitud de espectadores que se reunía al pie del cerro para contemplar la ceremonia que se desarrollaba en su cúspide. Se tendía al muerto sobre un lecho de conchas marinas, tomando a veces el aspecto de un animal mítico, como el halcón, por ejemplo, en el *Mound 72*. En la tumba se depositaban presentes como placas de mica, haces de flechas, piedras redondas del juego de *chunkey* o cristales de cuarzo. Pero sobre todo la muerte de un jefe era la ocasión de realizar

sacrificios humanos que parecían verdaderos holocaustos. En el *Mound 72* se han encontrado cerca de 250 víctimas. Algunos hombres, guerreros allegados al cacique o cautivos noqueados de un golpe de maza y cuya cabeza y manos han sido cortadas sin que se sepa realmente la razón para ello, pero sobre todo mujeres, cautivas la mayoría, a las que se degollaba y se lanzaba aún vivas a la fosa común para cubrirlas inmediatamente de tierra. Hay otra hipótesis que explicaría la presencia masiva de mujeres inmoladas. Las sociedades del Misisipi eran matriarcales. La sucesión al cargo de cacique se operaba por la vía femenina, los hijos del jefe se apartaban en beneficio de los sobrinos, hijos de sus hermanas. Cuando se producía un golpe de Estado, se acababa con todas las mujeres de las ramas colaterales y con su descendencia, de ahí la presencia frecuente de mujeres encinta entre las víctimas.

Cahokia alcanzó su apogeo en el siglo XII. La ciudad controlaba el *American Bottom,* en cuyo entorno inmediato se han encontrado cinco yacimientos importantes que comprendían de 5 a 50 cerros y una decena de lugares con de uno a cinco cerros, sin contar las aldeas y granjas aisladas dispersas por todo el valle en las tierras aluviales, cuya función era abastecer de alimentos a la ciudad. Las excavaciones han revelado profundas diferencias entre los hábitats y las costumbres de los habitantes. Esas poblaciones estaban integradas por pueblos de muy variados orígenes, que no hablaban la misma lengua. Se agrupaban en pueblos «étnicos», como se diría en nuestros días. Ello nos indica que el fondo de la población de la ciudad y de sus inmediaciones procedía de migraciones a veces lejanas. Pero la historia de Cahokia reserva otras sorpresas. Su vida fue efímera. A partir del siglo XIII su población se estanca. A comienzos del siglo XIV, ciertos lugares son abandonados, a veces destruidos, lo que hace pensar que hubo guerras intestinas. En la mitad del siglo XIV, toda la región pierde sus habitantes durante mucho tiempo, hasta el punto de que los arqueólogos han rebautizado esa parte del *American Bottom* con el nombre de *Vacant Quarter*. Cahokia dejó a partir de entonces de desempeñar su papel. Había nacido súbitamente de un fenómeno astronómico y su función se extinguió con rapidez. Se han barajado varias causas posibles para explicar aquella desaparición: el agotamiento de unas tierras aluviales sobrexplotadas, inundaciones catastróficas, los conflictos internos que denotan las destrucciones, tal vez un violento seísmo. Pero nada particularmente convincente. En cualquier caso la ciudad matriz de la mayor civilización de América del Norte desapareció tan súbitamente como había aparecido. Pero como Tula en la América Central de aquella misma época, los

habitantes que la abandonaron sembraron en todos los lugares en que se fueron estableciendo los fermentos de la cultura del Misisipi, desde Georgia al este, a Kansas al oeste; desde el sur de los Grandes Lagos al norte, hasta la Luisiana al sur. Todas esas poblaciones migrantes que se instalan en tierras vacías o que retornan a la región de donde han venido implantan los rasgos culturales específicos de Cahokia: los cerros de tierra con las cabañas principescas y sus cementerios en la cúspide, los sacrificios humanos masivos, las ciudades fortificadas con empalizadas de madera, el juego de *chunkey*. Esta es la cultura de Cahokia que vislumbran sin darse verdaderamente cuenta de lo que ven las tropas de Narváez, de De Soto y de Laudonnière. Coronado, cuando llega a Quivira, ese lugar miserable y polvoriento de Kansas, no se imagina que los pawnee quizá fueron el colectivo de las Grandes Praderas más hondamente marcado por la tradición de Cahokia. Los mitos pawnee hablan de una ciudad roja *(Red City),* de la misma forma que los mitos de los indios pueblo hablan de unas casas blancas *(White Houses),* lejana remembranza del pasado esplendor de Cahokia.

Los misterios de Cahokia distan mucho de haberse descifrado por completo, pero hay una última cuestión que divide a los científicos estadounidenses: ¿es la cultura del Misisipi una creación propia de la América del Norte, endémica, producto de una evolución endógena, o se trata del resultado de influencias mesoamericanas que se hubieran mezclado con culturas prexistentes? Durante mucho tiempo ha sido difícil responder a ellas por diferentes razones. Por razones ideológicas en primer lugar, ya que resultaba halagador para el nacionalismo estadounidense contar por fin con una creación cultural propia en su territorio y rechazar toda influencia extranjera, sobre todo si procedía de América Central. La otra dificultad surge de la escasez de pruebas materiales que pudieran demostrar la existencia de intercambios entre Mesoamérica y América del Norte. Pero las cosas están cambiando. Se han encontrado pipas de piedra características de las sociedades del Misisipi en el Estado de Tamaulipas, el Pánuco de los conquistadores del siglo XVI[116]. No hay frontera terrestre ni marítima infranqueable entre la América Central y América del Norte. Durante varios siglos las poblaciones indias de lengua uto-azteca de los Nuevo México y Arizona actuales han sido la punta de lanza de las culturas mesoamericanas en el norte. Estaban a la vez en contacto con la meseta central gracias a los mercaderes —*pochteca*— que venían en busca de las turquesas, al tiempo que establecían relaciones con los indios de las praderas que les suministraban los productos derivados de la caza del bisonte. Si un cereal como el maíz, que no crece en estado natural, pudo implantarse en América del Norte,

necesariamente tuvo que haber alguien que lo llevara allí. También se está arrojando una nueva mirada sobre la historia marítima precolombina. Existían probablemente intensas relaciones marítimas entre las costas del Brasil y la Venezuela actuales y las del golfo de México. Las poblaciones caribes eran poblaciones de marinos, capaces de surcar aquellos mares en piraguas inmensas y mantuvieron relaciones comerciales en las Antillas y hasta en Florida y en la costa septentrional del golfo. Los supervivientes de la expedición de De Soto encontraron a sus últimos herederos en el curso inferior del Misisipi y padecieron mucho su pericia náutica. Por último, las excavaciones han descubierto cuchillos de pedernal, estatuas de la diosa madre cuyas facturas se asemejan mucho a las de Mesoamérica, así como representaciones de una deidad masculina de larga nariz y pesados pendientes que presenta una curiosa semejanza con Tlaloc, el dios de la lluvia de los aztecas o el Chac de los mayas. Cabe añadir a ese cúmulo de indicios las representaciones de guerreros asociadas con halcones o serpientes, sin olvidar los relatos mitológicos. En una palabra, es imposible seguir sosteniendo que las culturas del Misisipi nacieron localmente por una suerte de generación espontánea. Son en efecto una variante local de la civilización amerindia que se manifestó en el conjunto del continente. Y eso no disminuye su valor sino todo lo contrario.

---

96. José Rabasa, *Writing Violence on the Northern Frontier. The Historiography of Sixteenth-Century New Mexico and Florida and the Legacy of Conquest,* Durham-Londres, Duke University Press, 2000, pp. 39-41.

97. Ranjel, en Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias, op. cit.,* pp. 560 y 566.

98. Richard Flint, *Great Cruelties Have Been Reported..., op. cit.*

99. El texto del requerimiento fue escrito por el jurista Palacios Rubios en 1513. Sobre las cuestiones jurídicas y de derecho canónico, véase Roland Jacques, *Des nations à évangeliser. Genèse de la mission catholique pour l'Extrême-Orient*, París, Editions du Cerf, 2003.

100. Véanse a este respecto los textos de Rodrigo de Vivero entre los siglos XVI y XVII, en Juliette Mombeig (ed.), *Du Japon et du bon gouvernement de l'Espagne et des Indes*, París, Imprimerie nationale, 1972. Basándose en una gran experiencia de administrador en Nueva España y en Filipinas, escribió como «arbitrista» unos textos muy interesantes sobre el estado de la monarquía católica.

101. Woodrow Borah y Sherburne F. Cook, *The Indian Population of Central Mexico, 1531-1610,* Berkeley, University of California Press, 1960; *The Population of the Mixteca Alta, 1520-1960,* Berkeley, University of California Press, 1968.

102. En la misma tradición, Henry F. Dobyns, *Their Number Become Thinned. Native Population Dynamics in Eastern North America*, Knoxville, University of Tennessee Press, 1983.

103. John H. Hann, *Indians of Central and South Florida, 1513-1763*, Gainesville, University

Press of Florida, 2003, pp. 29-32.

104. Véase el capítulo 9.

105. René de Laudonnière, *L'histoire notable de la Floride..., op. cit.,* p. 50.

106. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro quinto, cap. XIII, pp. 521-522.

107. Hernando de Alarcón, en *Los indios de todo se maravillaban: la Relación de Hernando de Alarcón: Primera exploración del río Colorado: año de 1540,* Julio César Montané Martí, Jalisco, El Colegio de Jalisco, 2004, fin del cap. 3 y p. 77.

108. René de Laudonnière, *L'histoire notable de la Floride..., op. cit.,* p. 44.

109. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro quinto, segunda parte, cap. II, pp. 487-488.

110. Hernando de Alarcón, en *Los indios de todo se maravillaban...*, Julio César Montané Martí, Jalisco, El Colegio de Jalisco, 2004, *op. cit.* cap. 7, p. 97.

111. René de Laudonnière, *L'histoire notable de la Floride..., op. cit.,* pp. 82 y 141. Acerca de los «berdaches» en etnopsiquiatría, véase Georges Devereux, *Mohave Ethnopsychiatry. The Psychic Disturbances of an Indian Tribe,* Washington, Smithsonian Institution Press, 1961; *Ethnopsychanalyse complémentariste,* París, Flammarion, 1972.

112. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca, op. cit.,* Libro cuarto, cap. VIII, p. 435.

113. *Ibid.,* Libro cuarto, cap. X, p. 441. Acerca de la esclavitud indígena en América del Norte, véase Christina Snyder, *Slavery in Indian Country. The Changing Face of Captivity in Early America,* Cambridge, Harvard University Press, 2010.

114. Timothy R. Pauketat, *Cahokia. Ancient America's Great City on the Mississipi*, Nueva York, Penguin Books, 2010. Este libro constituye una síntesis muy meritoria.

115. El nombre de esta pirámide se debe al convento construido en su cúspide por unos monjes trapenses franceses en el siglo XVII.

116. Acerca de los vínculos entre el Pánuco y el valle del Misisipi, véase Marie-Aret Hers, José Luis Mirafuentes, María de los Dolores Soto, Miguel Vallebueno (eds.), *Nómadas y sedentarios en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff*, México, UNAM, 2000. En particular, Patricia Dávila Cabrera, «La frontera noreste de Mesoamérica: un puente cultural hacia el Misisipi», pp. 79-90; Patricia Carot, «Las rutas al desierto: de Michoacán a Arizona», pp. 91-112; Diana Zaragoza Ocana, «Interrelación de grupos cazadores recolectores y sedentarios en la Huasteca», pp. 143-150.

CONCLUSIÓN

«No me parece que quedara satisfecho el lector en haber visto y entendido lo que he contado de la jornada, aunque en ello hay bien que notar en la discordancia de las noticias, porque haber fama tan grande de grandes tesoros y en el mismo lugar no hallar memoria ni apariencia de haberlo cosa es muy de notar; en lugar de poblados hallar grandes despoblados y en lugar de ciudades populosas hallar pueblos de doscientos vecinos, y el mayor de ochocientos o mil»[1]. Esas palabras desengañadas fueron escritas por Pedro de Castañeda, el cronista de la expedición de Coronado a Nuevo México, pero si se sabe leer entre líneas, sin dejarse engañar por las descripciones idílicas de circunstancias, Cabeza de Vaca, Ranjel y el Fidalgo de Elvas llegan a la misma conclusión: las Floridas y la Tierra Nueva no valían la pena. No se encontró allí nada de lo que hacía la riqueza de Tenochtitlán y de Cuzco. Las expediciones al sur de los futuros Estados Unidos están integradas en una dinámica a la que también ponen un término. Cuando al final del decenio de 1520 ponen pie en el territorio norteamericano unos cuerpos expedicionarios bastante imponentes, la expansión española en América parece destinada a no detenerse nunca. Una generación más tarde, empero, la maquinaria se gripó. Las razones para ello son múltiples. Al estar demasiado alejados de sus bases de partida con las que las relaciones se han vuelto imposibles o aleatorias, enfrentándose a una resistencia indígena que son incapaces de controlar, arrastrados a un terreno geopolítico que comienza a eludirlos, los españoles se dan cuenta de que su frente de colonización ha dejado de progresar.

De hecho, se lo pensaron dos veces antes de volver a poner los pies allí. En la Florida misma los dos asentamientos que resistieron el empuje de los indios vegetaron. El más expuesto era el de Santa Elena, en Parris Island, hoy Carolina del Sur. Se había fundado en 1566 bajo la protección de un fuerte, el de San Salvador, al que se rebautizó con el nombre de San Felipe. Pedro Menéndez puso allí la capital de su Estado, pero en 1572 solo contaba con unos 250 residentes, unos números que varían mucho en función de las deserciones y de la llegada de refuerzos cuya finalidad era mantener la posición a cualquier precio. La colonia sufría como consecuencia de las guerras indias que agitaban la región y que enfrentaban a los cacicazgos de

Orista y Escamacu. El fuerte quedó destruido en 1576 y la colonia se reconstruyó el año siguiente dotándose de un nuevo fuerte para su protección. Pero hubo que abandonarla definitivamente en 1587 y replegarse sobre San Agustín. En junio de 1586 había tenido que hacer frente a un ataque de Francis Drake, que bombardeó la ciudad. Con todo, los españoles deciden reforzar la defensa de Florida alrededor de esa ciudad, pero abandonan la idea de crear puestos fortificados a lo largo de la costa, de defensa demasiado difícil y sobre todo fragilizados por las deserciones continuas. La última expedición militar española a Florida, encabezada por Pedro de Torres, tuvo lugar en 1628. Las autoridades españolas prefieren enviar al frente unas milicias más convencidas de su misión, hasta el punto de considerar el martirio: los monjes franciscanos. Estos, más adaptados que los jesuitas a los terrenos difíciles, a esas zonas alejadas en las que la evangelización supone siempre un combate, empiezan a llegar en oleadas sucesivas a partir de 1584, en general en grupos de doce, obligada referencia apostólica, y fundan cerca de 130 misiones de las que no todas sobrevivieron. Muchas de ellas fueron abandonadas tras la rebelión de las poblaciones timucuas. Sin embargo, unas con otras, dos líneas de misiones consiguieron mantenerse en Florida, una en la costa al norte de San Agustín, entre las poblaciones Mocoma y Guale, y otra en el interior, a la altura de San Agustín, a lo largo de los caminos indios que conducen de la costa al cacicazgo, Apalachee, cuyo control era esencial para la alimentación de la guarnición. Esas líneas de misiones se mantuvieron mientras que hubo indios. En 1763, a raíz del Tratado de París, se cede San Agustín a los ingleses, se evacúa a la población y se transporta a los indios amigos que han sobrevivido a Santo Domingo, donde terminan fundiéndose con la población local.

Tras la trágica expedición De Soto, los españoles, salvo algunos aventureros y comerciantes, no volvieron a las tierras del Misisipi. Los franceses jalonaron el espacio inmenso de los valles del Misisipi y el Missouri hasta 1803, fecha en la que el territorio fue vendido a Estados Unidos. Los españoles intentaron darse una nueva oportunidad en Nuevo México. Tras haber doblegado a los chichimecas con el apoyo de sus aliados de Tlaxcala, Juan de Oñate recibió la orden de conquistar el territorio pueblo y de tomar el control del valle del Río Grande. Tras una campaña extremadamente sanguinaria, Oñate y sus aliados tlaxcaltecas se apoderaron de la región y fundaron la ciudad de Santa Fe, que se convirtió en la capital. Pero la colonia de Nuevo México, dependiente de Nueva España, tiene una existencia más bien caótica debido a su despoblación y

aislamiento. En 1680 una rebelión de los indios pueblo, aliados con los apaches, expulsa del territorio a los españoles, que no lo reconquistan hasta 1692. Nuevo México desempeña el papel de un puesto avanzado cuyos «presidios» tienen la función de proteger Nueva España y sus minas de plata de las agresiones hostiles venidas del norte[2].

Se suele acusar a las expediciones españolas de la destrucción de las poblaciones indígenas a las que se enfrentaron. Tales consideraciones están basadas en la comparación entre unas sobrestimaciones manifiestas de las poblaciones indígenas cuando llegaron los españoles y unas cifras obtenidas tras los recuentos realizados por las autoridades coloniales. Lo que resulta problemático son las cifras de partida, exageradas consciente o inconscientemente, por razones ideológicas. El hundimiento demográfico que se desprende de la comparación de los dos datos estadísticos se atribuye a la influencia del choque microbiano. No obstante, unos estudios recientes inducen a volver sobre las convicciones anteriores. Ahora se cuestionan las conclusiones de la escuela de Berkeley para el conjunto de América y de Dobyns para América del Norte, y las repercusiones de la guerra y de los desplazamientos de población son objeto de una revaluación en detrimento del choque microbiano, al menos en un primer tiempo. En primer lugar es indudable que las expediciones españolas a Florida tuvieron un impacto demográfico, pero este se debió más a los actos de guerra que a las epidemias. La baja densidad de las poblaciones indias, su dispersión en pequeños pueblos, aldeas o simples granjas aisladas, todo ello asociado con un encapsulamiento de los cacicazgos, fueron otras tantas barreras a la difusión de enfermedades importadas por los europeos, si es que efectivamente se produjo. Las crónicas no dejan constancia de epidemias en las filas españolas, salvo en el ejército de Narváez entre Anhaica y Aute. Pero en ese momento no hubo contactos entre los indios y los soldados españoles. Sin embargo, los daños causados por las requisas forzosas de comida y los hechos de guerra, sobre todo en los valles del Alabama y del Misisipi, causaron graves pérdidas a ciertas poblaciones indias, como en Mavila, y además contribuyeron a la desestabilización de las sociedades indias.

No obstante, las pérdidas debidas a la guerra se subsanan bastante rápidamente, en el espacio de una generación, sobre todo en el valle del Misisipi, que no volvió a ver pasar ejércitos europeos hasta el siglo XVIII. Varios estudios arqueológicos han mostrado que las poblaciones indígenas se habían adaptado, de diferentes formas, tras el paso de las expediciones de Narváez y De Soto: abandono de las pequeñas aglomeraciones en favor de las más grandes, abandono de ciertos

núcleos de población cuyos huecos son colmados rápidamente por otras poblaciones indias procedentes del norte y desplazamiento de cacicazgos a otros lugares más propicios. Este es el caso de las poblaciones procedentes de los cacicazgos de Coosa, Talisi y Tascaluza que reaparecen en la región de Childersburg en la Alabama del siglo XVIII. No se trata de negar el impacto de las expediciones militares españolas en las poblaciones indias de la región, pero es necesario tener también en cuenta que los cacicazgos desaparecían, se reagrupaban o migraban antes de la llegada de los españoles, y que los importantes cambios del siglo XVI que se observan en uno u otro sitio también pueden deberse a unos ciclos demográficos de largo plazo cuyas modalidades apenas conocemos. Por el contrario, en los territorios pueblo y zuñi de Nuevo México, los daños causados por la expedición de Coronado fueron considerables y se produjeron en el seno de una población reducida y vulnerable debido a su concentración en unos oasis aislados en pleno desierto. Muchos poblados zuñi y sobre todo pueblo fueron arrasados por Coronado y todavía no se habían reconstruido cuando llegaron las tropas de Oñate al final del siglo y destruyeron los que todavía quedaban, obligando a los supervivientes a huir hacia el norte. La única excepción fueron los hopi, que escaparon a las incursiones guerreras.

La situación se agrava en el siglo XVII, esta vez no a causa de los enfrentamientos militares, sino por el efecto de las epidemias venidas de Europa, y en particular de la viruela, que se propaga a gran velocidad y provoca importantes bajas en las poblaciones indias, que no están inmunizadas. En realidad, la paz relativa y los contactos constantes, religiosos o comerciales, entre indios y europeos favorecen la propagación de esas epidemias. La reagrupación de las poblaciones timucua, apalachee y guale dentro de las misiones franciscanas contribuyó paradójicamente a su destrucción. Debido a ellas las epidemias se propagaron más fácilmente. Las misiones se convierten también en blancos fáciles para los tratantes de esclavos, que a veces son indios ellos mismos, armados por los ingleses de Charleston. La causa principal del declive demográfico podría ser más bien la destrucción del marco vital de los cacicazgos indios. La mayoría de las poblaciones indígenas presentes en Florida cuando llegaron los españoles en el siglo XVI prácticamente habían desaparecido dos siglos más tarde. Fueron sustituidas por otras poblaciones indias venidas del norte de cuya mezcla surgió la nación Seminola del siglo XIX.

La historia de los intentos españoles en América del Norte concluye con un fiasco. El impulso loco que arrastró a los castellanos muy lejos al norte pierde fuerza ya en 1540 y luego se extingue. Se encuentra a

varios años de distancia el mismo fenómeno en América del Sur. Las expediciones militares del final del siglo XVI y del comienzo del XVII, que movilizan pocos hombres, ya no tienen nada que ver con las anteriores. Los «presidios» de Florida resisten a duras penas los asaltos de los aventureros ingleses de Carolina. El Nuevo México reconquistado está vacío. El modelo colonial no funciona en esos territorios inmensos que los españoles ya no consiguen controlar. Ese modelo se basaba en la destrucción violenta de los marcos sociales existentes, la sumisión de las poblaciones locales y una economía predatoria basada en la explotación de las minas de metales preciosos. Ese modelo no se puede trasponer a América del Norte porque los españoles ya no tienen los medios necesarios para dominar el territorio. Una lección que aprendieron los ingleses, que procedieron de modo diferente, desarrollando primero unas colonias agrícolas y ampliando metódicamente sus fronteras, gracias a aventureros, cazadores, comerciantes e indios aliados.

¿Qué queda pues de la historia española en América del Norte? Poca cosa, salvo tal vez un nuevo mito, ya que en América todo acaba con mitos. Un mito que vendría a ser la variante local del buen salvaje, una especie de utopía de las que tanto gustan en los medios intelectuales del siglo XVIII. He aquí la versión que nos transmite un oratoriano francés, poco apreciado por sus autoridades de tutela y obligado a acabar su vida exiliado en Holanda:

«Los floridianos viven en pueblos, cada uno de los cuales está dotado de una especie de soberanía, gobernada por un cacique o parausti, que es independiente de todos los demás. Se ve cómo impera entre ellos esa especie de igualdad tan encantadora y tan deseable en la sociedad. En ese país se ignora la propiedad de los bienes, que es origen de tantos males para el resto de los hombres. Cultivan y siembran sus tierras todos juntos, y todo el grano que recogen se pone en un sitio público desde donde se distribuye luego entre las familias particulares, según sea el número de las personas de que se compongan.

»Aparte de la cultura de la tierra, los floridianos se ocupan de la caza y la pesca, pero lo ignoran todo del comercio y el lujo. No es que su país no posea grandes riquezas y que sus ríos no arrastren mucho oro, plata, perlas y piedras muy preciosas, sino que ellos tienen la feliz ventaja de ignorar su precio y despreciarlo, por lo que habría cabido esperar que los europeos hubiesen imitado su ejemplo»[3].

Pues, en efecto, los floridianos de que habla Pierre Quesnel ya no estaban allí para confirmar su afirmación.

---

1. Pedro de Castañeda de Nájera, *Relación de la jornada de Cíbola, op. cit.* Segunda parte, Preámbulo, p. 92.

2. Acerca de la historia de esos territorios a partir del fin del siglo XVI, veánse los libros de John F. Bannon y Alfredo Jiménez citados más arriba.

3. Pierre Quesnel, *Histoire des religieux de la Compagnie de Jésus,* Utrecht, 1741, t. 2, pp. 149-150.

ANEXO

Las informaciones sobre las *entradas* en el sur de los Estados Unidos actuales proceden esencialmente de unas crónicas cuya mayoría fueron escritas por soldados que tomaron parte en ellas. Algunas proceden de oficiales reales y se asemejan a un informe administrativo, otras fueron consignadas por aquellos que quisieron conservar el recuerdo de lo que sin duda fue la experiencia más determinante de su existencia. Por último, tenemos a los historiógrafos oficiales quienes sea consultando los archivos, sea transcribiendo total o parcialmente relatos individuales o testimonios orales han recogido una suma considerable de informaciones, a menudo anecdóticas pero de gran interés humano. Este es en particular el caso de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés y de su *Historia general y natural de las Indias*. Este hombre viajó mucho y ello le permitió participar en los principales acontecimientos de su época: la toma de Granada y la reconquista del reino de Nápoles, al lado del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba del que fue secretario, la conquista del Darién con Pedrarias Dávila, provincia de la que fue nombrado gobernador en 1520. Luego se instaló en Santo Domingo, donde desempeñó funciones administrativas, primero en el control de la fundición de oro y luego en el seno del aparato judicial. Estuvo, por tanto, situado en el centro del sistema colonial español en América y es esa rica experiencia la que le lleva a redactar su *Historia de las Indias* a partir de los archivos de Santo Domingo y de los testimonios directos que obtiene de los conquistadores que hacen escala en la isla, punto de paso obligado entre Europa y América. La suma que escribe solo llega a publicarse en parte durante su vida. Habrá que esperar al siglo XIX para disponer de una edición íntegra[1]. Por su calidad de oficial real, conquistador él mismo y apologeta de la Conquista, huelga decir que Fernández de Oviedo no comparte en absoluto el compromiso compasivo de Bartolomé de las Casas o de los letrados erasmianos con respecto a los indígenas. Sin embargo, manifiesta su asombro por las crueldades cometidas por el ejército de De Soto en Florida y en la cuenca del Misisipi.

No todas las crónicas tienen el mismo valor documental. Están las que se contentan con describir los itinerarios de las tropas y se ponen del lado de los españoles, de sus padecimientos y aspiraciones, sin

tomar en consideración el punto de vista de los indígenas sino de forma accesoria. Esos autores por lo general no hacen una obra literaria. Relatan día a día el itinerario de las tropas, los incidentes que se van produciendo durante el trayecto, los padecimientos de los soldados y, como es natural, cuestiones tan esenciales como el aprovisionamiento o las escaramuzas con los indios. Esos informes, de inspiración burocrática, son los que más a menudo han utilizado los historiadores por ser más precisos y permitir reconstituir las rutas seguidas por las columnas españolas y cartografiarlas, un elemento determinante en una óptica de historia regional. Luego hay unos textos, cuyos autores se muestran más preocupados por definir las relaciones entre los indígenas y los conquistadores, que nos suministran informaciones sobre las poblaciones indígenas cuyo territorio atraviesan las tropas españolas. Sin embargo, no cabe esperar grandes cosas. Esos autores no están a la altura de los religiosos franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas de Nueva España que recogieron durante el siglo XVI las últimas huellas de la civilización amerindia de los altiplanos de México. Con todo, esos textos completan los datos que suministra la arqueología. El relato de Cabeza de Vaca pertenece indudablemente a esta segunda categoría de textos. Son varias las razones que han contribuido a su éxito. En primer lugar, fue el primero que se publicó y difundió, y su éxito se debió a la epopeya extraordinaria de los cuatro supervivientes de la expedición de Pánfilo de Narváez, que volvieron del infierno tras ocho años de errancia, cuando todo el mundo los daba por perdidos. El texto circuló rápidamente entre los candidatos a la aventura ultramarina, pero el rumor funcionó todavía más deprisa. Andrés Dorantes, Cabeza de Vaca y Alonso del Castillo residieron durante un tiempo en Culiacán, Sinaloa, puesto avanzado para las incursiones españolas en los territorios del norte, y luego, durante unos meses, en México, en el entorno del virrey Antonio de Mendoza. Allí tuvieron amplias ocasiones de contar lo que habían visto. Al principio de 1537, los tres supervivientes ya han redactado sin duda una buena parte de su relato cuando desembarcan en Santo Domingo, en su camino de regreso a España. Cabeza de Vaca ofreció una primera versión a Fernández de Oviedo que la publicó en el libro 35 de la edición de 1552 de su *Historia de las Indias*. A su llegada a Sevilla, Cabeza de Vaca transmite al Consejo de Indias una versión abreviada (los 16 primeros capítulos) destinada a los archivos. La versión definitiva se publicará en 1542 en Zamora, cuando él se encuentra ya en Paraguay para ejercer las funciones de gobernador de la provincia. El interés de ese texto es doble. Se convirtió en la referencia para todas las

expediciones posteriores, tanto en Florida y en la región del Misisipi como en los territorios de Nuevo México, pero también, con el tiempo, en un verdadero *best-seller* de la literatura de naufragios y cautiverios. *Naufragios* fue por cierto el título con que fue reeditado en 1555, a pesar de que el relato pertenezca ante todo al género «carta de relación» que todo conquistador estaba obligado a redactar y transmitir al Consejo Real. En este registro, las más célebres son las que Hernán Cortés envió a Carlos V para describirle los progresos de la conquista de lo que habría de convertirse en Nueva España. Para el historiador y el antropólogo de hoy, el relato de Cabeza de Vaca es muy valioso por su testimonio sobre las poblaciones indígenas que han desaparecido y porque narra la primera travesía del territorio pueblo, en Nuevo México, realizada por un europeo.

La expedición de Hernando de Soto está mucho mejor documentada que la de Pánfilo de Narváez, aunque solo sea por su duración —cuatro años— y por la extensión de los territorios atravesados. Tuvo dos cronistas oficiales que formaron parte del cuerpo expedicionario. El primero es Luis Hernández de Biedma, que tenía el cargo de factor real de la expedición. Su relación, que se basa en las notas personales que fue tomando a diario, es relativamente corta y pobre en informaciones. Se trata de un informe que presentó al Consejo de Indias poco tiempo después de su vuelta a España. La segunda crónica oficial fue la redactada por Rodrigo Ranjel, que era el secretario particular de Hernando de Soto. Dada la proximidad del autor con el *adelantado*, nos permite comprender su personalidad, su férreo sentido de la autoridad, que linda en crueldad en lo que se refiere a los indígenas, pero también sus angustias cuando, antes de la batalla de Mavila, decide no regresar a la costa, donde le espera su flota, por no volver con las manos vacías a Cuba y deshonrarse; prefiere entonces llevar a sus tropas a una errancia sin fin en dirección al este. Es mucho más interesante que la anterior por más detallada, pero está truncada. Solo existe un ejemplar publicado por Fernández de Oviedo, en el Libro XVII de su *Historia de las Indias*. Oviedo cuenta cómo Ranjel, a la vuelta de su expedición, leyó su relación ante la Audiencia Real de Santo Domingo entregándole su texto, como lo hiciera unos años antes Cabeza de Vaca. El relato se detiene inexplicablemente en 1541, a la orilla del Misisipi, antes incluso de la muerte de De Soto. Falta el relato del final de la expedición, cuando, bajo la jefatura de Luis de Moscoso, los supervivientes intentan llegar a Nueva España por la ruta del este, la vía terrestre, para volver finalmente hacia el Misisipi y emprender el regreso hacia el Pánuco por vía fluvial y marítima.

Existe igualmente una tercera crónica, tan enigmática como la

anterior y de la que todavía hoy es difícil adivinar la procedencia. Se trata de la *Relaçom verdadeira… feita per un fidalgo d'Elvas,* que se publicó en Lisboa en 1557, en la imprenta de un español, Andrés de Burgos, protegido del cardenal Don Henrique, último rey de la dinastía de los Avis, que reinó en Portugal entre 1578 y 1580. Esta obra divide a los historiadores. Se sabe que había un contingente importante de jinetes portugueses en el cuerpo expedicionario de De Soto, eran soldados que volvían de Marruecos donde habían guerreado. La mayoría eran originarios de la Extremadura portuguesa, a un tiro de piedra de Badajoz, la región de la Extremadura española de donde procedían muchos compañeros de De Soto. Sin embargo, no se sabe muy bien quién podía ser ese Fidalgo de Elvas anónimo al que se atribuye la paternidad del texto. Se sabe quiénes fueron los miembros portugueses que sobrevivieron a la expedición, pero ninguno de ellos puede razonablemente ser el autor de esta crónica. Los hay que piensan que podría tratarse del propio Andrés de Burgos, y otros, con más verosimilitud, piensan que Andrés de Burgos, u otro autor, habría podido recoger los testimonios orales de los caballeros portugueses de la expedición y colocarlos en una trama cronológica de los hechos inspirada por Biedma o por Ranjel. En cualquier caso, este relato enriquece la crónica con un cierto número de elementos inéditos y, sobre todo, nos ofrece una descripción del trayecto realizado al este del Misisipi, que fue donde Ranjel, a pesar suyo, se había detenido. Además, fue el Fidalgo de Elvas quien inspiró el libro siguiente.

En 1605, más de sesenta años después de la vuelta de los supervivientes, se publicó también en Lisboa, pero esta vez en castellano, *La Florida del Ynca*, el relato de la expedición de De Soto escrito por el Inca Garcilaso de la Vega, autor de los *Comentarios Reales de los Incas*. Cabe preguntarse en qué medida puede considerarse ese libro como un testimonio de primera mano, ya que Garcilaso no había participado en la expedición y el libro se publicó mucho después de los acontecimientos que describe. No obstante, la obra de Garcilaso es más rica sobre ciertos puntos que todos los que han relatado la expedición. Y ello por diferentes razones. La primera es que el propio Garcilaso es indio, como se complace en reiterar al comienzo de su libro, lo que le hace manifestar cierta empatía con respecto a las poblaciones indias de América del Norte, ciertamente muy distantes de su Perú natal, pero culturalmente próximas de sus compatriotas. Por no citar sino un ejemplo: cuando Garcilaso emplea la palabra *curaca* para designar a los caciques de las tribus del Misisipi, nos desvela quiénes eran realmente y al mismo tiempo nos

hace comprender que, más allá de las diferencias regionales, todos esos pueblos del norte al sur de América compartían la misma civilización. Por otra parte, Garcilaso se apoya en la crónica del Fidalgo de Elvas, pero también recurre a informaciones de primera mano que ha podido recoger de ciertos participantes. Su padre recibía a todos en Cuzco, donde Garcilaso pasó su infancia. Por su casa pasaban los veteranos de la expedición de De Soto, muchos de los cuales, como el propio De Soto, habían participado ya en la conquista de Perú, antes de enfrentarse en las guerras civiles que opusieron a los partidarios de los Pizarro con los de la Corona. Cristóbal de Mosquera, un hermano de Luis de Moscoso, el principal lugarteniente de De Soto, era uno de aquellos comensales que narraban sus aventuras e intercambiaban sus puntos de vista delante del pequeño Garcilaso, cuya curiosidad estimulaban aquellos relatos. Luego partió para España cuando alcanzó la edad adulta. En 1560 encontró en Madrid a un veterano de la expedición que, a su vuelta de Florida, había participado, al mismo tiempo que el padre de Garcilaso, en las guerras civiles. Este hombre se llamaba Gonzalo Silvestre y era un antiguo capitán de De Soto. En Perú, el padre de Garcilaso y Gonzalo Silvestre no habían combatido en el mismo bando, pero había pasado el tiempo y las luchas intestinas entre conquistadores habían quedado olvidadas. Pueden fácilmente imaginarse las largas discusiones entre ambos hombres a los que separaba más de una generación pero que tantos recuerdos compartían. De modo que, tras la muerte de Gonzalo Silvestre, en 1591, Garcilaso emprendió la redacción de su *Florida*. Vivía a la sazón en Córdoba, donde encontró otras dos crónicas escritas igualmente por veteranos de la expedición, Juan Coles y Alonso de Carmona, que habían regresado a España en su vejez. La de Juan Coles había llegado a las manos de un impresor local que nunca llegó a publicarla, la segunda le fue enviada por el propio Alonso de Carmona cuando tuvo noticia de que Garcilaso estaba escribiendo una historia de la expedición de De Soto. Se comprende que, sin haber puesto nunca los pies en Florida ni en el valle del Misisipi, Garcilaso era capaz de dar sentido, a partir de fuentes de primera mano y de su olfato de mestizo, a unas situaciones que habían escapado a unos soldados españoles poco interesados en las sutilezas antropológicas. La *Florida* de Garcilaso sigue siendo el documento más valioso sobre las expediciones españolas por América del Norte, por supuesto, junto con el de Cabeza de Vaca.

Las expediciones a la Tierra Nueva del extremo norte de Nueva España, los Sinaloa, Sonora, Nuevo México, Arizona y Utah actuales, en los años 1539-1542, suscitaron crónicas interesantes en el plano

histórico, por mucho que ninguna de ellas pueda compararse con la *Florida* de Garcilaso ni con los *Naufragios* de Cabeza de Vaca. Si se asocian con algunas carpetas de archivos, constituyen un conjunto coherente y pertinente. En el núcleo de ese conjunto se encuentran, pues, cuatro crónicas de diferente tonalidad. La primera es la relación enviada al Consejo de Indias por el fraile franciscano Marcos de Niza que, en 1539, reprodujo en parte el itinerario de los cuatro supervivientes de la expedición de Narváez, pero en sentido inverso. Iba acompañado del esclavo Estebanico, al que su amo, en el ínterin, había liberado dándole su apellido y que se llamaba desde entonces Esteban Dorantes. Se trata de un relato corto, con fecha de 26 de agosto de 1539, que termina con la trágica muerte de Estebanico, al que matan y descuartizan en Cíbola. Antonio de Mendoza desconfió de las descripciones optimistas en exceso del franciscano y pidió una especie de informe contradictorio al capitán Melchor Díaz, cuyo relato estuvo marcado por el escepticismo. La *Relación del viaje hecho a la Tierra Nueva* por el capitán Juan Jaramillo es la más corta de esas crónicas pero contiene ciertos detalles curiosos: al acercarse a Quivira, en Kansas, el punto más oriental alcanzado por su expedición, Coronado envía dos cartas al «rey» del lugar, pensando que podría tratarse de Hernando de Soto, del que nadie tenía noticias desde hacía tres años. Su autor tiene un patronímico que no pasa desapercibido ya que era el sobrino de otro Juan Jaramillo, llamado «el Viejo», un compañero de Hernán Cortés al que este dio por esposa a su propia amante, doña Marina, la famosa princesa azteca, conocida como «la Malinche», para recompensarle de su lealtad. Más consistente es la *Relación de la jornada de Cíbola*, del capitán Pedro de Castañeda de Nájera, un texto del que solo se conoce una copia tardía de 1596, depositada en la Lennox Library (CA). El autor había participado en todas las operaciones y no esconde la dureza que las caracterizó. Es bastante prolijo, a su manera, en lo que se refiere a los indígenas cuando describe sus condiciones de vida y, sobre todo, cuando refleja la enorme decepción de los conquistadores ante la pobreza relativa de aquellas regiones y de las poblaciones que las habitaban. Por último, cabe señalar una cuarta crónica, la de Hernando de Alarcón, que remontó el cauce inferior del Colorado y del Gila con la esperanza de poder avituallar por vía fluvial al cuerpo expedicionario de Francisco Vázquez de Coronado. Su *Relación de la navegación y el descubrimiento*, llena de empatía respecto de los indígenas, es un bello relato de etnología histórica.

Queda un conjunto de textos que completa las crónicas españolas. Se trata de los relatos de las expediciones francesas Ribault-

Laudonnière sobre la costa oriental de Florida. René de Goulaine de Laudonnière redactó el relato de las dos primeras, la de 1562 y la de 1564-1565, que tuvo un final trágico, con el título *L'histoire notable de la Floride située ès Indes Occidentales* en 1586, es decir, doce años después de la muerte del autor. Aparte de la narración de Cabeza de Vaca, que nos da una buena idea de la vida de las poblaciones karankawas del Texas actual, las crónicas de Laudonnière son muy interesantes porque los franceses, en mayor medida que los españoles, vivieron durante varios meses en contacto con las poblaciones indígenas de Florida, de las que esas crónicas ofrecen una descripción bastante precisa. En cuanto a la expedición de Dominique de Gourgues, en 1567, existen dos versiones: una corta publicada en la edición de 1853, junto con las crónicas de Laudonnière sobre las expediciones de 1562 y 1564-1565 en las que participó, y una versión larga publicada por Henri Compans-Ternaux en sus textos sobre Florida. Los autores de esas dos versiones son desconocidos, aunque no se puede descartar la hipótesis de que fuera Laudonnière el que las escribió.

Cito todos esos textos en la lengua original (español y a veces latín) y en sus traducciones inglesa o francesa con el fin de que resulte más fácil su localización y consulta.

---

1. Edición a cargo de José Amador de los Ríos publicada por la imprenta de la Real Academia de la Historia en 1851. *(N. del T.)*

FUENTES

Pietro Martire d'Anghiera, *De orbo novo decades,* Rosanna Mazzacane y Elisa Magiocaldo (eds.), Génova, Dipartimento di archeologia, filologia e loro tradizioni, 2 vol., 2005.

Francisco López de Gomara, *Hispania victrix. Primera y segunda parte de la historia general de las Indias,* Medina del Campo, Guillermo de Milles, 1553.

José López de Velasco, *Geografía y descripción universal de las Indias (1571-1574),* Madrid, Sociedad Geográfica de Madrid, 1894.

Expedición de Pánfilo de Narváez

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general de las Indias,* José Amador de los Ríos (ed.), 2.ª parte, t. 2, Madrid, Imprenta de la Real Academia de Historia, 1853.

Libro 35: Pánfilo de Narváez (pp. 582-618); libro 36: Juan Ponce de León (pp. 619-623); libro 37: Lucas Vázquez de Ayllón (p. 624).

Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios,* Trinidad Barrera (ed.), Madrid, Alianza Editorial, 1985.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Relation et commentaires sur les deux expéditions qu'il fit aux Indes,* trad. Henri Ternaux-Compans, Jean-Marie Saint-Lu (eds.), París, Mercure de France, 1980.

Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de l'Amérique. Recueil des pièces sur la Floride, Henri Ternaux-Compans (ed.), París, Arthus-Bertrand, 1841.

Sommation à faire aux habitants des contrées et provinces qui s'étendent depuis la rivière des Palmes et le Cap de la Floride, pp. 1-7 (modelo del requerimiento) (https://books.google.es/books?id=s9XKevzdt2sC).

Expedición de Hernando de Soto

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general de las Indias,* José Amador de los Ríos (ed.), Madrid, Imprenta de la Real Academia de Historia, 1.ª parte, libro XXI, pp. 544-577 (crónica de Rodrigo de Ranjel).

Fidalgo d'Elvas, *Relação verdadeira dos trabalhos que o gobernador D. Fernando de Souto e certos fidalgos portugueses passaram no*

descobrimento da provincia da Florida, Maria de Graça A. Mateus Ventura (ed.), Lisboa, Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos, 1998.

Luis Hernández de Cárdenas, *Relación del suceso de la jornada del cap. Soto, y de la calidad de la tierra por donde anduvo,* en CODOIN, t. 3, p. 414-441.

Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de l'Amérique. Recueil des pièces sur la Floride, Henri Ternaux-Compans (ed.), París, Arthus-Bertrand, 1841.

Relación de Luis Hernández de Biedma, pp. 51-106.

Inca Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca. Historia del Adelantado Hernando de Soto, gobernador y capitán del Reyno de la Florida y otros cavalleros españoles e indios,* Lisboa, 1605.

Expedición de Francisco de Coronado

Pedro de Castañeda de Nájera, *Relacion de la jornada de Cíbola, compuesta por Pedro de Castañeda de Nájera. Donde se trata de todos aquellos poblados y ritos, y costumbres, la cual fue el año de 1540.*

Juan Jaramillo, *Relación que dio el capitán Juan Jaramillo de la jornada que había hecho a la tierra nueva en Nueva España y al descubrimiento de Cíbola, de la que fue general Francisco Vázquez de Coronado,* pp. 364-382. CODOIN, Madrid, 1864 (AGI, Patronato, 20, N. 5, R. 8).

Carmen de Mora, *Las Siete Ciudades de Cíbola. Textos y testimonios sobre la expedición de Vázquez de Coronado*, Sevilla, ALFAR, 1993.

Documents of the Coronado Expedition, 1539-1542, Richard Flint y Shirley Cushing Flint (eds.), Albuquerque, University of New Mexico Press, 2012 (textos en español con traducción al inglés).

Richard Flint, *Great Cruelties Have Been Reported. The 1544 Investigation of the Coronado Expedition, Albuquerque,* University of New Mexico Press, 2013 (transcripción del texto español y traducción al inglés).

Crónica de la expedición de Francisco Vázquez de Coronado a las grandes praderas de Norteamérica, Ángel Luis Encinas Moral (ed.), Miraguano ediciones, Madrid, 2016. Esta colección de documentos incluye, además de la Relación de Castañeda, los siguientes:

Instrucción de Don Antonio de Mendoza, virrey de Nueva España al padre Marcos de Niza (*op. cit.,* pp. 139-141).

Relación de fray Marcos de Niza (*op. cit.,* pp. 142-156).

Carta del virrey Don Antonio de Mendoza al rey, Jacona, 17 avril 1540 (*op. cit.,* pp. 217-222).

Relación del Capitán Juan Jaramillo (1560) (*op. cit.,* pp. 271-280).

Carta de Antonio de Mendoza al rey Carlos V (disponible únicamente en italiano).

Relato del viaje de Alarcón, 1540, fols. 367v-368r, traducción al italiano del original español perdido, depositado en History Library. Museum of New Mexico, Santa Fe. Publicado por Giovanni Baptista Ramusio. *Terzo volumen delle navigazioni e viaggi*. Venice, Stamperia de Giunti, 1556, fols. 367v-368r.

La obra *Los indios de todo se maravillaban: la Relación de Hernando de Alarcón: Primera exploración del río Colorado: año de 1540,* de Julio César Montané Martí. Jalisco. El Colegio de Jalisco, 2004, incluye una traducción de la referida traducción italiana de 1556.

Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique. Relation du voyage de Cíbola, Henri Ternaux-Compans (ed.), París, Arthus-Bertrand, 1838.

Expedición de Pedro de Menéndez de Avilés

Charles Hudson (ed.), *The Juan Pardo Expeditions. Explorations of the Carolinas and Tennessee, 1566-1568,* Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2.ª ed., 2005 (transcripción del texto español y traducción inglesa).

Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de l'Amérique. Recueil des pièces sur la Floride, Henri Ternaux-Compans (ed.), París, Arthus-Bertrand, 1841.

Compte-rendu par Guido de Bazares du voyage qu'il fit pour découvrir les ports et les baies qui sont sur la côte de la Floride, 1er février 1559 (pp. 143-155).

Mémoire sur la Floride, ses côtes et ses habitants par Hernando d'Escalante Fontaneda (pp. 9-37).

Lettre du vice-roi de la Nouvelle-Espagne Don Luis de Velasco à Sa Sacrée Majesté Catholique et Royale sur les affaires de la Floride, 24 septembre 1559 (pp. 157-164).

Mémoire de l'heureux résultat et du bon voyage... dont était général l'illustre seigneur Pero Menéndez de Abilès... par Francisco López de Mendoza Grajales, capellán de la expedición (pp. 165-232).

Declaración de Guido de las Bazares de la jornada que hizo a descubrir las puertas e bahías que hay en la costa de la Florida, 1.º de febrero de 1559. (Puede consultarse en castellano en *The Luna Papers, 1559-1561,* vol. 1-2, trad. y ed. de *Herbert Ingram Priestley, University of Alabama Press,* p. 331) (https://books.google.es/books?isbn=0817356061).

Herbert Ingram Priestley, *The Luna Papers. Documents relating to the expedition of don Tristán de Luna y Arellano for the conquest of la Florida in 1559-61,* Delan, Florida State Historical Society, 2 vols., 1928, nueva edición Tascaloosa, University of Alabama Press, 2010.

Expedición de Ribault-Laudonnière

René de Goulaine de Laudonnière, *L'histoire notable de la Floride située ès Indes Occidentales,* París, Guillaume Auvray, 1586, 8.ª ed., París, Pierre Jannet, 1853.

Jacques Le Moyne de Morgues, *Brevis narratio eorum quae in Florida Amiricae provincia Gallis acciderunt, secunda in illam navigatione, duce Renato de Laudonniere classis praefecto anno MDLXIIII*, editado por Théodore de Bry, Fráncfort, Johannes Wechsel, 1591, *in-fol.*

Jocelyn Nayrand (ed.), *Chroniques de la guerre de Floride. Une Saint-Barthélemy au Nouveau monde, 1562-1568,* Congé-sur-Orne, Le Passager clandestin, 2012.

Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de l'Amérique. Recueil des pièces sur la Floride, Henri Ternaux-Compans (ed.), París, Arthus-Bertrand, 1841.

Coppie d'une lettre venant de la Floride envoyée à Rouen et depuis au seigneur d'Encron. A París, pour Vincent Norment et Jeanne Bruneau, 1565 (pp. 234-247).

Histoire mémorable du dernier voyage aux Indes, lieu appelée La Floride, fait par le capitaine Jean Ribaut en l'an 1565 (pp. 249-300). Nicolas Le Challeux, auteur.

La reprinse de la Floride par le cappitaine Gourgues (pp. 301-366).

Cabe añadir a todos estos documentos los procedentes de los archivos publicados en la notable Colección de Documentos Inéditos relativos a la conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía, Madrid, 42 vols., 1864-1884, más conocida por el acrónimo CODOIN.

Lista de las capitulaciones

23-02-1512: Ponce de León, t. 22, pp. 26-32.

11-12-1526: Pánfilo de Narváez, t. 16, pp. 67-87.

20-04-1537: Hernando de Soto, t. 22, pp. 534-546.

20-03-1565: Pedro Menéndez de Avilés, t. 23, pp. 242-258.

Otros documentos importantes a que se refiere el texto

17-11-1526: *Ordenanzas para el buen tratamiento de los indios,* t. 1, pp. 450-455.

[1538]: *Instrucción del Virrey de Nueva España, D. Antonio de Mendoza, para Fray Marcos de Niza, OFM Vicecomisario, para el descubrimiento de nuevas regiones al norte de Culiacán,* t. 3, pp. 325-329.

02-09-1539: *Relación de Fr. Marcos de Niza, OFM, al Virrey de Nueva*

Espana, D. Antonio de Mendoza, sobre su viaje desde S. Miguel de Culiacán a las «siete ciudades» de Cíbola, y la vuelta a Compostela y Méjico, t. 3, pp. 329-351.

17-04-1540: *D. Antonio de Mendoza, Virrey de Nueva Espana, al Emperador Carlos V, refiere la muerte del maestre de campo Lope de Samaniego en Chametla. Nuevas noticias de Cíbola enviadas por Melchior Díaz, t.* 2, pp. 356-362.

29-11-1540: *Capitulación entre el Virrey de Nueva España, D. Antonio de Mendoza, y el Adelantado D. Pedro de Alvarado para proseguir los descubrimientos de Fr. Marcos de Niza, Francisco Vázquez de Coronado y Hernando de Alarcón,* t. 3, pp. 351-362.

[1540]: *Relación de lo que hizo Francisco Vázquez de Coronado en la expedición desde Culiacán hasta la conquista de la capital de Cíbola, a lo que dio el nombre de «Granada»,* t. 19, pp. 529-532.

[1540]: *Relación de Hernando de Alvarado y Fray Juan de Padilla OFM sobre sus descubrimientos en la provincia de Coco (Acoma) desde 22-08-1540,* t. 3, pp. 511-513.

20-12-1541: *Francisco Vázquez de Coronado al Emperador Carlos V refiere su expedición a la tierra descubierta por Fray Marcos de Niza y a Quivira. En Cíbola no hay ninguna de las cosas que dijo Fray Marcos. La tierra no es para poblar,* t. 3, pp. 363-369.

[1543]: *Relación de la expedición de Hernando de Soto a La Florida (1539-1543) hecha por Luis Hernández de Biedma, después de haber llegado a Pánuco y presentada en 1544 al Consejo de Indias,* t. 3, pp. 414-441.

BIBLIOGRAFÍA

Bakewell, Peter J., *Silver Mining and Society in Colonial Mexico Zacatecas,* Cambridge, Cambridge University Press, 1971.

Bannon, John Francis, *The Spanish Borderlands Frontier, 1513-1821,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 2001.

Bataillon, Marcel, *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI,* México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

Bennassar, Bartolomé, *Cortés. Le conquérant de l'impossible,* París, Payot, 2001.

Bernand, Carmen, *Un Indien platonicien. Garcilaso de la Vega, 1539-1616,* París, Fayard, 2006.

Birmingham, Robert A. y Eisenberg, Leslie E., *Indian Mounds of Wisconsin,* Madison, The University of Wisconsin Press, 2000.

Birmingham, Robert A. y Goldstein, Lynne G., *Azatlan. Mysteries of an Ancient Indian Town,* Madison, Wisconsin Historical Society Press, 2005.

Borah, Woodrow W. y Cook, Sherburne F., *The Indian Population of Central Mexico, 1531-1610,* Berkeley, University of California Press, 1960.

— *The Population of the Mixteca Alta, 1520-1960,* Berkeley, University of California Press, 1968.

Boutier, Jean, Dewerpe, Alain y Nordman, Daniel, *Un tour de France royal. Le voyage de Charles IX (1564-1566),* París, Aubier, 1984.

Brook, Timothy, *Le Chapeau de Vermeer. Le XVIIe siècle à l'aube de la mondialisation,* coll. «Petite Bibliothèque Payot», París, Payot, 2012.

Chaunu, Pierre, *Les Amériques, XVIe, XVIIe, XVIIIe siècles,* París, Armand Colin, 1976.

Chipman, Donald, *Spanish Texas,* 1519-1821, Austin, University of Texas Press, 1992.

Crouzet, Denis, *La Nuit de la Saint-Barthélemy. Un rêve perdu de la Renaissance,* París, Fayard, 1994.

— *La Sagesse et le Malheur. Michel de l'Hôpital, chancelier de France,* Seyssel, Champ Vallon, 1998.

— *Le Haut Coeur de Catherine de Médicis. Une raison politique aux temps de la Saint-Barthélemy,* París, Albin Michel, 2005.

Devereux, Georges, *Mohave Ethnopsychiatry. The Psychic Disturbances of an Indian Tribe,* Washington, Smithsonian Institution Press, 1961.

Dobyns, Henry F., *Their Number Becomed Thinned. Native Population Dynamics in Eastern North America,* Knoxville, University of

Tennessee Press, 1983.
Duviols, Jean-Paul (dir.), *Le Nouveau Monde: les voyages d'Amerigo Vespucci, 1497-1504,* París, Chandeigne, 2005.
Escudier, Denis (dir.), *Voyage d'Eustache Delafosse sur la côte de Guinée, au Portugal et en Espagne (1479-1481),* París, Chandeigne, 1992.
Encinas Moral, Ángel Luis (ed.), *Crónica de la expedición de Francisco Vázquez de Coronado a las grandes praderas de Norteamérica,* Miraguano ediciones, Madrid, 2016.
Flint, Richard, *No Settlement, No Conquest. A History of the Coronado Entrada,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 2008.
— *Great Cruelties Have Been Reported. The 1544 Investigation of the Coronado Expedition,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 2013.
Galloway, Patricia, *Choctaw Genesis. 1500-1700,* Lincoln-Londres, University of Nebraska Press, 1995.
Galloway, Patricia (ed.), *The Hernando De Soto Expedition. History, Historiography, and «Discovery» in the Southeast,* Lincoln-Londres, University of Nebraska Press, 1997.
Gruzinski, Serge, *Les Hommes-dieux du Mexique. Pouvoir indien et société coloniale, XVIe-XVIIIe siècles,* París, Éditions des archives contemporaines, 1985.
— *Les Quatre Parties du monde. Histoire d'une mondialisation,* París, La Martinière, 2004.
— *L'Aigle et le Dragon. Démesure européenne et mondialisation au XVIe siècle,* Paris, Fayard, 2012.
Haag, Sabine, De María y Campos, Alfonso, Rivero Weber, Lilia y Feest, Christian (ed.), *El Penacho del México Antiguo,* Vienne, ZKF Publishers, 2012.
Hall, Bert S., *Weapons and Warfare in Renaissance Europe,* Baltimore-Londres, The Johns Hopkins University Press, 1997.
Hann, John H. (ed.), *Missions to the Calusa,* Gainesville, University Press of Florida, 1991.
Hann, John H., *Apalachee. The Land between the Rivers,* Gainesville, University Press of Florida, 1988.
—, *A History of Timucuan Indians and Missions,* Gainesville, University Press of Florida, 1996.
—, Bonnie G. McEwan, *The Apalachee Indians and Mission San Luis,* Gainesville, University Press of Florida, 1998.
— *Indians of Central and South Florida, 1513-1763,* Gainesville, University Press of Florida, 2003.
— *The Native American World Beyond Apalachee. West Florida and the Cattahoochee Valley,* Gainesville, University Press of Florida, 2006.
Hassig, Ross, *Aztec Warfare. Imperial Expansion and Political Control,* Norman, University of Oklahoma Press, 1988.

— *War and Society in Ancient Mesoamerica,* Berkeley, Los Ángeles, University of California Press, 1992.
— *Mexico and the Spanish Conquest,* Londres, Longman, 1994.
Hers, Marie-Areti, Mirafuentes, José Luis, De los Dolores Soto, María y Vallebueno, Miguel (eds.), *Nómadas y sedentarios en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff,* México, UNAM, 2000.
Hudson, Charles y Chavez Terrer, Carmen (eds.), *The Forgotten Centuries. Indians and Europeans in the American South,* 1521-1704, Athènes-Londres, The University of Georgia Press, 1994.
Hudson, Charles, *The Juan Pardo Expeditions. Exploration of the Carolinas and Tennessee, 1566-1568,* Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2.ª ed., 2005.
Hugon, Alain, *Au service du Roi Catholique. «Honorables ambassadeurs» et «Divins espions». Représentation diplomatique et service secret dans les relations hispano-françaises de 1598 à 1635,* Madrid, Casa de Velázquez, 2004.
Jacques, Roland, *Des nations à évangéliser. Genèse de la mission catholique pour l'Extrême-Orient,* París, Éditions du Cerf, 2003.
Jiménez, Alfredo, *El Gran Norte de México. Una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820),* Madrid, Tebar, 2006.
Kessel, John L., *Pueblos, Spaniards and the Kingdom of New Mexico,* Norman, University of Oklahoma Press, 2008.
Lameiras, José, *El encuentro de la piedra y el acero. La Mesoamérica militarista del siglo* XVI *que se opuso a la irrupción europea,* Zamora, El Colegio de Michoacán, 1994.
León-Portilla, Miguel, *Hernán Cortés y la Mar del Sur,* Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1985.
Le Roy Ladurie, Emmanuel, *Histoire du climat depuis l'an mil,* París, Flammarion, 2009.
Lestringant, Frank, *L'Expérience huguenote au Nouveau Monde,* XVIe *siècle,* Génova, Droz, 1996.
Lestringant, Frank (dir.), *Le Brésil d'André Thévet. Les Singularités de la France Antarctique* (1557), París, Chandeigne, 2.ª ed., 2011.
Levi, Giovanni, *L'Eredità immateriale. Carriera di un esorcista nel Piemonte del Seicento,* Turín, Einaudi, 1985.
Livi Bacci, Massimo, *Conquista. La distruzione degli indios americani,* Bolonia, Il Mulino, 2005.
Lockhart, James, *The Men of Cajamarca. A Social and Biographical Study of the First Conquerors of Peru,* Austin-Londres, University of Texas Press, 1972.
Lyon, Eugene, *The Enterprise of Florida. Pedro Menéndez de Avilés and the Spanish Conquest of 1565-1568,* Gainesville, University of Florida Press, 2.ª ed., 1990.
Mahn-Lot, Marianne, *La Découverte de l'Amérique,* París, Flammarion,

1970.
Mann, Charles C., *1491. Nouvelles Révélations sur les Amériques avant Christophe Colomb,* París, Albin Michel, 2007.
Manucy, Albert, *Florida's Menéndez, captain general of the Ocean Sea,* St. Augustine, The St. Augustine Historical Society, 1983.
Manzanilla, Linda y López Lujan, Leonardo (eds.), *Historia Antigua de México, vol. III, El horizonte posclásico y algunos aspectos intelectuales de las culturas mesoamericanas,* México, INAH-UNAM, Porrua, 1995.
Milanich, Jerald T. y Milbrath, Susan (eds.), *First Encounters. Spanish Explorations in the Caribbean and the United States,* 1492-1570, Gainesville, University of Florida Press, 1989.
Milanich, Jerald T. *The Timucua,* Oxford, Blackwell Publishers, 1999.
Mombeig, Juliette (dir.), *Du Japon et du bon gouvernement de l'Espagne et des Indes,* París, Imprimerie nationale, 1972.
Montané Martí, Julio César, *Los indios de todo se maravillaban: la Relación de Hernando de Alarcón: Primera exploración del río Colorado: año de 1540*. Jalisco, El Colegio de Jalisco, 2004.
Morris, Theodore y Milanich, Jerald T., *Florida's Lost Tribes,* Gainesville, University Press of Florida, 2004.
Pagden, Anthony, *European Encounters with the New World,* New Haven-Londres, Yale University Press, 1993.
Parker, Geoffrey, *The Army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659,* Cambridge, Cambridge University Press, 1972.
Pauketat, Timothy, *Cahokia. Ancient America's Great City on the Mississippi,* Nueva York, Penguin Books, 2010.
Pickett, Margaret F. y Pickett, Dwayne W., *The European Struggle to Settle North America. Attemps by England, France and Spain, 1521-1608,* Jefferson (Carolina del Norte), McFarland and Co., 2011.
Pluckhahn, Thomas J. y Ethridge, Robbie (eds.), *Light on the Path. The Anthropology and History of the Southeastern Indians,* Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2006.
Powell, Philipp W., *La Guerra chichimeca* (1550-1600), México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
Prieto, Carlos, *El océano Pacífico. Navegantes españoles del siglo* XVI, Madrid, Alianza Editorial, 1975.
Rabasa, José, *Writing Violence on the Northern Frontier. The Historiography of Sixteenth-Century New Mexico and Florida and the Legacy of Conquest,* Durham-Londres, Duke University Press, 2000.
Ricard, Robert, *La Conquête spirituelle du Mexique. Essai sur l'apostolat et les méthodes missionnaires des ordres mendiants en Nouvelle-Espagne de 1523-24 à 1572,* París, Institut d'ethnologie, 1933.
Rubial, Antonio, *La Hermana pobreza. El franciscanismo: de la Edad Media a la evangelización novo-hispana,* México, UNAM, 2000.

Sallmann, Jean-Michel, *Le Grand Désenclavement du monde, 1200-1600,* París, Payot, 2011.

Snyder, Christina, *Slavery in Indian Country. The Changing Face of Captivity in Early America,* Cambridge Mass.-Londres, Harvard University Press, 2012.

De Solano, Francisco y Bernabéu, Salvador (eds.), *Estudios (Nuevos y Viejos) sobre la frontera,* Madrid, CSIC, 1991.

Swanton, John R., *Final Report of the United States De Soto Expedition Commission,* Washington-Londres, Smithsonian Institution Press, 1985.

Trigger, Bruce G. y Washburn, Wilcomb E. (eds.), *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas,* vol. 1, *North America,* primera parte, Cambridge-Nueva York-Melbourne, Cambridge University Press, 1996.

Wanegffelen, Thierry, *Ni Rome, ni Genève. Des fidèles entre deux chaires en France au* XVI[e] siècle, París, H. Champion, 1997.

Título original: *Indiens et conquistadores en Amérique du Nord*

Edición en formato digital: 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-241-8

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es